EL OCASO DE LOS REDENTORES

(... Tango has died!)

Héctor Antonio Picco

HÉCTOR ANTONIO PICCO inscribió esta su novela en la Dirección Nacional del derecho de Autor el 11 de noviembre de 1976, bajo certificado nº 1352980.

El asombro del escritor (y de las pocas personas que la han leído) es que todos los vaticinios que en ella se hacen sobre el futuro de Argentina y el mundo se han ido cumpliendo; él se tiene así confianza también para descorrer el velo sobre lo que vendrá.

Por ahora, corresponde dar a conocer su obra realizada hace casi 30 años, donde "todo está escrito", por alguien que no es profeta ni vidente... sino simplemente un "logicista", como le gusta autodefinirse, absurdo certente de que el Mal siempre acabará mal, y por eso sucede lo que está ocurriendo.

Desde entonces a la fecha, de todos los anticipos "sembrados" en estas páginas, el que cobró mas aterradora veracidad es la revelación alegórica sobre el Gobierno Mundial ya férreamente establecido en estos días sobre la faz de la Tierra : el "Concejo de los Ocho"... más Uno.

¿Quiénes son? ¿puede Usted identificarlos?

LEA. Quizás tenga suficiente coraje para hacerlo.

¡Ah! Pero jamás olvide que el tero siempre hace bulla lejos de su nidal.

Historial

Primera impresión de la obra efectuada en septiembre de1991 en Potosí 4471, Buenos Aires (Argentina). No llegó a encuadernarse.

Primera edición, realizada artesanalmente por el autor (100 ejemplares) en septiembre de 1992 y publicitada en los números 1/3 de la revista “Lo que Vendrá”, (septiembre 1992/mayo 1993). Hecha con aquella composición, según se explica en el prólogo agregado, y con más detalles en el libro “Los Hombres de Negro en la Argentina”, editado en diciembre de 1997 por Skinwalker, Buenos Aires.

I. S. B. N. 950-224-309-7
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Hecho en la Argentina. Printed in Argentina
Copyright Héctor Antonio Picco. 1991.

Dedicatoria

A MI PADRE,

poeta de arado y reja que escribió su limpia historia de hombre simple en las páginas siempre ajenas de la tierra negada.

A MIS AMIGOS,

porque a ellos les debo el Todo de mi Nada.

A MIS ENEMIGOS,

si hay quienes quieran perder su tiempo sintiéndose tales, porque en su ciego empecinamiento en sembrar la oscuridad me enseñaron a distinguir y apreciar, por razón de contraste, a la Maravilla Eterna de la Luz.

Y porque mi dimensionamiento del Amor también los comprende e involucra.

Único material agregado, ¿prólogo?

Este libro producirá un incendio inapagable. Debo aclarar, en primer término, que el papel que juega en la trama y las opiniones inindultables sobre Juan Domingo Perón se refieren “al Perón” de la tercera presidencia, jamás al destacado hombre público que como Primer Magistrado fue quizás el más capaz de todos los tiempos en nuestra Patria, y junto al Avatar de esta tierra sagrada de Argentum, EVITA, gobernó el período histórico donde como nunca se vivió una realidad distinta, transfigurada, con un sentido de nacionalidad único, la sonrisa de una estrella en millones de compatriotas que supieron comprender y, lógicamente también desencantos comprensibles en otros que no tomaban en cuenta que la tarea de personas que deben delegar funciones no puede ejercerse en esta vibración tan densa y entrópica sino plagada de defectos. Así que no es responsabilidad del autor que “el Perón final” juegue un papel tan triste en la narrativa, sino del protagonista mismo.

Se explica esto porque los primeros plañidosos que expondrán falsas heridas serán los “peronsistas” perezosos, cobardes y siempre traidores que se nominaron como tales partidarios nada más que por el aguinaldo, las vacaciones pagas y los beneficios sociales que gozaron en el lapso 1946-1955 de la historia argentina, jamás por el Ideal que Juan Domingo Perón hasta allí encarnó con lealtad y honor. También sé que decir que “aquel Perón” fue un presidente extraordinario levantará oleadas de fingida indignación de los anti-peronistas medrosos e inservibles que lo derrocaron alegrándose mucho por ello, siendo después incapaces de ofrecer ideal alguno, simplemente porque carecían de él.

Soslayo ambas en apariencia distintas posturas de idiotas inútiles, descontando que peronistas y anti-peronistas de buena fe, honrados, sabrán comprenderme, tendiéndome sus manos de compatriotas nobles y agradecidos por un conciudadano que les habla tan claro y directo.

De todos modos lo que debe interesarnos (y **escalofriarnos**) es la existencia de los Nueve, (en el libro: Ocho más Uno), que están llevando adelante el Plan Final para destruir lo poco que aún resta de esta Humanidad como tal. Cuando fue escrita esta NOVELA, aún no se sabía nada de eso. Así y todo, enviada a concursar a una importante Editorial se me informó por hoja de lectura nº 182 sobre su contenido, pero como si no existiera la segunda sección. Ello ocurrió en 1977. Ahora comprendo: era evidente que ese segmento del libro iba más allá de una mera recreación literaria...

El 2 de enero de 1978 fui perseguido por primera vez por dos hombres de negro, mientras ciertas personas conocidas me reclamaban imperiosamente el original, inconscientes, (seguro), de lo que hablaban. He podido relatar en mi libro “Los Hombres de Negro en la Argentina (y el Triángulo de las Bermudas)” seis “aventuras” con ellos; puesto en circulación, sucedieron cinco más en poco tiempo. En la última, en enero de 2002, pude por primera vez mantenerme consciente y ahora ya les conozco definitivamente el “guión” que manejan, y quizás quienes los programan...

En 1989 una editorial de Buenos Aires aceptó (más bien sería dicho: *fingió*) publicarme el libro, después de más de 15 rechazos en distintas casas editoras, sin lograr jamás una aclaración sobre los motivos de tales posibles resoluciones. Es más, quienes debían darme una explicación huían de toda entrevista ya prometida, luego de conocer el contenido de la obra. En mayo de 1990 pude comprobar que realmente habían comenzado las tareas de composición, pero el libro jamás terminaba su proceso fabril. El 11 de enero de 1991 fui invitado al programa “Almorzando con Mirtha Legrand”, la emisión alcanzó el 52 % de “rating”, y antes de concurrir quedamos de acuerdo con el editor de anunciar su salida en unos treinta días aprovechando tan espectacular plataforma publicitaria que el destino nos brindaba, pero era un engaño de su parte pues ni siquiera estaba ordenada la tirada.

Comencé a darme cuenta, luego de agotadoras visitas que le realicé, que el individuo me estafaba la expectativa motorizando algunos pasos del desarrollo de la edición, (hasta se diseñó la portada), para tenerme comprometido y que no intentara la búsqueda de otro editor y la “novela” no viese jamás la luz. Por supuesto, el infamante sujeto quebró, estrepitosamente. Como le ocurrirá a cualquier persona o entidad que se comprometa a editar esta Revelación, (ahora sé que es tal), y no lo haga, capciosamente, para que la Verdad siga oculta.

Un día de abril de 1992 luego de una afiebrada búsqueda ubiqué la imprenta donde la obra estaba tirada, sin compaginar ni encuadernar. Adquirí entonces 100 juegos de pliegos armando artesanalmente con mis propias manos tal cantidad de ejemplares, debiendo corregir previamente a veces línea a línea 32 páginas pegando con adhesivo vinílico palabras, frases y hasta una sola letra, reimprimiéndolas por fotoduplicación una vez que estuvieron más o menos presentables e intercalarlas página a página en ocho de los nueve

pliegos de los que se componía la obra, que tenía errores garrafales de composición. De todos modos se comprobó que la corrección había sido bien efectuada, con un equipo profesional de muy comprobada excelencia técnica y que en el diskette de la computadora, por un trabajo de psicotrónica a distancia, que no es la primera vez que ocurría en libros urticantes para el Poder Universal Único, los Nueve habían alterado todo: aparecían palabras con veinte letras "elle" o "pe" consecutivas. La nota de pie de la página nº 63, por ejemplo, aparecía entreverada con otras líneas en el medio de la misma hoja.

Distribuí ejemplares de mi libro entre personas de mi absoluta confianza para que, ante la eventualidad de sucederme a mí cualquier hecho negativo, (léase: atentado), la revelación no se perdiera.

En junio de 1993 mi "ficción" novelística tendría una confirmación inesperada, pues la revista española "Más Allá de la Ciencia" publicaba un número monográfico titulado **"Quién Mueve los hilos del Mundo"**, en cuyas páginas 16/17 ANDREAS FABER-KAISER desarrollaba el organigrama jerárquico de los dueños del universo terrestre, (el Nuevo Orden Mundial), cerrando el artículo describiendo a su cúpula así: "...finalmente, el innombrable grado 72 de los cabalistas que- dicho sea de paso-también significa "iluminado"..."

Sepa el lector deducir. 72:7 más 2 da igual a ... NUEVE.

Pero mi sorpresa no acabaría ahí, puesto que en el nº 56 de la misma revista, (octubre 1993), AFK publica un doloroso artículo, que luego sería póstumo, titulado "Entre la vida y la muerte", donde desde su lecho de "enfermo", (el entrecomillado es intencional porque fue *enfermado* a propósito para eliminarlo), el valiente investigador catalán cerraba escribiendo:

"... mi vida vale más que determinadas noticias, que si bien informan tampoco van a cambiar el curso de la historia. Quién no crea en esta posibilidad, que relea mis artículos sobre las nuevas y sutiles armas que se aplican en la llamada "guerra de baja intensidad", (ver monográfico titulado "¿Quién mueve los hilos del mundo?")

Tampoco puedo sacarme de la cabeza el hecho de que mi íntimo amigo, compañero de investigación y auténtico hermano, el periodista argentino Alejandro Vignati, murió ahora hace once años de muerte no aclarada hasta

hoy, en un hotel de Caracas, desde donde estaba investigando para mi publicación "Mundo Desconocido" los últimos experimentos norteamericanos en el campo de las armas químicas y bacteriológicas. Al cabo de dos meses escasos de su muerte me vi obligado a suspender la publicación de la citada revista. ¿No hay razones para pensar en algo más? Tal vez no, pero yo de momento he tomado la firme decisión de no publicar lo que era una bomba periodística, un reportaje que titulo ***Noches de Blanco Satán - Satán en la Casa Blanca****, y que devela con abundancia de documentación las implicaciones de la Casa Blanca -sin excluir al anterior presidente-* ("traduzcamos":George Bush, padre) *en una ultrasecreta y restringida secta satánica nacida en una cripta de la Universidad de Yale, con ramificaciones en altos sectores de la industria, la economía y el periodismo norteamericano, con prácticas de ritos satánicos, pedofilia, perversión de menores, etcétera.*

Demasiada gente que sabía de ello en los Estados Unidos ha fallecido ya de muertes repentinas -accidentes de coche y otras- en el transcurso de sus investigaciones. Hasta hace tres semanas yo albergaba la ilusión de dar a conocer públicamente estos hechos abominables de quienes gobiernan nuestro planeta y nuestras vidas. Mas la decisión ahora es clara: no daré publicidad a este informe. Habéis ganado. Pero seguiré vivo. En los últimos seis años he pasado por prácticamente todas las sensaciones, sentimientos y planteamientos en la soledad de la noche que pienso puede experimentar un ser humano. La experiencia ha sido y sigue siendo dura. Pero jamás he caído en la desesperanza y he sabido encauzar cualquier conato de claudicación hacia una nueva esperanza de futuro. Lo que más importa es la vida.

Pero Andreas, a quien nunca conocí ni mantuve contacto de tipo alguno con él, fallecería el 14 de marzo de 1994.

Pregunta: ¿seré asesinado también, como el heroico investigador y escritor español, cuando esta... novela se difunda ampliamente? Mi seguridad dependerá sólo de mi conducta, pues si obro en Bien, los Nueve saben que al intentar cualquier operación en contra mío ponen en juego su Eternidad, (que ya perdieron, pero en su cobarde demencia añoran), porque quien vive con valentía en el A-mor del alma es invencible, pues es un Ser que ya abandona la indolente esperanza ganando Voluntad propia, cuyo Triunfo final ya ES.

La Ley que alguien me trasmitió a las 7,30 de la mañana del día 11 de agosto de 1978 determina que:

EL ESPÍRITU CREADOR VENCERÁ. Y su signo se traduce en ¡Victoria! ¡Salud!

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Todo comenzó con la carta que Alberto Faldrelli me alcanzó, pidiéndome que se la corrigiera y rescribiera, cierto día. El lector más inofensivo e incapaz de matar una mosca querrá seguramente asesinar al firmante de la misiva, haciendo desaparecer no sólo su cuerpo, sino también su recuerdo, por los

siglos de los siglos. Y lo logrará, sin ninguna duda. Con lo cual el transcriptor pasará a ser autor y, como tal, embolsará buen dinero en concepto de derechos, quedando más que agradecido a los homicidas, por haberle librado de tan molesto socio que pudiera reclamar su parte.

Y todo finalizó cuando conocí fugazmente a Cacho Barrios, una mañana desolada que fui a gastar mi soledad en un banco de Plaza Almagro, llamado por esa extraña Voz Interior que suele hacérseme oír, siempre cuando algo trascendente ha de irrumpir en mi vida.

Releyendo las páginas que “Chiche” le dirige a Anadell, y revisando al detalle todos los tramos de mi conversación con el Último Cantor de Tangos de Buenos Aires -y los extraños documentos que dejó, ¿abandonados? sobre el banco de la plaza- me sentí obligado a hacer a un lado la fácil explicación de fortuitidad cuando de tan increíbles coincidencias se trata, de manera que ya no me llama mayormente la atención que haya nombres y actitudes de personajes -y personeros- que se asemejen sorprendentemente a los que llevan y a las que asumen en la realidad física visible. Empero, esta circunstancia no la contradice, sino que la confirma.

Lo que Faldrelli padece en el Mundo Visible (para nosotros) sucede por una planificación organizada en el Mundo Invisible, según se deduce por las revelaciones de Cacho Barrios: es lo mismo, visto desde planos dimensionales diferentes. Por eso se publica todo en un mismo libro, aunque a primera lectura parecieran dos obras distintas.

De todos modos, por razonable prevención, anuncio solemnemente -al estilo de las películas de cine cuando sus realizadores se esfuerzan en hacernos creer que la ficción es diferente a la realidad- que:

LAS COINCIDENCIAS CON HECHOS Y PERSONAJES REALES QUE SE PRODUZCAN SE DEBEN EXCLUSÍVAMENTE A LA CASUALIDAD.

Me causa gracia hacer semejante afirmación sin sonrojarme, pero la convivencia humana obliga a guardar una buena apariencia en la superficie, así el fondo esté putrefacto.

Porque los seres humanos nunca somos lo que somos; pues, queriendo serlo, realmente lo seríamos. Y no trataríamos solamente de parecerlo, como ocurre siempre.

AL QUE NACIÓ INTELIGENTE,
BUENO, GAUCHO, LEAL, DECENTE,
¡NO LO PUEDEN DERRIBAR!

(de “Pienso”, tango de Mario Bustos)

Buenos Aires, marzo 24 de 1976. Hora: 23,05

Mi querido amor (pese a todo):

Sin duda ya no esperabas que Alberto Faldrelli, tu Chiche, un día volviera, epistolarmente, a golpear las ya eternamente cerradas puertas de tu duro corazón. Pero, ya ves: siempre hay una última carta cuando un idilio se trunca. ¡Es que quedó tanto por decir, olvidado, por imperio de las desgraciadas circunstancias, en aquel momento brutal del adiós!

Por eso esta noche te escribo desde mis vísceras desgarradas, convulsionadas, crujientes. De impotente bronca por esta lejanía ya insalvable que nos separa. ¡Son solamente mis dedos temblequeantes los que lanzan palabras! Mi corazón ya no: se ha convertido en un aparato que late mecánicamente, por costumbre, con esa misma desdichada rutina conque se arrastran los hombres en un agonizante mundo de máquinas rechinantes, que les van asesinando poco a poco su estrella y su esperanza.

Además necesito comunicarme contigo. Porque nunca has dejado de ser para mí la mujer integral. Adolescente, madura, niña: extraña simbiosis de imberbe cobardía y aplomada valentía para afrontar y afrontarse. La amalgama de tu ser es ésa: por un lado la osadía de amar a un pensante, en este momento en que la cabeza debiera usar zapatos porque casi todo el mundo está empecinado en llevarla en el lugar de los pies. Y, por el otro, esa dúplice indecisión espiritual tan tuya, que te lleva a soñar cielos, pero realizar infiernos.

¿Cómo no reconocer, sin embargo, que supiste gritar públicamente tu amor por mí, aceptando el bochorno que significa en mi amado país compartir sentimentalmente con un hombre que asume la necesidad de pensar, desoyendo a cada instante la incitación de sus congéneres a vivir en la indefinición, soslayando opiniones, deslindando responsabilidade?

Desde que me conociste sabías que llevo conmigo esa extraña Luz, mi alimento que me sustenta y sustancia. En tanta hora difícil, en todo inapelable momento. ¡Sufro y quiero honradamente proyectarme y alumbrar, pero siempre me confunden con un incendiario, como si mi insignificante existencia fuera un celoso yesquero pronto a estallar en maléfica chispa capaz de prenderle fuego al mundo entero!

Recuerdo que un coro de voces interesadas llegó a tu oído, tratando de lograr que silenciaras el alarido de tu espíritu, al que le sumaste tu natural ardor para incorporarlo al río torrentoso de la sangre, que ya no reconoció diques, riberas, ni cauce madre, para confundirse, desbordado e indetenible, con la correntada tumultuosa de mi alma. Y así desembocamos a nuestro mar, ancho, infrontérico, ilimitado. Navegamos en él a la deriva, con la brújula loca, saltante de tanta tormentosidad. Nos extraviamos, nuestro puerto en brumas estaba lejos. Quizás, de tan distante, más allá del alcance de la propia razón humana. Por eso no pudimos hallarlo, y hoy nuestras manos -a tientas buscando en tanta oscuridad-, son apenas dos lépricos trozos de carne, vacíos de irreparable ausencia. Y, a veces, fuertemente crispados en apretados puños, autosugestionados de encerrar algún retazo de pasados inolvidables. ¡La nostalgia de aquellas caricias, tan siquiera una infinitesimal partícula de ellas!

Ahora te busco sumergido -como lo están también mis prójimos- en la cresta de esta crisis única, que a algunos se empeña en enseñarnos un poco a vivir, y a los más los ignorantiza para que mueran más rápidamente. Porque la característica de este tiempo es esa: todavía unos pocos privilegiados (porque nos esforzamos por serlo) hemos podido atesorar la fuerza necesaria para no caer en el estado de alienación colectiva imperante, y así vamos andando -sin divanes de psicoanalistas, ni torpes esperas de redentores, o dopajes televisivos- en medio del bárbaro torbellino de una sociedad desvastada hasta en los más recónditos rincones de su ontología. Nos sería imposible explicar cómo lo logramos, pero se nos ocurre todavía soñar mundos distintos, escribir, trabajar hasta con una cierta dosis de cariño en tareas que no nos causan precisamente placer lúdico. Ensamblamos la lobreguez de la fábrica para subsistir materialmente con el estallido luminoso de la Literatura para no vararnos espiritualmente.

¡Quién sabe de dónde sonsacamos esa extraña potencia, la anormal alegría de vivir, esta germinación de gozo cosechada en el terreno yerto de tanta siembra de padeceres! Quizás... ¡Sí! ¡Es esa honda CERTEZA de Dios, echado de los templos donde lo prevarican, pero cercano y latente en el alma de los hombres que le buscan con denuedo y autenticidad! Sin duda nos apoyamos también en ese enconado orgullo plasmado en mil luchas

anteriores, de las que supimos alumbrar la más sublime de las victorias, con el resplandor del peor y oscuro de los fracasos...

¡Qué hermosa es la vida, Anadell! Te juro que, si algún día me muero será de puras ganas de existir, así sea que de continuar esta suerte el día que alguien escriba la historia de Alberto Faldrelli deba subtitularla: "El hombre que al final siempre perdió". Imagínate que los llamados "seres humanos" no fuéramos tontos... y saliéramos por las mañanas cantando nuestra canción de primavera, o de estío, o del mágico otoño de sortilegioso Abril. O de invierno, porque -¿te diste cuenta?- hasta el frío es hermoso cuando se condensa y cae convertido en nieve. Y vos, yo -¡todos!- viéramos a nuestro prójimo como un compadre más del Quehacer Universal, sin odios ridículos ni enfrentamientos insanos. Que llegara un día que los escritores ya ni siquiera tuviéramos argumentos para ejercer nuestro seudo-oficio, porque nada innoble nos obligara a despotricar quijotescamente, crédulos de que somos capaces de cambiar algo. Porque hoy, más que nunca, siento que me gritan: "¡Soldado de las letras, apronta la ametralladora de tu máquina de escribir y ataca! ¡Que su tableteo inmortífero no calle ya jamás!" Son voces que provienen de todos lados. De niños hambrientos, de asesinados inocentes de cualquier parte. De mis pobrecillos coetáneos que aprietan los labios crispados de rencor y, dedo en gatillo, están prontos a matar, en nombre de exóticas ideologías. Con el pretexto de intentar el único cambio realmente improbable en el hombre: el de afuera hacia adentro. Como si fuese posible revertir el proceso natural de la evolución humana, por un solo acto desesperado de manifestación asesinística. De quienes con idéntica ferocidad contra-atacan, queriendo olvidar que la Historia sigue su andar, de la mano de los visionarios, ¡nunca arrastrada por los pelos con las garras de los retrógrados! ¿Quién empezó? Poco importa ya. ¿Quién finalizará? Nadie y todos, porque en el decurso de los tiempos ningún bando pudo nunca aniquilar totalmente a su enemigo, en forma definitiva. ¡Ni siquiera a una minúscula parte de la Idea cuya cabeza portante quiso cercenar a balazos! ¿Es tan complicado entenderlo?

Con respecto a los muertos vivientes, te puedo decir que hoy hemos asistido al estallido de la estupidez nacional en toda su máxima expresión. Te vuelvo a repetir aquello que te conté ya tantas veces: en marzo de 1971 le dije mi "chau" definitivo a la política. Era totalmente incompatible con mi manera imparcial y

amplia de ver al Hombre, interpretarlo y comprenderlo. Pero, mi querida, vamos a meternos a sociólogos: ha sido desalojada del gobierno María Estela Martínez de Perón. Sin gloria y con demasiada pena, tal como lo ejerció. Para nadie fue sorpresa, porque varios días antes ya se apostaba hasta la hora del golpe. Empero... ***¿no te llaman la atención la furia y el ensañamiento conque los mismos que la votaron pretenden hacerle cargo de todo nuestro desastre? Sus más que limitados horizontes intelectuales... ¿los ignorábamos acaso? ¿no sabían los siete millones y pico de aullantes que no querían escuchar razón sensata alguna que votando a su extraño marido la elegían a ella, porque él estaba ya muy enfermo? ¿Y? Además, aunque el Increíble hubiese vivido, todo iba a ser igual. Eso lo saben hasta los chicos recién nacidos. Por supuesto, si no se hacen los tontos a propósito...***

Hombres grandes y mentecatos se frotaban las manos de contenteza, tratando de hacerle creer al prójimo, desde su interesada semicerebración, que la ex-bailarina era la culpable de todo. ¿Y sus responsabilidades ciudadanas, pazguatos de Mahoma? ¿No se les ocurre pensar en nada?

Una prostituta irrealizada e inconclusa que simula ser oficinista quiso juzgar -¡¡¡moralmente!!!- a la defenestrada, y en la esquina de Mario Bravo y Sarmiento un grupo de semi-idiotas conscientes comentaba las alternativas del cambio... ¡Parecían una Convención de Imbéciles! Uno decía: -Cuando ella quiso reaccionar, ya estaba todo copado... Los otros repetían a coro, abriendo desmesuradamente los ojos: copado, copado, copado, copado. ¿Copado? ¡Copado! Copado-copado copado. Y se miraban. ¡Increíble! Me recordaban una obra teatral de Barletta, en donde ciertos infraeducados indígenas van a solicitarle mejores condiciones de vida al gamonal, encabezados por el más lúcido de ellos, que viene a ser como el portavoz de la reclamación, y le dice en sansonete al tipo: -Queremos más platita. Porque no podemos comer. Porque estamos mal -. Y la columna de desdichados va repitiendo: -Estamos mal. Más platita. No podemos comer -. Y se miran vencidamente, roncos y cansados. Ellos tienen una razón indiscutible para actuar así: son analfabetos. Nosotros, por suerte, tenemos un país con el noventa y cinco por ciento de gente que, al menos, sabe leer y escribir. ¿Por qué somos así?

En la despensa de la esquina otro conjunto de hombrines y mujerucas se atropellaban verbalmente, tratando de dar cada cual su versión exclusiva sobre el presunto intento de suicidio de la ex-mandataria. Cada uno parecía disponer de la información más precisa al respecto. Lo dolorosamente cómico es que ellos ya están muertos. ¡Y no quieren darse cuenta! Horas amargas nos esperan, Anadell: la insensatez casi generalizada permite pronosticarlo, sin necesidad de nacer agraciados con el don de la profecía. Como que me llamo Alberto Faldrelli te lo aseguro.

¡Mi pobre y destartalado país, cuánta tristeza inútil me causas! Tienes los ríos más anchos, las tierras más feraces, la minería más ubérrima, los climas más benignos, los soles más soles; en fin: eres un derroche generoso del Creador. Pero, pareciera que como lógico y genial contrapeso, también nos tienes a nosotros, los argentinos. ¡Cuánto pienso en tus autoinmolados ilustres -Lugones, Lisandro, Alem- que no quisieron ver los negros aconteceres que se venían, de puro amor a nuestra Patria! Me parece verlo a Alfredo Palacios, gritando desaforadamente en la Cámara de Diputados: -"¡En un País en que comienzan a suicidarse los poetas y sensitivos, algo anda muy mal!"-. ¡Viejo bigotudo y visionario, me hinco a tus pies para decirte que tenías toda la razón del mundo en pensar así!

Me duele mi País, mi querida y castigada Patria. Pienso en los gauchos anónimos que se arracimaban al primer grito de convocatoria del Chacho, peleando casi sin armas y almorzando de un innútril rancho en las golpeadas llanuras riojanas: sol, viento, polvo y sufrimiento. ¡Duro holocausto para intentar una Nación libre y soberana! ***Veo desfilar por mi mente a los desarrapados y ateridos héroes que cruzaron los Andes con San Martín. Casi nadie sabía -también- leer y escribir, pero conocían el bello significado de la palabra Patria.*** *Estaban equivocados, sí. Porque fueron utilizados, mataban y morían. Y, si algo debe quedar en claro de una buena vez por todas, es que los hombres debemos comenzar a justificar el sustantivo. Dejar de asesinarnos, pensar y empezar a querernos. Pero, aún aceptando este punto de vista puramente personal, ellos al menos sentían mi País y nuestra América. Nosotros -como amar suele a veces causar dolor- nos refugiamos en la torpeza triste de querer hacerle creer al mundo que todo*

cambiará si la delantera de nuestro equipo favorito de fútbol hace más goles el próximo partido.

Te cuento lo que me ocurrió el otro día en un boliche. Unos parroquianos comentaban la actualidad nacional. Un gordo, fofo y muy de mi tierra, llegó a lo que le pareció una iluminada conclusión: -¿Aquí hace falta un golpe de Estado, no les parece?-. Así dijo, girando la cabeza donde estábamos con mi amiga Mora, y dirigiéndose más que nada a ella, interrogativo, buscando su asentimiento a lo que acababa de decir, hinchado de orgullo por su claridad mental, esperando que también nosotros se la reconociéramos.

A Mora no se le ocurrió nada mejor que responderle: -Sí, usted tiene razón. Hace falta un golpe-. Triunfal, el porcinillo se volvió a sus conmilitones que, a esa altura, ya estaban boquiabiertos de admiración por tener la fortuna de sentarse a una mesa con alguien tan inspirado: -¿vieron? Una mujer, que se ve que es inteligente, piensa lo mismo que yo. ¿Se dan cuenta que tengo razón?-.

Mi amiga se levantó de su asiento y lo enfrentó, riente y dolorida: -Sí, está bien; celebro que coincidamos. Pero usted me parece que entendió mal-. -¿Por qué? -preguntó el adoquín, ante el -para él- inesperado giro de los acontecimientos. Y ella: -porque yo dije, sí, un golpe, pero no de Estado. Me refería a un golpe que debe darse, pero aquí: en el centro de su cerebro, en su corazón, en el núcleo de su alma. Quizás así se le despierten facultades discriminantes y pensantes, porque no hay desierto sin oasis. Un sacudón así tal vez lo ubicaría en su propia realidad: de la cerdillez al humanismo. ¡Era sensacional! Mientras Mora le explicaba el asunto iba colocando su índice señalador: primero en la frente (donde a Dios gracias a lo mejor existía un miligramo de materia gris), en el pecho (en cuyo interior y entre pliegues de sebo debía latir un corazón) y finalmente en el plexo (presumiblemente habitáculo de alguna forma de alma inmortal; en estado de feto, por supuesto). ¡El barco sin timón y sus acompañantes abrieron desmesurados ojos -semivelados de copas - y nada comprendieron! Salimos. Victoriosos y decididamente amargados...

¡Cuántas cosas quisiera poder decirte, Anadell! Con esta conflictiva mezcla de recuerdos y ansiedades, de angustias y esperanzas, de certezas e inseguridades. Con la desesperación de ser yo mismo quien edifique mi tiempo y mi vergüenza... ¿Sabes cuánto me cuesta ordenarme interiormente para

poder expresarte tan siquiera un ínfima parte de lo que discierno y siento? Y entonces se me ocurre -porque, además, contigo es con la única persona del mundo que puedo hacerlo- hablarte de amor y País, de filosofía y tango. De todos modos, es una actitud que me refleja cabalmente. Es que, ahora que ya es tarde, he descubierto que nos parecemos en mucho. Como en vos, también en tu Alberto se tamizan lo genial y lo tonto, lo insignificante y lo eterno, lo noble y lo cretino. Agua y aceite somos. Nonatos y senectos. Pero en mí se da más crudamente esa absoluta necesidad de hallar la justa ubicación y adecuada voz para no desentonar demasiado en el gran Coro que recrea la Canción del Cosmos. Tuya y mía; de todos y de nadie. De ayer, hoy, nunca, siempre. Por eso te escribo: porque Anadell y Alberto son muchos hombres y mujeres que comparten el remo en la bárbara galera de la Argentina del año mil novecientos setenta y seis.

La vida me está brindando por última vez la oportunidad de gritarte mi verdad, pletórica, ahíta -¡preñada!- de sacrificios para vivirla. Y, mientras escribo, avanzo jadeante, a los tropezones, hechos harapos y jirones los vestimentos de mi propia conciencia, arrasada por el torbellino de tanto aniquilamiento colectivo. Soy desdichado y feliz, nómade y sedentario. Creciendo siempre en mi angustia y necesidad de volver a transitarte, a recorrerte como ayer. Cuando tu alma era la mía y mi corazón tu propio corazón. Son las dos de la mañana de un día de Marzo. La ciudad duerme. La luna de Almagro, soltera y silenciosa, se mece, vigilante y alumbrante, allí arriba. ¡Única compañera de mi soledad creadora! ¡Soledad! Palabra que no me asusta, que me parece casi bella. Habrá siempre dos soledades. La del masturboso; traumática, enfermiza. La del creador; sagrada y bella como el recogimiento religioso de un creyente.

Yo he aprendido a amar a mi querida soledad. Dentro de una horas, otra vez en la fábrica de Villa Bosch, ejerciendo mi oficio de empleado. Combinaciones, deshabillés, bombachas, camisas, chombas. Las tramas de las telas reemplazando, por dura necesidad alimentaria, a los vericuetos maravillosos de la Literatura. ¡La sonrisa forzada, el rictus comercial y complaciente de mi boca, preparando embalajes mientras sueño con mi obra, con el lugar que sabré ganarme, a puro trabajo, en la novelística de mi País y de mi tiempo. ¡Y quizás del Universo, por qué no! ¡cuesta tan poco soñar! Y, a la vez, vale mucho. Me estoy fortaleciendo a sueño puro. Soy una quimera que sube

cansadamente a los colectivos ni bien asoman las primeras luces del día, con los ojos entrecerrados, el cerebro fatigado, los músculos y articulaciones doloridas -por somatización del cansancio mental-. Mas luego fingiré a la perfección mi papel de dócil empleado y cambiaré impresiones con el dueño de la fábrica sobre el dramático problema de como doblar mejor un camisón de "velours" al ponerlo en el sobre plástico para que quede presentable... ¡qué suerte ésta! Pero es mi Tao -mi Sendero- y lo abrazo con una dosis tremenda de mayor amor a cada momento. Hallo a cada paso gente que me comprende. Otros -los más- simulan entenderme. Para utilizarme.

En cada desazón, en todo recodo de éste mi camino estás vos. ¡Siempre vos! Todo mi ser es una inmensa lágrima que cae, lentamente, como arrastrándose por la escuálida mejilla del mundo. Pálida y arrugada de tanta flagelación inconsciente. Lacerada por el latido de un tiempo implacable, heridoso. Y rueda, se desliza y nadie la enjuga, porque es parte de un llanto que ninguno puede comprender. Y si alguien intentara contenerlo se golpearía de frente con el quebranto de tener que compartirlo, y su pena sería demasiado tonta, por innecesaria. ¿Cómo explicarte tanto dolor e idéntica fe?

Atrás quedó mi pueblo de provincia, mis seres queridos. Mi perro Rabito, del que llegué a la conclusión que podía desempeñar un cargo aún más importante que Calígula asignó a su caballo. El Emperador romano quiso lograr que su matungo fuera un excelente Senador. Yo convertiría a mi can en Presidente.

Cuando salía por las quintas a buscar Poesía (mucha gente solía preguntarme "si había perdido algo", porque -¡pobrecillos! -no sabían comprender que un hombre necesita a veces conversar con los pastos y el viento, los árboles y las bestias, que le entenderán siempre mejor que sus congéneres); entonces, te cuento, Rabito investigaba cada mata, todos los yuyitos. Los regaba generosamente, volvía riente y queriéndome contar cosas. ¡Ah, porque Rabito ríe! Es que vive feliz, con su simpleza de perro y su sabiduría muy superior a la de muchos hombres...

Por eso quiero que el Gran Rabito sea Presidente. Me merece esperanza. Estoy seguro que no robará, nunca hará pactos sucios, ni llevará dinero ajeno al exterior para cubrir eventualidades cuando se fugue. No buscará la obsecuencia de los alcahuetes al precio de la demagogia barata, porque le bastará siempre el cariño de sus dueños. ¿Sabés que tremenda ha sido mi

lucha para demostrarles a los tontuelos que Rabito es mi Líder? Hoy, al regresar de la fábrica, me hallé con un grupo de vecinos que comentaban lo que ellos llaman "la situación" y me preguntaron de sopetón: -¿Quién te parece que es la solución en este País? -. Los miré tristemente, aplastado por diez horas consecutivas de trabajo invocacional y les di, sinceramente, mi opinión: -Miren, yo poco puedo aportar porque nunca leo nada de política. Además las pasiones ambiciosas están muy agitadas para poder opinar con cierto desprendimiento y ecuanimidad. Pero a mí me parece que habría que poner a Rabito de Presidente. Tengo una gran fe al candidato. Lo conozco muy de cerca y nunca me defraudó. Si tiene apoyo es capaz de realizar una gran obra de gobierno... Iba a continuar explicando mí -para ellos- extraño punto de vista, pero diez pares de ojos giraron desmesurados en sus órbitas, observándome como a una aparición fantástica. Hubo hasta alguno que intentó preguntarme de qué partido es y qué ideas económico-sociales profesa Rabito. Seguí, agotado, por el pasillo, hasta el ascensor. Al momento debí salir de nuevo a la calle. Todavía la reunión no se había disuelto, y los veinte ojillos me miraron como a un habitante de Júpiter que estacionara su "plato volador" en Corrientes y Montevideo y entrara a tomar un café a "La Paz". Ni más ni menos, lo aseguro...

A veces pienso que, para no hacerles lugar en mi corazón a la desesperanza y el desencanto, no debiera hablar más con mis connacionales. ¡Es que me ofende tanta insistencia premeditada en seguir llamando el país, este país, a NUESTRO PAÍS! No, señores: esta tierra bendecida por Dios no es un ente vago, inmaterial, indefinible. Es LA PATRIA DE LOS ARGENTINOS. ¡Y basta con el mentirismo de que no terminamos de realizarnos porque "somos un país muy cosmopolita"! ¡No seamos tan mal intencionados!: la población extranjera no supera, nataliciamente considerando, a un cinco por ciento del total de habitantes. Aquí somos -deberíamos ser, corrijo- una inmensa mayoría de argentinos. Esta tierra nos lo dio todo, y nosotros le pagamos con un despectivo "este país", "el país", cuando debiéramos gritar estentóreamente: ¡MI PATRIA, MI ARGENTINA! Pero como consagración de vida, no a nivel de estúpida calcomanía para adornar la luneta trasera del automóvil...

¡Y acabemos de una vez por todas con la historieta de que siempre hubo malos gobiernos, por eso no terminamos de concretar una Nación! Oportunidades sobraron en que votamos con total libertad, en que pudimos

elegir. Pero, en lugar de entrar a una habitación oscura a ejercer la responsabilidad de ciudadanos, mejor hubiéramos dirigido nuestros pasos hacia un cuarto de baño para cumplimentar nuestra necesidad depositoria. Así, al menos, sólo habríamos ensuciado el inodoro...

Alguna vez, mientras apoyabas tu cabecita en mi brazo y aparentabas estar transportada de pasión, creí que coincidíamos juntos: aunque sembrado de dificultades, duro, lacerante, terrible, no nos queda otra alternativa -ni nos conviene, además-, seguir otro camino que sea el de nuestra propia verdad interior. Esa que plasman el corazón, el alma y el espíritu. Aunados, en íntima comunión de anhelos e ideales... Es la única senda por la cual podemos acercarnos a las metas ansiadas individualmente y poder ser útiles a los demás. Sí, ya sé: ¡qué difícil es ser uno mismo! Además, la verdad nos resta amigos; la mentira nos suma cómplices. La primera nos puede convertir en solitarios invencibles, la segunda en acompañados derrotados. ¿Qué elegir?

Y éste, mi querido y noble País, es una nación enferma de mentiras. Tanto, que quien atesora una verdad -tan siquiera la suya- , es mirado con recelo, con miedo. ¡Como si su deseo de ser veraz fuera una máscara detrás de la cual se esconde la más inicua de las personalidades! Mi Argentina aspira a ser construida en base a mitos. Y la vida moderna se desenvuelve, en cambio, dentro de la brutal colisión que nos impone la realidad siempre mutante de cada día. Debemos aprender a aceptarla, domesticarla, aquietarla, encauzarla, adaptarla, malearla. Pero nunca -¡por Dios!- se nos ocurra negarla. Porque esa realidad existe y se desarrolla golpeando a cada instante nuestras carnes y nuestra alma. Y acaba por destruirnos, lenta, implacablemente.

Nos reímos, compasivos, de las leyendas del crespín, del lobizón. De todo aquello que jalona la imaginería del amplio espectro de la mitología folklórica de nuestros ancestros. Queremos hacer creer que todo eso pertenece a un pasado ya superado. Nos causan gracia las ignorantes mentes de los indígenas antillanos a quienes Cristóbal Colón -el primer "chanta" de América, porque descubrió lo descubierto-, sedujo con espejitos. ¡Claro! Hemos evolucionado, cambiando una letra. Ahora nos "curran" con espejismos...

Cuentan que una vez el cantor Enzo Valentino finalizaba de interpretar una composición propia, "Recuerdos de una Madre", cuando alguien, que desconocía la autoría, le preguntó a quien pertenecía. Para gastar una broma, se le ocurrió contestar que la letra era del general Bartolomé Mitre. No pasaron

quince días y ya un célebre comentarista radial difundía la grabación del tema y explicaba ceremoniosamente a sus oyentes, muy seguro de sí mismo, que "el general Mitre, una personalidad polifacética él: político, historiador, militar, etcétera, también había escrito un vals". En mi Argentina es muy factible que ocurra algo así, de momento que cualquier verdad es bloqueada y combatida por aquellos mismos a quienes intenta esclarecer, pero toda mentira toma enseguida la dimensión de un alud, ayudada por los propios engañados por ella. ¡Algún día inventaremos la ficción real, no cabe duda!

En un tiempo, para justificar nuestra indolencia, llegamos a decir que no debíamos preocuparnos demasiado por nada, porque "Dios es criollo". Ahora, en plena promiscuidad pecante, tratamos de negarle. ¿Recuerdas cuando nosotros filosofábamos de Dios? Quiero confiarte algo: a medida que voy expandiendo los límites de mi conciencia, en tanto y cuanto más horada mi mente el Tiempoespacio, más me percato de Su Realidad. Empero, atrás quedó su oscura e inasible eteridad, y también su contrapartida, la desdichada imagen del Flamígero Castigador que amenazaban llamar a nuestras madres para obligarnos a tomar la sopa por la fuerza. Desdibujada aparece la idea de ese extraño reformatorio al que dieron en llamar "purgatorio". donde -según enseñaban- pasaban una enormidad de años -dos o tres mil, o hasta el Juicio Final, según el caso particular- los pecadores rescatables, no del todo rufianes, quienes, superado el lapso de su castigo irían a engrosar las filas de los pensionistas del cielo. (Aunque rebajados en varios grados de Jerarquía Gozatoria).

Hoy nos hablan de Purgatorio y la única visión mental que se nos aparece puede ser la de un inmenso habitáculo donde un montón de tipos toman tres o cuatro litros por día -y cada uno- de aceite de ricino, para defecar como locos. Y como eso no lo haría nadie en su sano juicio, pues no se le ve el beneficio que puede traer, espiritual o físicamente, deponer hasta los intestinos en tanta obsesión evacuante que debería durar en algunos casos hasta milenios -te imaginás, no- entonces ya sabemos que tales propuestas son macanas de los chantajistas que basan todo el éxito de su proselitismo en lo inescrutable de la situación post-morten, total nadie les puede desmentir. En resumen: purgatorio puede ser un elemento usado para esa función, o un lugar donde se tomen purgas. Gramatical y semánticamente el término no da para más. Y como simbología es muy pobre.

Nos mencionan el infierno y en nada cambia la perspectiva. ¡La tortura está dentro nuestro, cuando no nos queremos sintonizar con nuestra conciencia, con el Yo interior! También afuera, pero ahora y aquí, cuando el dinero no nos alcanza y debemos hacer malabares para subsistir. De a poco nos iremos dando cuenta que los hombres ya no somos buenos o malos, sino a lo sumo, sanos o enfermos. Si estamos armonizados, en paz con nuestras convicciones íntimas, conviventes con el prójimo -quizás lo más difícil-, entonces andamos lejos del infierno. Nos comienza a rodear un halo de bienestar y llegamos a ser eso que se llama "felices". Contagiamos nuestra temerosa alegría de vivir a los demás y todos contentos. Cuando, larvalmente, nos devoramos unos a otros y nos agredimos ensañadamente, estamos en el infierno. Está amasado, inmerso en nuestra vida. No después de la muerte.

El cielo, tu cielo, el mío, el de todos, es ese: vivir cada instante en plenitud; sabiendo -circunstanciales pasajeros del barco de la vida-, que el viaje no es, ni demasiado largo para que nos afanemos tanto en hacerlo bello y placentero a costa de la desdicha ajena (que al final acaba por volverse en contra de nosotros mismos), ni tampoco tan fugaz para que no nos empeñemos en darle un cierto fundamento, una honda y profunda razón de ser, una espiritual manera de sentir, que nos haga merecedores de haber nacido. Pero todo eso debe ser, simultánea y amalgamadamente, proyecto y realización; pensamiento y existencia.

¡No existen un tiempo para la prueba, otro para el castigo, una era para el premio! A cada segundo se nos entremezclan -a veces hasta demasiado explosivamente para nuestra capacidad de equilibrio y raciocinio-, todas las sensaciones. Tratemos de encadenarlas ahora y aquí para bien de todos, no vaya a resultar que después ya sea tarde...

Cielo -¡mi cielo!- eras vos. ¡Con tu aliento de mujer y tu temblor de niña! Con tus ojos marrones increíbles. Con el estallido carnal de tu beso. ¡Con tu estatura espiritual para entregarte al amor! Con tu gemido y tu ensoñación, cuando otros mundos, quizás paralelos, tal vez lejanos, nos acogían en cada éxtasis. ¡Como si cada segundo de nuestra fragorosa existencia fuera el último y en el que debiéramos darnos todo! Parecía que vivíamos la placentez del paisaje sabiendo de antemano que, al final de la ruta, estaba la negrura del abismo. Cielo fue tu caricia estremecida y anhelante. Y será, en definitiva, toda la ternura que aún me espera. Porque sé que me pertenece, de momento que

la trato de ganar a cada instante. ¡Es que percibo que allí, en algún recodo de mi militante camino, alguien me espera para prodigármela!

Si así no fuera, no me interesaría ni vivir, ni escribir. Porque ya nada tendría sentido, como no fuera el dejarse morir lentamente. Con el cansancio final del agotamiento de todo derrotado inapelable. De aquel que ya a nada puede aspirar. Y quien alguna vez amó -a otra persona, a un río, a los atardeceres, a su estrella-, siempre será rescatable. ¡Nunca dejará de ver crecer la llama de su pequeña luz interior, que puede convertirse en gigantesca antorcha, a poco que se lo proponga seriamente!

Esto es, Anadell, todo lo que me va dictando mi soledad de hombre de pensamiento, que jamás desdeñó de la acción para corroborar la lucubración. Conocés hasta en los más mínimos detalles la vida de Alberto Faldrelli. Sabés que fui, muchas veces simultáneamente, cuidador de cerdos, labriego, oficinista, industrial, comerciante, asesor de impuestos, político, presidiario, empleado fabril, y siempre ESCRITOR. Por sobre todo y contra todo. Me sentí esclavo estando libre y libre siendo encarcelado. Tuve compasión por quienes querían matarme, y a veces hasta intenté destruir a los que me compadecían, porque jamás mendigué el horror de la lástima.

Ahí, dentro mío y en toda esta mi realidad visible que me contorna, estaban y existen el cielo y el infierno. ¡Y mi purgatorio es esta espera, el duro ejercicio del tiempo infértil que me acongoja, cuando busco el sordo oído de mi congénere para contarle cosas que a todos nos incumben pero que él finge que no le interesan y yo siempre creo importantes! Cuando tiendo mi vacía mano para estrechar la recíproca y me encuentro conque los golpes que di y doy -porque sólo sé amar agradeciendo- aprietan puños que me amenazan y se niegan. ¿Te parece poco castigo? Ser dulcemente comunicante y estar incomunicado...

Pero, de todos modos, ya lo sé. Contraste de la época: más tenemos medios de comunicación y acercamiento, más solos estamos y nos sentimos entonces buscamos compañías trampeadas, aunque más no sea. A Beto, un muy querido amigo mío, le está ocurriendo eso. ¡Es un superdesarrollado córnico! Pobre. Su novia anduvo por otras alcobas. El lo supo y la abandonó pero... el tiempo todo lo borra, cuando en lugar de ser un instrumento para la realización se convierte, por obra y gracia de nuestra vacilante voluntad, en un pesado transcurso que nos acerca a la muerte. Ahora está intentando volver a ella. Ya

armó la estructura de un perdón. Los hombres somos así: extraños seres catacúmbicos que buscamos permanentemente justificativos ante los demás para explicar un determinada conducta frente a una situación determinada; sin redundancias, ¿eh?

Inútil será explicarle a Beto hasta el cansancio que atienda sólo a la voz de su conciencia, al arrullo de su corazón, o a la necesidad de descarga de su lívido. No. El quiere que la "sociedad" -nunca pude saber qué significa este vocablo, a menos que se trate de un ente comercial-, lo absuelva de lo que él cree que es una culpa. Con todos los circunloquios y rodeos del caso mi amigo intenta explicarme porque a reanudado su noviazgo con la fulana de marras. . ¡Qué me importa saber lo que ya sé! ¡Aquel filósofo ignorado que llegó a la conclusión de que arrastra más un pelo púbico femenino que una yunta de bueyes, fue seguramente uno de los Grandes Sabios de la Humanidad! ¡Cuán vieja y exacta sentencia! Lo demás es lo de menos, como dicen los extremistas. ¡Infame Judas, cuánto cuesta aceptar una verdad más simple y aterradora!

Y yo, treinta años ansiosamente vividos, buena estatura, aceptable aspecto físico y algunas experiencias en mi haber. Yo, Alberto Faldrelli, un poeta que anda por la vida tratando de amar no solamente de lejos; en fin, un buen teórico del amor que se desespera por llegar a ser también un gran práctico; te juro, Anadell, que ya no sé si debe intentarse comprender a las mujeres, o limitarse simplemente a gozarlas. ¡Cansado estuve de escucharte y todos los días oigo a alguna prójima tuya hablar hablar de vuestra moderna condición de "liberadas" ! ¡Atorrante Simón Cirineo, que tuviste la desfachatez de cobrar jornal a destajo para ayudar al Hijo de Dios a llevar su Cruz, jamás deben haber sido las mujeres menos libres que ahora!

Antes, cuando eran esclavas -según ellas- ambicionaban muy poco y lo tenían todo. Vivían la embriagante ilusión de hallar el hombre anhelado. Y al final lo encontraban. Si no era exactamente igual, lo modelaban con la fuerza del amor, hasta que lo fuera. Ahora, que reclaman tanto -no todas pero sí muchas de ellas-, cegadas de pasión por todo lo vano y superfluo, terminan por enganchar a algún jovato de caídos dientes y apestoso aliento, asquerosos pliegues ventrales y pénicamente casi inerecto.

Yo soporto de Jefe a uno así. Tiene más de setenta años y una "mina" alquilada que, a lo sumo, acusa treinta. El Infame -así lo hemos bautizado con

los muchachos-, vive haciendo sorpresivas visitas al piso donde guarda a su amante arrendada para asegurarse de que no hay moros en la costa. ¡Es panzón y tiene las caderas medio torcidas! Eructa siempre con fuerte olor a guisados españoles porque tiene problemas de secreción gástrica. Parece una sota de la baraja. ¡Es un cocoliche sin diploma, casi cuadrado, ancho y bajo! ¡Dios me libre, por el santo recuerdo de María Goretti, que prefirió morir antes de ser violada, qué rea ha de ser una seudo-mujer para soportar que se incline sobre ella, jadeante y supuroso, en una noche de pálida y límpida luna, cuando son las dos de la mañana y canta la ciudad su canción de sosiego y paz, un espécimen así! ¿Hay dinero en el mundo que pueda pagar una locación semejante? Para una hija de... Eva que perdió hasta el respeto por sí misma pareciera que sí. Lo imagino: se dejará sobar cada quince días con maquinal indiferencia, para poder cumplir con su programa de asegurar el movimiento del estómago con el vaivén de su pelvis. Su ilusión será soñar siempre con un soberbio varón que la ame. Su realidad es verse penetrada por un eructante y cenagoso cerdo que la tortura. ¡Esa es su peor condena! ¿Hay que llamarla "liberación"? Como las pobres aprendices de chantajistas sexuales de los pueblos agrícola-ganaderos, que se aprontan desde la más tierna edad para conquistar el lecho de oro del hijo del terrateniente, y terminan por revolcarse en el incómodo asiento trasero del auto de un viajante de comercio.

Me gusta entregarme -quizás abusando de soberbia en mi dolorosa ironía-, a estos soliloquios contigo. Porque rescatan un tiempo perdido que fue entrañablemente bello y ponen en vigencia una etapa nueva, que intuyo mucho mejor. Y así voy, tendidas mis alas - otrora casi desplumadas, ahora hacia la esperanza-, buscando encontrar a mi prójimo, ¡mi hermano!, con un poco de fe. Y, fundamentalmente, con algo de lucidez. ¡Con tan siquiera una mínima dosis de inclinación por lo limpio, lo recto! Que le haga posible discernir la realidad de su verdadero intríngulis vital. Quisiera que ya no se hablara más de problemas económicos. Que existen, no lo niego. Pero el drama de mi pobre país -quizás también del mundo-, es de raigambre netamente espiritual. Que luego, por lógico somatismo del pienso-existo se traslada a la realidad material.

Cuando esto pienso, algo me llega como envuelto en perfumes de verdolaga, cardoruso y viento, mucho viento pampero. Indómito creador de

andariegos remolinos que levantaban su torre de polvo y alcachofas, en enloquecido girar que arrebataba techos al pasar y los lanzaba a kilómetros de distancia, lejos de la pobre vivienda de adobe que nos cobijaba; son los aromas aún perdurables de mi infancia sin libros (¡y cuánto ya me gustaban!) allí, en la vieja chacra del deslinde de Córdoba y La Pampa. Éramos eternamente pobres. Pero... rememoro la escena: allí, roturando la greda arenosa y reseca, mi padre entonando las antiguas romanzas italianas, resabio de su muy limitada ilustración en la escuela tradicionalista inmigratoria. Aquí, en la cocina, mi madre cocinando las flacas viandas (durante más de un año comimos casi continuamente zapallos de nuestra cosecha, porque no teníamos dinero para comprar otro alimento), y... cantando. Mi hermana aporreando la antigua y matraquera máquina de coser, mientras el bolero "Dos Almas" jugaba en su voz. Siempre cantó, antes de enfermarse. Éramos felices y nada poseíamos. ¡Ni siquiera la libertad de disponer de nuestra propia producción, porque cuando teníamos un buen año debíamos entregarle un treinta por ciento al amo de la tierra! De manera que nunca nos quedaba otra alternativa que padecer.

Ahora subo a un colectivo y ensayo con desafinado silbido alguna melodía, y veinte o treinta personas me miran extrañadas, y ello no sólo porque carezco de oído alguno para la música. ¡Les parece imposible que alguien apenas discretamente vestido, que viaja en transporte público por no tener automóvil y además con cara de haber dormido poco y comido menos, sea feliz! O por lo menos no los acompañe en su desdicha, hasta el extremo de olvidar que en el mundo todavía existen música, canciones, amor. ¿Es eso un problema económico? No: estamos simplemente ante una tragedia espiritual, que lamentablemente no se solucionará con sueldos más altos, departamentos más lujosos, ni coches más largos.

¡El bienestar volverá, sí! Pero cuando todos y cada uno tomemos una actitud diferente ante la vida. Cuando aprendamos a poseer y poner a nuestro servicio los elementos y el confort que nos alcanza la tecnología, en lugar de ser dominados por ellos, despersonalizándonos hasta el extremo triste de que hoy se suele reconocer a una persona por la marca y características del carro, en lugar de recordarla por la dimensión de su conciencia y los definidos rasgos de una personalidad propia, auténtica.

- ¿No sabe dónde mora Pedro Funes? -suele preguntar Chiche Faldrelli cuando busca a un individuo determinado en alguna parte. Casi siempre le contestan:

- Funes... a ver... no me acuerdo. Pero... ¡ah, sí! ¿Un señor que tiene un automóvil marca tal, color rojo, con techo blanco? ¡Ahora sí! Vive aquí, a la vuelta...

Si no empezamos ¡ya nomás! a darle valor al Hombre por sobre todas las cosas; es decir, si no comenzamos siquiera a querernos a nosotros mismos, no habrá riqueza material alguna que regrese a las almas una sana alegría de vivir, una bella aspiración de evolucionar. Ni nacerá religión nueva que intente, con duradera posibilidad de éxito, sentar remozadas prerrogativas de vida para que volvamos a reír. Ni, ¡mucho menos, por Dios!, podremos crear una idea política milagrosa que nos arroje un salvavidas dentro de este mar en ebullición donde nos estamos defendiendo a los manotones - tratando de asirnos a cualquier elemento de flotabilidad, así haga agua por los cuatro costados-, para no hundirnos sin remedio.

Escribiré innúmeras páginas con un solo objetivo: gritar hasta el cansancio, reiterativamente, mi frase conclusiva más honrada de todas: REDÍMETE A TÍ MISMO. ¡No esperes a que nadie lo haga por ti, pues todos los posibles candidatos a redentores sinceros estudian Historia y se niegan a ser utilizados nuevamente...! Has de perdonarme la insistencia, pero no olvides que estoy quitándole horas al cansancio físico, que tanto necesito por lo esforzado de mi trabajo para subsistir, con el honesto propósito de ayudarte, pidiéndote solamente la recompensa de ser escuchado. Quiero alcanzarte las ocho palabras sentenciosas más exactas de todos los tiempos. Te las subrayo, para que nunca las puedas olvidar:

SI TÚ NO LO HACES, NADIE TE REDIMIRÁ

Jamás faltarán comerciantes de ideologías golpeando tu puerta para ofrecerte sus joyas de chafalonía. A bajo precio -aparentemente- , sin ninguna garantía -eso seguro- y a largos plazos (total serán ellos quienes no cumplirán). Tampoco andarán lejos los traficantes de sentimientos, para jugar con los tuyos. Los mercaderes de la muerte también merodearán, juntas las manos en actitud de rezo, pero en realidad exprimiendo dentro de ellas las

esencias más puras de tu alma sembrada -tanto como la mía- de temores ultratúmbicos, inculcados cruelmente desde la infancia, los que muchas veces abandonan la cárcel del inconsciente, adonde nuestro sentido evolutivo los envió, para volver a reintegrarse a nuestro Yo, incorporados y materializados en conciencia de culpa, de miedo insensato, de pecado ominoso, de sacrilegio infernal. ¡Sobre esa abierta llaga ellos golpearán! Y cuando consigan hacerla sangrar, se ofrecerán amablemente a restañarla. Si se lo permites, jamás en tu vida habrás pagado más caro un servicio asistencial.

Debemos desconfiar siempre, Anadell, de aquellos que, so pretexto de ayudarnos, nos quieren primero asustar. Quien desee sinceramente hacernos menos pesada la cruz de nuestra existencia, no recurrirá nunca a amenazas de males peores. ¡Ese sí que será un verdadero amigo! Se acercará sonriente, en nombre de sí mismo -nunca de tal o cual "partido"-. Nos mirará de frente y acercará su mano, cálidamente tendida. Sin rituales exagerados para impresionarnos, ni palabras rimbombantes. Tendrá la delicadeza sublime da hacer mucho por nosotros tratando de que ni siquiera nos enteremos de sus acciones, por temor a herir nuestra susceptibilidad. Es que ese ser es suficientemente fuerte para valerse por sí mismo, sin necesidad de utilizarnos con el otorgamiento de algún favor calculado ladinamente de antemano. ¡El pájaro se conoce por su defecación! Nunca dejemos de recordarlo.

... Hoy, Anadell, fui con un grupo de muchachos, casi todos ellos más jóvenes que yo, a jugar fútbol en los baldíos aledaños a los bosques de Ezeiza. ¡Qué hermoso momento pasé! Amo a la juventud de la que formo parte, así la de mi tierra o de cualquier país del mundo. Cuando se proyecta limpiamente. Con salubridad de alma. En mi país ya se hacen muchos "picados" de fútbol por dinero, envileciendo la nobleza de practicar un deporte por el ejercicio mismo. En efecto; hoy un tontín compañero de trabajo, cuando le conté que iba a tener un sábado futbolero, me preguntó "por cuánto jugábamos". Al mostrarle mi extrañeza por la interrogación, comentó despectivamente algo sobre "por el amor al arte", qué se yo. Es condenadamente triste algo así...

... La juventud realmente representativa y valiosa de mi Patria estudia, trabaja, no busca matar a nadie y será la que mañana reconstruirá todo lo que una generación frustrada y frustrante dejó en ruinas. Es mayoría y surgirá como una fuerza avasallante el día menos pensado. A una parte de ella, lamentablemente, viejos políticos mañosos y sucios de trenza comiteril la

lanzaron a utopías asesinas, para escalar ellos posiciones interesadas. Luego se lavaron ponciopiláticamente las manos y apoyaron a los verdugos de los hijos de su propia aventura canállica. Muchos se destacaron en tal estrategia rastacuerista, pero hubo uno, especialmente, que llegó hasta el límite. Te pongo el nombre completo, para no ser el lanzapiedras traicionero que luego esconde la mano. Se llamó Juan-Domingo-Perón. (Dios me perdone por la publicidad gratuita que le prodigo).

Pero... hablemos de esperanzas, de personas nobles, de gente cabal. Y, sí: de la Era Moderna. Con la Ciencia y la Técnica subordinadas al Espíritu, y éste proyectado hacia el Futuro, en busca del Espacio Cósmico. Tarea ésta en la que tendrán participación decisiva los niños que están naciendo en los momentos en que eso escribo...

Debemos tomar conciencia definitiva de que se fue una época, en la que vivíamos aprisionados por la pequeña y limitada geografía de nuestro ya insuficiente planeta. Otra Era nace. ¡El hombre no se detiene, por más que algunos hechos negativos puedan mostrarnos lo contrario!

Las estrellas lo esperan. Hacia ellas va; el Tercer Milenio ya empezó. ¿Por qué habrá tanta gente empeñada en seguir viviendo en éste?

Y, en contraste, también pululan por ahí místicos extraños queriendo volver a la caverna, donde quizás nuestros antepasados no se peleaban como nosotros porque debían soportarse en el mismo cobijo para no morir de frío. En eso siempre nos parecemos: ahora no nos destruimos por un nuevo temor, que se llama <u>átomo</u>. Siempre convivimos a regañadientes, por miedo a algo. Tengamos fe de que pronto podamos aguantarnos por convicción de hermandad, para que el escalofrío ceda lugar a la ternura...

Mao Tsé Tung puso a China en la carrera espacial, con todos los medios que posee al respecto, que son muy escasos. El -gran estudioso de Confucio-, no reniega de la enseñanza del ermitaño, pero también intenta la constatación del astronauta. Nixon viaja a conversar con el gobernante-taumaturgo. Los evolucionados dirigentes de ambos países no se escandalizan por el encuentro. En nuestra joven y ya envejecida Nación, todos los días escuchamos cervales comunicados anti-esto, anti-aquello. Con una fanática profesión de fe que espanta por lo infantil. ¿Cuándo aprenderemos que en este tiempo, así tengamos con respecto a los demás un enfoque totalmente

distinto del pensamiento y/o la acción, o aprenderemos a tolerarnos, o nos destruiremos?

Cuando veo tanta ingenua incapacidad siento miedo por nuestro futuro. ¡Es un pavor indetenible, ciego, tremulante, que transita mi piel y se extiende con la malignidad de un sarpullido! ¡Dioses míos, cuánto cieguitonto puesto en situación de decidir que ostentamos! Entonces analizo nuestra culpa por encontrarle razón de ser a tanto castigo. Y la encuentro en esa disposición tan propia de nosotros a seguir mirando hacia atrás, de querer vivir aferrados a los fantasmas de los recuerdos ilustres de nuestros muertos -que en paz descansen-, ineptos. En vez de buscar la acción realizante de vivos capaces.

Es como en el amor, ¿viste? Cuando te encontré -después de buscarte vanamento durante tanto tiempo-, yo cargaba sobre mis doblegadas espaldas el peso de mil derrotas anteriores. Tu sola presencia en mi vida las borró y, en lugar de machacar inútilmente sobre ellas, junté en un solo haz mis pocos triunfos y fui con ellos en mis manos, tanto tiempo vacías por la espera, y ahora llenas de tu pelo, de tu manera de sentir, de tu forma de expresarte. ¡De tu caliente sangre y tu cuerpo mío! Y me llené de canto. Y hasta mi voz, otrora agresiva de resentimientos, se hizo azul paloma para arrullarte y quererte. En cambio vos eras una suerte de Argentina: querías vivir de los fantoches de tu pobre pasado. Te obsesionaban y asaltaban a cada momento. Por eso el largo año de nuestra convivencia fue tan desordenado como esta carta que ahora te envío. También entonces había un rato para el análisis histórico, otro momento de poesía. A veces cambiábamos proyectos sobre nuestra vocación de escritores; otras tantas yo te trataba de convencer de las bondades nobles de la "ideología" tanguera, que tanto me gusta -porque nos enseñó a los argentinos todo lo que sabemos sobre el amor-.

¡Qué grande es el drama humano! La vida nos permite siempre recomenzar, hasta después de haber matado a un semejante. Físicamente, se entiende, ya que del crimen espiritual (del cual nadie está exento y menos ahora), no creo que existan la misericordia y el perdón. Pero, cuando podemos retomar nuestro andar, desde ese imaginario punto cero donde todo comenzaría a ser diferente y positivo, seguimos empecinados en llorar lo que se perdió. Que algo quede bien claro: Chiche Faldrelli no le escribe a Anadell Álamos para intentar un regreso imposible. Porque no mereces un sentimiento de la magnitud del que te profeso. Tendrás que conformarte con mucho menos.

Tampoco lo hago para que el análisis sereno y desapasionado de tu error -no escribo culpa para no traumatizarte-, te golpee como una condena implacable, inindultable. Alienta en mí la infundada esperanza de que aprendas sobre tu yerro, tan humano como el de cualquiera. También yo me seguiré equivocando, pero me esfuerzo para que sean desvíos diferentes, nuevos, que aporten a mi contexto de vivencias algo distinto, original. No esa empecinada reiteración necia, que es tanto tuya como de mi País. ¿Hacia dónde vamos así?

Defecto muy nuestro es echarle la culpa a nuestro prójimo para no asumir responsabilidades propias. Salida muy cómoda para cualquier situación. Hace un año atrás a mí me sobraba tiempo para intentar toneladas de Literatura. Estaba, tanto como ahora, naturalmente dotado para realizarla. Pero empecé a culpar , de pronto, a Dios y al Diablo. Dije que ya no escribiría nunca más porque estaba interiormente bloqueado. Que total nadie me iba a leer, ni a publicar. Dormí, comí y bebí con la rutina maquinal de los cerdos. Es decir: fui genuina, nítida y auténticamente mal argentino. Una queja dolida y ambulante. Buscando justificarme ante los demás provocando el doloroso sentimiento de lástima que necesitaba para poder dormir tranquilo, sin reproches de conciencia. Y así, imagen de prostituta del Once que gasta los últimos cartuchos de su "yireo" mostrando toda la fláccida estructura de su vencida osamenta demasiado gastada de tanto sacudón, anduve un largo año, plañidoso, llorineante.

Y hoy -¡paradoja!-, cuando estoy realmente sin tiempo y podría echar mano a mil argumentos bastante veraces para explicar mi haraganería escribo. Como un poseso. Después de estar ocupado doce horas diarias, en un empleo que amorosamente detesto, para poder sobrevivir. Gozando de un menú diario de alimentación que es la exquisitez pura de la gran variación: pan con mortadela. ¡Mortadela con pan! Ponlo en el orden que quieras. Y rezo mi plegaria de todos los días para que pronto mi almuerzo no sea el del mendigo de la epopeya fílmica de De Sica: pan con fantasía. Fantasía con pan.

Sé que mi quejumbroso País vivirá dentro de poco la misma Odisea. Tendremos que volver a extraer todo de la nada, a construir sobre las ruinas. Y todas aquellas incensateces imberbes que acompañaron tantos años de vida nacional dibujarán una mueca amarga de desolación en nuestro rostro. El complejo de culpabilidad crecerá. Dentro de él -quizás- estén los gérmenes

de nuestra única y verdadera recuperación: la del alma nacional, que de alguna manera moraba en gestación en la primitivez espiritual de nuestros pro-hombres, así fuesen patricios de rancio apellido compuesto como plebeyos anónimos. Pronostico que pronto esa dormida semilla nuestra, fortalecida y noble, será un poco ejemplo para muchos. Seremos, indudablemente, un País que renacerá desde la culpa. Que puede resultar también un maravilloso caldo de cultivo en el gran laboratorio de la Historia.

Yo no me puedo admitir pensar siquiera que mi amada Nación Argentina fenezca. ¡No! ¡Un País que produjo a Jorge Luis Borges y Ernesto Guevara no puede morir nunca! Sé que esto que escribo traerá consigo al retahíla de idioteces de rigor, porque los argentinos somos mayoritariamente afectos a discutir cosillas pequeñitas, soslayando las grandes discrepancias que verdaderamente interesan para nuestra definitiva realización. Nunca cambiaremos opiniones sobre si debemos darle prioridad a la industria o a la ganadería en nuestro desarrollo. O si debemos terminar con la burocracia en aras de la eficiencia administrativa. Es más probable que nos imprequemos a voz de cuello si era o no penal el "foul" que le hicieron al delantero de nuestro equipo de fútbol... ¡Comparar extremos así! -dirían, escandalizados, los puritanos ideológicos-. Y bien: lo estoy haciendo. Y no se va a morir nadie por eso. Lo aseguro.

Tiendo un manto de olvido, pero bien impiadoso, sobre los errores que cometió siempre el Máximo Literato Argentino en sus dislates politiquinos. Quizás todo forme parte de su cachadora ironía y en el fondo se ría como un niño después de su travesura. A lo mejor es la lógica contraluz del genio, pero, de todos modos, no se la acepto. Empero, admiro su conducta de hombre simple siendo grande, viviendo de su trabajo, jubilándose como todo hijo de madre normal. Diciendo siempre su verdad, sumergido en la catarsis de la crisis, para consumo neurótico. Escribiendo, sabiendo que sólo el uno por mil de sus compatriotas lo leerá, porque el resto... le suele temer a un buen libro para esclarecer la mente. Vivir execrado por millones de sus conciudadanos que no conocen una sola obra suya y sin embargo dicen que es "extranjerizante", vocablo que tampoco sabrían explicar con fundamento qué significa.

-¡Borges extranjerizante! -exclaman los tontibobos de mi tierra. Y ese hombre ilustre, reliquia viviente aunque les duela, hizo conocer a nuestro País

en el mundo entero, soportó el horror de vivir con generaciones que lo negaron por su solo "delito" de no sumarse a las payasadas imperantes. Ha pasado sucesivamente del Éxito a la Celebridad, y de ahí a la Gloria, sin perder nunca su condición de hombre común, y puede andar por la calle como tal, sin policías que lo custodien, mezclado con un pueblo al que prestigió y ennoblece como hombre y escritor, y que sin embargo trata de negarlo, con esa torpeza cómica de querer tapar el brillo del sol con una rueda de bicicleta...

-¡Que Borges escriba, pero que no hable! -gritan aterrados quienes temen que por alguna precisión suya les venga a bien el sayo para que se lo pongan. Y Jorge Luis Borges, el más extraordinario escritor de habla castellana en vida, es mejor aún cuando con una frase contestando a un reportaje define una desdichada mentalidad predominante. Por favor, don Borges: si ya no puede escribir, cese de hacerlo. Pero nunca deje de hablar, porque jamás se equivocó como argentino. Los tiempos siempre le dieron la razón...

Por eso lo increpo, hermano, Usted que me lee. Si se le ocurre que no ser sinvergüenza es asumir posición extranjerizante; si quiere hacer creer que no robar, vivir de un trabajo útil, no aprovechar la fama para cuentear a compatriotas es ser desleal al País; si nunca leyó "Oda escrita en 1966" siquiera, no tiene derecho a opinar. ¿No se da cuenta -no quiere- que hay que querer mucho a una Nación para escribirle poemas así? Y le aclaro: Jorge Luis Borges no necesita que nadie lo defienda. Hablan por él más de mil doscientas páginas de Literatura excepcional, que dieron varias veces la vuelta al mundo traducidas en muchas lenguas. De todos modos si aún persiste en su actitud denigratoria, infelizmente, se está equivocando de libro y de autor. Y es demás tonto, porque al pagar por esto que está leyendo me está ayudando económicamente a mí. Le tengo lástima...

Hablando de Guevara, es lamentable que un hombre así se haya equivocado tanto y tan feo en métodos e ideología. Es comprensible que, a primera vista, resulte muy seducente el aparentemente perfecto andamiaje ideológico marxista. Sólo cuando asumimos el coraje de vivir sin vendas en los ojos llegamos a ubicar en dónde está la falla de tan brillante concepción redentorista: a Carlos Marx le faltó, lamentablemente ,contacto con la realidad cotidiana. Por eso pronosticó una revolución en Inglaterra y se le dio en Rusia. ¡No podemos leer en uno solo de sus escritos ningún adelanto futurístico o

profecía que se refiera a la realidad extraterrestre, un hecho cuya magnitud repercutiva histórica ha variado fundamentalmente el acontecer humano!

Hoy el sistema que él dijo caería hecho trizas se da la mano con el que lo debería destruir y mandan juntos astronautas al Espacio, como si fuera un símbolo ya totalmente claro que el porvenir de la especie está en la investigación, no en ridículas disputas ideológicas. Como si eso fuera poco, el decadente capitalismo aplica las propias leyes que él descubrió para sobrevivir, hasta vigorosamente, allí donde la calidad creativa de los hombres hace posible progresar, así estuvieran gobernados por el feudalismo. Y el "comunismo" se vuelve capitalista. Porque cualquier sistema es en sí bueno, cuando el alma del País que lo adopta tiene proyección y fuerza evolutiva. Si ello no ocurre: es decir, si el grito de la sangre no se hermana al cariño por el solar nativo, no hay doctrina económico-social que sirva.

Además, las revoluciones del tiempo venidero no las harán las ratas de biblioteca -que proponen siempre redenciones por injusticias que no padecen-, ni tampoco los profesionales de la Idea Armada, cuyos movimientos son detectados antes de que se produzcan, por lo avanzado de los medios de comunicación. Y de ahí, aplastarlos o coparlos es sólo simple cuestión de tiempo. Los verdaderos cambios futuros los realizarán los militantes de los conjuntos humanos dentro del propio contexto de los mismos y no los que se marginan de ellos para organizar las fuerzas del terror, porque acaban vencidos por su propio miedo, y del heroísmo soñado a la simple delincuencia subversiva hay un solo paso... ¡no habrá ya jamás otra Sierra Maestra!

Es una verdadera lástima que cuando Carlos Marx concibió su... ¿filosofía? no haya existido aún el tango, porque así habría sabido que la lucha de clases en el mundo no es entre ricos y pobres --como él dijo- sino entre otarios y vivillos. Si hubiera podido escuchar alguna genialidad poética de la rea lunfardía porteña, no se habría equivocado tanto al ubicar el motor de la Historia, que es éste: la estrategia siempre cambiante y sutil de los aprovechados para utilizar a sus prójimos miedosos en el pensar y decidir. Aquel "Proletarios del mundo, uníos" debería ser reemplazado por un tonante ¡Calzonudos del mundo, avivaos! Así respondería a la realidad. Además, es ya indiscutible que "burguesía" no es un sector social, sino un estado del alma, que a veces se oculta hasta detrás del castigado semblante de un obrero, y siempre junto al autoproclamado sacrificio de los revolucionarios. ¡Al barbudo

Marx le faltó tango! Si no fuese por ese déficit intelectual imperdonable habría triunfado.

A veces pienso que allí, muy en el fondo de su claro entendimiento, Ernesto Guevara se dio cuenta de todo, quizás en el supremo instante de su inútil sacrificio. Porque ese sereno y desafiante brillo de sus ojos en la última foto, paréceme que quisiera gritar: "¡Me equivoqué pero practiqué lo que proclamaba!". "¡Mandé hombres a la muerte pero también supe morir!"
¡Cómo no admirar la fortaleza de semejantes péndulos testiculares para jugarse tan vanamente como tanto! ¡Que criadillas, Dios mío!

¿Qué País, con semejantes arquetipos, puede morir? ¡Ninguno! Porque si un escritor extiende el lamparazo ígneo de su Literatura sobre toda la Tierra, debe haberse nutrido de las inmanencias telúricas de un solar que algún esbozo de intelectualidad aún ostenta. Y si un hombre baja de su pedestal de Ministro para hacer exaltación de su idealismo heroico -o para pagar con su propia muerte el haber causado inútilmente tantas, lo más probable- , alguna pizca del noble metal conque se forjan las nacionalidades debe quedar en existencia en el alicaído negocio argentino. Sino ya no se darían ni siquiera ejemplos erróneos, como el último que te describo.

Además te digo que, debido a su enorme fracaso histórico, ya me causa estertores de risa, francamente, ese fantasma del "comunismo", que parece que tuviera muy raída su sábana, de tanto utilizarla para espantar incautos sugestionables. Cuando en mi pueblo de Córdoba empecé a afirmar mi derecho a ser yo mismo -porque la personalidad de un hombre es algo que no se alquila, permuta o compra- , el estigma me rodeó de inmediato. Las viejucas plañideras de mil velorios, las innumeras bloqueadas de las trompas de Falopio, que sobraban; en fin: todas las insatisfechas con terribles desintegraciones ováricas, se asustaban y huían a mi paso. No faltaron algunas de sus hijas que se enamoraron un poquito de mí. Entonces las extrañas orgasmohambrientas las sometían a rígido control, no fuese que el monstruo las vejara con su mórbido y asqueroso marxismo-leninismo, que lo estaba convirtiendo en un sátiro capaz de matar veinte niñas impúberes para luego quitarles las matrices y comérselas asadas a la parrilla, tal dinosaurio antropófago-sexual estaba en camino de ser...

Yo estaba empezando a leer filosofía, ¡a escuchar tangos!, a estudiar Historia -Toynbee fue un fiel compañero de mi feroz autodidactia durante más

de tres años con su monumental Estudio de veintitrés tomos-; entonces, te contaba, me di cuenta que en el acontecer humano ya han aparecido cientos de doctrinas que sus delirantes y frenéticos inventores más los autoproclamados practicantes que-nunca-las-practican ofrecen para mil años, y que en la realidad no llegan a aplicarse jamás, porque el contexto social que las produjo cambia y se trastoca a cada instante, haciéndolas inútiles siempre. Así aprendí a tomarlas en solfa adoptando una táctica que me divirtió mucho: cada tanto me declaraba quince días "comunista". Los "anti" eran felices porque al fin yo era lo que ellos siempre palpitaron que debía ser. Los "pro", más que contentos todavía por haber hallado un compañero de ruta que -decían- "era inteligente"...

¡Luego me "desencomunistaba" y otra vez el revuelo!: pasaba a ser "traidor" para algunos y "hombre que había visto la verdad y se dio cuenta a tiempo", para otros. ¡Qué tremendo y soberbio era todo! Solía proclamar mi "encomunistación" y después la correspondiente "desencomunistación" en los bares, las peluquerías; en fin, en todos los tradicionales mentideros de los pueblos donde la noticia de una infidelidad cornística, de enfermedades y/o muertes de vecinos, etcétera, corren como un reguero de pólvora, y enseguida pasaba a gozar de los resultados. ¡Colosal! A veces, a lo sumo a los quince minutos que había manifestado mi adhesión a Mao o Kruschev, ya algún limitado mental me gritaba, creyendo que burlescamente: "¡Chau, camarada!". Era la confirmación de que había yo logrado mi propósito. ¡Cuánta recreación gratuita a costa del prójimo! Sé que Dios me está perdonando, porque El también es ideológico...

Díjome un día Sari, la niñilla de un comerciante de bienes raíces que había cometido la flagrante contravención de rango al trenzar devaneos románticos con este tal demonio extremista engullidor de vírgenes violadas por autoconsentimiento: -Papá no quiere que siga contigo, porque dice que tenés una idea-. Craso, infantil error, mi ex amada; afortunadamente tengo algo más que una idea. ¿Cómo podías suponerme con tanta estrechez mental para albergar a tan poco? Mi mente vaga inquieta y poéticamente por todas las latitudes, mi pensamiento horada mil dimensiones al unísono. Tengo un billón de ideas, no solo una. Quizás un número infinito de ellas, que se simbiotizan, se acoplan, se separan, mutan, vuelven a encontrarse, se desintegran, nacen de nuevo, estallan en fulgurancia de luz, se oscurecen, se repantigan

extendiéndose , se recogen sobre su epicentro para tornar a desarrollarse: ése es mi conjunto de ideas. Grave ofensa que siempre infiere la cerdidad: querer limitar a un hombre cósmico, que intenta la totalidad, al limitado espectrillo de una sola idea. Cuando los seres humanos no nos intraexploramos honradamente para saber algo de sí mismos, ¡qué poco llegamos a conocer a los demás!..

Bueno, volvamos a lo nuestro. Te estoy hablando desde mi tango de todas las horas, de cada minuto, ¡de este segundo! Y, mientras se agolpan furiosamente tantos dispersionados recuerdos y trato, vanamente, de mantener cerradas las puertas de mi mente para que no la invadan, me concedo tiempo para rememorar un diálogo que -ahora lo comprendo- te define perfectamente:

-¿Te gusta el tango?

-Algunos. Un poco.

-¿Por qué, "algunos", "un poco"?

-Porque casi todos ellos no son más que lamentos de traicionados. Además, yo no soy como esas mujeres que los protagonizan: traidoras, dúplices. Por eso no los acepto.

Y yo me sentía feliz, si tal estado de gracia es vivir la complaciente sordera-ceguera del candidato a la insensatez, a la estafa sentimental.

Mis manos comenzaban a navegar las procelosas aguas del mar de tu piel, las recorrían con la anhelante ansiedad de un descubridor y, finalmente, se detenían en la resguardante bahía de tu sexo, caliente y excitado.

Y nos amábamos. Mejor dicho: yo te amaba.

Un día me hiciste al descuido, quizás impensadamente -yo lo creía así- una pregunta sorpresiva, inesperada:

-¿Vos nunca mentiste, mi Chiche?

Te miré, asombrado, y traté de explicar:

-En las cosas pequeñas y sin mayor importancia de la vida todos mentimos siempre, ni los santos pueden salvarse de esa "ley". Unos más, otros menos: a lo sumo esa es la diferencia. Pero, en razones de sentimientos, por ejemplo, yo no podría hacerlo jamás. ¿Por qué me lo preguntás?

-Por... nada...

Lejos estaba yo de imaginar que de esa manera ibas preparando el camino para tu intriga y falsedad, instrumentadas y pulidas con delectación de Artista.

Reconocías el terreno, antes de actuar.

Una caricia más y, de nuevo, tu voz inquisidora:

-Chiche: para vos, ¿qué es la mentira?

Mis manos comenzaban a desandar otra vez los claros laberintos de tu cuerpo para apropiarme por enésima vez de sus tesoros físicos y, creyéndome genial y dominante recurría a la metáfora para satisfacerte:

-Mirá, para que lo comprendas mejor y lo compares al momento que estamos compartiendo: la mentira es como una mujer insaciable, crónica de fiebre uterina, con la cual nos acostamos para hacerle el amor. La noche sería incomparable, pero el despertar terrible. Uno estaría exhausto, estropajeado, y ella seguiría pidiendo más. ¡Más placer! ¡Más gozo! ¡Más, más, más! Y se reiría, vencedora, de nuestra imposibilidad de ereccionar: ¡Impotente! ¡Impotente! Así, empezamos a macanear por comodidad, vamos avivando de esa manera la siempre presente llama de nuestro natural cretinismo y acabamos luego quemados por ella. Sin siquiera cenizas para esparcir al aire.

Un día te comenté: -estuve escuchando el programa radial de Héctor Larrea. ¿Sabés que dijo en cierto momento? Mirá, es algo maravilloso por lo exacto, inapelable: NADIE ESTÁ CONTRA EL TANGO EN SÍ, SINO POR LAS ACTITUDES NOBLES QUE SUELE EXPRESAR EN SU POESÍA-.

Homero Manzi, Cátulo Castillo, Expósito, Cadícamo, Celedonio Flores, Discépolo, etcétera, no hicieron versillos sospechosos de varonines sumergidos en el fárrago de la trampa sexofágica o del creído Paraíso de la drogadicción. Nos dibujaron un hombre pensante, viviente, capaz de ejercer el coraje más difícil de todos los tiempos: el de querer. Hasta la angustia muchas veces, pero con fortaleza, con hombría. Sin perder nunca la línea de una manera particular y original de sentir, de una muy propia proyección del alma. ¡De una forma viril de SER, lejos de la escabullida fuga para no asumirse! Establecieron con su poética una suerte de normas de relaciones -amical, conyugal- que por miedosa comodidad ahora no queremos practicar. Por eso buena parte de una generación vencida pretende ignorarlos. Porque representan su juzgamiento, su dura condenación, su inapelable veredicto. ¡Esa es la grandeza del tango, que no pueden ni podrán empañar nunca cuatro letrillas mal hechas por los inevitables comerciantes de la sensiblería que aparecen y desaparecen a diario!

Es lógico que deban cambiarse muchas cosas: el romance de este tiempo ya no es en la esquina semi-oscura del pantanoso barrio Sur, ahora puro pavimento. Puede nacer imprevistamente entre dos desconocidos que ocasionalmente comparten un viaje en avión. El aroma de la alfalfa ha sido reemplazado por el que sale de los caños de escape de los coches. Y, aunque a veces nos haga estornudar, ello representa un signo de los tiempos y de un progreso que nadie puede soslayar, así tan mal se lo utilice. Pero, de esa inevitable actualización a la negación total existe una ancha, infranqueable hendidura, que no vamos a salvar con el rechazo cómodo.

Hasta no hace muchos años atrás, mi Argentina era un país que sentía y vibraba. Orgulloso de sus tradiciones, podría haberse profetizado, teniendo en cuenta la estultez moral de algunos de sus pro-hombres, que alcanzaría muy pronto una firme adolescencia nacional, preludio de una adultez definida y respetada. Que ya comenzaba a hacerse notar en el mundo.

Uno de los signos de esa armónica y determinada maduración autóctona era el tributo que rendía a su música y al tango por excelencia, ya que el norte folklórico todavía no había logrado hacer llegar sus ecos chalchaleros a la gran metrópoli. Entonces los poetas populares y barriales del tango pasaron a ser los alfareros que daban forma a la vasija de una conciencia; en definitiva y para sintetizar, del alma de un pueblo, imaginariamente contenida en ese cuenco de verdades simples y prácticas, amasadas en tantas obras de arte que, pese a todo y contra todo, están tocadas por el mágico hálito de la inmortalidad y nadie, por más esfuerzos organizados que haga podrá jamás destruirlas. ¡Nuestro glorioso país pisará los umbrales del siglo veintiuno cantando "El día que me quieras" y "La vi llegar"! Por supuesto, también "Balada para un loco", porque ella permanecerá como un signo vigilante de lo que fue alguna vez la alienación argentina, cuando toda una generación quiso olvidar que una nacionalidad se construye partiendo de la esencia espiritual, antes que concretarse en materialidad, formísticamente. Y al querer invertir de esa manera la evolución natural del proceso, se encontró que de pronto ya no le quedaban ninguna de las dos cosas: ni fuerza moral, ni poder económico. ¿Es o no así?

Yo creo que la vida, para que se justifiquen los dolores del parto y la sublimidad de un sano acto procreatorio, tiene que tener siempre una

trayectoria epopéyica, así sea a nivel doméstico. (Esto último, quizá por lo simple, más difícil aún).

A veces pienso, Anadell, lo vacía que debe resultar la existencia de aquellas personas que no le otorgan ese sentido trascendente. Y no creas que me estoy refiriendo solamente a fama y renombre público -que al fin y al cabo los ladrones y/o asesinos también la ostentan-. Tener un hijo y ser para él un padre o una madre en toda la extensión de la palabra, más allá del hecho de la progenitura carnal -a veces producto de un cálculo errado del período de fertilidad femenino-, equivale a tanto o más que una brillante carrera artística, literaria, o lo que fuera. Luchar por él cada segundo para que sea algún día tan siquiera un pálido remedo de hombre o mujer hecho y derecho, importa una consagración de vida verdaderamente meritoria. Mantener en estos tiempos un hogar íntegro que le sirva realmente de escuela cuando todo un sistema educacional muere, configura una hazaña mayor que viajar a la Luna. Porque no es un problema técnico, sino una alternativa de entrega del alma y de olvido del propio ser para que se concretice el otro al que le dimos vida.

¡El hogar! Antiguo regazo caliente, tierno cobijo que restauraba al hombre las fuerzas derrochadas en la bárbara lucha por la subsistencia está hoy, como nunca, herido y agonizante. Es el perfecto ejemplo de célula enferma en el tejido muscular de una sociedad en coma, demasiado ocupados sus miembros durante todo su tiempo en TENER, como para disponer de un instante en tratar de SER.

La sobremesa con cuentos del abuelo ha sido reemplazada por el engullimiento de una comida apurada, con un ojo mirando de vez en cuando el plato, y ambos permanentemente puestos en la pantalla del televisor, donde se mueren a razón de diez semejantes por segundo. La única comunicación que existe es el cambio de ideas sobre lo que pasará con la serie, si la muchacha va a ser violada por el sátiro que no es sino el padre de ella, o si el agente secreto X-21 matará al espía del otro país en la secuencia siguiente, -todo dentro de un copioso charco de sangre viscosa-, mientras el aviso de sopa concentrada en sachets "Mazorca" muestra una desprejuiciada gallina pronta a ser pisada por un gallo muy efervescente, cual si hubiera tomado diez litros de "Horchata de xhufa", el afrodisíaco que ofrecen a los viejos caidopénicos que se aventuren a ir al cabaret "Moroko", que promociona el aviso siguiente y aseguran haría ereccionar mástilmente hasta a un muerto,

según la sonriente locutora explica sugestivamente, paladeándose de fingido regusto, hablando en doble intención.

Luego, al terminar ese agresivo plagio de cena familiar, la hija dirá que saldrá con el novio. Todo el mundo sabe que no va a salir, sino a entrar. A un hotel, se entiende. Y ello no es censurable en sí, porque su derecho de mujer tiene naturalmente para tal evento, y además alguna solución debe buscarle al grito de su libido. Lo negativo del caso es el purismo retrógrado con el que se quiere esconder algo tan simple y normal, y en lugar de decir "vive con Jorge" se siga comentando "sale con Jorge", cuando quien lo manifiesta así y su natural u ocasional locutor saben perfectamente de qué se trata. Pero esta sociedad "liberada" es así: a veces, más que todo aquello que se haga, importa el nombre que se le ponga. La marca lo ha invadido todo. Hasta el amor. Y la vergüenza que hemos perdido totalmente, la más importante -esa que debemos sentir por nosotros mismos-, se convierte en un monacal pudor cuando tenemos que hablar a lengua pelada de un normal y necesario acto de relación de sexos...

Yo te conversaba de todas estas conclusiones filosóficas en nuestro fugaz lecho de amantes escondidos esperando tu comentario, tu reacción. Pero los eludías, ahora sé que para no evidenciarte.

-¡Dame otro beso, mi Chiche!

Yo vivía esos instantes sublimes, poéticamente. Vos no. Pero los utilizabas.

De nuevo tu voz. Arrulladora, calculadamente melosa:

-¿Vos sos peronista? -me preguntabas.

- No- te respondía. Hace mucho que ya no me interesa la política. Ni tampoco me molesta que en nuestro País sean casi todos peronistas y/o radicales. O radinistas. O perocales. Creo que estos dos neologismos tiene la semántica justa para reflejar la realidad. Porque una cosa es exactamente la otra, y -en este caso- si surge una tercera idéntica se sienten ambas muy felices; si por desgracia no fuera coincidente se enojarían las dos sectas y sería una polémica tan inútil como tantas otras, de las que se gastan habitualmente en mi Argentina.

De todos modos y mientras me dejen en paz, sin intentar captaciones tramposas, debo respetarles, por una razón kármica más que por un dictado de tolerancia. Al fin y al cabo el problema es de ellos, y... ¡vaya entelequia! Pero hay que acostumbrarse a pagar siempre con la recíproca, aunque para

ello a veces haga falta hacerle creer al mundo entero que aceptamos una invitación a dar la vuelta en una calesita cuadrada, de tan niños tarados que ocasionalmente simulamos ser para poder subsistir...

Hace años que juraría no ser ya sectario. ¡Es que tengo mucho pavor de serlo!, ¿sabés? Un político no puede nunca decir lo que siente, ni -mucho menos todavía- sentir lo que dice. A mí, en cambio, me gusta sentir, pensar y actuar en la misma dirección. Suponte, mi amor -proseguía yo con ínfulas magisteriales- que vinieras a pedirme lo más sagrado que dignifica a una persona en su paso por la vida: trabajo. Yo analizaría todas las posibilidades con realismo. Y, de no presentarse ninguna cierta, te diría sin entretenerte: No. Pero, si fuese un político interesado en votos, debería en cambio responderte: "Sí, ya vamos a ver". "Espere para más adelante". "Quizás surja una vacante". ¿Te das cuenta? Así desgastaría poco a poco tu limpia esperanza, tu honrada aspiración. Total, siempre hay tiempo después para crear nuevas expectativas, y la paciencia miedosa muchos humanos es más que infinita. Y, entremés, puede haber una elección y hacen falta siempre más sufragios. -"Todos los elementos sirven en un comité, así hayan asesinado a su propia madre, porque cualquiera de ellos es un voto" -decía un caudillejo de mi pago. Ahora él sigue cobrando el sueldo de diez obreros por el sacrificio de haber sido cinco años diputado, lapso en que tampoco trabajó. Uno de los tantos casos de jubilación sin previa prestación de largo período de servicio que ocurren tan impunemente en mi pobre País... cuando todos los días ves cosas así, ¿cómo te puede interesar la política? Es que a su Ciudad de Gloria se llega sacando pasaje en el Tren de la Porquería, que debe repechar en su viaje la Subida de los Escrúpulos y el Puente de la Suciedad, siempre andando por la Vía de la Hediondez.

-Entonces... ¿Qué te gustaría ser? -volvías, mimosa.

-Artista: Eso sí. ¡ARTISTA con mayúsculas!- . Sobre un escenario o frente a una máquina de escribir, como Dios lo quisiera. Hombre simple en mi vivencia interior y consumado Artista en la proyección exterior. En más de treinta recitales de mi producción poética que ya llevo realizados, nunca te podrás imaginar lo que llegué a sentir. ¡Puedo recordar con total exactitud lo que ocurrió en cada minuto! Era, como siempre, una partícula imperceptible y difusa en el aire diáfano de la Eternidad. Pero extrañamente brillante en su insignificancia semi-invisible. ¿Sabés lo que significa entregarte totalmente a

las cinco personas -o diez mil, poco importa el número- que viven pendientes de tus palabras y gestos? Sentir que empiezan a transcurrir por tus venas, por el torrente de tu sangre toda. ¡Que te recorren, que te invaden con su tanteante andar, desnudando tu fingido pudor, mientras estás erguido, como un vigía, con los brazos cruzados sobre el pecho, observando la tragicómica historieta del Hombre sobre la Tierra, parado en el mismísimo techo del Mundo!

Así he recorrido a veces más de mil kilómetros para dejar mi mensaje sin que mediara recompensa material alguna. ¡Pero estaba el brazo en alto, la exclamación de coincidencias, la mano extendida, ese entorno en los ojos conque mi hermano, mi semejante, da a entender que siente importante lo que le digo; que piensa que vale la pena usarle de su tiempo para hablarle de algún momento en que mi espiritualidad compartiente buscó las mágicas palabras de un poema para hacerse Vida!

¡Para tenderse como una serpentina iridiscente de mi hermoso Carnaval, donde nunca podré andar a solas con mi disfraz , porque mi miedo es demasiado grande para no soportarlo compartido! Porque siempre me asalta el temor de que el ruido de las comparsas me ensordezca y que cuando entierren a mi Momo sea yo solo quien deba prepararle su fosa, acostarle en ella, cubrirle de tierra; sin que nadie me dé una mano, ayudándome para que no sea un trabajo demasiado pesado y sin sentido.

¡Qué hermoso es sufrir cien horas de incomodidades por quince minutos de éxtasis en el escenario! Lo he hecho innumerables veces y me he sentido feliz y útil a mí mismo y a los demás. Es más: sé que mi País necesita un honrado Predicador y no le oculto a nadie mis deseos de serlo, de asumirme como tal. ¡Algún día será! Siempre lo espero: despierto, dormido; sobrio y ebrio. ¡Desde siempre fueron todos los segundos de mi vida los mismos sueños!

... Tenía tres años cuando subí trabajosamente al techo de la pobre vivienda de adobe que cobijó mi primera infancia; allí, en la chacra situada a pocos kilómetros de Rancul, en la provincia de La Pampa. Recuerdo que, una vez arriba, agité los brazos llamando a todos para que me contemplaran; mi inocente Ego llegando ya a las nubes.

Después mis mayores subiéronse también y me bajaron por la fuerza. Mi madre probó con sus amorosas manos la fortaleza de mis nalgas, para que me durara el escarmiento. ¡Qué hermosa paliza! Porque lloraba de dolor pero

feliz, sintiéndome en escena, acuciado ya por la necesidad de llamar la atención de mi público para decirles algo que aún no sabía de qué se trataba.

Con los años comprendí que mi Mensaje consistía en un tremendo acto de Amor por mi tierra argentina, esa novia malquerida por tantos de sus autoproclamados admiradores y que puede vanagloriarse de mi distante pasión, que espero no la hiera tanto como para que me siga rechazando siempre, por esta culpa incomprendida de haberme enamorado así de ella, desdeñosamente negativa en corresponderme, quizás porque ha dejado de creer en sus hombres, de tanto que la defraudaron.

¡Inútil es que le grite que mis sentimientos son sinceros, cuando ni siquiera toma en cuenta que ellos existen! Es mi Amada Imposible, lo sé, pero... ¿cómo podría querer a otra, quién pudiera reemplazarla en los terrenos de mi pasión?

Para ello tuvieran que mostrarme un país que exhibiese los ondeantes trigales de mi natalidad, ¡los descolgados ríos serranos de Córdoba!, el cielo apastelado de Catamarca, el verde estallante de la úvica Mendoza, la multicoloridad del sur cordillerano , ¡la majestuosidad andina, el canto riopájaro del Litoral... ! En fin: todo aquello que configura mi dolor de cada día por tanta ausencia del "complemento hombre" para llegar a ser la Nación más extraordinaria de la Tierra. En su personalidad como tal, no simplemente por el fácil impacto de algún éxito económico, siempre bien interesadamente traído por los pelos.

En ese Ego de hacernos oír por nuestro prójimo, los Artistas nos parecemos a los políticos, porque adolecemos la misma veleidad: convocar muchedumbres. Con la diferencia que nosotros cobramos entrada y los políticos no, porque sino carecerían de público. Después recobran los gastos con hartas creces...

En los pueblos paupérrimos del interior de mi Patria suelen además ofrecer un banquete caza-votos, realizado gracias a la estimable colaboración del estanciero del lugar, que dona gentilmente alguna vaquilla para el asado. Luego, cuando el sopor por la carne abundante y el vino trampeado -que nunca toman en la mesa de cabecera los "hombres de pueblo" , acostumbrados a cuerpos de Baco mejores- oscurecen los cerebros, se yergue don Caudillito en toda la pose de su rufiandad y monta su "misse en escene" endilgando su discurso de rigor, atacando a los oligarcas -que lo

financian-, a los que no producen - él nunca lo hizo-, al imperialismo (nadie sabrá nunca explicar exactamente el significado del vocablo de marras) y varios ¡Viva! coronarán la triste payasada...

Después se reparte -si ha sobrado- el resto del asado, y así el futuro votante asegura un par de días más su comida gratis. Quizás los otros trescientos sesenta y dos del año serán de angustias y sobresaltos, que se agravarán aún más cuando don Caudillote esté en el Gobierno, cumbre de su logro personal, ya que el Poder, como expresión de herramienta política de trabajo, no lo tendrá jamás. Y él lo sabe, pero no lo dirá nunca, porque jamás será el espantapajarones de los que picotean de la lechuga de su tramposo almácigo. Sabiendo, ¡vive Dios! que es verdura contaminada y les producirá una intoxicación incurable. Empero, no se suicidan solamente los que se matan, sino también quienes no tienen el coraje de vivir...

¡Varios años de privaciones por cuarenta y ocho horas de ahitez estomacal! Increíble. Pero la estupidez no se mide por razonamiento matemático, sino por deficiencias en la secreción endócrina. En serio: es posible que el idiotismo sea algo así como una anormalidad glandular, fisiovegetativa. Sino no se podría explicar tan mal negocio. Pero la apertura del razonamiento de los que eligen ser tontos está tan lejana como la posibilidad de un viaje a Plutón en monopatín...

Por eso el negocio de los Artistas es más sincero, sin tanto tapujo. Podemos equivocarnos y acabársenos la vigencia. O no tenerla nunca, si erramos la ruta. No estamos rentabilizados de por vida como los políticos, por eso se nos hace difícil trabajar sin "cachet" . Como lo que vendemos -si somos realmente Artistas- es siempre una verdad elemental de la vida, cobramos por ello. Y en el desdichado juego de la sociedad de consumo del cual no podemos sustraer nuestros incomprendentes intestinos -siguen pidiendo bolo alimenticio, así pertenezcan a un ser de mente cuadrimensionada- nosotros somos una muestra más de la obligatoriedad de TENER para que nos valoricen, porque con sólo SER no nos basta.

Más de una vez he visto llegar a los pueblos a auténticos Artistas y payadores de genuino acento, pero el hecho de que arribaran en tren o colectivo hacía que la gente los tomara en solfa, manifestando su preferencia y oblando por algún promocionado gandul que malcantara letras intrascendentes, pero que hiciera antes un paseo por la calle central con su

automóvil último modelo, que en última instancia siempre dejó más recuerdos que su trabajo. De manera que, a no quejarse que en nuestro País haya muchos artistas que hablen de pobreza y traten de fortalecer su economía. Si no lo hacen el pueblo no les presta atención, así hayan decantado su Arte hasta la sublimación; y además los considera fracasados. Porque aquí el que no asienta sus posaderas en auto propio, mejor las ponga en el núcleo central del infierno, para pagar su culpa de no ser automoviléotra.

Debemos tener en cuenta, Anadell, que en toda sincera proyección pública seremos siempre comprendidos por un dos por ciento de nuestra gente. El otro noventa y ocho restante reirá a mandíbula batiente de nuestro otario idealismo. No te escribo esto por resentimiento. Que me duele, claro. Pero te lo manifiesto así, con tranquilidad, sin rencores insanos que a nada conducirían. Debo hacerlo, porque en vísperas de emprender una tarea de ese tipo sólo puedo permitirme manejarme con realidades, para que este caminar sobre la cornisa no se convierta en un inútil paso al vacío, como ya me ocurrió en otras ocasiones. Y muy especialmente hacia 1970.

Entonces fue una etapa decisiva la que quemé. ¡Creo haber sido el único comerciante de mi País que en lugar de hacer mayor "stock" de mercadería trató de acrecentar sus existencias de alma! Abandoné mis negocios y perdí casi todo por fundar una revista, porque veía el futuro más que negro y quería advertirle a mis compatriotas -al menos en el ámbito regional- que íbamos a acabar muy mal.

Con contadísimos amigos que nunca olvidaré -Hugo, "Cacho", "El Pollo", "Petizo" y algún otro que en estos momentos no recuerdo -nos pasábamos largas noches trabajando sin descanso para editarla. La habíamos bautizado "Promoción" porque en ese vocablo estaba sintetizada nuestra idea periodística central: promover al hombre, a la cultura, y también a la necesidad de abrir los ojos antes de quedarnos ciegos por temor de mirar la realidad sin los párpados interesadamente entornados. ¡Tarea vana!: ¡se reían de nosotros!

Recuerdo que publicábamos un dibujo humorístico con personajes locales (esa sección era ruidosamente festejada) y, al final, en la última página, la lista de nacimientos, casamientos, muertes, etcétera. ¡Eran las dos páginas más leídas! ¡Deshonrada madre! ¡Como si parir, connubiarse, espichar y reírse ensañadamente del prójimo fueran instancias más importantes que el destino de la Patria!

¡Luchábamos como locos, sin percibir económicamente nada! Dijimos cien mil verdades que nadie pudo desmentir, abogamos por los desposeídos -que también nos combatían- ; señalábamos a funcionarios deshonestos -nadie nos pudo nunca hacer ningún juicio al respecto, porque las denuncias eran ciertas-; ¡nos desesperamos!, pronosticamos que si no cambiábamos el enfoque ético en nuestro País iban a llegar momentos muy difíciles. Cada nuevo día era una batalla más contra la incomprensión del noventa por ciento de nuestros lectores.

Jamás olvidaré que una tarde estaba preocupado por tanta brega, cuando me detuvo en la calle una señora muy enojada, porque no habíamos publicado la foto de la hija quinceañera que resultó elegida "Reina del Club de la Morondanga y la Salsa Parrillera" o algo así, según se estila. Le pedí la fotografía, la sacamos y viva la patria. Todo eso resultaba más importante, para la mayoría de la gente, que un edil hubiera utilizado dinero del municipio para comprarse un reportaje en un diario de Córdoba, por ejemplo.

Un día me cansé de tanto embate inútil. Ya poco me quedaba por perder y se me presentó la oportunidad, cuando unos amigos de un grupillo político me invitaron a hacer una pintada en las paredes. No muy convencido los acompañé y entonces conocí el triste y limitado horizonte de una cárcel. ¿Sabés lo que decían aquellos a quines consagré mi vida? -"¡Hay que fusilarlo a ese loco!"-. ¡Cuánto aprendí entonces de la idiosincrasia argentina!

Por eso ahora soy un idealista cauteloso, que querés que te diga. ¡Es que gritan sobre mi espalda todavía los veintiún días de tortura psíquica y siento aún en mi corazón todo el horror de la lástima por quienes me querían matar, y también por los que se compadecían de mí, que estando prisionero era mucho más libre que ellos, aherrojados por su temor a decir lo que sabían era verdad, mientras mi propia certeza liberada ya recorría los aires en triunfo, como un alarido que nadie podría acallar jamás! Porque aquellas semanas de Julio me bastan y sobran para intentar perdurabilidades, y por el dimensionamiento que supieron dar a mi vida y conducta.

Después -cuando salí a lo que los tonticobardes llaman "libertad"- intenté proseguir mi lucha política. ¡Hasta que un día me encontré con mi madre tendida a los pies, suplicándome, llorosa y santa, que no continuara más, que me iban a matar! Y mis testículos, todo mi coraje moral, que modestamente sigo considerando enorme se detuvieron ahí, en esa terrible escena. Olfateé

la traición, la sentí en mi carne desgarrada y en mi alma rota. (Ya uno de mis conmilitones estaba a punto de volverme la espalda por un empleo que le iban a conceder en la Municipalidad a la hija). Ahí fue entonces cuando decidí dejar definitivamente de lado la política, que en mi País debiera llamarse politiquilla, porque el vocablo genérico le queda demasiado grande. Pero no quiero abrumarte demasiado. De todos modos, me parece que algún día escribiré un libro relatando mi lucha periodística en Haypuyú. ¡Lo preveo sensacional, si acierto a realizarlo con Arte! Fui un pobre Quijote, lo sé perfectamente. Pero el tal personaje de marras le sirvió a Cervantes para hacer la obra cumbre de la literatura castellana. Es que un cómico soñador será siempre útil a la Creación; un solemne cerdificado jamás: he ahí la diferencia entre SER y TENER

-¿Podría contarte el desenlace final? -preguntábate, ansioso de continuar para desahogarme.

-¡Hacelo, Chiche! -me incitabas mimosa, a fin de calcular mejor mis arrebatos de nobleza, sobre los cuales ibas a trazar el plan de tu duplicidad.

-Bueno-, te contaba-. Seis meses después cierto sujeto que tenía lazos de parentesco con un Ministrote de aquella época me ofreció comprarme la rebeldía. (Que siempre tiene un precio más alto que la obsecuencia, aunque nadie lo quiera comprender). Me dijo sin demasiados rodeos:

-Hay todavía alrededor de sesenta millones para robar en el municipio. Lo designamos Intendente y listo. Usted se queda con ese dinero, no importa como disfrace administrativamente el desfalco...

-¿Por qué me ofrecen la "ganga", si tanto los combatí? - quise saber.

-Muy sencillo- me respondió desprejuiciadamente-. Porque hay gente que, en secreto, lo admira, aunque no tenga el valor de reconocerlo públicamente. Y eso no nos gusta nada, ni nos conviene. ¡Es peligroso! ¡Vale más uno que incendia que diez mil que apagan, cuando el piromaniaco es medio inteligente! Haga de cuenta que yo soy el anticipado bombero que, casual y felizmente, llega a tiempo antes de que usted acerque demasiado el fósforo...

-¿Cómo? -me extrañé-. Perdone, pero no le entendí bien. .

-Simplísimo- me respondió cínicamente-. Cuando Usted haya consumado el delito será un mal ejemplo, y una buena disculpa para todos aquellos que no asumen su condición de ciudadanos alegando que "todos son iguales cuando llegan arriba", y por eso ni vale la pena preocuparse de nada. Porque aquí la

gente apoya por breve tiempo a un tipo como Faldrelli y luego lo abandona para que al sentirse solo caiga en la inconducta como revancha, y así les cauce la calculada decepción que necesitan para justificarse de su ociosidad impatriótica. Es más: quizás cuando concrete el robo empiecen a admirarlo por eso -casi siempre ocurre así- y entonces le voten masivamente si acepta ser candidato electoral. ¡Así tendrá doble oportunidad! Todos repetirán estúpidamente felices que "cada hombre tiene su precio, la cuestión es hallárselo", esa frase que los argentinos atribuyen a Napoleón, y nadie pudo corroborar nunca que el Gran Corso la haya efectivamente dicho.

- Y-continuó- si por casualidad no supo hacer las cosas con viveza, lógicamente caerá en el desprestigio, pero tendrá el dinero y listo. ¡Si usted sabe de la gran admiración que la mayoría de los argentinos siente siempre por el ladrón de fondos públicos, por el estafador de la fe congénere, así en su imbécil idealismo quiera creer lo contrario! ¡Pero si ya lo ha probado en carne propia, tonto! ¿Cuántos votos tendría Usted, que no quiso usar la mentira hacia su pueblo, si presentara su candidatura a Intendente de Haypuyú? ¡Los de su familia y dos o tres amigos, a lo sumo! ¿No es mejor a eso el apoyo de un montón de cobardes impensantes, pero utilizables? Dejará de ser un payaso loco y pasará a ser "un hombre muy inteligente". ¡Le concederán la capacidad que ahora le niegan! A todo le sacará muy buen provecho...

Cuando oí esas palabras, desgraciadamente tan ciertas para ejemplificar la realidad de la conciencia ética predominante en mi idolatrado País, vi como una densa nebulosa comenzaba a formarse delante de mis ojos, transportándome hacia aquel tiempo de mi infancia rural. Recordé todo el enorme sacrifico de mi padre casi gringo, pero bien argentino porque todo lo dio a esta tierra bendita, por ser nada más ni nada menos que un hombre honrado. En esos momentos lo vi inclinarse sudoroso y vencido sobre la greda negorosa, en aquellos años terribles que la lluvia parecía no querer caer ya jamás sobre los campos calcinados de la pampa.

Fotográficamente apareció nítida en mi mente su imagen sobre el viejo arado de dos rejas, tirado por cinco flacos rocines que ni a látigo flagelante podían ya más. El surco que iba siendo trazado era simultáneamente borrado por el viento inapelable que agitada la arenisca indócil. Volví a escuchar su grito, cuando momentáneamente desfallecía:

-¡No trabajo más! ¡No se puede ya seguir! -exclamaba vencido.

Pero a la noche anterior de ese último día en cuyo amanecer ya prepararíamos nuestra mudanza a Buenos Aires buscando mejores horizontes de vida caían unas pocas y cansadas gotas de lluvia. ¡Y volvía a crepitar la llama de su fe! ¡Su humilde esperanza de labriego sin tierra! Y de nuevo a uncir los enclenques caballejos y seguir, seguir. Con el denuedo de un poseído. ¿Cómo echar por el suelo tanto sacrificio de un padre para sembrar su ejemplo? ¡Qué sería de su muerte joven, pobre y santo viejo Faldrelli si su hijo, al que quería tanto y se esforzaba para que "pudiese ir a la escuela siquiera hasta sexto grado" utilizara toda esa consagración de vida para "limpiar" una Municipalidad!

¿Serías capaz, Chiche, de llegar a tanta cretinez? ¿Podrías olvidar tanto amor por sesenta millones de pesos? La Voz de Dios -que siempre me llega en circunstancias decisivas- me aturdía los oídos. ¡La sangre me latió fuertemente en las sienes y dije el NÓ más estentóreo de mi vida! Todo me arrasó desde muy adentro y mi conciencia volvió a quedar límpida como el cielo del sur de mi pago después de que la tormenta descargó sus odres de agua y violencia sobre la agonía del atardecer.

El individuo rió con desprecio:

- Bueno, usted se lo ha buscado. El negocio que rehúsa se lo daremos a "El Chancho" y él sabrá hacerlo adecuadamente.

- ¿Quién es "El Chancho"- preguntabas, besadora y excitante hasta la lujuria.

- Un médico rufián al que finalmente designaron nomás y cumplió al pie de la letra su cometido -te respondía. Después fue candidato y, lógicamente, algunos esperábamos que lograra muy pocos votos, porque un desvalijador evidenciado no puede ser muy aceptado por sus víctimas, ¿no te parece?

- ¡Sí!.. ¡Claro que sí, mi Chiche! -repetías, maravillosamente empalagosa.

Pero, Anadell, me volví a equivocar. ¡"El Chancho" ganó las elecciones por abrumadora mayoría, en medio de los vítores de la admiración popular y la callada obsecuencia de una oposición que ni remotamente era tal, porque coincidían en la automoviletría! (Es que el caudillejo tenía siempre uno de los mejores coches de la villa).

¡Y el soñador de Alberto Faldrelli quedó arrumbado en un rincón, con toda su tremenda verdad, (que no tardó en confirmarse), rumiando su impotente dolor, apretando sus puños con rabia y mordiéndose las manos ante su fracaso como

redentor ético-social! ¡Viendo con horror los tristes días se acercaban, ante la fingida ceguera de un pueblo! De todos modos, un reflejo casi constante de mi País todo. Las excepciones -¡loadas sean!-no hacen sino confirmar la regla. Hoy, cuando es un tiempo muy propicio para volver a creer -yo también quiero rescatar la fe- todavía existen quienes dicen no saber porque seguimos así. Si se radiografían el fondo de sus propias almas hallarán la explicación justa. ¡En un segundo, te lo aseguro!

Así se desliza mi existencia. Y un idilio siempre me llega para restañar tanta enorme cicatriz. ¡Eras la Genoveva de mi dolorosa herida, algo así como la samaritana dulce y comprensiva que se esforzó en ponerme de pie para que pudiese echar a andar de nuevo! Por eso te entregué todos mis territorios interiores, sin ponerle otro precio que no fuera el de tu voluntaria lealtad, que nunca llegó a materializarse.

Desde el principio te anticipé que ser la compañera de un navegante de aguas turbulentas -por puro amor al Hombre y al Mundo- impone una serie de sacrificios que no se pueden soslayar. Te pinté con exactitud tu papel de reposo del Guerrero. Debe ser acogedor, regazoso; tierno su calor como el plumón de aquellos nidillos de pájaros monteses que cuando niño con mis primos solíamos destruir, sembradas como estaban ya nuestras conciencias infantiles de la violencia que comenzaba a manifestarse en nuestro derredor, como el preludio de este momento infernal donde la vida del ser humano ha pasado a valer mucho menos que un preservativo utilizado y luego arrojado precipitadamente a un rincón, como si fuese la visible "objetización" culposa de una vida que pudo existir y destruimos cobardemente para evitar el compromiso de entregarle nuestro propio ser para que pudiera asumirse como tal.

Mis brazos, que siempre habían acunado la desesperanza, ahora se cerraban como sierpes en derredor de tu cintura germinal y niña, que yo soñaba albergaría algún día durante nueve lunas ese pedazo de mi propia carne que tanto anhelo y que, cuando llegue me hará sentirme un dios creante, aún desde mi pequeñez de hombre común. Prietos de la desesperación, quizás intentaban destruirte para que nunca pudieras pertenecer a nadie más. No sé, pero me parecía ya que desde el inconsciente me brotaba la precognición del adiós. Que me hacía vivir cada segundo -sabiéndolo probablemente el último- como una Eternidad.

- ¡He perdido a todo, pero te tengo a vos, mi querida! -te repetía convencido, aferrado.

- Y yo, ¿qué soy para vos?-, inquirías, pienso que para medir la magnitud de mis sentimientos y calcular hasta dónde podías utilizarlos.

Y mi apasionada respuesta:

- ¡Eres simplemente mi todo! ¡Mi nunca, mi todavía, mi estrella! En vos están mezcladas la inocencia del primer poema, tan defectuosamente escrito pero ya reflejo de una acendrada vocación que signaría definitivamente mi vida, y el recuerdo de la tarde aquella en que sentí el amor primigenio de mi núbil pubertad. ¡La nostalgia por la tierra gredosa, con su incomparable perfume de humedad de otoño, que volcaba la vertedera del arado en cuyo asiento iba yo, tomando las riendas con la soltura entusiasmada de mis diez infantiles años, mientras gozaba supremamente con cada oruga que aparecía con la cabeza cercenada, sin darme cuenta todavía que podría haber sido mi amiga si yo hubiese abandonado mi criminal instinto de especie, pues ningún daño quería causarme, ya que los únicos bichos que nos agredimos por puro regusto sobre la faz de la tierra somos los hombres!

Porque representabas todas esas sensaciones es que te amé y amo aún. Porque resumías lo más querido por mí en esos tiempos, no te puedo olvidar. Porque me hiciste vivir un romance sublimado de sorpresas por momentos y aderezado en otros por la rutina de la cotidianeidad, ¡por eso te pienso y escribo! Porque de vos podía esperar en cada instante la pregunta inesperada, que me motivaba a componer una filosofía de la vida que fui desarrollando poco a poco y ahora constituye toda mi fuerza de voluntad, en estos días difíciles de mi sobrevivencia. Como entonces:

- Si no sos político, porque te considerarías un artista fracasado. Si tampoco eres todavía un Artista, porque aún no llegó tu oportunidad... Entonces, ¿quién eres, Alberto "Chiche" Faldrelli?- querías saber.

-No lo sé aún con exactitud, pero creo ser simplemente un hombre, un escritor. Con todo mi ancho río de defectos y mi pequeño arroyito de virtudes. Si querés etiquetarme una militancia, ahí va: soy simpatizante de Boca, desde muy pequeño. No a nivel de muchísimos compatriotas, a quienes el fútbol inutiliza como ciudadanos. Pero me gusta ver ganar a mi equipo jugando bien, y un buen partido sigue siendo para mí el más bello espectáculo del que se

pueda gozar. Sobre todo si es un domingo pletórico de sol, y la pelota va y viene manejada con arte sobre el verde césped...

- ¡Qué bárbaro! -exclamabas- . Ni peronista, ni radical, demasiado individualista para ser socialista... simplemente "boquensista". ¿Se dice así, no? Sos único, mi Chiche.

Y reías, reías... reías ¡Con tu risa de manantial cantarín, mientras seguías desracimando las dulces uvas de tus besos! Eras pequeña y frágil; quizás por eso no te pude ver y tocar, y te quebré tan fácilmente...

Y así se bifurcaron nuestros caminos. No te envidio el tuyo y presiento tu pobre fina, que será el mismo de tus odiadas hermanas protagonistas de tangueras poesías de desencanto...

Mi andar continuará en el éxito. De un libro, estoy seguro. ¡Ah!: cada vez que halle a una mujer que se sienta tocada por un concepto de Discépolo o Celedonio Flores, ya sabré de quien se trata. Juro no olvidarlo.

... Avanza la noche y tengo mucho miedo, Anadell. ¡Es un temor de fracaso! Me espanta casi tanto como la gloria, a la que en definitiva quiero y debo buscar para ser útil a mis semejantes. A un triunfador puede enceguecerlo su Ego y volverle soberbio, lo cual es insoportable. Pero un frustrado puede acabar como loco, lo que es infinitamente peor. ¿Te conté alguna ves la historia del Langosta, el hombre que no podía morir?

¡Jamás pudimos verlo ganador en nada! Fracasó en amores, en el comercio, en la amistad. Muchas mañanas -me contaba- temía levantarse de la cama, porque ya sabía que nada le iba a salir bien. Una vez tropezó con sus zapatos al dar el primer paso y cayó cuan largo era dándose con la cabeza contra la pared y cosechando así veinte puntos de sutura en el cuero cabelludo, amén de fracturarse una pierna. Otro día, al tener presentimientos de catástrofe desistió en bajar del lecho, disponiéndose a estar acostado hasta que cambiaran tales

presagios agoreros. Empero, al estirarse en el bostezo inicial del día se le desencajó la mandíbula. ¡Quería el Langosta reír, porque le causaba gracia tanta mala suerte, y de su boca siempre abierta le surgía solo un vagido, impidiéndole gozar de una sana carcajada autoirónica!

Vivía torturado por sus sueños, que tampoco se le realizaban, porque se despertaba siempre en lo mejor, si eran bellos. ¡Y sus pesadillas eran interminables, cuando caía en el onirismo espantador! Si llegaba a su casa

cansado y quería dormir le brotaba el insomnio y pasaba toda la noche desvelado. Cuando se acostaba fresco y esperaba holgazanear oyendo la radio en la cama se dormía en el acto. Si a alguien se le ocurriera curar al mundo de la inconsecuencia conyugal femenina no tendría más que sugerirle al Langosta que montara una fábrica de sombreros con mangas, y todas las mujeres comenzarían enseguida a ser santas y fieles...

Una vez fue corredor de ciclismo y el público comenzó a aplaudirle porque apareció encabezando la carrera, de repente. ¡En el niño rostro del Langosta se extendió una ancha sonrisa y levantó su mano en triunfo: había vencido al fracaso, por fin! Pero luego se aclaró que iba adelante porque el puntero le estaba por sacar una vuelta de ventaja...

En otra ocasión galanteó una mujer durante catorce años para seducirla. Al final lo logró. ¡Pero en el momento decisivo no pudo ereccionar! Y había vivido siempre atormentado, cargado de potencia inútil...

Cansado y harto al fin decidió suicidarse. Pero tampoco le llegó la victoria en eso: la primera vez quiso seccionarse la yugular con una hoja de afeitar. No advirtió que estaba muy usada y tan malo era su filo que no conseguía sino herir leve y dolorosamente la piel con tal elemento. Llegaron familiares a tiempo y lo frustraron. Luego tomó ochocientos gramos de cianuro de potasio. Pero el veneno había estado expuesto a la humedad y su débil efecto fue subsanado con un oportuno lavaje de estómago. La tercera vez quiso asegurarse: se puso el revólver en la boca y disparó. ¡Ni la junta médica que se hizo para estudiar el caso pudo explicar clínicamente como la bala le destrozó ambas encías, dejándolo casi sin dientes, atravesándole la cabeza y malhiriéndole, pero sin acabar con su mala estrella de una buena vez!

La última vez que lo vi venía cabizbajo, por el centro de la acera, medio tambaleándose. Los ojos muy extraviados. Un gran vendaje en la nuca. Pálido, demacrado, y sin embargo con toda la apariencia de un cuerdo pensante. Se detuvo frente a mí -conocido de toda la vida- y me preguntó tartamudeando si yo "todavía tenía orquesta" . ¡Malditas sean mis condiciones para aprender música, con tantos esfuerzos que al respecto hice infructuosamente, y ahora hete aquí que este Langosta me viene a tomar el pelo de esta manera! Iba yo a reaccionar muy mal, cuando caí en la cuenta de la verdad: el Langosta estaba orate.

Ahora sé que está en el manicomio de Oliva purgando su involuntario delito de fracasar también como suicida. No me cabe la menor duda que algún día le volveré a hallar por la calle y me saludará, completamente lúcido y coherente... ¡porque también va a fracasar como loco!

Es ese el destino de algunos seres, inapelable como el de todos, pero sin mostrar siquiera el mínimo atisbo de un acierto, de un segundo de felicidad total. Y fue tu mérito conmigo, debo reconocerlo. ¡Contigo aprendí que la dicha también existe! Pero que tiene demasiados enemigos cuando se da en este tiempo tan desgraciado. Por eso debe esconderse, presurosamente, cual si fuera un diamante de incalculable precio. (Lo es, por otra parte). ¡Para que no la asesinen por envidia hay que protegerla mucho! Para que el éxtasis no termine en la desesperación, con nada de gloria y demasiada pena, como nos sucedió a nosotros.

¿Ves, Anadell? Te vuelvo a escribir como novio, cuando no sabía todavía que eras una suerte de Dios Jano femenino: dos caras. Cada una de ellas cultivada y embadurnada a puro maquillaje de disfraz consciente, muy adecuado para salir triunfante en cualquier batalla de la guerra de este tiempo, donde la aparatosidad vale mucho más que la esencialidad. Ahora este noviazgo nuestro es literario, y me permite ejercer este oficio de escribir que me fascina. Mis manos ya no transitan las blancas praderas de tu piel. Ahora recorren el agreste teclado de mi Rémington. Apoyo los dedos en él y me sugestiono ser un gran pianista ejecutando las notas de una melodía inmortal. Mi tipia de demasiadas noches de fatiga, en el tiempo que debiera ser de descanso del trabajo fabril, me parece una encantadora música. ¡ Qué bello es ser escritor, así se tenga que simular ser un empleado que aspira a ascensos, y cuando el amo habla de "su futuro en la Empresa" -esa especie de Dios lar que nunca pude saber exactamente en qué consiste-, uno debe poner cara de trepante social y decir el "¡sí!" más cínico de toda la existencia! Y sonreír, sonreír, aunque el chiste interesado que nos haga para crear "clima familiar" sea totalmente super-bobo, motivándonos a llorar interiormente de pena al escucharlo, por tratarse de un humorista tan sin humor...

Hoy El Infame nos presentó al nuevo Jefe de Expedición, con un discurso increíble, letal. ¡Menos mal que aprendimos ya a forjarnos un escroto de acero blindado, sino el estallido había sido inevitable, por tener que soportar a semejante Demóstenes! Nos dijo pausadamente, recalcando cada palabra con

gestos circulares de sus gordas manecillas, que "el señor Rodrigo Valdéz se haría cargo del puesto y deberíamos prestarle la máxima colaboración, a fin de que entre todos pudiéramos remolcar el barco hasta alta mar, y así llegar a buen puerto". ¿¡Qué te parece!? ¡Las metáforas son para los Poetas, jamás para los destructores de la Poesía! Y el barco que él dice no es precisamente ningún trasatlántico donde viajamos cómodos, sino una bárbara galera romana de la cual nos quisiera eternos galeotes, atados al piso de por vida y remando sin horizontes a la vista. Tampoco él ni siquiera ocupa el puesto de mando (llega tarde y se va enseguida), ni será el último en abandonarla cuando se hunda. Es más que probable que nos tire al mar de la desocupación a todos nosotros cualquier día de éstos, para evitar lastre y seguir navegando. Pero... ¡siempre me desvío! Hablo en "empleado industrial" y nací escritor. Para ejercerlo abandoné todo. La familia, el éxito comercial, los afectos -¡tu cobarde amor!- y el "picado" de fútbol con los amigos bajo el sol de Abril de mi querido pueblo cordobés de Haypuyú. ¿A cambio de qué? ¿Del suceso? ¿La gloria? NO: de la esperanza. De este enorme y cósmico deseo de que cada uno de nuestros hermanos hombres amen siquiera a sus profesiones lo suficiente para vivirlas con dignidad...

... ¿Sabés, Anadell, como son los abriles de Haypuyú? ¡Ay, dolor! ¡Cuánto se sufre por lo que tanto se ama, cuando pareciera ya irrecuperable! Ninguna concepción literaria podría encerrar o describir con palabras tanto derroche de la Naturaleza. ¡Es como si el Paraíso del "pre-pecado original" hubiera vuelto a ser implantado en la Tierra!

El cielo se asemeja a una alfombra combada, de luminosidad casi blanca. No es como el celeste de nuestro norte semitórrido. NO. ¡Este blanco-celeste es un delirio! ¡La misma nieve parecería marrón a su lado! El aire es seco, puro. Casi nunca hay vientos, a lo sumo una brisilla acariciante, fresca sin ser fría, templada sin llegar a la calurosidad...

Si salís a caminar en las mañanas por las largas y solitarias calles circunvalantes, comprobarás un silencio sólo quebrado por el canto de los pájaros en los altos eucaliptos y gualeguayes, que sahuman densos perfumes. A veces, lamentablemente, algún niñito ya entrenado en la furia asesinística (o un hombrecillo concretizado en ella), le turban la sinfonía de trinos y cacareos con el zumbido de sus municiones o peñascos homicidas. Afortunadamente casi siempre podés andar solo, caminando sobre un crocante tapiz de

hojarasca y llenándote los pulmones hasta el estallido con esa atmósfera única, mientras sentís que Dios te está penetrando, porque Él está, más que en ninguna otra parte, en todas esas pequeñas y enormes cosas, que son las sensaciones verdaderamente límpidas y hermosas de la vida...

Yo solía, mi amor, caminar a las once de la mañana la cuadra y media que separaba a mi casa de una sucursal de Banco. ¡Era un supremo espectáculo! Yo gozando hasta la transportación de la Madre Natura y los extraños hombrines del mundo del dinero corrían nerviosamente en sus automóviles largos, apurados por llegar a tiempo para depositar, desesperados en lograr un crédito para mantener el "status" y calculando cual sería el estado de ánimo del gerente para seguir manteniendo el romance que les permitiera solventar los cada vez más altos costos de sus respectivos arriendos vaginales.

¡Yo era el rico y ellos los pobres! Pero... ¡Andá a hacérselo entender! Un día escribí un poema dedicado a los cerdobanquistas y automoviléotras -supongo que sabrás algo de semántica para descifrar neologismos, ¿no?- que me pareció hermoso. Te lo copio con la misma ansiedad con la que te enviaba el último soneto de amor que te había escrito. A éste lo titulé "homo-cerdes", intencionada contraposición de homo-sapiens. Ahí va, para que te diviertas:

El mejor auto posible.
(El alma más inservible).

Hacerle de novio a los gerentes de Banco.
(Andar todos los días de franco).

Tener una querida bien-pagada.
(Querer hacerla pasar por Bienamada).

Engrupir con eso a la gilada.
(Que total, de Amor, no entiende nada).

Acumular tocino en las posaderas.
(Insensible totalmente a una buena canción).

Tener de caja fuerte al corazón.

(Fingir ignorar la Nueva Era).

Si “eso” es un ser humano...
¡Voto a Judas Iscariote
que poca cosa somos!

¿Homo sapiens? ¡No!
No: HOMO-CERDES. ¡Sí!

Y sin embargo
son mis hermanos
y debo amarlos.

Y hasta pretendo
¡concientizarlos!

¿Te gusta, Anadell? Siempre me llamó la atención ese gran amor por los Bancos que algunos tienen. A mí no me agrada ir por las esperas que hay que hacer para que te atiendan ciertos empleados con ínfulas de duques, que nunca faltan. Pero no: los cerdobanquistas gozan con esas demoras. ¡Les gustan! Comprensibles: de pintura no saben nada; de música, cero al as; de Literatura... leen nada más que la cuenta corriente. Entonces... ¿de qué hablarían, sino? Así tienen material para comentar: “-¿Sabés lo que me hicieron demorar esos vagos? ¡Casi dos horas! Y le dije al gerente: si esto sigue así les saco la carpeta y me voy a otro Banco. ¡Es una vergüenza!-” Y tienen razón. ¡Claro que lo es! Que existan cerdobanquistas, por supuesto...

¿Por qué tendrán ese extraño parecido exterior -también interior, si nos detenemos una fracción de segundo a analizar- los Bancos, los Oratorios y los prostíbulos? Funcionan en locales destacados del resto, solemnes, únicos. Quizás hasta debiera hacerse una investigación de Morfología -inventado una nueva rama de tal Ciencia, si fuese necesario- para explicar el fenómeno. Que no es tal, si recurrimos al estudio filosófico:

Los Bancos sirven para que el hombre deposite su dinero, las Capillas su fe, los prostíbulos para que dé rienda suelta a su frustración. ¡Triste destino en los tres casos! El dinero va y viene y después de la muerte no nos sirve para

nada. (Y todos morimos, no olvidarse). La Fe es trampeada a cada instante. ¡Tan sólo es el fracaso lo que perdura, hasta convertírsenos en diaria rutina! Quizás por eso los seres humanos aparentamos ser creyentes, comerciantes, ¡escritores!, industriales, etcétera, pero allí, en el fondo, solamente alcanzamos a realizarnos como prostibularios. ¡La cansada mueca facial del Aristóteles Onasis de las últimas fotos me da toda la razón del mundo para pensar así!

Cuando desaparezcan tales escuelas y secuelas de la derrota humana, es indudable que llegarán la Paz, la Armonía y la Felicidad. Logradas en el altar del "Yo te comprendo", porque encendiendo el cirio del "tú me convienes" parece ser que nos oscurecemos cada vez más. Paticojos, manquimánicos, mutilados, tratamos de avanzar por ese sendero de sombras. Y seguimos tropezando y cayendo, tristemente. Miserablemente siempre. Por eso, desde mi azaroso andar, rescato el momento inolvidable de tu beso. ¡Ese que me hizo hombre, amante, niño! ¡Es que existen cosas que solo a vos puedo contarte! Así no quieras entenderlas y aunque deba refugiarme en la construcción de una literatura para poder hablarte. ¡Es mi túnel del tiempo, mi reducto de este duro lapso de separación! Veo crecer a mi novela como me hubiera gustado contemplar el abultarse de tu vientre joven ante al agigantarse de nuestro hijo. Ese que debimos tener, y del que no quisiste ser madre...

... Quizás para ello hubiera hecho falta una noche nuestra, absoluta. ¡La noche de los amantes! Pero no pudo ser: tuvimos demasiados enemigos y, el peor de todos ellos, ese insensato miedo tuyo de vivir, de salir en cada amanecer -imaginaria espada en ristre- a ganarte el sustento y, además del pan, un lugar para tu espíritu, quizás la parte del ser que más cuesta alimentar en este tiempo. ¡Nos faltó noche, Anadell! Tan sólo me dabas unas poquitas horas de tus días, a escondidas. Y eso no alcanza para que dos personas, por el milagro del amor, lleguen a ser una sola...

Nunca podré saber si me hacía falta tanto sufrimiento y desolación para aprender de una buena vez por todas una serie de precisiones que me están convirtiendo en una especie de sociólogo, con método propio, del espectro social de mi País; algo así como un teórico autodidacta lamentablemente inmerso en la desdichada convivencia con el clásico argentino traumafutbolizado, esa suerte de gitano con Patria pero sin ella que ya va conformando una definida conglomeración humana perfectamente identificable.

Los encuentro en cada nuevo empleo que debo frecuentar para sobrevivir. Son mis hermanos ante Dios y como tales los amo, aunque solo un milagro divino podría hacer que algún día me entendieran. Tienen mirada sombría, traicionera. Voz agresiva y resentida. En un País felizmente sin discriminaciones raciales, los agobia sin embargo un extraño "complejo morochista" . Así sean de tez blanca. Para ellos, alguien como yo es un enemigo. ¡No quieren tomar conciencia de que están limitados por su propia despersonalización, por su plácida haraganería de no pensar!

Nacieron -algunos de ellos- en una villa de emergencia, lo sé. Pero casi siempre a pocas cuadras de una escuela. Concurrieron a clase mucho más que yo, que prácticamente nunca pude hacerlo; mi ilustración corrió por cuenta de mis hermanas, que apenas tuvieron ocasión también de aprender a leer y escribir, y de las maestras de campo, que sin estructura docencial enseñaban con el alma dándole mucho al alumno, por eso nunca las olvidé a la Celeste Fierro, la Cleo Moreschi y la Chola Domínguez, como con cariño las llamábamos. Un descolorido certificado de sexto grado que me concedieron por compasión rindiendo examen como alumno libre siempre, preparado gratuitamente por doña Amalia Grimaldi, es todo mi diploma intelectual. No me considero ningún ejemplo, pero lucho por superarme. Pero ellos no: su lidia es para atrasarse cada vez más.

¡Es terrible compartir tareas con ellos! ¡El golpe bajo, la intencionada alcahuetería al muy permeable dueño de la Empresa - a quien tampoco guardan fidelidad alguna cuando se descuida- es su "modo de vivir"! Y me detestan. Porque me niego empecinadamente a animalizarme y volverme torvo y odiador como ellos.

Siempre los trato con dulzura y comprensión, educadamente, tratando de demostrarles con hechos de que no soy su enemigo, sino un compañero más de faenas y que todos debemos esforzarnos hacia el mismo objetivo. ¡Nada quieren comprender! Hay algo en su mestización, en la mezcla consanguínea, que no funciona debidamente. No hallo otra explicación a tan extraña anti-idiosincrasia, que es la culpable de que no podamos llegar a concretizar el indispensable elemento humano para que ese tan ansiado ser nacional se plasme. Una suma no es sino resultado del valor de factores unidos. Si ellos son bajos...

Tal como quieren convivir jamás tendrán acceso a una vivienda digna, ni a una culturización aceptable. (Tampoco les importa: así me responden). Nunca los oigo hablar de una honrada aspiración, y no quieren comprender porque un hombre que empezó desde más abajo que ellos -si es que en la vida existen "arribas"- luche con armas más o menos nobles para evolucionar, y hasta se haya negado a la seguridad económica para serles útil a ellos.

Son mano de obra barata. Lo saben y no hacen nada para salir de esa clasificación productivista. Cuando hablo de poemas y libros con una compañera de trabajo, hacen una mueca algo parecida a una sonrisa cínica, presagiadora de traiciones mayores. La ociosidad y la pereza mental y física son -¡con cuánto dolor escribo esto!- las dos mas caras metas de sus vidas. Jamás plantean una situación de frente: si se consideran perjudicados en algo esperan el momento de dar el zarpazo desde atrás a fin de cumplimentar su extraña vengatividad, que se vuelve siempre contra ellos mismos.

En su tontez siempre confunden buenas maneras con debilidad, consagración de vida por estupidez. ¡Es que a sus existencias no quieren darle contenido alguno! A veces cito en alta voz Machado, Borges, Sábato, Ezequiel Martínez Estrada, José Ingenieros, García Lorca o Sócrates y los observo con el rabillo del ojo: se les dibuja el rictus malicioso en la boca enseguida.

Mientras trabajo debo emplear un solo ojo, porque el restante tiene que estar vigilante sobre ellos estudiándoles los gestos, para intuir cual será la próxima trastada. Planean una especie de guerra psicológica organizada para que deba renunciar a mi empleo y, cuando consiguen alguna pequeña victoria se les ilumina el semblante de malvada alegría. ¡Qué desdicha es para una persona con alguna aspiración de elevación humano-cultural tener que compartir con gente así! Si uno no se suma a sus "trencillas" para no trabajar y sabotear la producción de la Empresa pasa a ser para ellos algo despreciable, por el imperdonable delito de no adherirse a sus conductas sucias, trepantes, reptantes.

Sé perfectamente que escribir esto levantará oleadas de fingida indignación entre quienes ambicionan echar mano a tal elemento humano para utilizarlo con fines propios, pero también tengo conciencia de que la única manera de aportarles algo para su propio bien es decirles lo que realmente han elegido ser, con el deseo de que algún día dejen de serlo...

Usted, el intelectuoso de café que tanto abunda en mi defraudada Patria, métase hasta el cuello en el fangal del sobrevivir, trabando con ellos en una fábrica y trate de mantener una conducta. Entonces verá, interesado ciego y sordo, que no le quito ni agrego nada a la realidad escribiendo así. Tampoco me mueven deseos de revancha, sino amor por mi gente y mi País, ese que Usted quiere hacer creer que se construirá teorizando en una mesa, desde la comodidad del sabelotodo, porque jamás probó en su propia piel una realidad existencial que intenta interpretar subido a su pedestal de erudito, nunca como resultado de una vivencia propia...

... A medida que las horas pasan y crecen se me agigantan los duendes de mis historias; los de mi escasos triunfos e innumeras frustraciones. ¡De mis encuentros desgraciados y coincidencias sublimes! Los fantasmas de mi País muriente, si esa instancia nueva que hoy empezamos a vivir no nos trae una fundamentada ilusión. ¡Agonizamos por pura indiferencia de muchos de nosotros por el propio destino, y nuestra identidad como Nación! ¡Ay, cuántos soñamos con una Argentina diferente!

Y entonces recuerdo a Cucharón, un chico de nuestro grupo político a quien bautizamos así por su cabeza tan redonda, semejante a tal utensilio de cocina. Se llamaba Hugo Figueroa y era demasiado idealista, por lo que se le podía prever fácil presa de algún falso ideólogo. Una vez me confió algo que no le creí, porque de tanto escuchar mentiras de renunciamientos por amor al prójimo uno acaba por volverse impermeable:

-Si el cura sigue ejerciendo tan mal su sacerdocio, andando en automóvil último modelo mientras explota a una chiquilla andrajosa que tiene como sirvienta, se lo advertiré por última vez y después, si todavía no quiere darse cuenta de que esas cosas ya no se pueden soportar si uno es realmente cristiano, le daré el testimonio de mi sangre para que él y la gente comprendan de una buena vez que ya no puede fingir y hay que cambiar...

Al poco tiempo y cuando felizmente todavía no habíamos llegado a mayores me separé de la militancia, y el pobre Cucharón me llamó "traidor", enceguecido por el manejado carisma de un individuo que mandaba matar, mientras cochinamente pactaba conveniencias políticas con las víctimas que señalaba con su propio dedo. (1). No nos vimos nunca más y a mí me dolía en el alma esa separación porque era un ser extraordinario. Y, además, me hubiese gustado serle útil, apartándolo de ese camino, porque no surgen todos

los días jóvenes así, con esa cuota de ingenuidad y desprendimiento hacia los demás. Que los cachafaces defraudan siempre

Pasó el tiempo y Hugo Figueroa cumplió: lo acribillaron en Córdoba. El río Suquía, supongo, habrá contemplado su última sonrisa de satisfacción por haber hallado al fin la muerte ansiada. O -lo más probable- fue una triste y arrepentida mueca de dolor, porque si es verdad que en el instante final se nos revela toda la razón de la existencia con aterradora claridad, Cucharón debe de haber comprendido toda la inutilidad de su sacrificio, cuando apenas dejaba de ser niño e iba en tránsito hacia el hombre. Congruente con sus ideales, ese que en mi País causa el rechazo de la mayoría de la gente...

Nada pudo cambiar con su inmolación tan suicida. ¡Descansa en paz, héroe! Tu nombre nunca engalanará ninguna calle y es lo justo, porque con la violencia jamás se llegará a nada. Y menos todavía cuando hay demasiados interesados en hacerse los dormidos para no despertar a la realidad de sus responsabilidades, y hasta concurren a convocatorias por la Paz hechas por los accionistas de las fábricas de armamentos. ¿Por qué y para qué seguir matando a policías y militares, cuando aquí lo que hay que exterminar es a una mentalidad, de la cual todos somos culpables? No lo quisiste comprender y así te fue, soñador. ¡Tu recuerdo será cubierto por el polvo del tiempo y tu muerte errónea no significará nada para nadie, tampoco para mí, porque te advertí que te iban a utilizar y te negaste a oírme, y no puedo admitir tal torpeza ni siquiera en un limitado intelectual! Pero, en cambio, habrá en tu pueblo un deceso muy recordable: el del caballo "Geme", que ganó noséquepremio en las trapisondas del hipódromo de Palermo, y ya sé que su sagrado nombre figura en la puerta de un automóvil, nada increíble homenaje para unos remos más o menos veloces, que se tributa cuando la mente no quiere alcanzar para nada más que calcular un apronte, o la posibilidad de un relojeo trampeado; es decir, cuando predomina la aptitud de unos genes padrillales sobre la claridad de un pensamiento.

Dícenme que fue un día memorable en la villa y que tal triunfo de caballo -verdadero símbolo de las circunstancias- levantó oleadas de júbilo entre el pazguataje apostador. ¿Qué te parece, Cucharón? ¡Tu tonta ansiedad de mártir por la victoria de un equino! ¿No de dabas cuenta, empecinado aprendiz de ideólogo, que hay que vivir y crear, porque quienes no seguimos <u>la corriente</u> en Argentina debemos permanecer ahí; hieráticos, erguidos, inapelables,

(¡hombres de verdad, no vulgares payasines atesticulados!), para que asumamos el rol de conciencia culposa y visible por tanto desamor, un rayo de luz sobre la enorme sombra; para que podamos continuar gritando que los Derechos Naturales no existen, sino que se conquistan? ¡De que venimos al mundo para sembrar actitudes nobles y bellas, no a perfeccionar métodos para llenar las tarjetas de pronósticos deportivos!

Sí, ya sé: "Tenemos derecho a vivir como se nos antoje" . "Nosotros somos felices así". "Somos libres de hacer lo que querramos" . ¡Las muletillas de siempre! Resulta, señor de la indiferencia, que también los soldados de mi Patria tenían derecho a vivir. Y muchos empresarios honestos también. ¡Y tantos jóvenes idealistas! Pero lamentablemente han muerto. Sabemos quienes son los culpables materiales y directos, pero... ¿y los cómplices espirituales? ¿ y quiénes, así fuese desde la más intrascendente ubicación dentro de la responsabilidad social, nunca aportaron nada para que en nuestro País fuera derrotada la crisis moral que es el caldo de cultivo para que germinen cosas así? Aquí estamos todos comprometidos, así ocupemos el puesto de barrendero de las calles... Comencemos a mirarnos dentro de nosotros mismos.

El tiempo que nos toca vivir está pasando por un verdadero "cuello de botella" de la Historia. Habrá que ajustar hasta el más mínimo detalle para sobrevivir como Nación con una insignificante cuota de decoro, tan siquiera. ¿Queda aún margen para seguir propagando el envilecimiento o para refugiarse en la comodidad mentirosa de la pereza? Si la materia gris es el elemento más preciado del planeta, porque el pensamiento es lo que nos proyectará hacia lo venidero, ¿es lícito todavía el desperdicio de energías en banalidades corruptentes?

¡Yo acuso de traidores del género humano a quienes no quieran asumirse ! Por culpa de ellos, exclusivamente, defecciona un país, decae una Civilización. ¡Los garitos deben ser reemplazados por laboratorios de investigación, los hipódromos por centros de recreo, donde los niños del mañana tengan el espacio vital que casi siempre les falta para su sano desarrollo físico y mental! De una vez por todas, el Hombre primera prioridad.

Pero... Anadell, ¿no me estaré volviendo loco? ¡Infeliz de mí, pedir que las cosas sean como deben ser! De todos modos aguardo sereno y tranquilo, con límpida conciencia, el coro de carcajadas que puedo motivar con semejante

afirmación. Fundamentado, triste y seguro de mí mismo. Hace muchos años ya expresaba que cuando un asentamiento humano pierde evolución espiritual se aniquila y envejece. Entonces también se reían. Ahora, cuando veo a Huaypuyú perdiendo juventud valiosa año tras año, con una atmósfera de pesadez cultural terrible (y ya el fantasma real de la droga también) comprendo que aquellas hilaridades significaban un anticipado premio para los que no queríamos claudicar. Éramos muy pocos, pero está visto que valen más diez mentes laboriosas que piensan, que miles de cerebros perezosos que defecan...

Te juro, mi amada, que me duelen las muertes de mis prójimos. Y también la de Cucharón. Vos la habrías festejado con alivio, como hicieron muchos. Actuó equivocado pero sinceramente, aunque ni tampoco esto justifique, de ninguna manera, matar a los demás, con el pretexto que se nos ocurra. (Incluyo en tal definición no solamente a semejantes, sino también a pájaros que a nadie molestan, a pececillos empecerados para adornar vestíbulos, a perritos encadenados, en fin :a toda la enorme pléyade de seres que purgan delitos que no cometieron). Tengo CERTEZA de Dios y El creó a todos para gozar del albedrío, mientras que tal Derecho natural - ¡ese sí!- no hiera la existencia ajena. ¡Qué difícil resulta en este tiempo hacer comprender al mundo que Dios existe! Para vos es una palabra de cuatro letras, muy apta para el disfraz de las intenciones verdaderas. No estás sola en tal tesitura. Mas para mí y unos pocos más es una existencia real, que cuando lo merezco me ayuda, de manera absolutamente comprobable aún desde la profanidad. Te voy a mostrar un ejemplo:

Hacía tiempo que yo sabía, por pura sensitivización, -facultad que cada día se me desarrolla más- que alguien tenía en algún lugar una fotografía mía para maleficiarme. Es más: deducía que, por tu odio impotente ante un hombre que te gritó tu pobre realidad de cobarde vital y tu doblez de corazón, un día llevarías la foto que te dediqué a alguna practicante de maleficios para que operara sobre ella. Rogaba al Supremo con todas mis fuerzas que el hechizo se quebrara, pues todo me salía misteriosamente mal.

Meses atrás perdí mi documento de identidad. Coloqué entonces en mi portafolios un par de retratos míos tamaño "carnet" tomados hacía algún tiempo creyendo que me servirían, para ir a gestionar el primer día que me fuese posible la nueva documentación. El pasado viernes decido finalmente

concurrir al Departamento de Policía para hacer el trámite y, como medida precautoria ante la posibilidad de algún extravío, decidí echar un vistazo último al sobrecillo. Hete aquí mi sorpresa inenarrable: ¡una de ellas -gemela de la que estaba en tu poder- tenía en su parte superior cuatro pequeños agujeros, producidos por otros tantos pinchazos! Te juro que caí de rodillas, en mudo acto de Fe hacia Él. ¡No podía ni hablar! ¿Magia, parapsicología? Creo que no: simplemente Intervención Divina. Porque Dios todavía manda en la Tierra. Y solamente Él puede hacer que cuatro agujeros en un papel "recorran" más de quinientos kilómetros... Desde ese día todos mis asuntos empezaron a serme más favorables. ¿Ves? Has querido matarme o enloquecerme. ¡Pero resulta que hay un único Dueño de nuestra vida que nos la quita cuando ha llegado el momento! ¡Qué simple y difícil de entender para un alma maligna!

Siempre le rezo al Señor. Le pido, como Salomón, ciencia y sabiduría para los tiempos durísimos que sobrevendrán; lo demás llegará por añadidura. Cuando estoy escribiendo esta carta no sé con certeza si hallaré a algún escritor que la pula y a quien acepten publicarle la obra. Pero deduzco, "siento", que a alguien encontraré para alcanzarle esta misiva, porque Él siempre me allegó a las personas necesarias para cada determinado tramo de mi Camino. En estos momentos -te lo confieso humildemente- me parece saberlo todo. Por ejemplo: que no está lejano el día en que hallaré al verdadero amor, aquel que desde niño navega por las aguas verdemares, sosegadas y tranquilosas de mi alma. No creas que estoy haciendo solamente Literatura, sino que el corazón se va deslizando de mis manos mientras escribo, hasta hacerse canción. Conflictuados, lidian dentro mío es escritor que quiere mostrar oficio y el muchacho que escribe por puro entretenimiento. El profesional estableció un esquema de trabajo:

A) El corazón al servicio de la mente.
B) La mente a las órdenes de Dios.
C) El cerebro dando forma y racionalizando.

El muchacho no tiene Plan de Obra. Escribe sabiendo de antemano que muchas veces encontrará a un interlocutor insensible y sordo, que no querrá comprenderle. ¡Pero bastará que un solo prójimo intente penetrarle el intelecto, que asuma la pequeña y nada riesgosa aventura de asimilarle su alma, para que quede satisfecho! ¡Este es el drama de mi larga noche literaria!

"-Cantarle a todos para que escuche alguno-" como dijo Horacio. Y ese "alguno"... ¿serás vos? ¿O cierto lector lejano, de Europa, África o Centroamérica?¿De mi tierra, Salta, Mendoza, o las Islas Malvinas? ¡Eso es lo que me da Vida! Cuando ejerzo mi Vocación desaparecen los días iguales, la rutina infernal, la maquinal indiferencia prostitutitaria con la que cada mañana salgo a buscar el reclamo de mis intestinos... ¡Cuando escribo, sólo quisiera ser un fogoso amante que le está dando un enorme y cálido beso de respeto, lejos ya de la desesperación del ritual consumado, a la arrugada frente del Mundo, pidiéndole (¡por favor!) una pausa a tanto desatino, algo así como una monumental huelga reivindicando únicamente la necesidad de pensar, para luego intentar existir... ! ¡Cuánta falta hace un paro así!

La noche, que debería ser nuestra noche, es tan sólo unas horas más de Creación, de esta fiebre indomable que me transcurre totalmente, de la urgente necesidad de ser yo mismo, sumergido hasta el cuello en el pantano espantoso de este tiempo, tratando locamente de asirme "a algo" para escapar al hundimiento total y su correspondiente asfixia. ¡La noche incomprendida de la desesperación, cuando queremos estar menos solos y extendemos las manos, ansiosamente, hacia el vacío de la Nada! Podría nevar, quizás llover, esta noche. ¡Un concierto de relámpagos y truenos me harían buena compañía! Pero no... : no hay nada... ¡Nada! ¡Naadaaa! Sólo unos balazos que suenan aquí, muy cerca; mañana sus destinatarios serán incluidos en las nuevas muertes que los matutinos consignan diariamente. ¡Algunos hasta llevan una estadística
macabra! Todo se absorbe ya con total indiferencia...

... Y a mí ni siquiera me va quedando tu recuerdo, porque mi desgarramiento interior lo ha trizado en billones de pequeñas nostalgias diferentes, cada una más lejana e inasible. Siento como si me inaugurara de nuevo, como si naciera otra vez. Como si aquella estrella del sureste que habíamos pactado contemplar a la misma hora, todas las noches, me mirara hoy un poco socarronamente, colgada en el cielo hollinoso del barrio de Almagro. ¡Eso es lo maravilloso!: nos vamos de un lugar, dejamos quizás lo que más amamos. Sufrimos la inconsecuencia de mil promesas, pero al menos las estrellas nos siguen. Como queriéndonos auxiliar con su luz titilante, para que no se apague nuestro fuego interior. ¡Ese que hace que podamos seguir escribiendo, creyendo, soñando, amando! Y esperando en la total certeza de que todo,

finalmente, será. Alguna vez, cierto día, en cualquier lugar. Ojalá esta noche también vos pudieses escribir...

... ¡Con el mismo fervor conque me amaste, con esa ansiedad de todo tu ser que derrotaba las penas y supo convertir mi llanto de siempre en una transeúnte alegría que me parecía inconmensurable, interminable!

Hace unos días, caminando por la estación ferroviaria del Once, me pregunté y traté de responderme, honradamente, si existe el amor: la costumbre de llamar por tal nombre a una simple, convenientista y mutua contraprestación de órganos genitales para el goce hace que hasta los Poetas comencemos a dudar. Pero, sí: ¡Existe! ¡Vos me lo enseñaste! Hay una región, en quien sabe qué rincón del alma, donde no tienen cabida los racionalismos y el cálculo, ni la matematicidad de las computadoras. ¡Allí es de donde se ama! Desde ese sitio interior investimos a una muchacha con atributos que no tiene, hasta idealizarla. De tal incógnito lugar una mujer se nos transparenta y convierte en única. ¡Sus defectos pasan a ser virtudes! Nuestro sacrificio, una esperanzada disfrutación.

... Así también amamos a un pueblo, a nuestra Estrella. A la gente toda, hasta desde la agresión que le propinamos como una impiadosa zurrada para ver si llegan a interpretarnos, a sumarse a nosotros en esta dura militancia del alma. Porque esa es la grandeza del Amor; la de obligarnos a ser compartientes, y quitarnos esa despiadada tendencia al individualismo animal que todos llevamos adentro y nos aniquila como humanos. ¡El Amor nos hace <u>projimistas</u>, el único "ismo" que salvará a la dolida Humanidad, después del ocaso del último redentor!

Por eso te quiero y amo a mi solar natal, a los yermales agrarios, arenosos, de mi primera infancia; a la villa surcordobesa que sustanció mi adolescencia desde los quince años. Y también a la gélida celda de calabozo, con apenas rejas como puerta, que acompañó las largas noches meditantes de aquel frío Julio de la prisión, que me hicieron nacer verdaderamente al sacrificio por Amor, cuando sentí que la tortura de mis hermanos los pobrecillos brutizonzos era algo así como una caricia a la mejilla de mi alma. ¡Y les miraba con mi alma cargada de comprensión, y ellos continuaban con sus preguntas, sus odios, sus alientos fétidos, y las emanaciones nauseabundas de sus espíritus de cloacas, pero no podía dejar de quererlos teniéndoles una inmensa lástima, porque eran y siguen siendo mis semejantes y, aunque trataron de destruir mi

psiquis ella salió triunfante de la prueba, y ahora anda por la vida a puro sentimiento, a veces tratando de recuperar lo irrescatable, pero siempre amando, soñando, esperando! Infatigablemente, poseída de esta loca fiebre buscante de compañeridad, sintiendo que nuestra pequeña verdad es cada vez más un poco la certeza de todos, así intentaran negarla y segarla en su raíz. ¡Pero vive y triunfa, con su tañido de mil campanas echadas al aire!

¡Hoy vi. el amor, Anadell! En el tren subterráneo. Una pareja compartía un asiento y el hombre cuidaba del hijito. ¡Imposible describirte con palabras la ternura de sus ojos, mientras trataba con las manos de enmarcar el rostro del pequeñín acomodándole las puntillas del pañal blanquísimo conque estaba envuelta esa cosilla que ambos miraban arrebolados! ¡Y luego ambos se contemplaban a los ojos, como preguntándose si era verdad tanto prodigio! Las rudas manos de oficio duro del hombre se hacían suaves palomitas en su tarea de ser padre. Se me ocurrió que de repente la ciudad entera detenía por un instante su bárbaro trajín para contemplar la escena...

... Cuando salí, los perfumes del Abasto me parecieron más originales. Y también vi -lo aseguro- que Carlos Gardel, el del tango único, caminaba por Jean Jaurés después de haber salido de la casa, con su sonrisa triste y decidora, como rogándonos a los argentinos que aflojemos tanto puño contraído y dejemos caer los brazos con laxitud... ¡Y que volvamos a cantar, como él nos enseñó!, comenzando de nuevo a vivir amores sinceros, como nos decían sus tangos más hermosos, inmortales como el espíritu de esta ciudad única de Buenos Aires, donde a Dios rogando no muera el último cantor que entone el día que me quieras / la rosa que engalana, porque si eso llegara a suceder sería el certificado de defunción de toda una nacionalidad, más que la muerte de un género musical...

¿Me preguntabas que era el amor? Mirá: quizás pueda responderte con una anécdota. Hoy amé a una mujer. ¡Hermosa y vital! Una de esas escasas -hoy- herederas de Cleopatra con quien un sintiente puede compartirlo todo: desde un café con medias lunas a un lecho marital. ¡Me desesperé por su pelo azabache, por el lirio incandescente de su piel -porque su tez fulguraba, lo aseguro- ! Sentí de nuevo el calor de un beso largo, la tersura de unas manos que resbalaban -avecillas otra vez- por el ardiente cielo de mis mejillas, de mi frente, de mi barbilla. Y así nació otra vez a mi realidad un cuerpo estertórico de pasión, con los ojos encendidos de anhelosidad... ¡Y de nuevo las aguas

restallantes de mi río invadiéndolo todo, anegando hasta la última partícula de mi espíritu, lleno de miedo ante la certeza del próximo adiós que muy pronto sobrevendrá!

Viví varias horas increíbles. ¡Fue un sueño real! Y, cuando el despertar... ¡estabas vos entre los dos! Comprendí la desdichada verdad: ¡sus caricias eran las tuyas, por eso me embelesaron! ¡Su jadeo, su ósculo apretado como una síntesis, eran tu ofrenda! Aquella que dejabas transcurrir por las yemas de tus pequeños dedos tanteantes, que semejaban estar buscando en la oscuridad de una noche sin luna, algo así como un especial grano de arena en una playa inmensa. ¡El que, una vez hallado, se convertiría en millones de infinitesimales partículas deshechas por mi dolor de niño, de hombre, de Poeta! ¡Su amor era el tuyo!

... Cuando la dejé, la miré irse, cimbreante y reina, cruzando la calle. ¡Era como si partiera hacia el olvido un pedazo grande de mi propio ser! ¡Como si el núcleo central de mi alma se fuese con ella, irrescatable ya, hacia el tiempo perdido del nunca jamás!

Yo sé que habrá un regreso y será dentro de algunas horas. Debemos, tenemos que volver a encontrarnos. Pero ya no será como el creído ensueño de hoy. ¡Seremos una pareja de tres! La tendré totalmente a ella y estarás vos mirándome, con ese dejo de melancolía tan tuyo en el fondo de tus ojos de café. ¡Terrible destino de amante! Mi mente insatisfecha pergeña Literatura, como intentando un reemplazo a ese tanto amor que quedó trunco, porque tu miedo fue mayor que tu ansia.

La única forja cierta de los hombres es el dolor. Porque nazco, me fundamento y acrisolo en este sufrir de ausencia, en el duro rigor de la nostalgia que supone revivir cada instante bello de los nuestros con el empecinamiento de un Hacedor, de un omnipotente que cree que le basta expresar una necesidad de su mente y su sangre, para verla cumplimentada en el acto.

Mas, luego en mi desvelar, abro y cierro los ojos varias veces con fuerza, para cerciorarme sin dudas de que la realidad es muy diferente: ya no estás. Irreemplazable y única, a lo sumo puedo atinar a apretar tu recuerdo como un poseído... Y con él navego, como un astronauta de los tiempos venideros, hacia un Cosmos que fue irremediablemente nuestro y que se nos escapó así, como se va ese pajarillo que hallamos una mañana de rocío caído de un árbol

por la herida infame causada por uno de nuestros semejantes y que, cuando se la restañamos vuelve a emprender su vuelo dejándonos otra vez solos, sin su ternura de plumón y canto...

El ave de mi esperanza tiene ahora nombre de País, de Patria. Llegó a la ventana un amanecer de mi soledad, agitó sus alas como llamándome, partió luego raudamente y miró volviendo varias veces su cabecita para asegurarse de que yo le seguía. Un poco resignadamente hice mis valijas y aprendí a andar por los aires también, asustado y tembloroso por miedo a caer. Tremendamente espantado porque mi golpear contra el suelo destroce definitivamente mi posibilidad de volar, con destino de golondrina, pero tratando de hacer verano, aún desde mi ermitañez.

Por eso un día desaté los corceles de mi poesía y me fui, camino de La Pampa, en gira artística. Jamás olvidé a mi representante! ¡Era un típico tránsfuga argentino! ¡Nunca conocí a alguien igual, en materia de artistas innombrados!: lloraba de verdad cuando quería; reía sin fingir cuando se le antojaba. El gordo Pistache -tal era su apellido- pasará a la larga historia de mis recuerdos hilarantes.

Hizo imprimir costosos afiches murales bautizándome "Alberto Faldrelli, el Poeta de América". ¡A mí me daba pavor! Pensaba en Vallejos, Bufano, Almafuerte, Neruda, Darío, etcétera, y me preguntaba cuál era el pecado sacrílego de mi vida para usurpar involuntaria y tan frescamente semejante título, ganado a fuerza de puro talento por tales arquetipos. Empero, ya era tarde, porque mi nombre estaba siendo profusamente difundido por la prensa radial y escrita de una amplia región, y a mí no me quedaba otra alternativa que cumplir. ¡Pocas veces sufrí tanta vergüenza como entonces! Cuando mi extraño apoderado comenzaba a mentir, ya no había otra forma de detenerlo.

¡Guerrero Martinehitz, el "peruano parlanchín", se empequeñecería con un micrófono a su lado! Presentaba una orquestilla que componía el elenco y me hacía desternillar de risa: ... "Este conjunto está integrado por varios ex-músicos del famoso Cuarteto Imperial, y viene en gira de confraternidad argentino-colombiana, facilitada por las Direcciones de Cultura de ambos países. Actuará el 18 en Villa Regina, el 19 en Tartagal, el 20 en Malargüe, el 21 en Ushuaia... " (Y seguía dando fechas de futuras presentaciones en localidades tan alejadas unas de otras, y a las que debíamos visitar con pocas horas de intervalo entre sí, que ni con una flotilla de aviones supersónicos

hubiésemos podido hacerlo). Y proseguía:... "Una vez finalizada la Gira Relámpago de Hermandad -todo parecía decirlo en mayúsculas, por el énfasis y la ampulosidad- que realiza, el Conjunto hará su presentación en el Scala de Milán, y luego en el Carnegie Hall de Nueva York, para retornar enseguida a Buenos Aires, donde en el mes de agosto debe actuar en la Semana de la Música Latinoamericana en el Teatro Colón, juntamente con otros Celebrados Artistas del Continente. Luego viajarán a su país de origen, Colombia, donde grabarán su Centésimo primer Disco L. D. y recibirán la Placa de Oro, por haber sobrepasado los récords de ventas de grabaciones de todos los mejores artistas del mundo, incluyendo a Frank Sinatra... ".

Cierta noche un miembro de la Comisión Directiva de un Club donde actuábamos sospechó algo. Entonces le preguntó a uno de los músicos, un morochillo de la ciudad argentina de Córdoba, "si eran de Colombia, nomás". El muchachito creyó que Colombia podía ser un sitio muy pequeño de la ciudad mediterránea que hasta él, nacido ahí, no pudiese conocer, y le contestó inocentemente:

-No, señor, yo soy de Villa Azalais. Los otros no viven ahí, pero tampoco ninguno en Colombia. ¿Adónde queda eso? ¿Por el camino a La Calera?

... ¡Entonces la Comisión Directiva en pleno rodeó al gordo, empujándolo afuera, para azotarle! ¡Era una noche de bárbara luna pampeana que alumbraba como si fuese pleno día, y el dantesco espectáculo con Pistache levantando los brazos para protegerse de los golpes que ya le iban llegando mientras retrocedía, con el círculo de atacantes que se estrechaba cada vez más, era como para alquilar balcones para gozarlo! ¡Y el gordo que no dejaba de hablar! El sabía qué arma era su lengua infalible. De todos modos, me fui para no contemplar la masacre del indefendible personaje...

... Pero otra cosa sucedió, porque al rato estuvo de nuevo, indemne e ileso (contra todas las previsiones que hubiesen podido hacerse al respeto) en el salón del baile. ¡Los miembros de la Comisión le palmeaban la espalda mientras rogaban, arrepentidos, que olvidara y perdonara el arrebato, explicándole que habían reaccionado así, violentamente, porque eran ya varios los sinvergüenzas que los habían engañado al venderle números artísticos! Pero que él era un hombre serio, y lamentaban de todo corazón lo ocurrido, invitándole a beber lo que gustara. Pistache pedía cada tanto una medida de whisky importado, y mientras lo paladeaba les advertía que otra vez tuviesen

más cuidado de no hacerle pasar un nuevo mal momento, porque sufría problemas cardíacos y los disgustos le provocaban taquicardias que lo acercaban a la muerte, tan tremendas como la que tuvo aquella vez que viajó con una delegación artística a la Unión Soviética y estuvo bebiendo vodka con Kruschev, con quien se enfrascó en una discusión sobre el Arte de Gobernar, y que le produjo tan feo rato discutir con semejante bruto , que casi se muere de un infarto. - "Entonces le dije en ruso (el gordo abría la boca y lanzaba extraños sonidos ininteligibles): ¡Déjese de embromar!, y por suerte todo terminó ahí". Uno preguntó si sabía ese idioma, y el gordo habló largamente de su abuelo, quien se lo había enseñado, pues era originario de Kiev... (¿¡!?).

Entonces le preguntaban qué era el Kremlin y como había sido el viaje, y el incalificable, ya a sus anchas, mientras fingía suspiros de alivio por el reciente atormentamiento, comenzaba a explicar en detalle toda la "gira" haciendo resaltar especialmente el episodio de Bagdad, donde raptó a una hurí musulmana del harén de un califa y la llevó a su hotel. ¡Allí sí supo lo que era una noche de amor "a la árabe"? ¡Ensayó casi cincuenta maneras de hacerlo con la bellísima mujer! ¡La hija del Medio Oriente tenía tal opulencia física que hasta Isabel Sarli parecería una tablilla a su lado! Contaba todo con lujo de detalles, y hasta algunos de los directivos que evidenciaban una larguísima abstinencia sexual en el brillo creciente de sus ojos ya no podían más... dos o tres se disculparon y alegaron "tener que ir al baño para hacer una necesidad" (no aclararon cual). Pistache contaba que la muchacha turca quería suicidarse si la abandonaba, pidiéndole por favor que la trajera a la Argentina, pues al haberse enamorado locamente de él ansiaba dedicarle toda su vida y artes. Pero como buen marido que era a tanto no pudo llegar, por llevarse muy bien con su esposa, una ex-monja que había colgado sus hábitos para casarse y con la cual, pese a las desavenencias que todos los matrimonios tienen era muy feliz, porque se trataba de mujer tan suave, fina y comprensiva que todo lo hacía más hermoso, con su sola manera de ser...

Un día, sin avisarle previamente, visité lo que decía era su casa de la ciudad de Córdoba a fin de conocer a la ninfa. ¡Me hallé con la sorpresa de que en esa dirección lo que había era un hotelucho muy sucio, pulguiento, de los que se califican como "de dudosa moralidad"! Haciendo fuerza para no desmayarme por el húmedo y nauseabundo olor del ambiente subí por una crujiente escalera hasta donde me indicó una eczemática mucama, y llamé a la

puerta de la habitación de Pistache, esperando que me recibiría la ex-religiosa, porque la doméstica ya me había anticipado que "el señor ha salido".

Una voz gruesa y aguardentosa me respondió desde adentro "ya voy"; luego se abrió la puerta y tan delicada ex-votista de castidad resultó ser una carnosa e impresionante marimacho barbuda de unos ciento cincuenta kilos de peso, morochosa, muy jediente a cabrito por su escaso nivel de higiene personal, que además eructó como una estampida de cañón, largamente y contrayendo la boca gargarosamente, antes de preguntarme "que anda buscando" mirándome de arribabajo y deteniéndose casualmente en el medio, bastante más de lo prudente y aconsejable en una dama. Al contestarle que venía a visitar a su marido, me esputó "ese hijodeputa hace como un mes que se fue a vender artistas y no manda plata para nada, y después se enoja y me pega si traigo a otro".

De todos modos me invitó a pasar y, al darse vuelta para precederme soltó una casi silenciosa pero fuertemente perfumada tos anal que fue saliendo lentamente, aprisionada a muerte dentro de su nalguifofez, sin que ella se preocupara demasiado por eso; a lo sumo explicó que andaba "medio floja de atrás", y que eso nos pasa a todos cuando nos vamos poniendo viejos y entra a fallar la válvula, más todavía cundo estamos condenados a vivir manducando guisados de porotos y papas. Luego se sentó despreocupadamente en una casi vencida silla, mostrando con desprejuicio toda la matosidad de su grande entrepierna. ¡Todos los aromas unidos, incluyendo el de la habitación, hacían un vaho superior al que se le adjudica al azufre del infierno, así nadie haya podido regresar para referir su intensidad por haberlo sufrido con sus propias narices!

Luego comenzó a cebarme mate y me contó su pasado; no era un convento su ayer, sino un lenocinio de Villa María. Tampoco hubo tal rapto, porque el gordo la había sacado de allí diciéndole que quería rescatarla de su mala vida al haberse enamorado de ella y se encontraba muy solo, con lo cual no le valía de nada poseer tres coches importados y ochocientas hectáreas de campo en Tandil. Tal propiedad, por supuesto, jamás apareció. Hasta que un día el infame la obligó a volver a ejercer la prostitución, claro que ahora en su propio beneficio, a lo que ella se había negado, por lo que solamente cuando la necesidad económica era muy apremiante solía recibir a algún veterano, "que son los menos molestos porque se casan enseguida y los que más dejan",

explicó con todo orgullo profesional. ¡Esta era la hermana de caridad que estaba siempre a flor de sus labios!

Un día llegamos para realizar el espectáculo a un pueblo pampeano siendo las vísperas del veinticinco de mayo, Fiesta Patria argentina. Aún sabiendo que en el contrato no estaba estipulado que debían proporcionarnos alimento, Pistache hizo tal drama sobre "el tremendo sacrificio que debían hacer los artistas para llevar un poco de Cultura a tan alejado lugar, y el desprendimiento de la Dirección de Ilustración - ahora la llamaba así- que, consciente de la Necesidad, debió realizar tal Esfuerzo para hacer factible la presentación, y que la gente nos pagaba muy mal, olvidando siempre las más elementales reglas de hospitalidad, tan tradicionales otrora en las zonas rurales argentinas, ya que ni siquiera nos invitaban a comer". ¡Se espantaron tanto y carcomidos por el remordimiento se dieron enseguida a la tarea de improvisarnos la cena! Llegando al final el incalificable comenzó a atusarse el bigote como sumiéndose en la meditación; entonces me di cuenta que algo estaba maquinando. De repente, el arranque. Sorpresivo:

-¿Saben qué día es hoy? -preguntó.

-El veinticinco de mayo -alcanzó a responder uno de nuestros forzados anfitriones, medio asustado por el tono de voz del obeso, muy raro para una pregunta sin mayor importancia.

Pistache golpeó, ofendido, sobre la mesa, manifestando artísticamente irritado:

-¡Les pregunto por la fecha del Onomástico, Patrióticamente hablando, y teniendo en cuenta del Devenir Histórico de la Nación!

-¡Ah- dijeron todos a coro mirándose unos a otros, interrogativamente, sin saber qué decir.

El gordo siguió:

-Ustedes se pueden dar el lujo de no concederle importancia a la Magna Fecha Patria Porque Nunca -suprimo de aquí en más las mayúsculas innecesarias, para no abrumar y abrumarme, pero el individuo las decía siempre- salieron de aquí, entonces no saben lo que se puede llegar a sentir estando lejos del país amado cuando llega un veinticinco de mayo... ¡Un día como hoy del año pasado yo me encontraba en gira por el Ecuador con el conjunto folklórico "Los Andariegos", y cantamos el himno nacional parados con un pie a cada lado de esa línea que divide al mundo en dos porque pasa

justamente por el medio, y que ustedes ven en los mapas -si alguna vez los consultan- como simbolizando que éramos argentinos universales, así debiéramos estar trashumando los senderos de América para llevar el acervo nativo a otras tierras! ¡Con cada palabra era la Patria la que vibraba en nuestras gargantas! Esta tierra maravillosa donde muchos de sus hijos ni siquiera quieren tomar nota de cuando llega su cumpleaños, tal es así que a veces hasta deshonran la tradición gaucha y andan con vueltas hasta para brindarle un asado a esta delegación tan nuestra que es algo así como una bandera de argentinidad, flameante por el viento indómito de La Pampa...

No recuerdo que más dijo, pero el semblante de las personas decía a las claras que el complejo de culpa crecía, lo cual no viene a ser sino una corroboración más -por supuesto que con un medio inaceptable- de que la mayoría de nosotros somos conscientes de nuestro desamor nacional, que no se nos pasa por alto que otra debería ser la actitud con nuestra Patria incomparable... Hasta en hechos tan detestables, es posible comprobar una verdad tan dolorosa...

Pistache remató su demosteneada con una cortante afirmación:

-¡Seguro de que ni siquiera tienen una grabación de nuestro Himno, de tan poco respeto que les merece!- dijo entrecerrando los ojos y llorando como una Magdalena, mientras espiaba las reacciones de los demás. ¡Dos lágrimas -reales- corrían por sus mejillas!

- No- respondieron culposamente avergonzados todos, disponiendo de inmediato el viaje de una camioneta para que fuera a pedir prestado el disco que sabían que poseía una escuela rural distante como ochenta kilómetros.

Luego fue difundido al iniciar el espectáculo. En medio del silencio total, y con toda la concurrencia de pie cantando, él subió ceremoniosamente al escenario, concentrado, solemne, llegando hasta el micrófono, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

-¡¡¡... viva la Patria!!!

¡La apoteosis llegó! ¡Varios "vivas" respondieron con admiración a la exclamación de Pistache que, soberbiamente, bajó de la tarima, mudo de emoción y recogimiento! Después, en un descuido, -con valor de Símbolo todo, aplicable a otras circunstancias y protagonistas- se robó el disco...

Hombres - alguna manera hay que llamarlos- así nos hacen comprender más esta triste realidad nuestra: la de utilizar muy mal tanto buen coeficiente

de inteligencia -ese que afuera valoran, contratan y aprovechan- siempre para engañar a quienes esperan un mentiroso para después justificarse, en detrimento de la Salud Ética de nuestra Nación.

Cuando alguien pregunta qué debiera hacer para que nuestro País fuera el que debe ser, de acuerdo a los atributos que le confirió Madre Natura, lo más correcto sería responderle qué NO debe hacer. A saber:

1º) NO COIMEAR, en cualquier ubicación que actuemos.
2º) NO admirar secreta y/o públicamente a los tramposos.
3º) NO justificarlos, con cualquier pretexto que fuere.
4º) NO ROBAR, ni dejar que roben.
5º) NO apoyar "trenzas", ni participar en ellas.

Pueden haber muchos no más, que en estos momentos olvido. Lo fundamental es que muchos de nosotros nos definamos de una buena vez por todas: o somos conscientes y normales ciudadanos, u optamos por el ingreso a la delincuencia, porque en este juego de quedarnos "a media agua" confundimos hasta a los bienintencionados, - que felizmente quedan muchos aún- ¿O es que no tomamos tal decisión porque hasta para asaltar Bancos hace falta tener algún tipo de valor?

... En la fábrica donde trabajo hay un muchachito a quien he bautizado "el papibóquico" porque habla -defecto del cual no tiene la culpa, pobrecito- como si tuviese un molesto tubérculo rodando por el paladar . ¡Ese sí que es un típico... ! Sostiene que "hay que robar, porque sino nunca se llega a nada". ¡Es velocísimo para quedarse con cosas ajenas y mentiroso en su tartamudez para justificarse! Aparece algo así como el caudillito que hace justicia por propia mano, ante la insensibilidad patronal. Eso es al menos lo que creen mis argentinos compañeros.

¡Mi amado hermano papibóquico es irrescatable! Traicionero y alcahuete como el que más, da pavor hasta sostener una conversación con él. No obstante estar continuamente ratereando "para llegar a algo", como el pobre define a su idea de progreso, no tiene ni siquiera vivienda propia. ¡Pero el tontillo sostiene que "tendrá mangos", que "irá para adelante"! En fin. todas esas pequeñidades nuestras que constituyen la estupidez consabida de cada

día. Los ídolos el nonato son Perón y López Rega, fundamentalmente. ¡Porque "hicieron plata" y "fueron vivos", según él!

¡Ay, irredimible semejante mío! "Vivo" , pero de verdad, es aquel que atesora la fuerza del corazón necesaria para no adscribirse a tan triste concepción de la vida y la conducta. ¡Vivo es ese ser que supo dejar sentado ante los que lo amaron u odiaron -poco importa, porque los extremos son siempre iguales- una limpia conciencia ética, acrisolando en el sacrificio de cada minuto una fructífera siembra de hombría de bien, con todas las limitaciones que los débiles humanos tenemos, pero guardando en lo esencial una acendrada vocación de rectitud para no adherirnos a la trapisonda, a la corruptela barata y mínima -o máxima, que es lo mismo- . Ante ese tipo de viveza es que ofrendo todos los fuegos de artificio de mi Creación literaria. Los otros no valdrán jamás ni un minuto pensando para escribir...

Creo, Anadell, que es ya tiempo de que los argentinos llamemos definitivamente las cosas por su nombre y acabemos con la "ideología Bairoletto" que nos retrograda cada día más. ¿Te expliqué alguna vez en qué consiste tal "doctrina" y quien fue el sujeto del apellido de narras? Por si acaso te la vuelvo a repetir, entrando necesariamente en algunas consideraciones previas, para ubicarte.

Bien. Sabrás por experiencia que en nuestra pobre Patria no queremos concebir y llevar a la práctica una mejor y verdadera justicia social. Esa que da al individuo que más se esfuerza y mejor produce, material o intelectualmente, una serie de prerrogativas de conducción sobre los perezosos. No la otra, la que quiere practicarse en los mal llamados "gobiernos populares", que no son sino la exaltación interesada de la ociosidad y la molicie premiándolas como si constituyeran méritos con el fácil señuelo de la demagogia. ¡No, por Dios!

Justicia Social significa que cada hombre tenga la posibilidad que se merece, de acuerdo a la dimensión de su aporte mejorador en cualquier nivel de lo que nominamos Sociedad, País, Nación. Podríamos definirla como la correcta retribución al hombre producente. Porque, al fin y al cabo, lo único que puede repartirse es lo que se crea. Al sueño de los indolentes es imposible distribuirlo , y del mismo nadie más que ellos se beneficia...

Como para eso hacen falta posiciones claras - y los argentinos huimos de ellas como la peste- los autopostergados de mi Patria vivimos esperando el "justiciero"que les monde dinero a los ricos para traspasárnoslo gratuitamente

a nosotros. ¡No aceptamos la puesta en ejecución de una idea equilibradora del circuito producción-distribución-consumo! ¡Eso costaría abandonar el egoísmo, tener militancia ciudadana! NO: preferimos esperar a nuestro folklórico Robin Hood, industria nacional. Y entonces malcriamos algún Bairoletto.

Juan Bautista Bairoletto, apodado "el pampeano", fue una suerte de milagrero prófugo de la Justicia que vivía huyendo y batiéndose con la policía de toda La Pampa y provincias limítrofes. Sin duda se trataba de un sujeto de fuerte carácter que, al ser víctima de un exceso de rigor policial no encontró mejor manera de cobrarse lo que decía era una deuda que delinquir matando a quienes debían cumplir con la misión de atraparlo.

Casi nadie quiere parar mientes en que el origen de sus problemas nació por meterse a frecuentar el lenocinio (que tenía muy mala fama) de su pueblo natal, y entonces resultaba lógico que su vida derivara en cosas sucias, como fue el del asesinato de un evidente mal funcionario policial por cuestión de polleras, hecho que desató su carrera de proscripto. No: para la interesada y redentorista imaginería popular Bairoletto -a quien ya llaman santo, como al obispo Cirilo de Alejandría los veintiocho de enero- no es sino un pobrecillo infante de pecho que mató... por bueno, de pura mala suerte que tenía. Como si el revólver que manejaba -es fama que admirablemente- lo hubiese empuñado el mismísimo Fantasma de la Ópera.

Alguna vez el fugitivo de la Justicia obligó a un propietario rural a extender por la fuerza recibos por el pago de arrendamiento de un locatario que estaba a punto de ser desalojado. Pero "el pampeano" hizo tal beneficio porque no escapaba a su perspicacia intuitiva y naturalmente despierta el impacto de la fama de "justiciero" que en la población chacarera iba a causar el hecho, y así ganaría un cómplice más que lo escondiera cuando la Autoridad le anduviese muy cerca. Casi nadie era dueño de la tierra que trabajaba, entonces cualquiera que infringiera una aparente derrota a los terratenientes captaba la simpatía de todos, así mandara a la otra vida a un centenar de agentes de policía...

Así nosotros, en lugar de dejar de lado nuestro individualismo suicida y organizarnos para defender legítimos derechos, sabiendo que ese es el único camino para alcanzar reivindicaciones duraderas y verdaderas, vivimos

esperando al próximo Bairoletto a escala nacional para que nos diga que somos unos inocentes débiles niñillos castigados por la insensibilidad ajena. .

En último caso diremos que procedemos así "porque somos latinos" , y si nos siguen apretando más con las inapelables estocadas de nuestra culpa consciente nos defenderemos arrojándole un puñado de arena a los ojos de nuestro contrincante moral, y luego aprovechando la confusión le asestaremos una patada en el bajovientre, atribuyendo todo el problema a la vigencia del "sistema" , lo cual no nos impide traicionar al que sinceramente intente alguna vez cambiarlo, y lo empujaremos a jugarse con fingida ahesión al principio, y cuando llegue el momento cierto de los desprendimientos personales lo dejaremos solo, argumentando que tuvo un "desvío ideológico", o algo parecido. ¡Es que nosotros somos algo así como un enfermo a quien el médico le asegura que si no deja de fumar morirá de pulmón, pero el cochinillo lee algún suelto con respecto a que una "manosanta" sanó a un tabacoadicto de tal mal, y entonces responde a la prescripción del facultativo comiéndose todas las mañanas un colmado plato de puré de cigarrillos!

Así se nos hacen resbaladizas y gatunas nuestras relaciones -desde las comerciales a las sentimentales- y así también, muy zórricamente, no establecemos nunca la frontera que separa a ambas, porque al no delimitar con precisión tal zona franca disponemos de todo un territorio en litigio donde podremos manejarnos con la flexibilidad convenientista necesaria para sacar mejor partido de nuestra parte...

Por eso tampoco pudimos concretar lo nuestro, Anadell. ¡Y eso que un día te dije como debía ser la mujer de un soñador! ¡Debe tener la dimensión de una guitarra, que hace que el hombre que la pulsa con amor se agote transitándola y no acabe de recorrerla nunca, porque en el diapasón del alma de una hembra sublime están escondidas todas las vibraciones del Universo! Y vos... asegurabas ser así, pero el tiempo pasó, y entonces supe que acuné entre mis brazos a un pobre y desvencijado charanguito sin cuerdas...

Con el último resonar de tus débiles ecos, atinaste a preguntarme "si te había perdonado". ¡Triste pregunta de una amante! En la vida existe solamente el Amor, que es algo así como una invisible fuerza traccionante que nos hace andar, construir, destruir. ¡El amor vence al olvido y a la muerte! ¡Ni siquiera respeta al odio, porque los grandes resentidos son quienes más aman, y sólo un sobredimensionamiento de su sentir es lo que nos y les hace creer

que detestan! ¿Si es una fuerza tan enorme, cómo se puede dentro de él hablar de la misericordia y el perdón, dos debilidades autojustificantes de la cobardía? Ni siquiera se concibe, amando, a la pena, porque un hombre y una mujer que se entienden en ese segundo único donde dos miradas que han estado buscándose sin conocerse aún de repente se encuentran y sellan un pacto inmortal, ¡no pueden dar ya lugar a quebrantos espirituales!

Los términos medios no existen en las conceptualidades del alma, que son las que en definitiva conforman al Ser. No es que se pueda querer y al mismo tiempo incurrir en una trasgresión de ese amor. ¡Se ama o no se ama, simplemente! En el grande cofre del Sentir no existe lugar para dos sentimientos, por más que nos querramos investir de dragones lanzafuegos contra imaginarios enemigos que inventamos a cada momento, para tener un blanco donde descargar nuestra agresividad. Que también es una forma de amar.

Adoro hasta la desesperación a quienes en el gran drama de la vida asumen el papel de enemigos míos: los quiero aún más que a mis amigos. A éstos me resulta fácil apreciarlos, pues no recibo de ellos sino atenciones. A quienes intentaron o aspiren destruirme los amo más todavía. Sé que les hago un daño porque los estoy defraudando, de momento que ellos esperan de mí una condigna respuesta para que los justifique en el papel que asumen, pero esta actitud ante la existencia es ya una acendrada manera de ser que ya nunca podré cambiar. Quizás existan en mi camino tantos agresores porque por mi forma de asumirme lo he sembrado de acreedores que siempre anhelan cobrarse alguna vieja deuda de rencores; lo sé. Pero también los comprendo en este caso. ¡He aquí el vocablo justo: comprender! Su práctica es la más difícil de todos los verbos, y su conjugación vivencial podría ser:

Yo te comprendo, para que tú no te desanimes.
Tú me comprendes, para que no me sienta tan solo.
Él nos comprende, para que seamos tres.
Nosotros nos comprendemos, para resultar muchos.
Vosotros nos comprendéis, para que nonos creamos solemnes.
Ellos nos comprenden, para que seamos un mundo.

¡Pocas veces, Anadell, viví un miedo mayor que el de esta noche! Siento que estoy a un medio siglo de mi muerte física pero ya pienso en ella constantemente, en los escasos momentos de mi meditación, cuando mi estómago chirriante accede a permitirme tal lujo.

Antes, acosado por tanta lectura orientalista infestada de concepciones ultratúmbicas budistas, soñaba con una histórica y pública cremación de mis restos y su posterior ventilación al aire, porque me sentía nirvanista y poco me importaba el cuerpo, simple estuche de mi alma, según la filosofía religiosa a la que adhería.

Ahora, anheloso de incorporarme a la realidad tangible de mi País y nunca ya separarme de ella tampoco quisiera morir físicamente. Pero, como sé que eso es inevitable, tomo las previsiones del caso: vanidosamente aspiro a que me entierren sin costosas cajas mortuorias que otorgan "status" o intentan que uno sea cuando nunca más será. No: quiero el contacto directo de mi piel con la tierra, esa argamasa gredosa que cuando pequeño aré y ya me impactaba con su poético olor de humedad, mientras grandes bandadas de chimangos revoloteaban graznando sobre mi cabeza, llegando casi hasta rozarla.

¡Si!: tiene que ser debajo del viejo árbol de paraíso de mi casa de Haypuyú, si es que algún despiadado no lo tala en nombre del progreso, pero en realidad para satisfacer algún rencoroso complejo arboricida. ¡Claro! ¡Así me gustaría! ¡Para que nunca más tenga que marcharme de esa villa a la que tanto amé y sigo queriendo, aún desde mi deportación espiritual! ¡Quiero quedarme para siempre en sus días de abril, escuchando el canto bellísimo de la misma calandria que me acompañó durante mis luchas y esperanzas! ¡Estoy seguro que subiría por las ramas con todo el fuego de una savia enamorada y dulce, siendo cada hoja que brotara de tan inmensa fotosíntesis algo así como un ojo mío contemplando mi Patria maravillosa, en un tiempo incomparablemente mejor de su acontecer! ¡ y me constituiría en un vigía irremunerado, cuidante y apasionado para que nunca jamás le roben los sueños a mi tierra, para que ya sus propios hijos no sigan tratando de entenebrecer el brillo de su Estrella constelada en el frío cielo de tan largo invierno... camino hacia la primavera floral que nos espera... !

¡Qué hermoso sería semejante regreso vegetal a la atmósfera de mi País! Podría contemplarlo todo y nadie se atormentaría demasiado por mi presencia. Recibiría, sí, el riego vejigal de algún perro - ni Rabito me perdonaría- pero no

la orineada mental de tanto prójimo... Pero todo eso no es nada más que proyectos, y mi realidad existencial es muy otra; la que debo asumir a las seis y media de la mañana en un colectivo de la línea ciento cuarenta y seis...

Hoy, cuando subí al micro para ir a mi trabajo en una fábrica de Villa Bosch, donde me gano el sustento, y... después la sigo, porque ahora creo conveniente aclararte lo siguiente: Alberto Faldrelli escribe, mal o bien, por pasión a su Argentina. No le pagan por eso ni la CIA, ni Mao Tse Tung, ni la Cuarta Internacional, ni la Sinarquía, esos extraños engendros a los cuales los incapaces les echan la culpa de sus fracasos. Hace Literatura por actitud de reacción propia y muy suya ante tanta pasividad de muchos compatriotas. Y, además -ahora te estoy hablando al oído- escribo porque me siento útil. ¡Qué carajo!

Como te iba contando, mi querida, hoy tomé el transporte en la esquina, y primero ascendió un hombrecito que atiende su pequeño negocio de comestibles en el barrio. Lo saludé con una inclinación de cabeza, puesto que nos conocemos de vista, y he aquí la salida increíble del sujetín respondiendo al saludo, sin que mediara inquisición alguna de mi parte:

-Tengo que viajar en colectivo porque no me han entregado el auto en el taller espero que me lo den mañana porque le están haciendo bujías y válvulas y no consiguen los repuestos hay que ver estos mecánicos qué embromados que son pero le hacía falta un ajuste al auto así que espero que me lo dejen perfecto y me lo terminen enseguida porque no puede ser que tenga que viajar así... -lara, lara, blablá, hasta el infinito.

Vi algo así como una argamasa gris que iba rellenando lentamente mis testículos hasta producirme una elefantitis gigante. ¡Sentí que mi escroto se hinchaba como un globo elevándome del asiento, y si no hubiera sido por el techo estaría avenida San Martín cielo arriba, hasta tutearme con las estrellas mañaneras! Cuando el increíble bajó respiré, aterrizando, pero fue por poco tiempo: otro humanoide había tomado ubicación cerca mío y conversaba con un prójimo semicalvo que estaba de pie a su lado, contándole que la cuota de novecientos cincuenta mil pesos que pagaba por su carro era demasiado alta y le exigía muchos sacrificios. Remató todo con una frase genial, digna de figurar en caracteres de oro en la ancha y larga galería de la incalificabilidad nuestra:

-... Hay que tenerle un gran amor al auto para poder llegar a eso...

¿Te das cuenta, Anadell? ¡Un gran amor! Yo te escribí muchas veces esas tres palabras. Pero es que para mí representabas eso. Y me hace sentir completamente normal amar a una mujer. Pero... ¿qué pensar de un individuo con tal inclinación? ¿Será autosexual? Porque dentro de poco -profetizo- va a nacer esa forma de perversión: la autosexualidad. Los prostitutos de semejante manera de gozar... ¿con qué se harán fagocitar? ¡Con una biela, el caño de escape, la palanca de cambios, qué se yo! ¡Será colosal! Comentarán entre ellos- se me ocurre- parodiando a un suavecillo que conocí en el boliche del Chino, en el Abasto:

-¡Esta noche voy a salir con un guachito muy lindo, modelo 86! ¡Vieras qué cosas tiene! ¡Ay, qué lindo!

Sí, Anadell: en ese colectivo viajaba mucho de mi País. Por lo menos, una demostración cabal de la mentalidad, ¿predominante? Los desertores, a las catacumbas.

No pienses que este libro está mal escrito hay una crisis de la novela. ¡Lo que ocurre es que estoy componiendo una novela de la crisis. ¿Cómo podría colocar frases pulcras, rebuscadas, geniales, adjetivos lindos, cuando a mi alrededor se está destruyendo una sociedad? ¿Cómo pensar en puritanismos de estilos, cuando a mi lado se putrefacciona definitivamente una anti-idiosincracia? Ganas no me faltan de jugar con el lenguaje, de hacer giros arabésquicamente, pero... ¡Qué cuernos! ¡Escribo para ver si puedo despertar a alguno aunque más no sea una pequeña manifestación sentimentalística, no buscando pasar a la historia privilegiada de las letras mundiales! Aunque... ¡Quién sabe! "Pinta a tu alda y serás universal" . ¡Sí... ! ¡Toda la crisis del planeta tiene mucho de la nuestra! De aquel único "Amáos los unos a los otros" a este contemporáneo "Embromáos los unos a los otros". ¡Qué te parece! ¿Puede cambiar tal situación un sistema político-social distinto? No. A menos que sobrevenga la única Revolución realmente necesaria sobre la faz de la Tierra: ¡El levantamiento de los idiotas! Pero... El tango me enseñó que hay que dejarlos como eligieron ser, nomás, porque después se degluten al que lo aviva. Entonces: Otarios del mundo, dormid y vivid en paz. ¡Alberto Faldrelli os apoya! No vaya a ser que sino luego le queráis sacar lo ojos, de puro mal agradecidos que sois...

Total... ¡qué poco se necesita para ser feliz! Una ciudad, una plaza, un hermoso día de sol, y... ¡Una mujer! Con tus preguntas exploradoras:

- Chiche, para vos, ¿qué es la mujer?

-¿ Por qué me lo preguntás?- quería saber yo, extrañado.

-Porque tu filosofía callejera es siempre desconcertante. Y además acertada -me loabas graciosamente.

Mi Ego subía al Aconcagua:

-Mirá: sobre esto me costó llegar a una definición perfecta, pero creo que al final la logré. Anotá: hay excepciones que no hacen más que confirmarla, pero la regla general es que se trata de un ser muy extraño, casi siempre más bajito que uno, muy hablador y... ¡mentiroso! Pero lamentablemente... ¡adorable!

¡Y reías, reías! Con tu carcajada de trigal azotado por el viendo pampero, recuerdo de mi infancia en la Córdoba agropecuaria del sur...

-¡Eres un genio, mi Chiche!

Y lo peor era que yo creía que lo creías.

Y ahora heme aquí, se me antoja que solemne y padecente. En la fría soledad de un departamento del quinto piso en un edificio más de la gigante y dura Buenos Aires, que me fascina cada día más. Porque a cada momento hallo a gente ávida de cultura. Muchachas que, en el traqueteo del micro o el subte repasan lecciones de cursos que estudian a ratos apurados, con enormes sacrificios. Claro que el Infame no es así. ¡Qué esperanza! Prohibió el café que hacíamos en la oficina, para no gastar. Su miseria moral traducida en una medida económica: vende cien millones por mes y no quiere gastar veinte mil pesos en una pequeña atención al personal. ¿Qué te parece?

Una cuarteta vengativa surgió como de la nada escrita a mano en un papel y está adherida en las paredes de su oficina. Y aunque nos apremió a fondo cuando la descubrió no hubo traiciones y quedó en el anonimato su autor. Dice:

SALVADOR tiene por nombre
pero es un contrasentido:
¡yo, por salvarme con él
estoy recontrajodido!

Creo que Leopoldo Marechal escribió alguna vez que los seres humanos nos diferenciamos en todo: algunos tienen más aptitud para la música, otros capacidad para las matemáticas, unos oído para el canto, etcétera. Pero, al

menos, nos igualamos analmente. ¡Todos defecamos! Y la materia fecal de cada uno es exactamente la misma, tiene idéntica calidad y vale igual, así provenga de quien come caviar o un triste guisado de papas y cebollas. Pero con el Infame, mi hermano también, eso tampoco ocurre porque tiene su propio papel higiénico, pues se siente exclusivo en todo. Lo guarda en un armario metálico, bajo llave. Cuando siente ganas va, lo saca, y comienza su paso majestuoso de héroe próximo cagante hacia el baño, enarbolando el rollo como un estandarte. A veces lo esconde tras la espalda, por un resabio de antiguo pudor. ¡Es un espectáculo formidable contemplar la marcha triunfal de este moderno Gladiador del Inodoro!

Pero... ¿para qué contarte estas cosas, si a vos lo bello de la vida doméstica que podías vivir a mi lado te asqueó? ¡Como en los tangos de siempre! ¡Cómo seguir hablándote de mi lucha, de mi empecinamiento de ser yo mismo en este tiempo brutal de la enajenación del ser! ¿Podrías entender que Marta -una compañera del empleo- me ama y sin embargo yo le huyo, porque vos me impedís acceder a su limpio sentimiento? Porque tu recuerdo está siempre. Hay seres que somos así; papá, por ejemplo. ¡Puro hasta el último instante de su vida! Al morir abuelo le dejó un legado muy difícil: doce hermanos. Y le pidió, desde los estertores de su agonía, que no los abandonara, porque eran aún muy pequeños. ¿Qué si cumplió? ¡Caramba! Hipotecó hasta su propia vida y la comprensión de sus mismos hijos -yo se lo reproché siempre, pues no me daba cuenta de la inmensidad de su grandeza doméstica- para no faltar a su promesa. Cuando dejó la casa de la familia, el menor de sus hermanos tenía... ¡treinta y cuatro años! Por eso le escribí una poesía. ¡La mejor de todas! ¡Algún día mi País entero y el mundo la escucharán! Vos la conociste y decías que era extraordinaria, pero no expresabas lo que sentías... ¡es un poema demasiado noble para tu duplicidad! ¿Lo recuerdas?

TENGO LAS MANOS VACÍAS

Cuando el hombre se hace duro
y ya ha quemado el incienso
por tanta esperanza vacua
y por mucho muerto sueño.

Cuando el alma se le ha deshecho
en su rodar por el mundo
y se le abre en el pecho
ese abismo ancho y profundo;
¡es que empieza a desandar
su sendero de nostalgia
para volver a encontrar
a su tiempo de la infancia!
Yo recuerdo el sol de Enero
aquel molino, las casas,
y el peregrinar eterno
de mi viejo allá en la chacra.
Aún lo veo en las mañanas
ordeñando, arreando tropa,
en su pequeña parcela
que nunca pudo ser propia.
¡Era el viento un enemigo
para el que araba la tierra
el medanal, encrespado,
le hacía barro en sus ojeras!
Mi viejo uncía caballos
flaqueados por la sequía
del sol, sus ardientes rayos
le hacían toldo todo el día.
¡El viento volvía a bailar
lo macabro de su danza
y por la noche borraba
los surcos de su esperanza!
Mi viejo volvía a trazarlos
(misma paciencia de un santo)
sin la queja consabida
de por qué trabajar tanto:
¡es que eran roble del noble
sus nervios de fibra gringa
y cepa de vino bueno

su mosto de alma sencilla!
Porque aprendió de su padre
que ya en su lecho de muerte
le legaba trece bocas
y tuvo que hacerse el fuerte.
¡Su espalda joven quebró
por esa pesada carga
y nunca el pan le faltó
para una mesa tan larga!
Una vez su brazo alzaba
por culpa de mi osadía:
si por afuera golpeaba
por dentro, perdón pedía.
¡Es que el hijo merecía
a gritos ese castigo,
pero a él le dolía el Poeta,
el escritor, el amigo!
Porque una vez descubrí
que leyendo un verso mío
le iba copando su rostro
esa sonrisa de niño...
Así fue pasando el tiempo
-mi Vocación se hizo oficio-
y comprendí que la prosa
se amasa con sacrificio:
que aquellos que mucho tienen
menos algo de vergüenza
le ponen un precio alto
al que escribe con conciencia.
Quizás no hay cosa más cara
que la pluma de un escriba:
¡Le pagan para que engañe
con retórica mentira!
Y en esas encrucijadas
hasta yo valí algún precio

que quisieron “adornarme”
para embaucar a los necios.
Y cuando ya meditaba...
total... que inútil mi lucha
su recuerdo chacarero
le puso fin a mis dudas.
¡Es que me estuvo enseñando
predicando con su ejemplo
que el que no camina andando
no sirve para maestro!
Que aquel que proclama cosas
y las vive desvirtuando
difícil coseche rosas
cuando está abrojos sembrando.
Hay padres que para el hijo
preparan fuertes herencias:
otros prefieren legarles
el caudal de una Conciencia.
Propiedades son olvido
se mantengan o acrecienten:
¡Un capital de CONDUCTA
ese sí que no se pierde!
¡Yo no quiero esos rituales
con sus flores de noviembre
porque él me dejó un jardín
que permanecerá por siempre!
Porque está vivo en mis actos
y en cada copla que escribo:
¡Porque sé que está escuchando
mientras al viento las digo!
Y cuando miro hacia el cielo
me está sonriendo una estrella:
tengo las manos vacías...
¡pero ME QUEDA UN POEMA!

¡Ah!, ¿sabés? Anda por ahí un tal Héctor Antonio Picco diciendo que este poema es de él; tan seguro se muestra en lo que afirma que ya estoy sintiendo que no es mío. De todos modos nada importa ya: él es yo. Yo soy él...

En fin... dejemos de hablar en un idioma incomprensible para vos. Antes de proseguir, he releído toda esta carta hasta aquí.

¡Cómo me duele escribir frases tan terribles! Pero... ¡con cuánto dolido amor-amor lo hago! Ojalá pudiese ser útil a mi País, a este tiempo, y estuviera siempre riendo, cantando la dicha de vivir, sin tener la necesidad de enojarme tanto. Quiera Dios que no me convierta simplemente en Juzgador Moral sin reconocer también mis propias culpas, que son enormes. Le ruego a Él que todo no acabe en una simple cruzada quijotesca, porque sería terrible tanto esfuerzo para nada. NO: yo quiero transformar la mentalidad de mi Patria... No preconizo ni siquiera que cambie un sistema de gobierno, ya que el nuestro no es un problema de derechas o izquierdas, sino de SER DERECHOS. Como nos enseñaron algunos tangos.

Ni azuzo a nadie para que mate a alguno. ¡Eso es infantil! Tampoco quiero echarle la culpa, generalizando, a militares y políticos, pues los hay nobles y no tanto en cualquiera de las dos profesiones. Como en cualquier conjunto humano. Muchos de ellos lucharán dentro de sus organizaciones exactamente por lo mismo que yo, hombre común, y se verán bloqueados también por idéntica negatividad de buena parte de sus conmilitones cuando sostienen una posición noble y recta. Tampoco intento escribir un libro que será traducido a muchas lenguas para que en algún país extranjero se regodeen con nuestra postración, porque deberán ver la viga en su propio ojo y tomar conciencia de que tampoco ellos están exentos de parecido drama...

Tengo además absoluta conciencia del enorme abismo que existe entre mi obra y mi conducta. "De carne somos" , lamentablemente: yo padezco exactamente de los mismos vicios y caigo constantemente en las propias transgresiones que critico. Me dominan las mismas apetencias porcinas de mi prójimo. Pero, si no me dejan solo, honestamente QUIERO CAMBIAR. Y, verbigracia, quiero que los demás también quieran. El hombre que por pereza o fingida ignorancia intenta detener la Evolución de la Especie es un traidor a ella, por más que aparente ser buen padre, hermano o amigo.

Existe además en mí la clara certeza de que, siendo argentino y viviendo inmerso en tan extraña idiosincrasia, y por más que tenga una bastante bien

definida personalidad y fuerte carácter, muchas veces las circunstancias me dominan y no puedo evitar ser víctima de una conducta oscilante, en cuanto a la práctica adversa a lo que constituye mi sentida convicción de lo que debiera ser la vida. ¡Pero es que me ocurren siempre cada cosas!

... Hoy vino casualmente a la fábrica un hombre de mis pagos que en principio creí que me conocía "de mentas", pues al oír mi apellido sintió algo así -me lo figuré al verle el gesto facial- como un escozor en su cuerpo y se sobresaltó: alguien le tiene que haber dicho, debe de haber oído por ahí, que estoy loco.

Me conoce de mis tiempos de comerciante y estuvo alguna vez -después lo recordé- en mi floreciente negocio, y evidentemente no podía creer que un hombre "triunfador" -como dicen aquí- dejara de hacer dinero fácil convirtiéndose de repente en "fracasado", pasando a ser empleado fabril.

El buen hombre se animó al final a hacerme la pregunta que le quemaba los labios, después de varios rodeos:

-Siendo que le iban tan bien los negocios, ¿cómo los abandonó voluntariamente para venirse aquí a trabajar de empleado?- preguntó, mirándome como a un fantasma.

Le expliqué:

-Sí: todo marchaba a las mil maravillas. Pero con cada éxito material iba muriendo el escritor. ¡Ese que estoy rescatando en cada maravillosa noche de mi Creación! Haberle dicho adiós al lucro fue para mí el mejor negocio, porque me fundamento como ser en este duro tiempo de prueba. La Vocación es una diosa que nos brinda el cielo si le rendimos el culto de nuestra consagración, pero si la esquivamos por comodismo tiene una vengatividad terrible, porque nos deja vacíos de alma, así estemos llenos de bolsillos. Vine a Buenos Aires y así esté pasando por muchas privaciones, me estoy salvando interiormente de morir. Porque aquí todavía existen algunos pequeños rezagos de espiritualidad conque nutrirse para continuar andando. No en mayor proporción que en otro lugar cualquiera, pero, en el gran número... algo se rescata... -terminé, creyendo ser muy explícito.

Feliz de haber entendido todo comentó, ahora más tranquilo él, pero dejándome perplejo a mí:

-¡Ah, claro! Vino a curarse porque estaba enfermo. ¿Qué problema, no? Tener que dejar todo, perderlo, por esa mala suerte de no ser sano, y sin

poder tratarse, porque en las villas pequeñas no existen, como en Buenos Aires, buenos médicos y que tengan los elementos necesarios... etcétera... etcétera.

Lo miré cansadamente: imposible hacerle entender que a mí lo único que a veces me duele es el estómago por estar demasiado vacío, y que la muerte de la cual traté de huir es la del Ser Interior, ésa que de la cual jamás podríamos resucitar porque la otra, esa que dicen sobreviene al dejar de respirar, podemos salvarnos si sabemos amar, pues continuaremos viviendo en cada semejante -así sea uno solo- que haya comprendido nuestra dimensión de sentimientos. No sé si será cósmicamente lícito ser tan egocéntricos, pero es así: en el plano del tiempoespacio de los amores puros el individuo escapa totalmente al olvido, ese fantasma que a veces nos hace sobrevivir a regañadientes, aunque más no sea. Porque si los humanos no tenemos un fabuloso porcentaje de suicidios es debido a eso: por temor a que después nadie nos recuerde, más que el miedo en sí al acto defuncionativo.

Vivimos, Anadell -nos guste aceptarlo o no- porque tenemos pavor que al día siguiente de dejar de hacerlo nadie ni siquiera nos nombre alguna vez, así sea para descargar su odio por nosotros. He conocido a quienes hacían duros regímenes de alimentación tratando de retardar lo más posible la muerte, a fin de que los imaginarios enemigos que sus desequilibrios psíquicos crearon tuvieran que soportarlos siempre presentes, por física razón.

Y así llegamos a un instante clave de nuestra vida en que somos fundamentalmente un puñado apretado de nostalgias, más que un cúmulo de proyectos, ansiedades y deseos. ¡El crisol hirviente de nuestros recuerdos nos mantiene vivos! ¡Este hoy maravilloso de mi Literatura, el instante de comunicarme contigo y con mi País para decirles tantas cosas que considero importantes desde mi bárbaro Ego y que quizás sean pura banalidad, será mañana también el propio apoyo del presente de mis futuros, no me cabe duda alguna... !

... ¡Aquel andar a galope tendido por los frescores mañaneros del campo, el duro trabajo de juntar las reses en las auroras de los terribles inviernos pampeanos, con las pobres orejitas niñas enrojecidas de sabañones mientras iba asesinando despiadadamente con mi desafinación las canciones y tangos cuyas letras ya conocía; todo ello llena el cofre sagrado de ayeres que quiero hacer regresar, perfumado, con esta lámpara de Aladino de mi simple Arte de

combinar vocablos con alguna simetría gramatical! Ahí, en ese rescate siempre apasionado de mi pasado militante y corazonado, está el empuje vital de este hoy que ahora suele parecerme triste, pero que mañana será también un cimiento fundamental de mis nuevas luchas, de esta poética manera de transitar la existencia que a Dios gracias tengo, sintiéndome a mí mismo tan extraño como veo a mis amados prójimos, así algunos de ellos vistan el pobre y deshilachado disfraz de la solemnidad para disimular tanta desnudez. Y lo peor que muchas veces con la piel demasiado sucia y los sobacos del alma tan jedientes de pura falta de higiene mental que aterra acercarse a ellos, como ese denso vaho que surgía hoy al levantar su brazo para asirse del sostén del micro un vecino de trayecto que subió en San Martín y Donato Álvarez, y cuya epidermis no recibía la visita bienhechora del agua desde hacía por lo menos dos meses. Coincidía su ubicación con la del asiento donde yo viajaba, sentado del lado interior, y juro que ese hedor hasta color tenía -amarillo, lo vi- y la suficiente consistencia de cuerpo que hiciera posible cortarlo en rebanadas, de así desearlo. ¡Qué hálito, Dios mío!

Es una fortuna ésta de encontrarle Poesía hasta al catingoso, nauseabundo y sulfúrico aliento de un bajobrazo. ¡Es que todo en la vida la tiene! Yo solía practicarla en la insólita profesión que fue mi medio de vida durante diez años: ¡"Asesor" impositivo... ! Es esta una ocupación inventada para la muy nuestra manera de mentir: de un lado el Estado, que quiere recaudar más impuestos para dilapidarlos, en una "democracia" que no es igualitaria, sino que ostenta "jubilaciones de privilegio" que los mal nacidos cobran inhumanamente burlándose de los indigentes; por el otro el contribuyente, que zigzaguea para pagar lo menos posible, y en el centro, el "experto" que "salva"(¿?) -así dicen- al cliente, para que pueda eludir el mayor monto posible de tributo. Hice tal "trabajo" riendo -asqueado- durante todo ese tiempo, y me solía divertir tremendamente.

Una vez le pasé la factura a un acaudalado por "honorarios" -¡Dios mío, en mi País hasta la coima tiene honor!- que el hombre juzgó demasiado elevada en relación al trabajo realizado, y llegó a mi oficina con toda la sana intención de deglutirme, porque se sentía defraudado en su confianza hacia mí. El humorismo, condición "sine-qua-non" de elevación cultural comenzó a crecer en mi interior, cuando empecé a darle explicaciones sobre la razón de tal aforo:

-¿Sabe lo que pasa? -comencé-: hay una implementación de su estado patrimonial que me obligó a estudiar las rebajas al incremento de la capacidad productiva y su posterior transmutación a la trasgresión de las capitalizaciones positivas y a la renta consumida, teniendo en cuenta los mínimos imponibles y las categorías esenciales de las actividades, lo que motivó un profundo análisis de la reglamentación fiscal, y...

-¡Está bien, correcto! -me contuvo el cliente, interrumpiendo un discurso que un servidor estaba dispuesto a prolongar hasta el siglo veintitrés, si fuese necesario. -¡Lo que ocurre es que uno a estas cosas no las entiende, y por eso debe molestar preguntando! ¡Lo que es saber! -comentó admirativamente.

Sacó su billetera y me pagó, completamente convencido de que estaba tratando con un milagroso alquimista capaz de trasmutar el estiércol en oro...

Por eso no comprendo a la inmensa mayoría de la gente que entiende por realización personal el arte de hacer dinero. En mi querido País lograr eso es tremendamente fácil, a menos que seamos verdaderamente incapaces: sólo hace falta descubrir un buen "verso" y recitarlo aturdidoramente, hasta que uno mismo esté totalmente convencido de que la mentira que utiliza es una verdad fundamental de la vida, ésa que si nos faltara haría que todos nos muriésemos en el acto. A la gente le preguntás por una persona que hace tiempo no has visto y te contesta casi invariablemente:

-¿Fulano? ¡Está muy bien! Gana mucho dinero y se ha comprado coche y casa, y bla-bla-bla-. Jamás te responderá: Fulano está muy seguro y equilibrado de sí mismo. Lo encontré internamente renovado, creativo, y trasmite, asimismo, una paz envolvente y bella que te contagia... -No. ¿Para qué? Si según casi todo el mundo ser verdaderamente feliz es estar loco, y vivir como un desgraciado es ser cuerdo, así ya uno ni pueda tener un sueño tranquilo y reparador a fuerza de vivir pensando como desplegar tanta agresión a fin de acumular más y más posesiones que jamás nunca nadie pudo llevarse al reducido campo de su sepultura.

Por eso, sin buscarla y tratando de que tarde todo lo posible en llegar, amo inmensamente a la Muerte, la única dama incorruptible del mundo La dibujan como una flaca hilachenta, cadavérica y guadañosa, y sin embargo ha de ser una hembra hermosísima y rutilante, amorosa y fiel, de momento que nadie pudo jamás transar prostitúticamente con ella. ¡Es la Novia maravillosa que

nunca llega tarde ni falta a la cita! (En eso también la Única). ¿Cómo no quererla así, si gracias a ella se le puede hallar sentido de Justicia a la vida?

Se lee en los diarios que muchos adinerados pagan a los científicos para que perfeccionen el arte de ponernos en un refrigerador cuando reventamos para que después podamos resucitar y seguir la retahíla de negociados, fornicaciones, corrupciones y demás. ¡Tarea vana! ¡Por más adelantos tecnológicos que haya, la Muerte continuará ahí, implacable e insobornable, con su veredicto inapelable! ¡La señora Muerte y don Aire, verdaderos atributos igualitarios de la Creación!

¿Te imaginás, Anadell, lo que sería si la "sociedad de consumo" -bien nominada así, porque consume hasta al Hombre- pudiese meter en recipientes a todo el aire y después venderlo? ¡Habría atmósfera envasada para ricos, clase media y pobres! - "Déme un litro de aire podrido" -pediría resignado a su vendedor un habitante de villa marginal. ¡Y a los desocupados no nos quedaría más remedio que morir! Afortunadamente es imposible hacerlo, y de ahí la triste frustración de los monopolistas, por eso los vemos siempre con sus solemnes rostros fingidamente dignos que quieren aparentar realización, pero si profundizamos bien la observación no nos parecerán sino anos haciendo fuerza, o vulvas afligidísimas...

¡En cambio Poesía es mirar el rostro de "Hormiga Negra", un increíble anciano de noventa años de edad que allí, en mi pueblo, canta siempre, todavía tiene novias y ríe todo el día! ¡Y no es una máscara, qué va a ser! ¡Mi querido hermano Hormiga es feliz, por eso transita su admirable vejez derramando alegría por doquier, contento de haber nacido y practicando el coraje de vivir como un ser humano, sin importarle para nada que a su alrededor crezcan fortunas, a cuyos dueños siempre compadece, porque nunca puede explicarse que sean tan cómicos desesperándose por atesorar cosas innecesarias, cuando la vida es tan limitada y finita!

Hormiga no morirá nunca: todo indica que se irá consumiendo hasta desaparecer, pero no lo imagino como candidato a defuncionar. Seguirá canturreando siempre en su extraño dialecto ítalo-argentino, llenando filosóficamente su pipa y un día, quizás por puro gusto contradecirme, dejará que le coloquen un catafalco, guiñará sobradoramente un ojo como lo hace siempre, y lamentará no poder alzarse para tomar en solfa a quienes se equivoquen en llorarle. Quizás llegue a ser esa su única frustración: la de serle

imposible gozar a sus deudos desde la visibilidad convencional, por supuesto. Porque allí, en la invisibilidad del Más Allá, él continuará dulcemente riendo, con su boca apenas estirada desde el pergamino de sus arrugas incontables...

... Como yo agitaba mis cascabeles en el tiempo perdido de nuestro amor, cuando el simple hecho de contemplarnos a los ojos sintiéndonos locamente enamorados también nos hacía reír, cual dos niños asombrados por tanta felicidad. ¡Esa que se nos escapó una tarde de Julio, cuando el húmedo invierno del calendario se convirtió, por obra y desgracia del adiós, en este gélido frío que ahora recorre todos los laberintos de mi alma! Y así la leña crepitante de nuevos hogares acogedores y mil brazos amantes me aguarden en el porvenir, siempre resonará junto a mi oído el ruiseñor de tu voz, ese que me cantaba las canciones que para mí componías haciéndome crecer mi tonto pero bello orgullo hasta la estratosfera, porque será siempre incomparable y hermosa la dicha de ser motivo de un poema, prodigado a puro sentimiento por una mujer amante y total...

Ahora sólo me queda el cantar de tu recuerdo. ¿Has visto alguna vez mendigo más pobre? Voy por la vida tendiendo mi apolillado sombrero; a veces recojo algunas piadosas monedas, pero casi siempre me lo vuelvo a encasquetar vacío, pues quienes me conocen no me quieren socorrer por -según ellos- la imprevisión de haber dilapidado tanto, y aquellos que no saben quién soy me ven demasiado insignificante en mi mendicidad para tenerme en cuenta a la hora de acercarme ese óbolo que se da siempre para descarga moral de la conciencia pecante...

Alguna vez, Anadell, nos miraremos de nuevo. Desde lejos. El paso del tiempo habrá sido implacable traduciéndose en infinitas arrugas de nuestros rostros, en la niveidad del cabello. Pero quizás pudiéramos avivar el fuego del amor. ¡Y sus llamas elevándose serán más hermosas que nunca porque se constituirán, en este tiempo desdichado del sin-amor, en un símbolo de lo que los corazones de una mujer y un hombre, latiendo al unísono, pueden llegar a ser... ! Pero... no: ¡nunca jamás podrá ocurrir! Porque cuando un ser que amó más todavía que con toda su alma dice adiós por haber sido defraudado, se está realmente despidiendo... para siempre.

¡El tango! "Pensamiento triste que también se puede bailar". Si vos lo dijiste alguna vez te equivocaste, Discepolín, porque es UNA FILOSOFÍA NOBLE QUE SE VIVE. ¡Y no tiene tristeza, qué va a tener! Ocurre que la alegría del

hombre fundamentado y recto no es estallante y dicharachera como la del chabacán, sino que refleja un muy especial estado de quietud del alma que no se nota exteriormente a primera vista pero que después, cuando nos allegamos a él, se concreta en algo trasmitente, real, duradero. ¡Es que un ser humano tiene que ser eso: un edificio fuertemente cimentado, que resista a pie firme durante su paso fugaz por este mundo los embates de los huracanes de la desolación, de los temporales del desencuentro congénere, de los largos terremotos del desamor! Y entonces se transforma en un hogar acogente y brindante para su prójimo, porque en él está encendido el leño de un sentir compartimentoso, llegador, hospitalario, propio. Y ese calor que genera y prodiga a su alrededor crea un ambiente de paz y sosiego, muy necesario para recrear el espíritu cuando acaba la jornada diaria de este tiempo de horror violento, de blasfemia continua.

Siempre busqué a esos seres, tan escasos en estos momentos, tratando de que me explicaran la razón de tanta templanza en medio de la ira vigente. Ni la filosofía oriental, ni las lucubraciones de los pensadores de moda de ayer u hoy pudieron alcanzarme nunca ese grado de Sabiduría, esa suerte de "punta del hilo" que me permitiera devanar la madeja existencial que a todos nos enreda con sus hebras desordenadas, y a la que sólo le encontramos un sentido vívido cuando logramos desenmarañarla, ordenarla volviéndola luego a envanar con prolijidad, cuidando que su extremo despuntante esté siempre a primera vista para que, cuando tengamos necesidad de deshacerla de nuevo para volver a tejer expectativas nos resulte siempre fácil.

Por eso vuelvo a mi amigo Hormiga Negra y al tiempo en que los agricultores de mi región accedían a ser propietarios de los predios a los cuales les habían entregado con tanta mezquina recompensa los mejores afanes de sus vidas. ¡Y ya se pasaban al otro extremo! ¡De ser labriegos de tierra ajena querían transformarse rápidamente en latifundistas, pues compraban siempre mucho más de lo que necesitaban para vivir sin sobresaltos económicos todo el resto de sus vidas! Mi querido hermano los escuchaba y sonreía desde un rinconcito del bar donde solían encontrarse, mientras canturreaba por lo bajo y continuaba jugando con su pipa vacía, con absoluta displiscencia. Los nuevos inversores se agredían tratando de sacarse ventajas, discutiendo mientras cada cual pretendía haber sido más avispado que los demás realizando el mejor negocio. ¡El boliche era un concierto de gritos aginebrados!

Y él, desde sus entonces jóvenes setenta y tantos años continuaba observando la escena cachazudamente, mientras escanciada sin apuro su copa de vino. Los enloquecidos ni atinaban a acusar su presencia, tal su silencio rico. De todos modos, en un momento dado cierto apasionado debutante de Creso lo atacó:

-¿ Y, Domingo? ¿Vos no vas a comprar tierra, ahora que se puede?

En el acto y sin necesitar pensar, atusándose por enésima vez el bigote, Hormiga le respondió preguntando a su vez:

-¿Puedo llevarla al cajón cuando me muera?

¡Nadie lo entendió y él estaba prodigando con apenas siete palabras una clase genial de Sabiduría de Vida! Aquella que anoto de un proverbio de -para mí- ignorado origen, el cual me parece el mejor antídoto para contrarrestar el letal veneno de esta época, que consiste en querer poseer mucho más de lo que necesitamos, con lo que concluimos en no poder utilizar más lo que poseemos. Podría ser más o menos así:

1er. Acto: González gastó su salud buscando dinero.
2do. " : González gastó su dinero buscando salud.
3er. " : Ahí va González en su ataúd. Sin salud y sin dinero.

Repaso ahora aquella escena cuando dio su cátedra magistral Hormiga y analizo las consecuencias: Rasciotti murió de un síncope cardíaco, joven todavía, por tanta preocupación de pagar las cuotas. Frenelli se fue consumiendo dolorosamente de arteriosclerosis, por dejar de hacer ejercicio al no necesitar ya trabajar. Díaz reventó como lo que era -un cerdo- de gota, por los mismos motivos. Cayoli defecó fuego en un hospital de alienados, atacado de locura obsesiva de dinero. Ingaressa ingirió demasiados afrodisíacos, porque al llenarse de dinero quiso compensar su anterior déficit de actividad sexual cuando pobre y, como ya era entrado en años necesitó suplementarse, lo que le hizo mal, y un día se apagó su vida, simbólicamente, en la cama, al lado de su querida alquilada. El ventrudo Batistín no tenía otras aspiraciones que comer mucho, y paró el reloj después de engullirse cuatro cazuelas de mariscos de un solo almuerzo en una cantina de Corrientes y Carnod las que, según después se comprobó, estaban en mal estado. ¡Ninguno de ellos pasó

los sesenta años de edad y vivieron siempre desesperados, luego que se consideraron realizados con su mucho capital, mientras él siguió siempre imperturbable y feliz, y ahora pareciera mirarles desde el umbral de sus casi noventa y un años, tomando su lento vinillo en el mismo boliche del suceso, mientras canturrea sus largamente maltratadas romanzas gringoargentinas por su poca entonación, tamborileando los compases con las yemas de sus dedos sobre la mesa. Y un día, al recordarle aquel momento de hace más de veinte años, tiende un impiadoso manto de olvido sobre el hecho, sin darle ninguna importancia, rematando todo con una frase que parece demasiado cruel proviniendo de un ser tan sensible:

-Pobres, murieron por ser demasiado ricos.

Para él todo es así de sencillo, elocuentemente simple en su fácil desentrañabilidad. Cierta vez no pude más, harto ya de buscar mi propio equilibrio interior en innúmeros textos de centenares de filósofos que pretendían enseñarme la salida del enmarañado laberinto existencial, y esperé el instante que creí oportuno dejando caer sorpresivamente la pregunta que me quemaba el pecho, esperando hallarlo desprevenido:

-Hormiga, ¿vos leíste algún libro especial para saber tanto, viviendo siempre contento siendo pobre?

Inmediatamente me respondió, naturalmente:

-Los libros no se leen: SE ESCUCHAN.

¡Y es ciertamente cierto, Anadell! ¡Ojalá vos y mi País sepan ESCUCHAR este libro, que no incita a nadie contra ninguno, ni pretende vender una ideología, o señalar autoejemplo, cuyo autor se sentiría simplemente útil si no hiriera a nadie, aún desde sus duros conceptos juzgantes de la descariñibilidad nacional!

¡Si vos, mi muchacha, y mis coetáneos argentinos y universales ESCUCHARAN, comprenderían -sin ninguna duda lo afirmo- que el apóstrofe insultante que pareciera hallarse en alguna página no es sino una suave plegaria de amor por mi gente y el mundo, y deberían captar toda la teluricidad patria que se me incorpora a la sangre, al galopar fervoroso de mi corazón, por este hermoso e incomparable País nuestro en el cual vivo y a Dios gracias moriré, pues jamás se me ocurriría exhalar el último suspiro en una Patria que no fuese la mía porque se volatilizaría en el aire perdiéndose y no quedando,

inmortal, como una parcela de especial perfume, andando y vagando por estos cielos nuestros, tan únicos!

-"¡Mi profesión me lo dio todo!" -manifiestan en su tontibobez muchos, y en ese "todo" aluden a las posesiones económicas, fagocitantes comidas en restaurantes de lujo, a sus amantes compradas o a sus automóviles innecesariamente largos. Yo también, Anadell, afirmaré lo mismo -no importa si fuera desde una total pobreza material- cuando los hombres y mujeres de mi Patria comprendan -todos- que maravilla de Heredad tenemos, y lo que a ella debemos prodigarle si no somos demasiado desagradecidos por omisión consciente y voluntaria. ¡Ay! ¡Si cada ciudadano de cualquier País del mundo quisiera al suyo con total y limpio amor, es seguro que se acabarían las guerras! Porque solamente cuando amamos profundamente lo propio aprendemos a respetar lo ajeno. ¡Es la única manera!

Y, si materialmente algo me llegara de superfluo, por supuesto que no lo regalaría, porque la caridad es la peor derivación de la inconducta humana. En efecto, somos caritativos cuando preparamos una fuga de nuestra conciencia por alguna cretinéz social que, por más bien que querramos disimularla nos está golpeando acusadoramente en los impúdicos recovecos del alma, en ese territorio de putrefaccionalidad que todos tenemos, así nos empeñemos por aparentar un rol de impolutos y purísimos.

La caridad prepara al Inconsciente Colectivo para la Pereza, de momento que todo se reduciría a dormir tranquilos y no hacer nada, pues ya aparecería algún prójimo necesitado de paliar culpas de conducta ejercitando piedades que en el fondo no sentirá nunca, por más que públicamente sostenga lo contrario, y nos solucionaría todo. ¡<u>La única CARIDAD</u> -insisto en el vocablo aunque pareciera redundar, porque tengo interés en estamparlo en la mente del que lee- que podemos y tenemos obligación de ejercer, <u>es la bien entendida que empieza por casa</u>, consagrando toda una vida -y no sólo demagógicamente algún óbolo de nuestro bolsillo, hasta a veces desde el anonimato para frente a nosotros mismos sentirnos así más cínicos en la autoadmiración- en ser mejores y más éticos, para convertirnos un poquito en espejos donde nuestro prójimo pueda contemplarse extrayendo de nuestra conducta alguna enseñanza para conformar su propio núcleo de valor para vivir la Vida con mayúscula, el más
difícil y temerario de todos los corajes.

¿Sabés lo que sufro, Anadell, cuando salgo a despachar los pedidos de la fábrica donde trabajo y me veo enfrentando una lucha terrible de deslealtades conjuntas? ¡A cuál más ruin! El fletero traiciona a sus compañeros de gremio cobrando una tarifa menor que la correspondiente para sonsacarles trabajo y a su vez trampea al contratante tratando de sumarle al recorrido más horas que las necesarias, capciosamente. Un compañero que también participa de la tarea me sugiere que nos hagamos confeccionar comprobantes por gastos de viandas mayores que los reales para desfalcar a la Empresa, y también me da la idea de que debemos hacerle pagar al conductor su parte de almuerzo, con el cuento de que a nosotros nos deducen ese importe del sueldo; es decir: quiere ventajear al ventajeador. Que a su vez insinúa que anduvo en trapisondas -que podrían reiterarse, está tanteando finamente el terreno- con un empleado que había anteriormente, sustrayendo mercaderías. Después, en algunas estaciones del ferrocarril nos rechazan encomiendas por estar -dicen- deficientemente embaladas, pero por una limosna de denigrante coima dejarían hasta pasar un vasija con el (creo) indescubierto microbio del cáncer.

A veces comento, tratando de semblantear las reacciones, que algún día voy a escribir un libro sobre toda la basura humana nuestra, que nos está aniquilando mucho más que la famosa epidemia de fiebre amarilla que asoló la capital argentina a fines del siglo diecinueve. Mis interlocutores me preguntan, tomándome el pelo:

-Y... ¿creés que vas a cambiar algo con eso?

-¡No, imbécil hermano mío! ¡Claro que nada lograré, especialmente mientras tu conciencia sea tan boba y repugnante y ni siquiera tengas amor por tus hijos, como para sembrar otro ejemplo que les permita vivir en un mundo mejor! Pero al menos te quedará siempre presente, aunque más no fuera, un solo hombre a quien no pudiste englobar en tu fácil listado de la tipología humana. ¡Y habrá un libro que nunca morirá en mi País y será tan símbolo como el "Martín Fierro" con el correr de los tiempos! ¡Ni sé que nombre llevará, pero será así! (1) Repetiré siempre esto humildemente, con la tranquila seguridad de los hombres que sólo anhelamos la Justicia y el Amor para todos.

Y vos también, Anadell, quedarás como la personaje femenina más célebre de la Literatura argentina, porque representas como a nadie a muchas mujeres de este tiempo en mi País. ¡Porque tuviste en tus brazos el amor, ese algo maravilloso que tantos seres buscan en vano hasta el último instante de sus

existencias y no les llega nunca y vos, en lugar de acunarlo como a una bella canción de cuna lo arrojaste como esas madres aborteras de esta Era entregan a las cloacas el más maravilloso milagro de la Creación: una nueva vida, que siempre -así algunos sostengan lo contrario- nace sin el trauma chantajista del pecado original, tonta elucubración nuestra para castigar culpas que aún no existen, en quienes todavía no tuvieron tiempo para delinquir!

Y andarás la calle de tu trasgresión desesperadamente, así yo te desee todo lo contrario, porque el fatal "karma" de tu vida es demasiado condenatorio para que lo puedas evadir por la fuerza de mi modesto anhelo. ¡Muchas veces caerás fatigada y vencida e intentarás levantarte de nuevo para proseguir, pero tu cansado y débil corazón querrá como salirse de tu pecho lacerado, con su latido enfermo y moribundo!

¡Y sé que será larga tu agonía, quizás mucho más aún que aquel sendero del baldío bordeado de margaritas que juntos solíamos recorrer tomados de la mano, deteniéndonos a cada trecho para un interminable beso, mientras la fría brisa de junio hacía flamear tu largo pelo castaño como una bandera y luego nos separábamos para continuar andando, y ya ni nos parecía ver el final de nuestro camino floreado...! ¡Tan nublados estaban nuestros ojos por el inconmensurable momento de amor que estábamos viviendo...! Ese instante que ahora busco repetir en la boca y el alma de otras mujeres y a veces paréceme brotara del borde empañado de una copa de vino, mientras tu presencia espacialmente lejana pero inmediata a mi espíritu, revive cada segundo de aquellos como si fuese una eternidad...

Me duele que no haya pena más inmensa que la tuya: ser amada hasta la sinrazón por un hombre que, sin embargo, huye a tu remedo del corresponder por temor a ser de nuevo traicionado. ¡Cuántas prójimas tuyas ansían y merecen lo mismo, pero no lo encuentran! Y vos, que lo tuviste entre tus breves manos, lo dejaste escapar como el hilo del barrilete que se va del niño que lo sostiene por su imperdonable descuido, y entonces lo ve partir hacia lo alto, mudo de desesperación, agitando sus bracitos como conjurándole a que vuelva, pero ya sabe en su entendimiento imberbe que nunca regresará, porque su alma de papel y maderitas era demasiado grande para ser aprisionada como un juguete por el capricho de un pasatiempo. ¡Porque quien aspira a ser libre pájaro nunca aceptará un destino de gusanillo dominado y

aplastado con impiedad, cuando ya dejó de provocar lástima y risa con su torpe arrastrarse por el suelo!

La música de mi Literatura crece en la noche, mientras las horas dejan caer su arena imaginaria sobre todo mi ser, y cuando allí afuera -en la ciudad donde los hombres se atacan y matan- va aumentando también el silencio, ese hermano mío que necesito para proyectarme y ser yo mismo. ¡Y para que el eco de mis palabras no se detenga como si fuera ante la sordidez del fondo de una caverna, sino que busque una nueva acústica para no apagarse jamás! El Mundo, mi País y todos lo necesitamos, y será muy útil que podamos alcanzarlo...

Dentro de poco volveré a los escenarios, lo sé. Como hombre y Artista concretado en todos los aspectos trataré de explicarles a mis congéneres que no era, luche por ser y algo conseguí. ¡Les contaré mis poemas, sin subterfugios demasiado artísticos! Los sentiré crecer en las yemas de mis dedos, en ese cosquilleo inexplicable de las plantas de mis pies, en el aflojamiento tembloroso de mis piernas cuando el aplauso me hienda las carnes como una andanada de flechazos disparada sobre mí, quizás porque el malón del público me creerá una muerte demasiado importante, apta para alegrarlo exhibiendo con orgullo como trofeo a mi escalpelado cuero cabelludo...

... Éramos pequeñitos, dimensionados y crecidos solamente por ese excepcional grandor que conceden los tiempos del amor. ¡Frágiles y desnudos, en la intemperie de la prohibición de un sentimiento, sentíamos la fría lluvia de la incomprensión mojando nuestros seres, inmisericordemente! ¡Y me erguí hombre, no solo en la cúspide estremecida de mi concreción física como tal, sino por asumirme fuerte y varón en estos momentos débiles de la proyección humana!..

Tenía toda mi vidapoema y a vos, quizás mi mejor obra. ¡Escrita con la sangre caliente de mi corazón, inspirada a puro camino por las tierras desoladas de mi Patria, cuando las recorría buscando una mujer cuyo nombre desconocía, ni tampoco sabía donde moraba! . A veces soñaba que era rubia... ¡de un oro intenso sus cabellos y fantasmales ojos verdes hendiendo la densa oscuridad que me rodeaba, ofreciéndome el tesoro topácico de su luz! En otras ocasiones se me antojaba morena, con la lujuriante cascada de su pelo azabache besando sus hombros perfectos y desnudos, mientras su mano

de mujer-niña-amiga se tendía hacia mí, tibia por el hálito de la esperanza, después de tantos tiempos de devastación en las incultivadas praderas de mi alma joven...

Y hablábamos siempre. ¡De Literatura, de Filosofía, de Historia! Impensadamente ya conversábamos sobre este libro, porque te confiaba mi ansiedad por escribir una novela que tuviese caudal literario como tal, sirviendo además a mi País y al mundo con su valor siempre vigente de testimonio. Ya sabíamos -ambos- que la obra debería manejarse fuera de los límites convencionales de la estructura novelística, huyéndole al parangón similitudista como a la misma peste, así pocos o ninguno la entendieran, en un principio. ¡Porque después la comprenderían todos!

Y los días fueron desgranando las notas de sus melodías en mi acontecer. ¡Y llegó Buenos Aires, la dura, la única! ¡Esa novia despechante y presumida que rechaza a todos a fuerza de sobrarle pretendientes deseosos, atraídos por su místico y misterioso sexualismo de hembra recelosa que se niega largamente para que comprendamos que vale como tal, pero que una vez decidida su entrega será total y desesperada en su clímax, como corresponde a todas las mujeres de amor difícil!

Mi provincianía nadaba en las calles a torpe braceo, hundiéndome a cada momento, tratando de salir a la superficie para tomar aire y volver a empezar, luchando siempre por no ahogarme, lejos del salvavidas atenazante de tus brazos, de la balsa segura de tu boca. ¡Qué tristes días! Los recuerdo como una pesadilla sonámbula y mortal, ahora que otra vez los duendes de la creatividad me visitan, amigos y colaborantes, haciendo renacer de mí este caudal de brotares primaverales: ¡mi apostrofante, blasfémico, pero dulce y enamorado cariño por las cosas y seres que me rodean!

Los personajes comenzaron a llegarme, integrándose en al Cosmogonía de mi visión interior sin apuro ni pausas, llenando esta larga noche en la que estando solo jamás fui mejor acompañado, pues todo está ocurriendo como si la conciencia refrenada de millones de hombres y mujeres que en algo son compartientes y sintientes de una manera de ser y vivir se me allegaran con su invisible aliento, empujándome hacia la tierra prometida de un mañana diferente, florecidos los jardines de mi alma en la sinfonía vegetal de sus canteros innúmeros, llenos de candorosidad, como un majestuoso acto de ofrenda hacia mi prójimo, mi hermano. ¡Que me hace considerarme

simplemente humano, lo que para mí ya es todo! Quise hacerlos así, de carne y hueso. Llenos de alma, sí. Pero fornicantes, actuantes, opinantes. Lejos del figurismo abstracto, esa manera de escribir que podría hacernos creer que los protagonistas de una novela no defecan, ni orinan, ni hacen el amor, pero escapándole al recurso barato de los escritores incapaces que echan mano al detalle pormenorizado de un coito redactado con bajos golpes de efecto buscando desatar la morbidez del lector, porque carecen de valores intelectuales que justifiquen el ejercicio del Arte, en la complicada expresión literaria, sin duda una de sus más difíciles facetas, por la desvalorización de los lenguajes, debida al mal uso y el tiempo decadente.

Ellos -¡los personajes, vive Dios!- carecen de solemnidad, ese vicio disfrazante de la falencia álmica, y tampoco son demasiado simpáticos ni risueños, como los rostros siempre iluminados de fácil sonrisa que ostentan los sinvergüenzas. ¡Pero viven! ¡Si hasta nos hemos olvidado de eso: vivir! Cada hora, todos los minutos, con la impostergable urgencia de los sesenta segundos de la distancia final, ese infinitesimal lapso con rigores de Eternidad que nos separa de la muerte.

Vivir cuesta mucho, y no solamente por el deterioro de precios y salarios, como casi todo el mundo sufre. Cuesta vivir porque ello no es permanecer espinosos e inútiles como los cactus de las pedrosas llanuras infértiles, sino que significa germinar, crecer, asumirse, definir, pensar. ¡Roturar amorosamente nuestro erial y sembrar! ¡Arrojar mucha semilla, así gran cantidad caiga sobre las piedras y no asome nunca el indicio del nacer de una nueva plantita, más verde y hermosa que todas las anteriores!

Existir y escribir, intentando al menos salvar mi parte del decoro humano. Y, una vez que siento haberlo logrado, desesperarme por volcarlo hacia mis congéneres, poseídos todos los hojaldres de mi ser por ese extraño mesianismo irredentorista que me consume interiormente como un fuego sagrado. Que quizás también era esa ráfaga envolvente que ardía en nuestros cuerpos en aquel tiempo incomparable de la dicha, cuando tu paso delicado sobre las alfombras de mi piel me visitaba cada noche cuando estábamos lejos, y vivía en la realidad dibujando sus arabescos por las veredas del idilio, que juntos recorríamos tomados de la mano, deteniéndonos cada instante de la consumación, mientras urdíamos la trama de nuestro poncho de amor abrigante, caliente, único. ¡Y así aquel invierno no fue tal, sino una cálida y

hermosa primavera que tatuó mi alma niña para siempre, con la indeleblidad de las marcas estampadas a puro fervor en esos tiempos de la vida que parecieran valer por todas las rondas, si es verdad que existen las reencarnaciones!

Un hombre es un mundo, sí, pero pequeño y limitado. Algo así como un solo hemisferio, hasta que llega la presencia complementante de una mujer, ¡Entonces y sólo así pasa a convertirse en un Universo! ¡Ahí acabará la larga pesadilla de su noche y comenzarán los días bellos! Y las tierras yérmicas parecerán vergeles a sus ojos, la ciudad sin sentimientos será como un corazón amigo, un paraíso de florecidos jardines, todo ello cuando pueda recorrerla de la mano de su amada. Eso también queremos olvidarlo este tiempo huyéndole a la dura lucha por conquistarlo, refugiándonos en el miedo de construirlo y yendo hacia la comodidad de comprarlo ya hecho.

Todo esto me lo enseñaste vos, Anadell, en cada instante de nuestro convivir. ¡En todas las canciones que tus dedos pequeñitos dibujaban sobre el diapasón de la guitarra, como el más grande y sublime homenaje que en vida podré alcanzar, incluyendo el Premio Nóbel, que vos también presentías que un día conquistaría! Por eso ahora mi existencia es un canto permanente a tu recuerdo, lejano y desdibujado en mi perspectiva vivencial, pero nítido y adentrado en este padecer gozoso de poder gritarme a mí mismo que tuve la suerte de conocer el amor, y que eso equivalió a todas las fortunas del mundo, unidas. ¡El oro amontonado del orbe entero sería una gota de agua comparada con el Océano, en la tal dimensión de un sentimiento entregado sin cálculos de mi parte, y creo que de la misma manera por vos alguna vez cuando te brindabas por entero, olvidando este malhadado ciclo! Entonces alcanzábamos la meta a la que debe llegar la especie llamada racional si quiere ser tal: ¡morían nuestros "yos" y nacía el NOSOTROS, como un relámpago en la tormenta de este momento fantasmal!

¡Sí! ¡Éramos nosotros, los Amantes! Los del tiempo de siempre. ¡Porque no existe una nueva o vieja forma de amar! Cuando sea realmente tal, el amor entre una mujer y un hombre, de un ciudadano a su País, o de un escritor con su obra, tendrá siempre el mismo toque de <u>romeojulietismo</u> que da la imperecederidad. ¡Será siempre como debe de haber ocurrido el estallido germinal de la Vida sobre la Tierra, cuando la decisión del Creador indicó el comienzo de todas las cosas, que lo fueron antes de tener siquiera nombres

conque llamarlas! ¡Así será siempre el Amor! Ni más o menos sexual, antiguo o moderno. No le corresponderán adjetivos adicionados indicando calidades distintas...

Ese sentimiento único fundió en un solo crisol el acero de nuestras almas inmortales, y de la aleación surgen este libro, mi desdicha y expectativas. Porque aquello mató a un adolescente inseguro e hizo nacer a un hombre asentado, consciente de una responsabilidad ante la vida, de un alto deber hacia sus semejantes.

Con ese adulto crecido y triste en su alegría de ser voy caminando ahora, a los tropezones, bajando la cabeza para que nadie vea mis mejillas arreboladas de bochorno por haber dejado pasar tanto tiempo en vano. ¡Esas horas irrecuperables donde no fui capaz de decir lo que sentía por miedo a convertirme en hazmerreír social, como si la gallínica opinión de muchos de mis congéneres fuese más importante que el grito incontenible de mi propia verdad la que, ahora sí, dejo que fluya lenta y libremente, con toda la Poesía de que la sé contenida, buscándote a vos y a mi gente queriéndolos mucho, tal vez demasiado para ser comprendido y soportado. .

¡Porque los idolatro, y los ídolos nunca bajan de su pedestal inalcanzable para corresponder a quien de rodillas les suplica y reza! Más aún: ni siquiera, desde su frialdad de mármol y bronce se digna contemplarles, con esa hierática actitud de indiferencia que es mucho más hiriente que el despecho y el desdén, dos reacciones que al menos hablan de una toma de conciencia de la existencia de aquella persona a la que intentamos mortificar.

Quizás mi drama de los tiempos venideros sea ése: ni vos ni nadie querrán saber siquiera que vivo; lo negarán siempre y entonces, por pudor, no podré decir ni siquiera que soy. Tal vez me reserven el destino de leyenda, lo que no me disgustaría del todo... ¡Pero no!: anhelo continuar siendo siempre un hombre simple y caminero, viviendo la misma rutina, la idéntica brega cotidiana de todos mis semejantes. ¡Así jamás dejaré de comprenderlos y servirlos, en la pequeña medida que mi capacidad de amar lo haga posible! ¡Cómo me gustarían la fama y la celebridad! Pero para gastarlas sencilla y humorísticamente, jugando al fútbol con los mismos compañeros de siempre, saliendo a caminar con las manos en los bolsillos en los incomparables días de abril de Haypuyú, silbando bajito lo que imagino será la melodía de mi última

canción, esa que nadie cantará nunca, pero que a mí me parece la más hermosa de todas.

Entonces sí tendría sentido tanto combate diario para sobrevivir, y les podría enseñar a los humildes de cuna de mi Nación lo que es realmente ser un hombre de pueblo. Porque con tan honrosa denominación la gente calificó a personajes -en realidad: personeros- con los que jamás pudo compartir siquiera un minuto mano a mano, en la rueda amical que da la verdadera consagración hacia los demás. Casi todos los "hombres de pueblo" nuestros fueron sujetos tenebrosos que no podían dar un paso por la calle sin rigurosa custodia policial, debido al cúmulo de delitos que guardaban pesando sobre su inconsciencia atormentada. Y su sonrisa forzadamente simpática para engañar fue siempre para mí una mueca dolorosa y lamentable. Pero mis hermanos los llamaron así: hombres de pueblo. Algún día comprenderán su error, porque la mentira no tiene patas cortas, sino que directamente carece de ellas.

Es triste pero real, Anadell: para mucha de nuestra gente trabajar es una condena bíblica y no algo tan hermoso, especialmente cuando hacemos lo que nos gusta, ejerciendo una Vocación útil a nosotros y nuestro prójimo. Si ello nos da algún dinero, tanto mejor. Pero de ahí a vivir obnubilados por querer ganar más, sideral es la distancia...

Hay que entenderlo de una buena vez por todas: una persona puede practicar el budismo y ser buen amigo. Amar a Jesucristo y querer entrañablemente a su familia. ¡Pero el dios Dinero es el más excluyente que existe! ¡Exige total pleitesía! Si nos postramos ante Él debemos adorarle sin compartimientos; con nuestro corazón, sangre e intestinos. No admite rivales de idolatría, no nos deja otra alternativa.

Los mentalistas enseñan que cuando una persona desea fervientemente algo, sus fuerzas pensantes le van dando forma y eso alguna vez le llegará, tarde o temprano. No escapa a las constantes de esa Ley Elemental de la Naturaleza un País, que no es sino un conjunto de mentes. ¡Hace tantos años que deseamos el dinero por el dinero mismo y porque creemos que es capaz de comprarlo todo, que afortunadamente cada día tenemos más! La trampa genial de Dios es que nos lo da con cada vez menos valor para ver si alguna vez dejamos de ser tan mentecatos...

Además la guita representa la Potencia Creativa de un país, por eso la nuestra, en el concierto internacional, no es sino una monedilla enfermiza que nadie quiere... ¡por la actitud espiritual nuestra, aunque esto parezca ensoñación! Cuando recuperemos la contextura ética -a golpes lo lograremos, no cabe duda- veremos con asombro que el signo monetario argentino volverá a tener valor y firmeza. Es como la Historia, ¿viste?

Tras el florecimiento álmico, cultural y artístico de una nación surge la gran Potencia. Después, cuando sus herederos quieren hacerlo todo a materialidad pura, descuidando tradiciones, Arte, y toda manifestación trascendente del Alma Colectiva, ese país se muere, arrastrando en su colapso a veces toda una Civilización. El día que los ciudadanos de todos los países del planeta no nos querramos más hacer los interesadamente olvidadizos sobre esa reiteración elemental y eterna del acontecer histórico, ya no habrá retrocederes.

Cerrando estas disquisiciones mías sobre el papel útil que puede llegar a jugar el dinero, pienso que es el de servir como elemento remunerativo para intercambiar y conjugar los valores de la Creatividad. En síntesis, para materializarla. ¡La puede alquilar, sí, pero jamás comprarla! Como el Amor. Descreo, Anadell, de los que maquinan sistemas donde el dinero desaparecería. Si nos atenemos a las aseveraciones mediúmnicas de cierto parapsicólogo brasileño que sostiene tener comunicaciones con un Ser Interestelar que le da detalles de la vida en el planeta Marte allí también existe moneda, en forma de certificados que le otorgan al ciudadano marciano para que obtenga lo económicamente necesario para cumplimentar sus necesidades vivenciales. Parece diferente, pero es lo mismo, porque para que le sean provistos tiene que cumplir una jornada de trabajo en la organización estatal, que viene a ser exactamente igual a un remunerado empleo terrestre. La diferencia consiste en que el hombre evolucionado maneja el dinero para fines útiles a la sociedad de la que forma parte, en cambio el tontibobo es dominado por él. (Condición <u>únicamente natural</u> que existe- la mediumnidad- , pura ficción quizás los nunca comprobados mensajes, pero no cerraría el concepto relacionativo-social de una vida hasta llamada superior, si no fuese así).

Empero, dejemos, mi amada lejana, estas desordenadas incursiones mías sobre Economía, Historia, Psicología, Esoterismo. Siempre resulta igual; antes

lo hacíamos, ¿recuerdas? En los breves intervalos que nos permitía nuestro apasionamiento , cuando ya te contaba mi propósito de escribir una obra literaria hasta impiadosa conmigo mismo. ¡Qué lejos estaba yo de imaginar tu aporte fundamental a mi proyecto, que nunca quisiera haber concretado! En eso fuiste más visionaria, porque siempre comentabas tu certeza de que iba a llegar el tiempo en que el mundo entero hablaría de "tu" escritor, al que siempre suponías el mejor de todos. ¡Ah, momento irrecuperable del idilio! No creo que se pueda construir jamás la máquina del tiempo para recuperarlo y volverlo a vivir. Porque aquellos atardeceres bajo el sol provinciano, esa brisa jugando con el estandarte de tu melena, ya nunca volverán. ¡Si tu beso y el mío, y la catarata de tu Eros están congelados para siempre, en mil endechas de escarchas detenidas, sobre las ya inalcanzables colinas del recuerdo... !

... He perdido ya toda noción del tiempo, Anadell. No sé cuántos días han pasado, pero la claridad que se va agigantando a mi alrededor es preanunciante que otra madrugada va llegando. Con la misma lentitud conque aguardo a la esperanza, esa dama de verde siempre tan distante e inasible, muy esquivante, lejos del fárrago atormentado de mi vida.

¡Si estuviesen otra vez en mi vida tu palabra y tus caricias, mientras mis torpes manos chacareras abrazaban tu cuerpo, quizás serían menos dramáticos los momentos actuales, cuando me siento más solo que nunca y donde cada amanecer es morir un poco! He comenzado a temer el día. ¡Es que ahí, cuando el sol comienza a trazar su curva eterna sobre la ciudad hostil, comienza mi tortura! La de tener que trabajar en oficios que no me son vocacionales para subsistir. ¡ Compartir tareas con personas que nacieron a la vera de un colegio y no han querido cultivarse en nada! Viviendo de paso anécdotas que me asquean, y que simbolizan una idiosincrasia, desgraciadamente. Te voy a referir algunas, antes de finalizar:

... Días atrás uno de los muchachitos de la fábrica -mirada torva, sonrisa mal intencionada, traicionero siempre mi querido hermano- enfermó de un mal muy feo: epilepsia. Entonces olvidé sus trastadas y, para infundirle ánimo calcé una careta de falso optimismo y lo invité a jugar una partida de billar en un bar de las cercanías, quitándole un par de horas a mi tiempo ya tan escaso, para ayudarle a olvidar un poco su triste dolencia. No puse mayor interés en el juego para que me ganara y fuese feliz siquiera un momento. A los pocos días jugamos la revancha y como ostento un bárbaro espíritu deportivo me exigí a

fondo para desquitarme. Casi enseguida logré ventajas y marché siempre adelante.

Me llamó la atención que el chico, habiendo realizado él la primera carambola la anotara en la segunda hilera del tablero. Lo atribuí a una cábala, aunque recordé que en el primer juego -que habíamos realizado en otra mesa- también le correspondió en suerte ser el primero en anotar, haciéndolo en la hilera superior. De todos modos continué taqueando sin pensar demasiado en el hecho que se me antojó trivial. Pero, casi al final, al voltearme hacia la mesa luego de estar un instante de espaldas contemplando la calle desde la vidriera atraído por una disputa de choferes de dos vehículos que se habían embestido, lo sorprendí intentando colocar con sus manos las bolas en posición desfavorable para mí luego de haber errado su tiro. Entonces, ya desconfiando, se me ocurrió revisar el tablero, contando las bolillas. ¡A la segunda fila le faltaba una pieza! Habitué del local y conociendo el asunto había empezado a anotar su producción de carambolas allí, para robarme ventaja... ¡Triste costumbre tan de algunos argentinos! ¡Aprovechar la entrega de una persona que olvida agravios y nos regala tiempo a fin de sernos útil en un mal momento, para estafarle su confianza!

... El otro día, mientras estaba en la fila esperando que me llegara turno en la estafeta de Correos ubicada en Corrientes y Mario Bravo fingí dejar caer distraídamente un billete de escaso valor sabiendo que a mis espaldas estaba un morochillo típico de unos veinte años de edad (me refiero no solamente al color de su piel, que cada cual ostenta el que Dios le dio, sino a la pigmentación de su alma). Calculé el tiempo, me di vuelta, e hice como que recién descubría el papel moneda, y le pregunté al muchacho, alzándolo:

-¿Será mío esto? ¿O se te habrá caído a vos?

-¡No, no! ¡Es mío! -dijo bajando la cabeza y zarpeteándolo de la mano, para guardarlo muy apurado...

... Venía por la calle San Martín, centro de la capital argentina, un camión de reparto de aves congeladas. Lo seguía un hombre de manera sospechosa, bien vestido, de unos sesenta años de edad, y al llegar exactamente al número quinientos el vehículo debió detenerse al ponerse en rojo el semáforo y entonces el sujeto actuó: ¡echó mano a un cajón de mercadería aprovechando la concentración del repartidor en su trabajo, y salió caminando muy naturalmente por Tucumán, en dirección oeste!

Más de cincuenta personas que presenciaron el atraco permanecieron impasibles, admirando por mayoría la "habilidad" del facineroso, con exclamaciones de aprobación. Yo grité para llamarle la atención al conductor, pese a que el chofer del vehículo de despacho de envíos al interior en el cual viajaba también festejaba la "hazaña" del ladrón y soltó el embrague para impedirme bajar, y entonces el damnificado descendió, pero lamentablemente, interpretó mal mis indicaciones y salió corriendo calle abajo, en sentido contrario al había tomado el delincuente. Esa noche, por la indiferencia cómplice de sus compatriotas presentes, un trabajador argentino debió soportar la sustracción de un cajón de productos con los cuales se ganaba la vida.

... ¡Ahí, en esos simples hechos reales que te cuento, está la triste realidad de mi Patria vencida antes de tiempo! ¡No gastemos más, por favor, palabras difíciles de entender, ni justificativos mentirosos, o concepciones intelectuales herméticas para explicar razones tan evidentes! ¡Qué culto que rinde mucha de mi gente, en su fuero interior, a quienes desfalcan, a cualquier nivel que sea!

... Desde mañana, Anadell, seré un desocupado más que deambulará por Buenos Aires buscando trabajo. No quería decírtelo para no causarte más pesares que los que seguramente ya tenés, pero tampoco puedo terminar mi carta sin contártelo.

¿Te acuerdas, mi vida, que te comenté que en la fábrica había un "papibóquico" ladrón? Bueno: tres veces encontré a mi pobre hermano haciendo de las suyas, pero la patronal, que anduvo en fullerías con el sujeto se encuentra inhibida de actuar, ya que lo utilizaba para defraudar clientes. El hijo del Infame, que decía ser amigo mío, me aseguró que en una nueva reincidencia lo despediría, pero sé que es mentira. Porque una vez que bebió medio vaso de vino se le destrabó la lengua, confesando su gran admiración por el fulano, un tipo que -según mi fingido amigo- "va a ir adelante", porque "es muy vivo", según él. Además descubrí también que lo utiliza para robarle a su propio padre, haciéndole sonsacar mercadería que vende y cobra él...

Hoy el raterillo papibóquico quiso "llevarse" mercadería de la sección a mi cargo. A fin de que no caigan responsabilidades que afecten a mi conducta y noción de ética que recibí de familia no me quedó otra solución que despachar serenamente el telegrama de renuncia. Sé que mi próximo ex-patrón me querrá hacer creer de nuevo que está indignado con el empleado infiel que le

roba, pero será pura farsa, porque me consta que lo idolatra, pues representa lo que él también quisiera ser, claro que a otro nivel. Entre ambos existe una oscura complicidad, y en mi Argentina nunca hay que sorprenderse de dolorosas conclusiones así, sino corremos el riesgo de envejecer y morir prematuramente de angustia...

Y entonces me apuraré para finalizar mi carta, esperando poder convertirla en libro y que alguien me lo publique, ganando algún dinero para poder subsistir. Frente a esta situación tan duramente real, ¿habrá todavía quienes exijan frases bellas o disculpas bien redactadas para justificar nuestra indolencia y la absoluta falta de Conciencia Moral, que en tan grande y casi generalizada medida padecemos?

... Ayer ya fui a conversar por un nuevo trabajo. Me atendió un señor muy ceremonioso, e inmediatamente -ya tengo buena práctica en esto- me di cuenta ante quién estaba. Le expliqué que soy escritor y cuando salgo de mis trabajos pro-manutentes, físicamente hablando, ejerzo mi adorada Vocación, contándole

además que hago una sola comida por día en regla y , como también alguna vez descanso para recuperarme no me queda tiempo para cocinar, de manera que debo ir a merenderos; los más baratos, por supuesto, insumiéndome ello unos quinientos pesos diarios. ¿Sabés el sueldo que me ofreció? ¡Diez y seis mil pesos! ¿Qué te parece? Si alguna vez decidiera ser normal; es decir: comer todos los días un par de veces, ¿cómo haría para seguir? Y... ¿qué querés que haga, Anadell?¿Echarle la culpa al "sistema" o al gobierno? Desde ya que ambos se conjugan en lo horripilante, pero, ¿ es responsable, por ejemplo, un equipo económico, de que en el mundo existan tantos hermanos papibóquicos, Infames y demás forajidos domésticos? ¿Sabés que quiso explicarme este neo-Infame (para mí) que quiso contratarme? ¡Que no puede abonar sueldos mayores, aunque yo los merecería por la foja de servicios que aporté de empleos anteriores y pudo verificar que era real, porque el Estado lo prohíbe! ¿Tendré verdaderamente cara de estúpido?

... ¡Veinte y tantas horas de ayuno!.. me duelen las articulaciones... ¡Quiero comer, Dios mío! Aquí no hay "problema económico". En todos los lugares donde voy a solicitar empleo no veo otra miseria que el alma de los Infames y la cobardía de sus esclavos. Me atienden señores bien vestidos, carigordos.

¡Y yo estoy resultando ya una nariz con hombre adjunto, y no a la inversa, como debiese ser! .

Dentro de poco podré filmar una gran película: "El Hombre sin Nalgas", podría titularse. Yo sería su personaje central y no defraudaría a nadie, porque estoy resultando, no un inculto felizmente, pero sí un in-cúlico , pues detrás ya no me queda nada... ¡acabaré por sentarme directamente sobre el extremo de la columna vertebral... !

Claro que, por suerte, soy un gran Poeta. Al menos me autosugestiono así, para poder andar contento. Hoy pergeñé un verso que se me antojó genial. Relata la verdad de mi última relación laboral. Lo titulé "Gracias, Pablo" y dice así:

Cuando arreglé mi contrato
con el buen amigo Pablo
hablamos juntos un rato
y me invistió de mil cargos:

¡"Acabó tu mishiadura
y tus días sin comida;
serán las fechas futuras
un encanto de la vida"!

"Ascenderás velozmente:
desde ya, sos Encargado
y verás que, de repente
serás bien remunerado".

"Y cuando pase algún tiempo
- si no lo tomás a mal-
tendrás los emolumentos
de Gerente General".

"A tu cargo: diez personas.
Facultades: las que quieras.
Desvíos: no se perdonan.

Al que falla mandá afuera”.

Mas luego mi amigo amado
-no quito ni pongo tacha-
el día menos pensado
¡me mandó a contar bombachas!

Que del sueldo prometido
resulta que, al fin y al cabo,
al desgastarse el vestido
andaré de taparrabo.

¡ Y de rápidos de manos
son mis dos compañerillos
que tengo que andar cuidando
hasta a mi propio bolsillo!

Y así, en lugar de mandar
-tal cual estaba investido-
tengo que el lomo agachar
como un guerrero vencido.

¡Y apilo los camisones.
la blusa, el deshabillé,
baby-doll, combinaciones,
el “manucrom” y el “piqué”!

Al fin, poeta que soy
en cantarle al Universo
ahora muy triste me voy:
¡justo a mí “me han hecho el verso”!

Y pregunto: ¿a quien no miente
por qué le habrán de mentir?
¿Por qué germinan simientes

que se deben de extinguir?

Mas Dios, que todo lo sabe
me responde desde arriba:
"-para que puedas ser ave,
primero serás hormiga. "

"-Para que puedas saber
el valor de un hombre honroso
primero has de conocer
la infamia del mentiroso".

"-Porque, si nunca existiera
la espantosa oscuridad.
¿Atisbarías siquiera
la Luz de la Claridad?".

¡Por eso río y escribo
hambriento, engañado y sin cargos!:
¡Porque estoy agradecido
de haber conocido a Pablo!

¡Cómo no escribir, Anadell, si parece que fuera mi único desahogo, porque a cada instante te hieren más profundamente, allí donde mora tu sincero deseo de ser justo, de actuar bien! Pero ellos -los cerdobanquistas como el del poema- no tienen (no quieren tener) corazón, y te buscan ya premeditadamente para ver si pueden degollarte el espíritu, pues saben que vos soportarás ser perjudicado y usado pero jamás intentarás utilizarlos a ellos de momento que hasta carecen de facetas útiles, como no sea para joder a los demás.

No tienen edad cierta, ni se da en ellos ninguna prerrogativa generacional o racial, como equivocadamente a veces creemos: este será diez años menor que yo, pero ya es un anciano espiritualmente, físicamente encorvado por el peso de su maldad y siempre contristado. ¡Nada de la altivez de la sangre hispánica, de la cual es descendiente! ¡Todo lo que me quitó a mí y le arrebata

a los demás no le sirve para gozar el canto verde de la primavera que se avecina, ni una noche de amor ofrendada sin cálculos mezquinos! ¡Ni la sensación inenarrable que se siente una mañana de abril caminando por los aledaños de Haypuyú! ¡Con aquel sol y aquella quietud! ¡Mi pobre hermano patrón es un rico de indigencia absoluta!

Me divierto mucho, Anadell, VIVIENDO EN POESÍA. Y además empiezo a ser famoso, sin que los que me admiran me conozcan siquiera. ¡Sublime felicidad! Hace apenas unos días oía por Radio Rivadavia el programa "La vida y el canto", y a su conductor - Antonio Carrizo- se le ocurrió hacer una crítica infundamentada al arte maravilloso de dormir a pierna suelta, éxtasis al que sólo podemos acceder los límpidos de conciencia. Porque en mi caso no harán falta jamás somníferos. ¡Tendré que ver si en alguna farmacia expenden <u>despertíferos</u> ! Como te explicaba, el locutor de General Villegas expresó que el sueño es tiempo perdido, más o menos. Me ofendí, como corresponde, y le escribí de inmediato un poema que firmé con un seudónimo que refleja toro mi drama actual: <u>Mishiadura</u>. También te lo copio, esperando que te guste:

Aunque digas, Carrizo
que el sueño no es disfrute
aquí va mi refute
porque me has indignado:

Cuando dormimos no hacemos nada bueno
pero tampoco cometemos acción mala:
¡yo duermo como un "canba", muy sereno
así la vida me esté dando con el hacha!

Son esas mis horas más hermosas:
cuando desgrano mi concierto de ronquidos.
¡Entonces veo estrellas, mariposas
o, sonámbulo, despierto en alaridos!

Después me levanto y en la selva me meto:
quiero ser león, y sólo soy gacela.

Gano una, pierdo diez, y los puños aprieto
añorando a mi cama, ¡graciosa damisela!

Ojalá no estés nunca sin laburo, padeciendo,
presintiendo que te llega solidaria, la hambruna.
Por eso te repito: ¡yo soy feliz durmiendo
aunque vos me critiques la fiacuna!

Te lo digo porque te quiero y respeto
y -vecino de pueblo- te sigo de años:
¡algún día, hermano, si se pianta el aprieto
te convidaré a un vino, compartiendo mi caño!

¡Lo leyó, Anadell, lo leyó! ¿Sabés como se rieron él y sus compañeros de programa? ¡Salió todo por el micrófono! ¿Sabés como me reí yo, pese al apetito que me consumía?¡Como un loco! ¡Qué hermoso es poder hacerles pasar un buen momento a los demás, vistiendo tu alegre payaso con chillones colores de fiesta, así tu suerte sea más que oscura, y por dentro solamente el dolor te esté transitando! Te juro que me siento satisfecho por esta incursión mía en uno de los espacios más escuchados de la radiofonía de mi Patria.

¡Cómo quiero a la gente, Anadell! A medida que más me lastiman los despiadados y traicioneros golpes que algunos me propinan, con tanta mayor fe me aferro a aquellas caricias en el alma que otros supieron brindarme. Por eso, en mi mundo de Amor no caben el odio, ni el resentimiento, ni el rencor, así intencionadamente golpee a mi prójimo -¡Mi Amado Hermano!- tratando de hacerlo despertar de su letargo secular, eterno.

Siempre pienso, a medida que avanzo en su redacción, que esta carta no debiera quedar reducida a ser una mera comunicación entre dos ex-novios, como un resabio de amor de una pareja que fracasó porque uno de sus componentes no quiso ayudarle al otro a levantar una barrera infranqueable contra el viento indolente de este tiempo desgraciado, donde el odio y la envidia se desarrollan en los restos cadavéricos de los espíritus cual una bacteria cancerígena que todo lo quisiera carcomer y destruir, irreparablemente ya. Me gustaría que otras tantas Anadellas de mi País y el mundo retomaran la pureza original del amor sin traiciones, limpio, exclusivo,

¡grande!, para que esa proyección inconmensurable del alma, el espíritu y el corazón reunidos en un sólo haz idílico fueran el bálsamo cicatrizante para cerrar tanta herida que inconscientemente nos prodigamos cada día como si estuviésemos todos locos. ¡Esta verdadera violencia de los Sentimientos, que no necesita otras armas que una mirada, una caricia, o la ternura de un beso, o simplemente dos manos entrelazadas con ternura, que siempre me parecieron algo más hermoso que un par de puños apretados con fiereza, amenazantes, crispados del rencor de la Insania!

Anhelo que alguien que sepa realmente escribir le dé forma literaria a esta desesperación mía por encontrarte en cualquier lugar que estuvieras; para que sepas, vida, que nunca he dejado de quererte. ¡Y que la Humanidad toda ya no pueda negar jamás que todavía existen hombres capaces de serle fieles hasta a una nostalgia, más allá de la muerte si fuese necesario! Y que a nadie -ante la Luz de ese ejemplo- le falte ya valor, ni sucumba ante el miedo si se decide a lanzarse, temerariamente, al embravecido río del Amor.

Si esta carta -mejor redactada, claro está- dejara de ser nuestra y pasara a constituirse en propiedad de todos los Albertos y Anadellas del mundo, ¡qué bellos y útiles serían tantos sufrimientos y soledades! Si cada persona que la leyera tuviese un poco de cada uno de nosotros y así se sintiera menos sola y original en su propia manera de padecer y amar; si cada uno condenara y a la vez quisiese y comprendiera a los personajes de carne y huesos que se fueron sucediendo con el correr de las horas, ¡qué sentido inmortal tendría mi misión! Pero, te confieso, a veces me acorrala un miedo cerval, pues temo que no sepan interpretarme, por pavor a tener que aceptar que sobre la Tierra arrasada del desencuentro aún germinan las semillas de la ternura, así a veces tengan que encubrirse con un manto de agresividad para presentarse en sociedad sin llamar demasiado la atención. Porque en este tiempo el candor y la dulzura suelen generar terribles desconfianzas, de tanto ser materias casi desconocidas...

Quiero recuperar -perdón si pido demasiado- la pureza de aquellos amores juveniles de mi zona natal. ¡Si no hace más de veinte años que ocurrían! ¿Puede ser que ya no regresen nunca más? ¿No hay posibilidades de que vuelva aquel beso tímidamente dejado, a escondidas y rápidamente, sobre el pelo de la joven que amábamos, mientras danzábamos -aunque fuese torpemente- algún tango o milonga en el baile popular? ¡A plena luz, porque

únicamente lo in-natural necesita de la oscuridad cómplice! ¿Seremos tan necios como para continuar asesinando a la verdadera sustentación de la vida que es la inocencia, así pudiese ser confundida con credulidad ingenua? ¡¡¡Nooo!!! ¡Yo no quiero que muera la esperanza!

Por eso sembraba en tu ser todo el fervor poético de mi alma, para que no dejáramos escapar esa inmensa posibilidad de ser felices, viviendo el uno para el otro con la plenitud de nuestros núbiles años aquel romance adolescente. Y así, después de los rituales imbatibles donde éramos solamente un hombre y una mujer transportados por la fogosidad impetuosa de nuestras hirvientes lívidos, yo llevaba quedamente tu mano hacia a mis labios y te pedía con timidez no fingida que me permitieses besar sus dedos pequeñitos. Y vos -¿recuerdas?- asentías con un mohín niño y apenas púber, mientras entrecerrabas, extasiada, tus lindas pestañas rubicundas...

¡Fue un año increíble! Tanto como esta despiadada década de separación. Nunca pude creerlo, en verdad, Anadell: ¿fueron falsos símbolos, o nada más que una ilusión, aquellos corazones entrelazados con nuestros nombres que un día dibujamos indeleblemente sobre la corteza de un plátano en la plaza España? ¡No, si el árbol todavía está, con su testimonio intacto! Porque, aunque nunca lo supiste, todos los cinco de junio de cada año recorro los quinientos kilómetros que ahora nos separan, busco el mismo banco y me siento en él, encarnado aún más en tu recuerdo. Y el viejo vigía vegetal, que debe conocer como nadie los secretos de tantos enamorados que a su sombra se amaron y soñaron no quiere responder nunca a las desesperadas preguntas de mi pobre corazón: ¿por qué tuvo que ocurrir aquello? ¿Por qué lo que entonces era mi Todo ahora no es ni siquiera mi Nada?

El anciano cuidador del paseo ya me conoce; siempre me saluda con una sonrisa de compasiva conmiseración. Nunca me ha preguntado nada, pero siento positivamente que lo sabe todo. ¿Quién no podría adivinar la razón por la que siempre, todos los cinco de junio de cada año, un hombre cada vez un poco más maduro se deja estar varias horas en silencio junto al banco del plátano, mientras su mirada vaga como queriendo preguntarle al espacio el porqué de su dolor? ¡Sí, Anadell: tu Chiche -como habías dado en llamarme- ya no puede olvidarte... ! ¡Porque nunca te ha dejado de amar! Como al ser elegido se lo llega a querer hasta por sus defectos quizás, en este caso, Alberto Faldrelli se enamoró de una mentira: por eso no tiene nada...

¡Cuánta hambre tengo, amor! He mal dormido -únicamente por apetito insatisfecho puede ocurrirme eso a mí- unas horas, y ahora caigo en la cuenta de que ya suman unas cuarenta sin ingerir alimentos. ¡Dos mil cuatrocientos minutos de involuntario ayuno! Quiero que el poco ahorro que todavía tengo me alcance hasta el final, para no caer en las garras siempre afiladas del Infame de turno. Además... ¡le tengo fe a lo que escribo! Sé que triunfaré y seré muy famoso. Entonces -lo juro- podré volver a Huaypuyú a darle un beso a mi madre, mientras ella me amasa esos tallarines tan únicos. ¡Y el Gran Rabito saltará muy alto, pletórico de perruna alegría, hasta poder lamerme las manos! Siempre riendo, por supuesto.

Creo que no hay muchos seres humanos que valoren y ansíen tanto un hogar como yo. ¡Y sin embargo no lo tengo! Planeábamos hacerlo junto, ¿recuerdas? Habíamos acordado también que en la puerta de nuestra casa, bien visible, en caracteres grandes, colocaríamos un letrero con nuestra frase símbolo. ¡Aquella que vos incluiste en tu carta del diez de mayo, cuando aceptaste mi amor! :

LA VIDA ES LA UNIÓN DE PEQUEÑAS EMOCIONES DIARIAS COMPARTIDAS.

Era nuestra "declaración de principios" . Cuando me la enviaste, yo apreté por muchos días aquel pedacito de papel contra mi pecho anhelante, bien juntito al corazón, agradeciéndole a Dios que, ¡por fin!, hubiese llegado el amor. ¡Aquel que imaginaba cuando niño leyendo las viejas novelas de las revistas femeninas, única literatura a mi alcance! ¿Cómo imaginar que la vida me lo traería, pero también lo destrozaría impiadosamente cuando el color azul de la felicidad me parecía que formaba un halo alrededor de mi cabeza?

... El ruido del motor de los vehículos comienza a oírse más denso allí abajo, en la calle. ¡Es que el día llega! Será una jornada más para mí, con una tristeza mayor: la desazón del desocupado. Contando las monedas compraré el diario y recorreré las páginas de avisos laborales; sin entusiasmo. ¡No hay allí panacea alguna para mis males! Luego iré a distintas direcciones, escribiré cartas proporcionando mis datos y referencias anteriores, siempre igual. ¿Podré conseguir empleo si envío una nota así?:

“Estimados señores:

Soy un hombre honrado, que debió dejar de trabajar en una fábrica porque no quería asumir la responsabilidad de ser cómplice de ladrones prohijados por conveniencia.

Adolezco de defectos, sí; el peor de ellos es que no puedo concentrarme demasiado en las tareas, pues pienso constantemente en un libro que estoy escribiendo. Pero pongo toda mi mejor buena voluntad en hacer las cosas lo mejor posible, y en más de cinco años no falté un día al trabajo cuando lo tuve, y... ¡no robo! ¡Ni dejo que lo haga nadie a sabiendas mías! No busco represalias anti-patronales, porque total ya sé que el destino de muchos de ellos es embromar al prójimo, y el mío el de ser el damnificado.

Me resulta fácil cualquier trabajo, de momento que hacer negocios, por ejemplo, no es difícil. Lo he comprobado por mis propios medios, triunfando rotundamente como comerciante cuando me lo propuse. Soy buen contador, aunque no tenga títulos, pues nunca pude ir oficialmente a ningún colegio. También puedo trabajar de peón de albañilería, porque ya lo he hecho. Aunque me parece que sería más útil a mi País como escritor, porque nací para ello. De todos modos y por necesidad estoy dispuesto a prostituirme haciendo lo que no siento, puesto que una vez estuve ocho meses gastando el dinero que había ahorrado -ganado por mí mismo, sin pedirle nada a nadie- para hacer tiempo y poder escribir, no faltaron imbéciles tontibobos que no podían dormir tranquilos preguntándome de qué vivía, y porque no trabajaba, etcétera, etc... ”

¡Qué hermosa misiva! Reflejaría la verdad de los hechos. Pero, no: seguro que escribiré otra que diga:

“... aspiro al puesto que ofrecen porque tengo deseos de progresar. En cuanto a remuneración, mis pretensiones son... etcétera, etc... ”

¿Pretensiones? ¡Pretensiones! ¿Qué puede pretender un desocupado?.. Comer alguna vez, porque Dios a nadie abandona.

¡Qué lucha la de este momento! Quiero despedirme con un mensaje de fe y esperanza, así mi estómago, que también tiene su voz, esté profiriendo extraños chirridos porque se siente muy mal atendido, y esa es su manera de

protestar. Pero... ¿cómo poder trasmitir optimismo, si el hambre no me deja... ?

Quizás... sí... ¡Sí! Esta carta tendrá un final feliz, pues voy a concluirla con las dos palabras más bellas del mundo, precediendo a tu nombre inolvidable:

¡TE AMO, ANADELL!

Tu

Alberto.

Notas del transcriptor-autor:

(1) Perón, para que quepan dudas.

(2) Alberto Faldrelli no sabrá nunca de la publicación de este libro, y por eso desconoce su título. El responsable de esta “Carta a Anadell” morirá asesinado por los lectores culposos, ni bien lo descubran.

UNO

“Uno busca lleno de esperanzas
el camino que los sueños
prometieron a sus ansias.
Sabe que la lucha es cruel y es mucha
pero lucha y se desangra
por la fe que lo empecina...”

INTRODUCCIÓN

Cacho Barrios llegó a mi vida en un momento clave, cuando buscaba con quien conversar para profundizar mis investigaciones sobre el Yo inconsciente. Todo era para mí interrogantes y solía, entonces, quedarme por largas horas pensando y re-pensando, buscándole una razón profunda a mi propio existir y el de los demás. Recuerdo que mi obsesión de ese tiempo era saber hacia adonde íbamos los habitantes del planeta y cuál era el punto actual de nuestro tránsito a algún destino.

Era una tarea, como es dable imaginar, verdaderamente difícil, pues para saber hacia donde va, un transeúnte debe primero conocer de donde viene. En tal punto jamás me convencieron demasiado las teorías de Darwin, porque pareciera que al Creador de todo esto que llamamos mundo se le ocurrió hacer en última instancia un chiste genial que dio por tierra con el ensamble hasta ahí perfecto del naturalista: el eslabón perdido. Y nadie en su sano juicio puede adherirse incondicionalmente a una tesis cuyo planteo existencial y argumental ofrezca una falla semejante, puesto que cadena a la que le falta una unidad está irremisiblemente cortada, por lo tanto no sirve para razonar ninguna continuidad objetiva.

Tampoco la oscurantez torvamente premeditada del dogma religioso me convenció nunca, puesto que no puedo aceptar lo que no se me explica con claridad meridiana, y menos aún sobre un punto tan esencial como el origen del hombre. En estos casos donde abunda la fraseología hermetista, el propósito oculto es siempre inconfesable, aunque tan fácil de descifrar si adiestramos nuestra mente razonante.

Fui descartando así mi pretensión de saber hacia adonde íbamos, pues nunca será posible a nadie jamás descubrir de donde venimos. A medida que avanzamos en el Conocimiento vamos corriendo hacia atrás las barreras del tiempo y los límites de la conciencia, es indudable. Pero llegamos siempre a un imaginario punto cero y ahí rebotamos ante lo infranqueable, con el desdichado resultado de que luego debemos volver a empezar. Ya hubo demasiados esfuerzos a este respecto, y cada vez que intento una proyección semejante, temo acabar en algo tragicómico.

Dejo a un lado el "no profundizar" de los cómodos e inauguro el "profundizar, pero solamente hasta la frontera". ¿La frontera de qué? Bueno, de mi miedo. De mi temor fundamentado de violentar la puerta de la morada divina y ser un huésped harto molesto al que hay que echar con un escarmiento suficientemente ejemplarizante para que no vuelva nunca más a turbar el plácido sueño de los Invisibles.

En el decurso del acontecer quedan, tan revelativas, las formas de muerte de Sócrates y Gurdieff. Dos buscadores del Origen. ¡Aquella risa triste del griego dirigiéndose a sus discípulos me sobrecoge de espanto! "-*¡Qué hombres más extraños!* - dicen que dijo para comentar los llantos de ellos mientras moría. Y lo creo, pero una vida de tan elevado pensar contrasta demasiado con un deceso de tan nimio concluir, como para que uno se quede tan tranquilamente apoltronado y no tome nota del caso. ¿Y Gurdieff?- *¡En qué lío los dejo metidos!"*- exclamó al expirar, mirando compasivamente a sus alumnos. ¡Dios me libre, qué sarcasmo terrible! Temblorosamente escribo todo esto, ya en la cima de un terror que me recorre hasta la médula de los huesos, haciendo que los espasmos de un frío tunélico, cloacal, se apoderen de todo mi ser. ¡No! Ya no me interesa saber de donde venimos: sé que me destruiría en esa empresa imposible. Al menos quisiera aprehender una sola cosa, saber **para qué estamos.**

Y aquí la misma tenebrosa noche se me hace espléndido día. ¡Venimos para evolucionar, para crecer hacia un impacto de futuro! Nunca debemos detenernos, ni se nos ocurran jamás demasiado lejanas alguna metas. Ni tampoco vayamos a pensar, por influjo del relumbrón de algún éxito, que hemos "llegado", porque entonces ceñiríamos laureles que sólo existen en nuestra egocéntrica imaginación y moriríamos en vida, la peor manera de fallecer. Nada puede ni debe contener la Idea de Progreso, porque es la verdadera razón de ser del hombre. ¡Ni a la muerte física se le debe permitir bloquear ese impulso! Al contrario: pienso que el último segundo de nuestra existencia es simplemente un instante más de meditación para captar la trascendencia de una nueva vida que se abre, excitante y bella, ante nosotros.

Así, caminantes sin destino, dueños de una partícula de la Historia -trascendente o doméstica, poco importa- , es tan estúpido para el ser humano tratar de vivir una gran vida a costa de lo que sea (total "algún día vamos a morir"), como torturarse masoquísticamente jugándose todo al descanso eterno, cual esas personas egoístas que aquí compran un carísimo sitio en la Recoleta y allí, en la provincianía, construyen en el cementerio del poblado el tradicional panteón de la familia. En ambos casos hay una pretensión de exclusividad que me asquea, y es esa expresión de maldad única, sacrílega: la de no querer permitir ni siquiera que sus inanimados huesos se mezclen con los de algún prójimo amortajado; quizás por miedo a que éste ronque demasiado o sea sonámbulo.

Cuando dejamos de negarnos, tonta e inútilmente, al Sendero de nuestro desarrollo, nos hallamos con que periódicamente coincidimos con personas cuyo acoplamiento se produce cuando estamos en el mismo grado de crecimiento interior. Luego, ya todo es un avance aunado, mancomunado, en el cual debe desaparecer el yo para que podamos refundirnos aleatoriamente en el nosotros. Si una de las partes del acoplamiento se detiene por hallarse "realizada", como dicen los necios, buscando capciosamente servirse a sí misma de la experiencia de vida de la otra entonces, fatalmente, el "desenganche" se produce. Y continuamos, nuevamente solos, hasta el próximo encuentro. Es en ese planteo y no en otra enmarañada lucubración donde debemos buscar la razón de las desavenencias con los demás, de las separaciones y adioses. Por eso, en el transcurso de nuestro vivir aparecen los seres compartientes, quédanse un tiempo -algunos (muy pocos) quizás

para siempre-, y luego se van. Debemos estar siempre atentos a ello, porque sino cada despedida se convertirá en un brutal desgarramiento interior que en nada nos favorecerá.

Con mucha frecuencia suelo percatarme casi enseguida de cuál es el papel que deben cumplir en mi Camino personajes que hallo en su transcurso. Así, cuando me encontré con Cacho Barrios, el hombre-protagonista central de esta historia increíble pero desgraciadamente veraz, supe inmediatamente que era el individuo señalado para un trabajo literario de envergadura no común.

Tenía todo su ser, no obstante la pobreza de su traje desgastado por el tiempo y manchado de vino barato, toda esa rara e inexplicable majestuosidad de los predestinados. Sus ojos, semicerrados siempre, hablaban a las claras de un alma soñadora y noble; tal vez del clásico abanderado de causas perdidas. O del que triunfa cuando ya la victoria se le transforma en escarnio por lo indisfrutable, con el paso de los años aguardándola. Así y todo , lejos de mí estaba adivinar que un encuentro de no más de media hora iba a significar una aterradora revelación sobre la suerte de mi País, contra el que se estaba urdiendo, a miles de kilómetros de distancia y en un subsuelo, una bárbara conspiración para invadir y herirlo en el campo de sus sentimientos, buscado destruirlo en la única parcela aún virgenmente pura.

Yo sé que una historia así, de tan aparentemente fantástica e irreal, puede llegar a parecer el “delirium-paranoicus” de un orate esquizofrénico. De todos modos no me importa demasiado esa circunstancia, si llegara a darse. Confío en la razonada comprensión del lector inteligente y me soslayo ante la sonrisilla cachadora del perezoso impensante, en la certeza de que tal tonta actitud se trastocará en mueca de terror cuando vaya comprobando, por el suceder de los hechos, que lo que aquí se dice es rigurosamente cierto.

Desde siempre, adelantarse a los acontecimientos horrorosos de la Historia e intentar prevenir a nuestros semejantes -para atenuar tan siquiera sus efectos- implica eso: el rechazo (por indolencia), de la advertencia, por parte de las mismas futuras víctimas que, incapaces de hacer ellas algo por el prójimo no comprenden -no quieren, no les conviene por el momento comprender-, que existen quienes son capaces por desprendimiento personal auténtico, de pensar y realizar para los demás. Axioma de sociología válido para todas las épocas y cualquier sistema político: los hombres y los pueblos

-factores sumados, al fin y al cabo, que no trasmutan esencia- aprehenden con más facilidad una enorme, complicada y pasajera mentira que los condene que una pequeña, simple y permanente verdad que los salve.

Además el Cantor de Tangos no era “gil”. Simplemente amaba a la gente y el Mundo lo suficiente como para dejar un sacrificado testimonio de ese Amor, privilegio de tan pocos. Y digo esto porque también era un desencantado del redentorismo, de manera que la intención de su lucha sobreviviente no era la de acaudillar a nadie y fijarle un estipendio a la misma, como ocurre siempre cuando de Cruzados y Mesías se trata. Ni tampoco -me confesó broncamente- soñaba reclamar algún día un lugar de honor en el bronce, donde no siempre se perpetúan grandezas.(Argentina es testigo).

Lector empedernido de la Biblia, concluyó finalmente que la verdad más totalizante y compendiadora que del libro había rescatado era aquella de... ”Dios ciega a los que quiere perder”. Y, aunque no dudó jamás de las sinceras intenciones del Héroe del Gólgota, sostenía que el martirologio de Cristo había sido un sacrificio inútil. “Los Redentores”, -me decía genial, violento, maravilloso y terrible- logran exactamente de sus posibles redimidos un resultado contrario al que los debiera hacer acreedores su holocausto”.

“Tanto mentecato, opa solemne, pusilánime impensante, humanoide mutilado de sus testículos cerebrales, falso pobrecillo, desequilibrado hormonal, calculador sensiblero que anda por ahí; pregonador vanidoso del último aborto que le hizo hacer a alguna fámula a la que cubrió haciendo valer su condición patronal. Legiones de cobardines boludentes, ciegos voluntarios, sordos interesados, mudos convenientistas, defecones éticos, frágiles glandulares (El cantor siguió con su retahíla de insultos, muy justos, pero que por su extensión y obscenidad no anoto más). En resumen: tanto infeliz irredimible, por más que santamente se crucifiquen diez mil Jesucristos vive -¡infravegeta!- siempre esperando que el Supremo Hacedor le continúe enviando Hijos para sacrificarlos, asumiendo así por él la obligación natural de hacer cada día, aunque más no sea, un poquito de Vida por sí mismos. Siempre me dará risa y lástima -decía Cacho con irrefutable lógica-, el que espera reapariciones de redentores, cuando sabe perfectamente lo que debiera hacer para salir de su sumergimiento. ¿Se creerán muchos, por ejemplo, que Cristo, en lugar de ser el Hijo de Dios, era el retoño de la pavota? Me imagino Su Dolor cuando la gente de entonces (que en actitudes

definitorias pareciera continuar igual que la de ahora, curiosidad conste), puesta a elegir entre Él y el malandra más facineroso de la región, lo condenó aviesamente; es decir, lo dejó sin votos al bueno para apoyar masivamente al que lo embromaba. ¡Ese grito final en la Cruz lo dice todo!: *"Padre, ¿por qué me has abandonado?"*. ¡Y ver, camino al Calvario como ese tal Cirenéo, que debe haber sido -como Barrabás- un manyín de mala muerte, cobraba para ayudarle a llevar el Madero! ¿Qué te parece? Tratando así a los redentores no es como para que se les ocurra volver".

"Además -continuó Cacho-, ¿hasta cuándo echarle la culpa de lo que pasa a Dios o al Diablo? Ninguno de ambos es responsable de lo padecido en el mundo de cualquier tiempo.¿Quién hace la guerra, contamina la atmósfera, mata a los pájaros (o los enjaula, lo que es peor todavía), encollara a los perritos, envasija a los peces quitándoles su libertad de Océano porque quiere, traumáticamente, infligirle a un pobre e indefenso animalito su propia esclavitud? ¿Quién asesina y destruye a la Creación minuto a minuto? ¿Quién quebranta la Armonía perfecta de la Naturaleza, donde todo está maravillosamente calculado y compensado? (En su estado original, se comprende). ¿Quién está convirtiendo al hombre en un manojo de carne y huesos, un conjunto de cansadas vísceras consumientes de su propia podredumbre? ¿Dios o el diablo? ¡No! ¡Nosotros! ¡NOSOTROS! ¿A qué entonces, pedirles a ellos que paguen por un delito que no cometieron?".

"Yo que he andado por todo mi País y casi el mundo entero -proseguía- , he visto a los hombres muy tristes. Hasta en el boliche, cuando la temperatura del alcohol hace crecer las tensiones brotan los resentimientos y no la sana alegría del borracho de antaño. Los he visto estupidizados por su propia condición de no querer pensar situación alguna, tal la pereza cerebral que los obnubila. Analizo los "tics" de sus rostros cuando les canto y veo que están vencidamente todos navegados de recuerdos traidores. Casi toda la gente de mi tierra sostiene que por buen camino no se llega nunca a nada, pero resulta que también les falta valor para asumirse como delincuentes y hacer, por ejemplo, hordas de saqueo como las tártaras del Gengis Khan. Así, al menos viviríamos sin trabajar y seríamos famosos como ladrones de pueblos vecinos, porque si continuamos de esta manera no podremos realizarnos como País constructor, ni nación guerrera. A lo sumo, seremos otarios irrescatables" -concluyó.

Mientras hablaba, Barrios caminaba nerviosamente por la hojarasca de la plaza con las manos en los bolsillos, mirando hacia el suelo, como queriendo ver en los caprichosos dibujos de la alfombra vegetal del otoño algo así como el signo interpretable de alguna videncia paranormal, mientras las madres paseaban a sus escuálidos y enfermizos niños respirantes de la contaminación. Más allá vomitaba vino totalmente químico un borracho que, indudablemente, había maldormido sobre un banco o en la greda durante la noche. Una pareja de obsesopromiscuos se sobaban cansadamente las intimidades dentro de un cantero, ojerosos y vencidos; droguiacostumbrados que, cuando la oscuridad, habían coiteado. Un jubilado que estaba sentado leyendo el diario lo dejó caer vencidamente sobre sus piernas variceadas, hastiado de tanta información repetida y demasiado haber atrasado. El perrito prisionero por la cuerda que sostenía una vieja apergaminada y negramente denterosa se detuvo, regó convenientemente a un arbusto marchito enarbolando simpáticamente una extremidad, y enseguida se arqueó tensamente comenzando de defecar con resignación y filosofía.

Cacho Barrios se sentó a mi lado, pero ya no le presté demasiada atención. Cabizbajo, como cavilando sobre su perorata, terminó por hundirse en su universo meditante. Estaba además muy agitado, como si acabara de llegar de una larga carrera a paso apretado y finalmente se despabiló muy aterrado por el paso de un patrullero policial con su rechinante sirena hendiendo el aire calmo de la mañana. Luego se frotó los ojos con apuro hasta hacerlos enrojecer, mirando enseguida en su derredor con la excitación evidente del perseguido, como auscultando el espacio. Se tranquilizó un poco cuando vio que dos automóviles de la seccional treinta y siete de la Policía que habían aparecido por Sarmiento y Bulnes continuaban su recorrido hasta perderse en el fondo de la calle. Después me preguntó, asustado, si yo era “habitué” de la plaza y conocía al hombre que se venía acercando.

Señaló girando casi imperceptiblemente la cabeza hacia su derecha como queriendo indicar a alguien sin ser visto por el tal. Capté el gesto, miré haciéndome el distraído y no vi sino a un peón municipal que venía hacia nuestra ubicación mientras cumplía su tarea de limpiar el terreno, barriendo la grava con una gran rama de palmera a modo de escoba. Le respondí que sí, pues ese individuo era conocido mío; de vista, por supuesto. Volvió a insistir, preguntándome si yo “estaba absolutamente seguro de que ese tipo no era

uno de ellos", porque -dijo- "solían tomar cualquier disfraz para buscar a los cantores de tango, matarlos, abrirles el pecho y arrancarles el corazón".

Aunque el sujeto no mostraba ni el menor signo de ebriedad, no pude menos de pensar que alguna copa de más sostendría entre pecho y espalda para hacer tan extraña afirmación. De todos modos le aseguré nuevamente que sí, que la presencia de ese agente comunal érame familiar pues lo veía todas las veces que iba a tomar sol y meditar en la plaza, como era mi costumbre. Tranquilizado, Cacho Barrrios quiso recomenzar sus irrefutables planteos existenciales, los que dejo de transcribir, consciente de que ya me granjeado las dos primeras antipatías, a saber:

1º) Los tránsfugas dirán que hay una lógica, pero que más importante y útil es la Dialéctica. Llaman así al conjunto de palabras más o menos ensambladas, en algunos casos hasta bellamente conjugadas, con las que siguen enroscando diariamente el ofidio al cuello, cual buenos vendedores de baratijas que son, a todos los imbéciles autoconsentidos, pregonando sus promesas de redención sin sacrificios, cual si los Derechos Naturales existieran "a priori", en lugar de tener que ser conquistados por méritos propios "a posteriori".

2º) Los sinvergüenzas argumentarán que soy partidario del Hombre Ideal, que no existirá nunca, y que su trabajo -de iluminados y desinteresados paladines- apunta hacia el "hombre real" que -según ellos- es el verdadero "protagonista histórico". Llaman así al engendrín ni siquiera fétido que ellos necesitan para utilizarlo en sus planes trepadoristas hacia el Poder y el Dominio del Prójimo.

Vano e innecesario, entonces, sería querer justificarme ante quienes carecen de autoridad moral para juzgarme, pero tampoco puedo eximirme gratuitamente de mi parte de responsabilidad; al contrario, la asumo. Pero sé perfectamente que estoy en la situación que un día resumí poéticamente así:

Hay alguno que quiere, cascabelear al gato
y lucha como un guaso para ponerle fin
a este tiempo de angustias, que tiene un derrotero
de un invierno en Febrero, sin primaveras ya:
pero al que sueñe cielos, lo llaman "idealista",
sarcástica la risa, lo sigue en su cinchar.

¡Y son los mismos "giles" que él intenta salvar!

De todos modos, consciente de la inutilidad de proclamarlas, dejo mis opiniones para el tiempo en que el mundo cambie -que será cuando el bíblico camello pase por el ojo de la aguja-, y paso simplemente a dejar constancia del relato, tal como recibí de Cacho Barrios, el Último Cantor de Buenos Aires, cuando en mi viaje a través del tiempo lo hallé, meditante, dicente e intemporal, sentado en un banco desvencijado y carcomido por las termitas, en Plaza Almagro, ciudad de Buenos Aires, República Argentina, un plomizo y gris amanecer del día primero de julio del año mil novecientos noventa y dos.

...cuando desperté de mi extraña duermevela el hombre ya no estaba a mi lado. Maldije mi mala disposición de no querer seguir escuchándole más, no obstante las argumentaciones tan comprensibles y descarnadamente veraces que esgrimía y que me hubieran revelado muchas precisiones del "invisible complejo" que se esconde detrás de la máscara de lo visible simple.

Traté de despabilarme cruzando las manos detrás de mi cabeza extendiendo los brazos en una actitud de pre-bostezo, que finalmente no se consumó, atribuyendo la visión a tres jarros de medio litro cada uno de entrador vino regional de La Rioja que había consumido, adentrándome en mí mismo, la noche anterior en una cantina del Abasto, deduciendo que no se trataba sino de un común sueño post-vínico. Miré a mi costado para cerciorarme definitivamente de que estaba solo, y el tal Cacho no era sino un producto de mi alucinación báquica y, efectivamente, nadie había...¡con excepción de un abultado sobre blanco! Recorrí entonces ocularmente todo el perímetro arbolado buscando a mi hombre; luego miré hacia las calles circundantes. Finalmente, mi atención se detuvo por breves segundos en el vértice de Cangallo y Bulnes; allí, un hombre alto, de arrugado traje color marrón, cruzó nerviosamente la bocacalle en diagonal, hacia la acera derecha, teniendo en cuenta la dirección del tránsito. Esquivó con paso apresurado los escasos vehículos que rondaban a esa hora, alcanzando al fin la vereda y disipándose en el aire como una exhalación. Y no lo vi ya más.

¡No pude salir de mi asombro! Caminé, sonámbulo, hasta la calle Billinghurst. Allí quise subir apresuradamente a mi departamento. Mascullando entredientes maldije la lentitud del ascensor, con una imprecación-letanía que incluyó, improcedentemente, hasta a las propias madres de sus fabricantes,

cuya deshonradez no me consta, de momento que los conozco ni creo que las veré nunca.

Abrí la puerta y entré apurado, dejándome caer laxamente frente a la máquina de escribir. Y comencé:

El Concejo de los Ocho estaba por comenzar su Sesión Especial. En junio de 1976 se sufría en piel y huesos el embate sofocante del verano neoyorquino, no obstante el girar zumbante de los supermodernos acondicionadores de clima ubicados disimuladamente en el cielorraso de aquel reducto subterráneo de la calle Wall, habitáculo que muy pocos habitantes de la Tierra sabían que existía: exactamente diez personas en total. Los Ocho, Supremo-padre, y... ¡Juan!

Nos preguntaremos qué cargo tenía Juan en el Concejo. Pensaremos que quizás era el más alto Jerarca. Nada tan lejos de la realidad: Juan era simplemente el mucamo y la única comunicación con el exterior cuando tenían lugar las sesiones. Tenía las condiciones ideales para cubrir ese puesto: era ciego, sordo y mudo. Además, en su niñez lo habían tratado en su país natal, Haití, con el procedimiento que transforma a los hombres en “zombies”.

En tal condición sirvió en las huestes de “Papá Doc” Duvallier y a las órdenes directas del mismo, hasta que un cable super-secreto de la Primera Potencia, emanado de su más alta autoridad, pidió un sujeto de esas condiciones para un empleo permanente. Necesitaban un ser con la más alta dosis de posibilidad de que guardara secretos. Que no viera, ni oyera, y tampoco hablara... Además -y para evitar hasta la más mínima posibilidad de que algún día la seducción femenina (o masculina, ¿por qué no?) pudiese obrar sobre él, circunstancia muy común en el espionaje internacional y que ya muchas veces cambió el curso de la Historia- también debía ser eunuco. Ello fue resuelto enseguida: los testículos de Juan, cercenados, navegaron por la red cloacal de Puerto Príncipe y finalmente pasaron a buen recaudo por el sistema visceral de un pez del Mar de las Antillas.

(Lástima grande, para los Ocho, que en el ser humano subyazcan, artificialmente aletargados pero no muertos, otros sentidos más que los cinco oficialmente aceptados). Pero dejemos que la narración siga su curso, pues no sería prudente -y además se volvería incomprensible para el entendimiento- que comenzáramos el principio por el fin...

En este punto del comenzar, Papavich Dimikritoff tenía la palabra:

-Y bien, señores: Supremo-padre nos ha convocado porque este asunto requiere tratamiento de urgencia y como tal está codificado. La orden para mí fue terminante, como supongo que debió serlo también en el caso de cada uno de ustedes, y me vi obligado a abandonar la temporada de relax en mi "dacha" de Tereksograd para viajar sin pérdida de tiempo a Sevenloms. Allí fui provisto de la Orden Elemental por escrito, además de una serie de instrucciones complementarias que fueron confiadas a mi memoria. Por suerte, mis largos años de entrenamiento en las Escuelas Especiales me han dotado de un excepcional Centro Mental de Almacenamientos de Datos (el vanidoso parecía que todo lo decía con mayúsculas, tal su petulancia) que, en circunstancias como esta -prosiguió- me presta un invalorable servicio. O, mejor dicho, "nos presta" -se corrigió instantáneamente para evitar seguras suspicacias, que ya se habían empezado a dibujar en el rostro de los asambleístas. De cualquier manera -concluyó- urge dejar los comentarios para mejor ocasión; pasaré lista ya, camaradas Ceroministros.

Se disponía a hacer la primera mención cuando fue interrumpido con desconfianza por Sam Lincoln, un personaje cuyas claves para una correcta identificación irán develándose de a poco:

-De acuerdo, amigo. Pero hay algo que comienza calzando muy mal en todo su planteo. Usted dice que el hombre no debe poseer nada económicamente, pues lo que a uno le sobra le falta a su prójimo, y la ambición de ostentar posesiones es un sucio vicio capitalista, sistema al que quiere destruir. Pero, de repente, habla de su casa-quinta de Tereksograd. ¿Cómo puedo creerle algo a un hombre que cae enseguida en tan flagrante contradicción? ¿Por qué tanta fisura -más bien abismo- entre la palabra y el hecho? Suponiendo que "a cada cual según sus necesidades" o "de acuerdo a su trabajo" se le deben dar prebendas...¿merece usted más el bungalow de week-end que un pobre obrero de sus famosas fábricas de tractores, esos que siempre ríen en las fotos de propaganda que difunde, cual si fuesen víctimas de una gigantesca cosquilla colectiva? Porque usted, que sepamos, nunca trabajó-. Entonces, ¿de qué necesita relajarse? ¿De la relajación misma? Esto me huele muy mal, porque empieza mintiendo, pues proclama la Igualdad y vive el privilegio. ¿Adónde iremos a parar así?.

A cualquier ser humano éticamente fundamentado que se le trate (así sea diplomáticamente) de mentiroso, se le pueden motivar reacciones muy violentas. Pero Dimikritoff no estaba modelado precisamente de la pasta de los auténticos, de manera que no se inmutó mayormente, absorbiendo el frontal ataque con toda tranquilidad, mientras con ambas manos se encasquetaba más requintadamente el gorro de piel de astrakán que le cubría la indecente calva, el que ni cruzando el Sahara se quitaba. Una leve sonrisa jugó en sus labios. El sonrojo que acampaba en sus mejillas era provocado nada más por la alta temperatura que reinaba en el exterior, de donde recién acababa de llegar; un calor de verano que hacía subir las tensiones sanguíneas y atizaba los rostros, pero en Papavich esa coloración facial en su cara de apariencia fraternal y bonachona, para nada reflejaba algún estado de reacción vasodilatatoria por haber sido descubierto en su doble juego, de manera que buscó fingir cierto asombro, y lentamente distendió su epidermis tratando de lograr que sus conmilitones creyeran que iba recuperando poco a poco una calma que nunca había perdido en realidad. Cuando calculó haber logrado su objetivo -previo chequeo visual de todos los demás concejistas- enfrentó a Sam con socarronería y mucha displicencia:

-Mi buen compartiente: usted sabrá por experiencia propia que Teoría y Práctica son dos hermanas de leche, pero que nunca podrán ser amamantadas en la misma teta. La primera se sustancia en la comodidad del meditante; la segunda debe succionar el pezón de la sacrificación.

Un teórico nacido de buena familia recibe mensualmente los emolumentos que obra la familia para mantenerlo, con ese dinero alquila una humildísima buhardilla-aunque fuese una mansión hay que llamarla así- y allí, en la soledad, sucio, desarrapado, hambriento y triste (en realidad limpio, bien vestido y festicholero) concibe la pócima ideológica superadora para todos los males de la dolida Humanidad.

De su conducta no debe importarle demasiado, pues con el transcurrir de los años ya vendrán los redactores de la Historia, que escribiendo borrarán. Cuando el hombre ha meditado con seriedad y desprendimiento tan siquiera cinco minutos por día durante un mes ya saber perfectamente que cada ser, y sólo él puede salvarse. El pensador honrado lo expresará sin mayores ambages puesto que, al no tener ínfulas redentoristas incubadas en el

compartículo tramposo de su alma puede esperarse de él tan siquiera un ínfimo atisbo de verdad en sus palabras.

Pero el meditador cretino, si posee una inteligencia tan siquiera mediana, es así cuando concibe la Doctrina perfecta, invulnerable, definitiva, única...¡la que traerá una eternidad de bonanzas cuando se aplique! Usted sabe, tanto como yo, que la Eternidad no existe, puesto que todo el Universo está siempre inmerso en un estado de mutación constante, donde el Principio y el Fin son exactamente lo mismo. ¿ Dónde puede entonces caber una Idea de eternidad, si no se puede ubicar jamás un comienzo de tal estado? Pero es necesario que nuestro infeliz prójimo crea lo contrario, sino ni usted ni un servidor seríamos lo que somos.

Un buen candidato a Redentor debe antes que nada ser un mejor auto-sugestionista, porque si logra creer en su propia mentira es que ya está en condiciones de inculcársela a los demás, y vistiendo bien su macaneo puede tener muy buen pasar, así las crónicas memoriosas de su tiempo digan algún día todo lo contrario, sino a lo sumo puede aspirar a un final grotesco, burda imitación de otros tantos habidos ya: el Martirologio, estado triste y supremo del error redentorista, coronará su vida de heroísmo y privaciones. ¡Los apologistas de su gesta harán pingüe negocio de su Ejemplo de autenticidad, y él ya no vivirá para desenmascararlos!.

Pero si mintió bien igual hablarán y escribirán de que su existencia fue un ejemplo de preclaras virtudes, total nadie podrá desmentirlos, de momento que hasta el más longevo de sus contemporáneos ya morará en la paz del camposanto. De todos modos y si alguna voz coetánea se levantara apostrofando por vago e incapaz al redentor, como correspondería, nadie la escuchará, empeñados como estarán todos ya en levantar el pedestal para la estatua inmarcesible del nuevo Salvador, o en popularizar algún fetiche sanguinolento que lo represente.

Yo aspiro a ser ejemplo. Por eso hago exactamente todo lo contrario a lo que proclamo: Usted y yo sabemos que esta premisa es la base fundamental de cualquier preceptura sacerdotista. De ayer, hoy o mañana; de manera que a no escandalizarse demasiado, pues mientras el precipicio entre un hombre manifestante y su conducta proclamada agigante su carisma proselitista -y no hay ninguna posibilidad de que nada cambie al respecto- la Humanidad

continuará simulando que su peor flagelo son el cáncer o el cólera, cuando su enfermedad madre voluntaria sigue siendo la Amnesia Colectiva.

También yo, amigo Sam, en mis primeros tiempos de militancia no aceptaba ventajas, y mi vida era la demostración práctica y perfecta de la autenticidad y factibilidad de mi discurso político. ¡Teoría y praxis, unidas en perfecto matrimonio, llegaban al orgasmo! Poco menos que un santo era, tal mi consecuencia doctrinaria. **Los Jefes me dispensaban el honor de su trato personal, y yo creía que era una deferencia única por mis méritos. ¡Ellos, tan célebres, personajes periodísticos, se dejaban fotografiar junto a un oscuro militante de las aldeas rurales que no cortaba ni pinchaba!.**

Siempre ganaba las elecciones distritales y, cuando un miembro del Central venía, el pueblo casi me veneraba. Años tardé en comprender que eso no era sino una adulación cretina, rayana en el más cínico hijodeputismo. Porque cuando intimé más con mis superiores les descubrí su juego dúplice y quise hacer reformas para que se acabaran los privilegios de los cuales ahora gozo, fui combatido hasta el escarnio y la tortura. Después del forzado retiro que me hicieron pasar en la Región Helada -donde ahora envío a los que caen en mi mismo grado de estupidez de entonces- recapacité mucho en mis procederes, y cuando regresé a la palestra decidí ser el perfecto demócrata que antes no fui; es decir: el cabal intérprete de los deseos de mi pueblo. De los verdaderos deseos, se entiende.

La masa, Sam -Usted lo sabe muy bien y lo practica, no se me haga el loco- tiene nombre femenino y no por casualidad. ¡Es que necesita ser copulada hasta hacerla hasta sangrar por la violencia del coito y aspira siempre a un proxeneta explotador! Sino no es feliz. ¡Goza con el flagelamiento!. Cuando tiene un amante fiel lo inmola en el ara de algún adúltero, y el día que yo pasé a esta última categoría dirigencial fui realmente importante, comenzado a ganar vertiginosamente posiciones. ¡En tres años estuve en el Comité Central! Ahora vivo más que bien y sólo me invade la tristeza cuando visito mi vieja aldea donde consumé mi pobre existencia de idealista, habiendo surgido allí un nativo llamado Borskitof, hijo de un primo mío, que hace mi antiguo papel...ahora yo soy el notable y él el consecuente. La admiración de mi gente creció, porque, dicen que.. ¡soy un triunfador! Está todos felices de que los embrome y a

sus costillas viva; según ellos, progresé y basta. Antes existí para ellos; ahora, trabajan y sufren por mí. Es injusto desde ya, pero es así como se sienten realizados, televisión mediante.

Un tiempo más y a mi sucesor le quedarán solamente dos alternativas: ser agotado de utilización y arrojado a cualquier parte como un preservativo coiteado, o avivarse a tiempo. Triunfar, como dicen los homosexuales de la mente. Y yo, que soy bueno y no quiero que le pase lo mismo que a mí, trato, por su propio bien, que tome el camino de la simulación. Pero el pobre, exactamente como hacía yo en idéntica circunstancia, vive demasiado apasionadamente su romance con la Idea, esa hembra peligrosísima que acaba deglutiéndose a sus amantes, de manera que será inútil todo lo que le diga por su bien a sus sordos oídos para prevenirle y evitarle que sucumba. Cuando a él también le toque su Siberia le sobrarán horas para meditar y llegar hasta la médula del lío existencial para desatarlo. Y acabará como Papavich Dimikritoff, por más puro que sea. Si no lo matan antes, por supuesto. Podría...

-Está bien, amigo -decretó Sam Lincoln, vencido de tanta lógica irrebatible-. Cuando habla de Usted lo hace de mí, de manera que ahorremos más discursos. Pero debemos saber cuidarnos, y en este caso también, si bien no podemos poner en duda la auténtica procedencia de la Orden Elemental, pues su firma es ahora la real y - después del último tirón de orejas que debimos propinarle Supremo-padre y yo- no tienen que quedarle ya muchas ganas de pulir sus artes de falsificador. Pese a esto, quisiera saber como aceptar de buena fe (que jamás existió entre nosotros), que esas instrucciones complementarias no sean calculadas invenciones suyas para llevar agua a su propio molino, a fin de abrevar su unipersonal sedientez. ¿Cómo puede probar que no han sido tergiversadas?.

Papavich oyó nuevamente sin inmutarse las pesadas acusaciones de deslealtades anteriores. “La verdad no ofende”, pensó filosóficamente para sus oscuros adentros, y con toda calma explicó:

-De acuerdo, Sam, pero esos desajustes que usted insiste en llamar “invenciones” fueron el lógico producto de circunstancias infinitamente más fáciles para ambos, cuando había suficiente margen de maniobra para que cada cual intentara su propio partido lidiando dentro de un campeonato de dos, que ambos queríamos ganarlo a toda costa, recuerde. Pero cuando otros

quisieron entrar en el torneo, como no somos tontos aplicamos al pie de la letra uno de los razonamientos lógicos más exactos de la matemática autorizada: entre dos litigantes, un tercero siempre gana.(Verbigracia el abogado, único triunfador total en cualquier pleito). Y así comprendimos la necesidad de hacer un seleccionado para ganarles a todos -proseguía Dimikritoff con extraña metáfora deportiva-. De manera que la mejor garantía que le puedo dar en cuanto que a que no le miento en lo referido a esas dichosas instrucciones complementarias es que tengo tanta necesidad cono usted de jugar para el equipo.

-Dólar quiera- blasfemó impensadamente Lincoln- que a Usted no se le ocurra hacer un gol a puro juego individual, por cuenta propia.

-Descuide, Sam -cerró Dimikritoff-. Por mi buena facilidad en capitalizar los ejemplos ajenos, he visto que usted intentó muchas veces eso y siempre termina con la pelota entrando en su propia valla. Yo lo igualo en ambición, pero soy mucho más práctico.

-¡Lógico! -gritó Sam, exasperado-. ¡Porque yo quiero ser pragmático y acabo siempre en doctrinario! ¡En cambio usted aparenta ser ideólogo y al final termina en antidogmático! Es decir: el dogma, sí. Pero como las enfermedades: que se las agarren otros.

El ruso ya ni atendió siquiera al juego de palabras del americano e inquirió:

-¿Seik Mhamud?.

El aludido, que hasta el instante de ser nombrado estuvo siempre casi dormido, apoyados sus codos y entrecruzados los brazos sobre la mesa del Reducto tardó en responder, pues el viaje desde Oriente Medio había sido cansador en extremo. Venía además fatigado por una disipada noche anterior en el harén., por lo que había llegado a una conclusión triste debido al agotamiento, y era que todo hombre normal aspira a poseer veinte mujeres, pero cuando llega a lograrlas se da cuenta al final de lo imposible que es vivir, porque las dos decenas de concubinas acaban por tenerlo a él.

El árabe parpadeó intensamente para despabilar sus ojos de la niebla de sueño y narguile que los envolvía y luego contestó con desgano:

-Presente...camarada...

Papavich se removió en su asiento, molesto por tanta tardanza en responder, e interiormente maldijo al depravado. Menos mal que -se consoló- en trapisondas con las regalías petroleras, nadie más venal ni barato para

sobornar, porque tenía su lado flaco que le conocía muy bien: adolecía de un pederastrismo extremado hasta todos los límites. De manera que muchas veces le reemplazaba los millones de dólares por hombres. Vigorosos cosacos de un metro noventa de estatura, fuertes de mucho frío estepario y trabajo rudo, desarrollados en el remate del bajovientre y frenéticos de tanta continencia larga por castración religiosa -vigente aún en su país no obstante de ser de ideología oficial atea- eran transportados para hacerle servicio al seik, como así también morenos de poderosa mandíbula , grandepénicos en extremo, caucásicos, individuos que, según el depravado eran los hombres más bellos del mundo los reclamaba para sus noches; de a dos o tres, según las circunstancias. Por allí se iba toda la riqueza petrolera de un país potencialmente rico, pero realmente pobrísimo, con un porcentaje pavoroso de mortandad y desnutrición infantil.

Rechazaba el turco a sus connacionales por ser -de acuerdo a sus propias palabras- demasiado flacos, débiles y penipequeños. Alguna vez hasta consiguió negros senegaleses, supermembrados famosos que trabajaban contratados en las playas sofisticadas del Mediterráneo como "gancho" turístico para americanas deseosas de fagocitación torturante. Pero no le gustaban del todo, pues -decía- "hedían a negro". No: el era un refinado para el goce, y exigía larguidotados, sí, pero de tez blanca; o broncínea, a lo sumo. ¡Qué se creían! ¡Jamás oscuros! ¡No!, él tenía su moral de degenerado , y propias e inflexibles reglas éticas de hetereosexual: el tamaño y la calidad, lo más grande y lo mejor, pero que no se equivocaran con sus gustos. Para lo otro estaban las maricas pobres, que no podían aspirar sino a lo que pudiesen conseguir con el poco dinero que tenían para ofrecer.

El jamás había sido en ese sentido un mezquino, pues a su tanto oro nunca trepidó en derramarlo si le daban lo que quería. Sam y Papavich competían en tratar de sobornarlo para su particulares beneficios; Mhamud manejaba esa brega con perfecto equilibrio para lograr lo que ansiaba.

Al principio Sam debió ceder terreno, porque al seik no le gustaban los machos que le proveía, en general , desde morochos portorriqueños débiles por sus hambres desde la más tierna infancia, y hasta osó ofenderlo una vez llevándole a un fofo negrote arrancado del "ghetto" de Harlem, grande, pesado y estúpido, muy torpe de tanta segregación racial que evidentemente le había

dificultado el acceso a la culturización sexual de la decadencia, a la morbosidad del cine porno y la drogadicción de la sociedad industrial.

Otra vez tuvo el descaro de ofrecerle dos rubiecillos pálidos, inerectibles de mucha libación whisquera, pese a su juventud, y le hizo pasar una noche desesperada...¡pedía y no podían darle! Desde entonces le aclaró terminantemente a Lincoln: no más petróleo por connacionales tempranoimpotentes. Canje imposible. Entonces fue cuando Sam puso toda su creatividad al servicio de mejor causa y, cibernética pura, le solucionó el problema a su manera, proveyéndole de un robot consolador que tenía todas sus salientes de sintéticos, pero increíblemente análogas a las normales, ¡con la ventaja de que siempre permanecían rígidas!.

Cuando Sam apareció con el armatoste primorosamente embalado en una caja cerrada al alto vacío y comenzó a montarlo en su presencia, Seik Mhamud no lo podía creer: ¡Cada pieza encajaba perfectamente! Los instrumentos bajopelvianos eran de color trigueño...*"Grosor y largo a gusto"* - díjole el americano- . Así pudo satisfacer la medida ideal, tanto tiempo anhelada y nunca hallada hasta entonces.

El árabe capicúa pudo cumplir así un programa de goces casi perfecto, con harén femenino una noche, provisión rusa la otra, y el tecnificado aporte industrial yanqui la tercera. Tuvo que poner así en idéntico grado de importancia la colaboración interesada del dúo Sam-Papavich, y si el ruso había sacado ventajas al principio, ahora se le apareaba el americano con su sensacional hombre de laboratorio, al cual en el clímax se le ponía automáticamente en funcionamiento una cinta grabada con arrulladoras frases profesionales

de excitante efecto y hermosa voz de alcoba, mientras soltaba un líquido viscoso, blancuzco, siempre a una temperatura de treinta y dos grados centigrados; no fallaba nunca. ¡El oriental llegaba así al paroxismo! Y así, en su gozatorio, gritos y susurros se entremezclaban por varias horas, en bacanal de gloria incomparable.

Seik Mhamud aprendió y perfeccionó todas las técnicas de presión política sobre el Primer Ministro de su País, que aprobaba títeremente todo lo que él le indicara. Bah... -pensó rápidamente, analizando la situación-: tampoco le quedaba otro remedio, porque si desobedecía convocaba a una urgente reunión de gabinete y, a lo sumo, le quedaban a elegir dos

muertes: la política y la física. O ambas al mismo tiempo. Su pueblo no se diferenciaba de ninguno y él era el verdadero Jefe, pues poseía docenas de automóviles Rolls-Royce, yates, salía frecuentemente en los diarios, revistas, televisión, mientras el **Presidente era tan solo un pobre patriota dominado que con esa vida monacal al servicio del País que llevaba no iba nunca a conquistar el apoyo de una población envilecida que, por lo tanto, le admiraba como el Vil Mayor, aunque para él serlo ellos se estuvieran muriendo de hambre, paupérrimos, andrajosos, vagantes familias enteras con sus chiquillos desnutridos entre el torbellino de la ciudad donde se llenaban de riquezas los banqueros y el petróleo regaba su chorro de opulencia para pocos y pobreza total para los más, exactamente como en cualquier lugar del mundo donde los enanos mentales creen -o simulan creer- que la base concretante de una nación es un suelo fértil, un subsuelo rico o una minería ubérrima, cuando la verdadera prosperidad consiste en tener un capital humano digno, con conciencia étnica y ética, lo que no se mide con estadísticas censales ni cifras de comercio exterior, sino con el grado de orgullo y límpida altivez conque una nación quiera vivir, así tenga diez kilómetros cuadrados de superficie y no figure siquiera en los mapas, ni en el sucio juego de la política mundial se mencione su nombre alguna vez...porque los mejores sitios del planeta son aquellos donde pareciera que jamás ocurre nada, y sin embargo sucede todo, porque se aprendió a convivir, por educación, cultura, y preservación de la Heredad Patria.**

Este seik había concebido para su País la organización económico-político más novedosa: el socialismo nacional, con grandes inversiones capitalistas. Las empresas era todas foráneas: la ideología gobernante, en cambio, pasaba por vernácula. Se trataba de un novísimo sistema que comenzaba a aplicarse en muchas partes con señalado éxito. Una suerte de Revolución Folklórica, donde todo quedaba igual como antes pero parecía diferente, porque el pelaje de la alimaña era más vistoso, luego de la mutación inmutante ocurrida. Era un laberinto de preceptos de Estado que nadie osaba explicar, ni reconocer. En fin, así marchaba esa perfecta creación de una agencia de estudio de mercado y publicidad que estaba logrando un auténtico “boom” masivo con el nuevo

producto manipulador, el cual se vendía a precios colosales para los incautos perezosos y con jugosas comisiones para los aventajados neo-caudillejos de cada país.

Esto gozaba Dimikritoff mientras analizaba la mejor conveniencia propia en el enjambre, cuando acabó poniéndose furioso consigo mismo por haber perdido su tiempo y paciencia en distraerse con ese desarrapo humano que era Mhamud. Crispó las manos nerviosamente, pero luego atenuó su ira y llamó, fingiendo respetuosidad:

-¿Iafa Kleiman?.

La aludida, una viejita de nobles arrugas, ojos muy celestes, todo el aspecto de abuelita cariñosa para con sus nietos, sesgó una mirada de infinita bondad hacia quien la nombraba y, mientras se acomodaba la pechera de su blusa ricamente bordada con lentejuelas de oro puro -metal al que adoraba- dejó pasar un calculado momento para exasperar el ánimo de su inquirente. Cualquier buen oteador de expresiones le habría descubierto un fondo de ojos helado, hiénico.

Iafa miraba el gran drama de la vida como un consumado actor profesional que analiza las reacciones del público desde el escenario y, mientras llora, ríe o gime, interiormente lo único que siente siempre realmente es fastidio, simplemente especula o actúa en consecuencia, pues el verdadero gran Artista de teatro se debe mover así, porque si bien debe aprender a lograr que el espíritu de su personaje se aloje en su ser interior, desplazando a su propia y verdadera personalidad, dentro del lapso de su representación, sin embargo , algún rincón de su cerebro debe permanecer imposeso y alerta, en acción, estudiando el efecto de su trabajo como si fuese un crítico desapasionado y feroz, haciendo sobre la marcha las correcciones que fueran necesarias, analizando también los resultados que alcanza al poner en juego y ejecución esas variantes, para volver a reajustarlas si resultara necesario. ¡Desdichado de él si el personaje “le toma” más del noventa y nueve por ciento de su alma! Entonces pierde el cálculo pasando a ser una simple marioneta que se mueve con el cómico desgarbo de un fantoche herido, o de un bebé que camina con sus piernitas abiertas por haberse ensuciado defecando. Además el mejor actor debe alcanzar con genuinidad una verdadera honradez, límpida conducta en ese desdoblamiento para que permanezca tal y no se le

convierta en doblez. O duplicidad, según se lo prefiera. ¡Por eso es tan difícil su concreción!.

La Judía habría podido serlo, sin duda, porque en el respetuoso damero de turbios intereses donde debía manejarse, ella aprendió a hacer las pausas indispensables para descargar tensiones mientras continuaba perfeccionando su arte supremo: con dos o tres palabras ubicadas en el momento exacto -las justas y necesarias- conseguía que cualquier interlocutor pisara en falso, y hasta Papavich la temía por lo sinuosa y hábil, constándole bien cuántas veces había enredado los hilos de la diplomacia con sus contumaces artificios de simuladora de debilidades que lejos estaba de padecer. O de ficticia perseguida, y por ello no se animó a llamarla de nuevo; entonces la mujer, cuya edad podría aventurarse estaría frisando en los cincuenta y cinco años más o menos, paseó su mirada triunfal sobre el ruso, quien comenzó a turbarse temblequeando, según lo delataba inequívocamente el papel que sostenía en sus manos, que ya no se mantenía inmóvil como al principio.

Iafa bajó entonces lentamente la mirada y cuando vio que la entrepierna del pantalón del hombre comenzaba a mojarse con un claro lamparón de humedad del tamaño de un puño cerrado supo que hubo logrado su objetivo, que era el de hacer orinar de temor, ansiedad, ambiciosidad a los aliados y conmilitones del Concejo de los Ocho, puesto que ella era consciente de la tremenda fuerza extorsiva que le otorgaba la posesión de dinero que mantenía oculta cuyo monto era inconmensurable pues era su fabricante, siendo el único legal y fuerte, por eso no podía detenerse en pequeñeces y escrúpulos con sus subordinados, a los cuales desde hacía años dominaba totalmente; todo eso con su maravillosa máscara de endeblez, coadyuvada hasta por su pequeña estatura, que no superaba el metro cincuenta y cinco. Concluyendo: todo lo poseía, interior y exteriormente, para ser una fingiente colosal, ¡la mejor de todas!.

En esta situación que nos ocupa, cuando la dama tuvo la completa seguridad del manejo y dominio total sobre el bastonero suavizó aún más su mirada, que destelló con ternuras de amante madre para con su hijo único respondiendo , pausada, entonadamente, moviéndose como agazapada en su asiento , cual felino en disposición de atacar:

-Aquí estoy, tovarich.

Y volvió a distender sus labios enseñando los dientes, por lo que ese remedo de sonrisa, en lugar de disipar la honda atmósfera cargada de presagios nada gratos para los siete conmilitones restantes, tuvo el inverso efecto de tensarla aún más, pues aunque no tenían, ninguno de ellos, el poder de discutir la legitimidad de su presencia en la rueda (por ser la financiadora de la misma) la odiaban, y no fraternalmente. La Menopáusica Forzada, La Que Nunca Tuvo Novio, La Idish Vírgen a la Fuerza, La Que Nadie Le Hizo el Favor, La Incoiteable, y un sinnúmero más de apodos igualmente cariñosos por el estilo eran algunos de los apelativos que le prodigaban; en privado, por supuesto, porque frente a ella todos temblaban, orineantes, conscientes de su frondosa y larguísima historia, y su capacidad para superar con inteligencia las mil y una vicisitudes que en su atormentada vida había soportado, porque les constaba perfectamente que en el transcurso de toda su brillante carrera más de una vez apareció vencida, destruida, mas supo sacar fuerzas de sus flaquezas para levantarse y continuar. Por eso, cuando cierto razonamiento magistral suyo mostraba la solución viable y práctica de los difíciles entuertos por los turbios intereses en juego -análisis que a ella solía bastarle segundos plasmar- todos la aplaudían cariñosamente y, si alguno de ellos debía tahurear un papel de opositor, en realidad secretamente la admiraba acatando siempre sus órdenes, emitidas en todo momento con gran firmeza, pero suave y sutilmente, parapetada detrás de su pobrecilla y enfermiza apariencia de abuelita buena.

La Judaica volvió a bajar la mirada hacia un inubicable punto de su enjaezada pechera, lentamente, y mientras que eso ocurrió Papavich no se animó a proseguir. ¡Dios mío, cuánto temor ante una débil mujer! ¿Débil? ¡Ja-ja-ja!.

-¿Nié Pao Lí?, -inquirió ahora, más sereno, Dimikritoff.

-Presente- contestó el aludido, seca y enigmáticamente.

Cualquier persona que hubiese podido penetrar al Reducto no habría encontrado nada anormal en el aspecto del chino, como no fuera la hondura y profundidad que denotaba su semblante, característica normal de cualquier hijo de su tierra. Silogista genial en el diálogo, en eso tampoco se diferenciaba de tantos compatriotas suyos, maestros en eso de darle un hermético sentido enredante a una frase en apariencia simple y vacua, como por ejemplo: “La línea recta es una curva que se enderezó, pero antes era una curva que no le

encontraba esencia a ser tal; por lo tanto, la línea curva es una recta que se torció y ambas, siendo diferentes, son lo mismo. Porque siguen siendo líneas".

El oriental se movía pausadamente, melancólico y triste. Leía a Confucio de una a dos de la tarde, pensándolo, desde hacía cuarenta y dos años. Luego, hasta las cinco, meditaba sobre los pensamientos de Lao. Comía exactamente doscientos cincuenta y cinco gramos de arroz cada mediodía. Realizaba caminatas por la pradera, mirando siempre hacia el cielo y estudiando las caprichosas formas de las nubes, cuando las había, sintiéndose muy decepcionado si el día estaba sereno y el firmamento límpido. Hallaba una piedra en el camino y la alzaba ceremoniosamente, observándola y tratando de conclusionar sobre el porqué de sus formas, echándole la culpa a alguna particular confluencia, en el momento que el peñasco comenzó a formarse, de ciertas condiciones intra-mundanas especiales, que hicieron que fuera así y no de otra manera. La llevaba a su hogar colocándola sobre la mesa y, profundizante insigne de la manifestación objetal del inconsciente, sabía que si se le caía al suelo mientras almorzaba no era por una circunstancia casual, sino que tal accidente representaba una determinada situación interior de su Yo y por ello, cuando partía una nuez, observaba detenidamente el perfil del quebrantamiento de la cáscara, y de acuerdo a la figura que representaba reglaba su conducta y vida. Hablaba muy poco, por lo tanto se equivocaba menos todavía. Iafa Kleiman lograba sorprenderlo y asustarlo a veces en plena actuación pero después, a solas, cuando recobraba el sentido macrocósmico de los hechos se recomponía y lograba transformar cada derrota orineal en un nuevo triunfo.

Físicamente el sujeto podía pasar por un pacífico agricultor del Yemen o un sufriente arrocero del Meckong. Imposible distinguir en él al personaje encumbrado y sutilmente poderoso que en realidad era. Característica típica absolutamente china ésta, porque Mao Tsé Tung y un labriego asiático son, a primera vista, exactamente iguales, así uno sea el que manda y el otro quien obedece. Semigordo, ojioblícuo: de todos modos, así tan "standarizado" como pareciera, algo habría llamado poderosamente la atención a un observador avispado y detallista: el paisano de Lao Tsé, pese a estar la habitación muy poco iluminada, no se había quitado los anteojos de casi instransparente cristal ahumado que llevaba, que eran casi un apéndice de su rostro, un complemento, un accesorio más de él. Tenía por costumbre sacárselos sólo

por la noche cuando su ayudante de campo, Lin Fú -única persona en el mundo que tenía un mínimo acceso a su intimidad- se había marchado ya, dejándole totalmente a solas en su dormitorio. Incluso antes de hacerlo, los bajaba por unos milímetros para observar con el rabillo del ojo por sobre ellos si había sido previamente apagada la luz de la habitación y, cuando hacía el amor, la amante de turno debía soportar la presión de los cristales sobre el rostro. De todos modos no le faltaban mujeres, porque se le intuía fácilmente que poseía poder político pese a su actitud reservada, y eso constituye siempre un obsesionante atractivo para el sexo erróneamente llamado "débil".

Esta medida de soportar tantas incomodidades, tanto en él como en cualquier otra cría de su laya con quien nos crucemos en la vida, tenía y tiene su profunda razón se ser: los "espejos del alma" del oriental eran exactamente eso: nítidos, diáfanos, claros retratos de su ser interno. ¡Terribles ojos, manifestantes, mudos, hablantes, dubitantes, atacantes, defendientes, horadantes, calculantes!.

Corta carrera habría hecho en el mundo de la intriga, la delación y la traición, -al que entregó los mejores afanes de su existencia-, si no se hubiera acostumbrado desde muy joven a esconder los relevantes órganos externos de la visión pues ellos, como está dicho ya, reflejaban con total fidelidad los laberínticos y nauseabundos recovecos de su espíritu, enfermos de tanta maldad siempre destilada.

Papavich y Li eran algo así como el carnaval del Concejo. Decían tener exactamente las mismas ideas practicando asimismo idéntica inescrupulosidad para llevarlas a cabo en el terreno de los hechos, fingían admirar a los mismos personajes de la Historia Universal, cada uno vociferaba a los cuatro vientos ser "el más fiel intérprete" de ellos y, sin embargo, jamás estaban de acuerdo en nada. Ambos, con unción casi religiosa, decían idolatrar dogmáticamente la misma Doctrina pero, a fuerza de acusarse mutuamente de transgredirla ya habían olvidado sus postulados. Soñaban (los dos), que un día la Crónica del Mundo comenzaría exactamente en el año uno de su Era, adjudicándose también individualmente ser los apóstoles de ese Renacer Universal que -sostenían- echaría por el suelo toda la experiencia histórica anterior por negativa e insulsa. Vendían a su propio Cristo por mucho menos que treinta monedas de plata y luego, a diferencia de Judas Iscariote, no sentían siquiera remordimiento alguno. Eran totalmente ateos y antirreligiosos, pero pugnaban

como locos para establecer un culto dominante propio que reemplazara a los demás existentes, a los que calificaban de “opios”. Nunca se les podía hacer manifestar si lo que proponían era una droga benigna para una fumata más placentera, o simplemente si era la misma pero trataban de venderla en un paquete artísticamente presentable y, cuando se les exigía a fondo parra arrancarles una definición al respecto, ambos se enojaban mucho y entonces pactaban entre ellos poniéndose de acuerdo para exterminar al ocasional enemigo que tuviera la grandísima culpa de querer desenmascararlos.

Dimikritoff, con más años de antigüedad como militante de la extraña Secta, hacía hincapié en esa casual circunstancia de su foja de servicios y acusaba a Li de ser un novato apresurado mientras éste, a su vez, llamaba “cerdo-burócrata-reformista-bandido-burgués” al ruso, todo con voz suave y muy buenas maneras, y quizás por eso más irritante todavía. Papavich a su vez retrucaba afirmando que él le había enseñado al chino todo lo que este sabía de doctrina y praxis, e inclusive le había enviado “desinteresadamente” preceptores para que le instruyeran y ayudaran en los tiempos iniciales, pero Nié a su vez volvía a la carga afirmando que tal remesa de instructores recibida no era un acto fraternal, sino paternalista y que, cuando quiso poner algo de su propia cosecha en el aprendizaje el traidor bandolero le había retirado dichos maestros abandonándolo solo en la estacada. Además afirmaba que todos ellos no eran más que espías disfrazados para intentar penetrar sus hondos secretos vivenciales. El soviético hasta llegaba a aceptarle que sí, algo de eso había, pero el chino, decía, acabó por sobornárselos y hacerlos trabajar en su contra, y por eso debió repatriarlos con urgencia, y sobre si esos hombres habían sido retirados o expulsados, tampoco coincidían, porque según el momento y la situación cada cual daba su propia e interesada versión al respecto.

Camarada Papavich sostenía que gracias a su límpida colaboración había podido Nié Pao Li subsistir cuando era un débil e incipiente niño de pecho y que, si le hubiese dejado inerme ante sus poderosos enemigos habrían acabado con él en un mes. Pero el Gran Chino decía exactamente lo contrario: que el tovarich se había aliado a esos adversarios para exterminarlo. Eran tremendistas en extremo, y en los primeros tiempos el mundo temblaba cuando ambos se lanzaban amenazas apocalípticas que, afortunadamente, no se concretaban nunca.

Cuando se sentaban el uno frente al otro solían patearse por debajo de la mesa con gran fruición, y varias veces intentaron echarse veneno en los pocillos de café o en los vasos de bebidas que consumían durante las reuniones especulando cada cual con un momento de distracción y entresueño por aburridez de su contrincante para asesinarlo. Empero, acostumbrados por desconfianza culposa a dormir con un ojo abierto, ni así podían sorprenderse tampoco.

A veces tomaban asiento apareados y entonces resultaba hasta gracioso contemplar el combate a pellizcón limpio en que se empeñaban, enseñándose los dientes y gruñendo bien poco amistosamente. Pero, como buenos ladradores que eran, jamás llegaron a morderse.

Se podrían escribir innumerables páginas sobre la extraña relación de estos dos correligionarios que, afirmando públicamente que pensaban igual y querían lo mismo se odiaban fraternalmente tanto y durante muchos años, mediante sutiles intrigas de las que se rumoreaba por ahí que Papavich tenía metida buena baza en ellas, Li no había sido admitido en el Concejo. Sí, en cambio, un pequeño hermano menor suyo, muy opositor a su forma de ser, menos autodeterminado y totalmente obsecuente a Sam Lincoln. Chié, -así se llamaba al párvulo- había sido echado de casa y no le dieron más que una pequeña heredad, en la cual subsistía a fuerza de genuflexión e hincamiento alcahuete ante el yanqui, que le arrojaba algunas dádivas menesterosas en premio a su trabajo de hostigamiento a Nié, pero un día necesitó pactar con el Chino Mayor, que se hacía cada vez más peligroso e importante como para permitirse el lujo de tenerlo como enemigo, y entonces le prodigó una soberbia patada en el reverso al pequeño, que no pudo poner nunca más sus pies en el recinto y murió, vencido y tonto. **Como el limón exprimido fue arrojado al recipiente de los desperdicios cuando dejó de dar zumo, cumpliendo el lógico y universal fin de los “chupamedias”, lección siempre repetida que nadie osa aprender.**

De todos modos, -por lo menos verbalmente-, Dimikritoff siempre había apoyado el ingreso de Nié Pao Li al Concejo, aunque subrepticiamente lo hiciese vetar por otros. Desagradecido hasta el límite, el Gran Chino no tuvo jamás ni siquiera la gentileza de reconocer la gestión. Esto pensaba Camarada mientras se frotaba frustradamente las manos analizando la situación y

murmuraba universal sentencia para sus antros: “Cría cuervos y te sacarán los ojos”.

Eran, al fin y al cabo, combatientes cómicos, si no fuese que estaban mortíferamente armados hasta los dientes y con tales armas que, de irse realmente alguna vez a las manos, luego deberían contarse muchos muertos inocentes a su alrededor.

Dimikritoff le hacía notar esto; pero Li sostenía que era para ventajearlo asustándolo con los maullidos de un tigre de cartón, que jamás sería capaz de causarle el menor rasguño. A veces el ruso desenfundaba su pistola nuclear y efectuaba algunos disparos al piso para amedrentar a su rival, quien pasó no pocos malos momentos por eso, cuando aún estaba casi desarmado y no podía responderle sino con una pequeña navaja de gastado filo. Pero un día pudo agenciarse de armas similares a las del adversario las cuales, no obstante ser de menor calibre y mucho menos perfeccionadas le sirvieron para mantenerle a raya y hacerse respetar, realizando dramáticos y payasescos disparos para después pavonearse por el polvo levantado y el perfume de cápsula servida que quedaba en el aire.

Fue de todos modos una gran fortuna que mantuvieran su línea de combate dentro del esquema de escaramuza patotera de barrio contra barrio, pues así toda la vecindad no debió lamentar los destrozos que causarían si algún día se pelearan en serio, con tanta “ferretería” encima, si bien hasta ahora como revólver de “cafishio”, repetimos que por suerte para todos.

Volviendo al Concejo de los Ocho, fijaremos la atención en el inglés (porque también lo había).

Definir a Sir Edward Popen costaría muchísimo espacio y tiempo, si quisiéramos tomar de parámetro una figura humana. Pero, echando mano de un integrante del reino animal-irracional, nos resultará mucho más fácil la descripción. Sí: eso era Sir Edward ¡exactamente un cerdito! Ventrudo, de extremidades inferiores cortas en demasía, muy variceadas por su mala circulación sanguínea, producto ésta de la total desaprensión conque se tomaba sus treinta “scotchs” diarios e ingería varios kilogramos de bolo alimenticio para satisfacer su inagotable gula. Pecho casi ni tenía, pues su esternón había sido aprisionado por inmensos faldones de sebo; cuello ni que hablar, porque la papada turgente y promontórica era la culpable de su abotangamiento bajo gruesos pliegues de estirada y fláccida epidermis.

Además, y como si eso fuera poco para producir y acentuar aún más el abultamiento de su torso, pendían de su chaqueta un sinnúmero de condecoraciones y cadenillas de oro. La Orden del Mérito, la Cruz de Malta, Caballero de la Reina, en fin: todo el cúmulo de cintajos indecorosos con los cuales en su patria se premiaba hasta a los piratas y marihuaneros.

Así nuestro Quinto Notable, para cuya digna trayectoria debemos anotar que era el padre político de Sam Lincoln -el más importante contertulio y que sin embargo casi no había hecho uso de la palabra, porque prefería hablar poco y hacer mucho- siempre desatendió las disputas de Nié y Papavich, a menos que de ellas pudiese extraer ventajas para él, que al fin y al cabo tan sólo era un pobre noble en decadencia que vivía de glorias pasadas y de las subvenciones que a regañadientes, cuando lo veía financieramente muy mal, le arrimaba Sam, hijo putativo como el que más.

Sir Edward fue antaño un prodigio de la diplomacia, pues explotaba a todo el mundo sonriendo sin que nadie de sus desdichadas víctimas voluntarias se diera cuenta, y no obstante que el limitado poder a que su origen posesional lo había acorralado geográficamente en un principio, fue capaz luego de extenderse y lograr propiedades en los cuatro rumbos del planeta, poseyendo navíos que cruzaban todos los mares de su Imperio en el cual jamás se ponía el sol. Por supuesto, los escrúpulos los había guardado celosamente entre los amarillentos originales de su Carta Magna, libelo en el cual cifró su amor por la Ley y la Organización para sí (Juan Sin Tierra ya había muerto y no podía reprocharle nada).

Iafa miró con infinita conmiseración y lástima a aquel miembro que sólo podía estar en condiciones de recibir ayuda pero jamás ya en situación de brindarla y al cual si lo aceptaban como miembro del Concejo era por razones de tradición. En ese momento el ruso inquirió:

-¿Sir Popen?

-Yes, Sir- contestó el aludido, y ya nadie siquiera se percató de su existencia.

Así, tovarich Dimikritoff llamó enseguida al siguiente:

-¿Monsieur Alain Devine?

-Ouí, ¿ puedo hablar?

-Por supuesto que sí, Monsieur -concedió Papavich, sospechosamente democrático-. Pero sea breve.

-Muy bien- comenzó el francés-.¡Las glorias pasadas de mi Eterna Nación, ya en su Décima República por renovación constante de sus valores perennes, me crean la necesidad de señalar que, si mi Imperio ha sido el Faro del Destino de los Hombres y perdió batallas pero jamás la guerra, y así podemos proclamar los Sagrados Principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, más nuestro valor de Soldados para sostenerlos, imponerlos, legarlos y defenderlos, al son de Nuestra Marcha Marcial, la más bella del mundo, para siempre y por los siglos, para que la Inmortal esté en situación de ser...la Luz del Universo! ¡La inmarcesible! ¡La única!.

¡No podía haber causado peor efecto la eufórica perorata! Todos -hasta Mhamud, que despertó sobresaltado- miraron con contenida bronca al disparatero, al que es justicia señalar su prestancia de hombre público: alto, enhiesto, orgulloso, vestido con la tradicional y proverbial elegancia de los hijos de su tierra, voz tonante de campanario, arengatorio, gallardo.

Sam Lincoln - un auténtico Míster- con medida oratoria se encargó de dejar caer sus palabras con valor de última sentencia. Iafa Kleiman quiso hacerle notar que aún no había sido citado cierto nombre para formar el “quorum”, pero el americano levantó su brazo derecho hacia la menopáusica en ademán de contención por lo que ésta pudiese decir y lapidó:

- Al fin y al cabo, a mi me toca ejercer el Poder Visible, que es el que más desasosiegos causa y menos alternativas confiere. Usted, Devine, y su cacareada “grandeza” se mantienen en pie porque Papavich y yo -¡y hasta Popen, vive Dios!- le sacan las castañas del fuego cuando ya están a punto de quemárseles, y sus sueños de “grandeur” son exactamente nada más que eso: sueños. Porque lo único que Usted tiene de eterno es su desagradecimiento, pues cuando y gracias a nuestros desinteresados oficios logra salvarse se convierte en un incordioso enemigo, con sus lucubraciones de neutralidad y otras yerbas. Quédese tranquilo, Devine. Los banqueros de usted son al fin y al cabo los mismos que padezco yo, en eso nos parecemos y vinculamos. En cuanto a sus soldados, deben ser de plomo como los de juguete, porque se derriten muy fácilmente ni bien el calor de la batalla crece, y sus imperios...duran hasta que se retrasa en llegar al campo de la lidia un batallón entero por demorarse a tomar cerveza en algún mesón de campaña, o se equivoca por un aguacero inesperado el guerrero de turno queriendo atacar al enemigo cruzando un pantano que no fue capaz de prever durante la

planificación. Aquí en lo único que nos igualamos todos es en lo referente a Principios: los enunciamos a viva voz pero tenemos tanto terror a practicarlos como cuando niños tememos ingerir la purga de aceite de ricino que nos obliga a tragar nuestra abuelita, por más bien que le haga a la salud. Pero...no vine aquí a golpearme el pecho en tonta “mea culpa”, porque eso le quita eficiencia y posibilidades de éxito a la Corporación, y técnicamente eso no nos conviene a ninguno...

Semejante bofetada moral -cargada de realidad, por otra parte- apabulló por el resto de la Sesión al francés que ya casi ni habló, y cuando quiso hacerlo siguió “metiendo la pata” siempre, así luego de los yerros recobrara su apostura y ornamentada dignidad.

Tsabo Okamoto se irguió cortésmente en toda la mínima magnitud de su estatura contestando “presente” a la solicitud de Dimikritoff. No había prestado mayor atención a la disputa entre Sam y Alain, ni le importaba otra cosa más que subsistir como asociado del primero, quien lo remunerada bien por su gran capacidad de trabajo e inteligencia creativa. De luchas estaba cansado y, si lo hubiesen dejado en paz en su casa jamás retornaría a los tiempos del “banzai”, a los que fue llevado en un momento de estúpido fanatismo que le oscureció el razonamiento, además de las perfectas cuan envolventes maquinaciones de Sam, en tiempos que éste necesitaba desarrollar ciertas fases de su industria bélica queriendo medirlas combatiendo, y lejos habíanle quedado a las proezas
de sus pilotos suicidas, de los “samurais” profesionales de su Tradición y las decisiones harakíricas: mejor las dejaba para otros. Pero está visto que quienes alguna vez anduvimos en conflictos jamás podremos alejarnos de ellos aunque mucho lo ansiemos. Además, el dominio sutil y despótico que en el fondo Sam ejercía sobre él lo inhibía de hacer demasiadas ostentaciones de personalidad, por ahora al menos.

Papavich Dimikritoff miró finalmente hacia un extremo de la mesa ubicando verbalmente al Octavo miembro:

-¿Joao Nascimento Da Silva?.

El aludido, miembro recién ingresante a la Congregación, aún poco acostumbrado al ceremonial se sobresaltó en su asiento, gimiendo obsecuente:

-¡Pre...presente, Míster! ¡a sus pies! ¡su seguro servidor! ¡beso su mano! ¡todo suyo para siempre!- concluyó arrodillándose y dirigiéndose a Sam, más próximo a él que Papavich, pero que no le había dirigido la palabra y por lo tanto no era a quien debía responder. Por eso a Camarada le molestó sobremanera semejante demostración de sumisión prodigada al miembro que ni siquiera se la había solicitado, mirando con desagrado y desprecio al chupamedias, explicándole con paciencia, tratando de atenuar su ira, (y, porque no decirlo, el asco) que, siendo esta una reunión democrática donde todos tenían iguales derechos, -manifestación que provocó dolorosas e impotentes carcajadas en algunos circunstantes- debía responderle a él, presidente de turno de la mesa, y no al yanqui.

Sam, que estaba, como dijimos, sentado muy cerca de Joao, considerándolo su mejor "amigo", capaz de seguirle ciegamente a cualquier parte, se enfadó propinándole una feroz patada por debajo de la mesa para que le sirviera de advertencia que no debía dar el brazo a torcer al ruso, porque para eso eran aliados , estándole obligado a contestar siempre "sí", o mejor "sí, señor", pero jamás contradecirlo. El brasileño enrojeció de dolor asiéndose una rodilla, lagrimeante, mientras Dimikritoff tozudamente insistía:

-¡Da Silva!.

-...Present, Míster...(otro puntapié).

-¡Da Silva, por favor!

-Present, Míster...(más coces todavía).

-¡Da Silva, un cuerno y tu puta madre, por si acaso!- tronó el soviético escupiéndolo, ya fuera de sí totalmente.

Y así lidiaron largo rato, con el natural de Bahía respondiendo siempre forzada y maquinalmente, mientras era sacudido despiadadamente: "¡Present, Míster! ¡present, Míster! ¡present, Míster!". Pero, en un descuido de Sam le pasó al ruso por debajo de la mesa una hoja de papel que había escrito a escondidas, con un breve y lacónico mensaje: "Si Usted llegara un día a tener tanto dinero como mi patrón Sam y la fuerza que de tal emane compensara la incomodidad de sentarnos tan lejos uno del otro, lo que le impide prestarme ayuda si se la reclamo, puede estar seguro de que diré toda la vida: Present, camarada-present, camarada- present, camarada..."

Papavich asintió con la cabeza, delatando un gesto de fastidio en su rostro, pero ya resignado y muy aliviado en sus temores. Al fin y al cabo era sólo una

asociación de intereses lo que existía entre Sam y Joao, y sería fácil quebrarla cuando hubiera con qué pagar. “Con los amigos que se dan vuelta siempre hacia donde el sol calienta y cabalgan al lado de nuestros enemigos, se puede lograr un día hacer de ellos nuestros mejores instrumentos para destruirlos, si ésto llegara a convenirnos”- filosofó para sus negros adentros el soviético.

...En estos momentos llegó Juan el Haitiano con una bandeja, depositándola sobre la mesa, luego miró hacia todos lados con sus ojos-sin-mirada y se fue.

Los participantes del Concilio no dieron ninguna importancia a la presencia del eunuco cuando éste abandonó el Reducto.

NOTA: Si no existiera la Percepción extrasensorial de la memoria, la que se manifiesta aún perdiendo los cinco sentidos visibles del ser involucionado, jamás habríamos podido enterarnos de lo que ocurrió en aquella Reunión, que fue tan decisiva para los habitantes de la Argentina, y muy especialmente para nuestra amada ciudad de Santa María de los Buenos Ayres.

Pero de la contaminada atmósfera.

DOS

“Dos almas que en el mundo
había unido Dios:
¡Dos almas que se amaban!
¡Eso éramos tú y yo!”

Establecido ya el cien por ciento del “quorum” indispensable para iniciar la Sesión y mellados suficientemente los machetes de los enfrentamientos verbales de los participantes -cosa que ocurría cuando todos gastaban los últimos argumentos para engañarse mutuamente, quedando absolutamente

convencidos de que habían nacido nada más que para servirse del prójimo- Dimikritoff abandonó el asiento de cabecera, que imaginariamente sería cubierto “in-absentis” por Supremo-padre, en su carácter de Único Regente y Presidente Visible del Concejo de los Ocho. Luego de haber ingerido calmosamente los refrescos que trajera Juan, el ruso comenzó a leer la Orden Elemental emanada de la Superioridad.

¿Sabremos algún día por qué medios esa Orden llegó a poder de Cacho Barrios? Porque había nada más que ocho copias, traídas por Papavich, que en estos momentos de la narración están cada una de ellas en poder de los personajes que nos ocupan, quienes lograron con mucha concentración no olvidarse de los tramos más importantes del memorándum, ayudados por tener a la vista las palabras y frases que el soviético fue leyendo despaciosamente, interrumpiéndose solamente de vez en vez y de cuando en cuando para beber agua mineral en pequeños sorbitos, como regustándola, en un vaso que tenía a la mano.

A fuer de sincero, jamás creí del todo en el relato del Cantor Popular cuando le solicité detalladamente en qué circunstancias dicha Orden Elemental llegó a sus manos. No porque Cacho en sí tuviese el aspecto y ancha sonrisa de los sinvergüenzas (¡Dios me libre, jamás vi tanta autenticidad en una persona!), sino por la razón de que hay hechos en los cuales uno jamás puede dar crédito, quizás por ser demasiado reales.

Nada había de extraordinario en el aspecto de aquellas hojas mimeografiadas tamaño oficio que encontré a mi lado en el banco de la Plaza Almagro. Mas esa impresión superficial cambiaba totalmente cuando se comenzaba a leerlas profundizando su contenido.

En páginas que suceden a ésta me limitaré a su literal transcripción. Al original lo destruí, porque temí que poseerlo significara un compromiso para mí, pues era algo así como el “cuerpo del delito”. Y ser depositario de elemento de tal importancia en la fantástica conspiración contra el tango me hubiera convertido en una futura víctima del alma nacional, no me cabe duda alguna. Pudo más el miedo a morir, que la necesidad de guardar un testimonio físico para que mi relato fuese creíble.

Los Ocho estarán más que felices de que al inesperado cronista de su Congreso lo tomen por loco, pero es preferible pasar por orate y estar vivo, y

no que nuestros semejantes nos tengan por cuerdos mientras pesa sobre nosotros una ineludible sentencia de muerte...

(Lo que a continuación sigue es la COPIA AUTÉNTICA del documento dejado por Cacho Barrios, el Último Cantor de Buenos Aires, la mañana que lo conocí en Plaza Almagro. Dicho escrito original fue destruido por mí, atento a los motivos que confieso en el penúltimo párrafo de la sinopsis introductoria que finaliza aquí).

ORDEN ELEMENTAL

A). Consideraciones generales:

Afortunadamente el territorio que nos ocupa ofrece tan ideales condiciones de sojuzgamiento que poco es lo que nos resta realizar para que nuestro dominio sea ya absoluto.

Muy útil será detenerse en el análisis de algunas de las técnicas y tácticas empleadas con sus consiguientes resultados, que en ciertas aspectaciones son tan definitivos y concluyentes que hacen inútil pormenorizar sobre detalles de los mismos: así ocurrió, por ejemplo, con el "Tanteo por Drogadicción". ¡Ha sido un éxito matemático, total!. Más no se habría podido lograr.

Sobre el Intento Número Dos tampoco quedaría nada por decir si no fuese que, por el espectacular triunfo obtenido se cae en la comprensible tentación de disfrutarlo y regodearse, con lógica sensualidad. En efecto, el "Plan de Estupidización por Automoviletría" culminó con otra victoria extraordinaria, pues la epidemia de "automovilitis" ha hecho estragos ya definitivos, porque llevado por la desesperación de poseer automóvil, lógico y necesario medio de transporte para muchos pero innecesario elemento de "status" para los más, el individuo trabaja en dos o más empleos a la vez y así, por falta de tiempo para cultivarlo va suicidando de a poco su ser interior, haciéndolo un objeto absolutamente permeable para ser utilizado sin necesidad de extremar sutilezas, pues ya no medita ni siquiera un minuto por día, por lo que pierde la ocasión de percatarse de su estado tomando conciencia de la caída.

Ese hombre pasa así a ser un conglomerado informe de carne, vísceras y debilitada sangre, apto para que su cerebro enfermo, febrilizado, haga producir cada vez más a nuestras máquinas desde su inconsciencia, mientras tanto todas las relaciones humanas han pasado a ser reguladas por las

dimensiones, aparatosidad y lujosismo del automóvil; felizmente la humanidad sigue careciendo en la mayoría de su protagonistas de memoria histórica y afán investigativo, siendo muy pocos quienes se detienen a observar vestigios de dibujos existentes en algunas cavernas insepultas de la prehistoria que muestran aún discernibles visualmente figuras de idénticos vehículos, los que finalmente fueron el ataúd donde conseguimos enterrar a los deshechos de civilizaciones anteriores, pues gracias a la amnesia colectiva, enfermedad mucho más fatal que el cáncer -que tanto les preocupa- podremos continuar adelante con nuestro cometido.

Vemos con alegría la hipotequización de sentimientos que se ha logrado producir, porque un padre que no puede proporcionarle automóvil a su hijo se siente un frustrado, su esposa suele acusarlo continuamente de "incapaz" siéndole infiel con más facilidad si no le proporciona tal "comodidad" en pago del arrendamiento vaginal; entonces el individuo contrae obligaciones financieras superiores a las que le permiten sus ingresos económicos solamente para poseer el adminículo que nosotros, por supuesto, debemos hacerle adorar como a un Dios, ya que nos ha sido el más útil y sutil instrumento de destrucción del pensamiento humano.

Si echáramos una mirada al macrocosmos del Universo objetal veríamos que, morfológicamente, el automóvil tiene más o menos la misma conformación del catafalco. Y eso no es una coincidencia puramente casual sino que tiene su razón de ser, en cuanto a Simbología se refiere, porque estamos en presencia del verdadero Becerro de Oro de nuestro tiempo, de la más pagana apostasía de la época, en la que hemos reemplazado las manivelas por ruedas, nada más, y el propio girar enloquecido de éstas para traccionar a cada vez mayores velocidades produce distorsiones totales en el sistema óptico del sujeto, -en definitiva ya objeto- que, al mirarlo con admiración, deseo de posesión, envidia, etcétera, entrega hasta las últimas reservas de la mente consciente, subconsciente e inconsciente, (y hasta la posibilidad de despertar el super-consciente, que es la única salvación del Hombre, porque le permitiría acceder a la Dimensión Divina).

Todo eso configura así un panorama inmejorable para la concreción de nuestros planes pues vemos, con gran felicidad, que ninguna plataforma de Secta política alguna preconiza el racionamiento del elemento dejándolo, por ejemplo, solamente, como herramienta de trabajo para quienes realmente lo

necesitan: médicos en horarios nocturnos, transportistas, etc. Si así lo hiciese recibiría el uno por ciento de los votos o quizás menos, puesto que casi todos están muy de acuerdo en suicidarse a sabiendas...señalemos el hecho en sí, sin profundizarlo demasiado ni tomar partido. Tal vez los antropólogos puedan explicar algún día con fundamento científico el porqué de la tendencia auto-exterminante de la población humana.

El instrumento que nos ocupa regula así la vida emocional, afectiva y mental del sujeto objetizado y su principal foco de reservas psíquico: el que conocemos vulgarmente como "instinto de conservación", que va amenguándose hasta extinguirse por completo. Además , ese endiosamiento creó la Sexofagia, o sea el suicidio por la sexualidad. En efecto: hasta la jerga popular ya lo ha bautizado como el tercer testículo, aludiendo así a su condición de facilitante de coitos interesados que cumple. En la cumbre de la prostitución familiarizada, muchas damas suelen elegir en estos días como compañero para sus noches de lascivia sin contemplarle siquiera ni interesarle físicamente

a quien tenga un gran automóvil, por la que la "objeto" pasa a compartir un lecho de lujuria con el vehículo más que con un hombre y, si pudiese, hasta la hembra utilizaría la palanca de cambios como instrumento pénico. Y así llega a odiarse tanto a sí misma despreciando a su ser, espiritual y físico.

Así se ha llegado a la menos refinada sexualización que pueda concebirse, pues las librerías ya expenden métodos de "gimnasia sexual", que enseñan al estudiante como debe ensayar desde determinadas posiciones un cierto número de sacudones nalgales respirando hondo, para alcanzar la flexibilidad y el "training" necesario propinando una gran cantidad de golpes pélicos sin fatigarse, a fin de cumplir con las duras exigencias de las muy bien entrenadas Evas de esta Era, y no parece lejano el día que veremos por televisión una serie donde el tren subterráneo será un gigantesco macho que cumple los subibajas rituales en su marcha realizando su jadeante orgasmo en cada estación, a la que llega agotado y eyaculante, con los postreros suspiros del clímax, fagocitándola en su fervor de sexófaga, ni tampoco deberá extrañarnos que muy pronto algún escritor de nuestro tiempo imagine la zona del Obelisco como a un gigantesco pubis donde convergen las dos Ingüinales, -ya no serán más diagonales- y se yergue, en imbatible erección, el monumento-símbolo de la Capital argentina, entre la admiración de la gente por tanta fortaleza y

duración. Y hasta habrá algún habitante que tratará de averiguar como lo logra, qué marca de Jalea Real ingiere, o cuál es su tratamiento para permanecer rígido tanto tiempo.

Derechas e izquierdas hablan ya el mismo idioma y producen idénticos gobiernos, siendo siempre serviles brazos de un mismo cuerpo, o sea Nosotros. El "centro" no existe ni existió jamás, políticamente, y las terceras posiciones están radicadas desde hace milenios en las pocas nacionalidades que han sabido mantener el equilibrio y las fuerzas éticas suficientes para no caer en el juego oscilante de nuestra pendulación provocada; todo es peste emocional negativa, mientras tanto el mundo sólo admira a las denominadas "potencias" tratando de imitarlas grotescamente, sin parar mientes jamás en que la verdadera potencialidad de un País es su tranquila laboriosidad sin espectacularidades, absorbiendo el crecimiento tecnológico para que tal avance no acabe destruyéndose a sí mismo. Empero, como todo ajustado conjunto de piezas armónicas no produce ningún ruido, nadie atiende a su ejemplo, porque la necedad necesita siempre de la estampida para advertir de que "algo ocurre". La música suave es solamente para los normales.

Podemos, entonces, segar las mieses con toda comodidad, pues la tonta "humanidad" se despedaza entre "pros" y "antis" sin querer darse cuenta jamás que todas las propuestas ideológicas, que provienen del mismo lugar, van a lo mismo: más objetos para objetizarla aún más, nuevos elementos para consumir alocadamente creándole necesidades ficticias, y ese Dios Suntuario que la rinde a sus pies: El Automóvil.

Cualquier persona que con mente despierta quisiese prevenirlo al mentecato voluntario sobre el peligro, cosecharía un comentario soez de los nonatos impensantes: "-Ese tipo dice eso porque no tiene carro"-. Nunca querrán sabe que él, entrando a compartir su loco tobogán está más capacitado que muchos de ellos para poseerlo, y sólo les está previniendo, por Amor, para salvarlos. Ellos, los pobrecillos, creen siempre que les precave para que no lo dejen solo en su frustración por no ser automoviléotra, tal su mala fe.

Además lograremos, de esa manera, que se agoten las reservas de hidrocarburos en poco tiempo y contaminen cada vez más el aire de las ciudades. Y después tendrán que recurrir a otras fuentes de energía que -con el grado actual de sus conocimientos científicos- aún no saben controlar, y el

desequilibrio ecológico estallará. Muy pronto, mis Amados Hermanos, otra Atlántida, una nueva Lemuria, tendrán que ir a parar al fondo de los océanos, destruidas de idéntica manera que antaño: por la simple adoración de un vehículo de transporte que, en suma, no es sino un inarmónico conglomerado de hierros moldeados.

Pero...observad que escribo tendrán, y no afirmo directamente serán destruidas, porque a veces tropezamos con pequeñísimas reservas espirituales que a la postre resultan obstáculos insalvables. En todos los países en que no hemos podido aniquilar el aferramiento a ciertas tradiciones álmicas tontas nos hemos debido contener, y finalmente caímos en el fracaso. Tales legados siempre tienen y toman formas ridículas de resistencia, como en el caso preciso de la Nación que nos ocupa.

En ella hemos logrado ya el grado de depredación sexual necesario, estableciendo el Reino del Automóvil por sobre las conciencias, las mentes y los corazones de casi todos sus habitantes, pero ellos han creado -o importado, poco interesa porque al final es lo mismo- una extraña forma musical a la que llaman "tango" , que comenzó siendo solamente melodía, danza de piringundines y cenáculos de mala fama. Sus primeros adherentes eran casi todos "malevos", gente de los bajos fondos y vivir equívoco, pero que no dejaban por ello de tener su propio código ético y resabios de buenos sentimientos y así, en la necesidad de expresarlos con la palabra, les fueron poniendo poesía a esas composiciones. Y a cantarlas, por supuesto, naciendo de esa forma una conciencia de espíritu que, aunque por tiempos sólo pervivió en reducidos grupos de fanáticos - que se autobautizan "tangueros"- derivó luego en una Logia impenetrable para todos nuestros calculados y bien estudiados intentos de destrucción.

Los dividimos, nos infiltramos sugiriéndoles "vanguardismos", los hicimos reñir entre ellos, logrando que se apostrofaran públicamente presentando así una imagen deplorable ante la gente. Lanzamos al aire la impactante frase de que "el tango no es más que el lamento de los cornudos" o la "queja llorosa de los fracasados", asegurando que los triunfadores no necesitaban el auxilio de semejante filosofía de la derrota, pero todo surtió un breve efecto y luego otra vez "a fojas cero" , pero al final acabaron siendo aún más unidos y solidarios en lo que ellos llaman "su berretín".

Tienen un Cantor ya fallecido que entró definitivamente en la inmortalidad de manera increíble: al menos es lo que uno piensa hasta que escucha algunas de sus grabaciones. Utilizamos a individuos venales para decir que ese Artista -Carlos Gardel- carecía de técnica vocal, e interpretaba muy mal, resultando ser un pobre diablo vocinglero, pero también resultó inútil, porque la gente oía "Volver" o "El día que me quieras" en su voz única, quedaba cautivada y partía corriendo a comprar los pocos y desvencijados discos que aún quedaban. Aún más: si hacíamos correr la especie de que solamente los retrógrados podían seguir escuchándolo, compraban esas placas a escondidas...

Sobornamos a muchos "disc-jockeis" , pero hubo otros que se negaron, tenaz y fanáticamente, logrando hacer llegar esa Voz a la gente, y Gardel creció desde la muerte, tal es así que aún pareciera estar vivo, porque ya ha ingresado en la Adolatría y adoración de los argentinos nacionales, pues...¡cada día canta mejor!. Algunos clarividentes aseguran soler encontrarse con él, en las aceras de aromas frutiverdúricos del Abasto, su barrio, y dicen que Carlitos sonríe siempre asegurando no tener ningún deseo de morir, espiritual y vocalmente, sabiendo que es el último depósito de argentinidad, en el sentido personalidístico, por supuesto.

Tenemos, señores, que planear un ataque definitivo al tango; que sea realmente mortal, sino ese engendro musical continuará sembrando sentimientos límpidos y verdades convivenciales permanentes, con lo cual nuestro dominio jamás podrá ser total, de momento que un País que atesora una aunque más no sea pequeña dosis de amor por algo que le pertenezca por creación o adopción, ha levantado por sí mismo una barrera infranqueable para nuestros designios. Quede en claro, entones, que debemos pasar a considerar escuetamente las proposiciones que inserto a continuación a fin de implementarlas, llevarlas a la práctica y lograr de una buena vez por todas el resultado apetecido: La Muerte del Tango.

B). Medidas a ejecutar:

Teniendo en cuenta los errores anteriores, motivados especialmente por nuestra demasiada blandura en llevar a cabo los propósitos destructivos, paso a proponer los pasos que deben ser ejecutados con implacabilidad,

ordenadamente, para no tener que hacer lugar a lamentaciones cuando ya sean inútiles. Ellos son:

1º) Adquisición de todas las editoriales musicales. Quema de las ediciones de tangos una vez lograda la propiedad de las mismas, lo que debe alcanzarse pagando cualquier precio.

2º) Compra del total de las empresas grabadoras e, inmediatamente después, destrucción de las matrices con interpretaciones de la música popular ciudadana, para evitar la posibilidad de reediciones. Tampoco en este caso el valor a oblar debe preocuparnos, pues se trata siempre de un problema absolutamente comercial, y todo lo negociable tiene precio de dinero, elemento fabril que Nosotros mismos imprimimos, siendo los únicos autorizados verdaderos.

3º) Sobornos a montadiscos en todas las emisoras y, en los poquísimos casos en que ello no sea posible, debe averiguarse el precio de sus directores y/o propietarios, quienes sólo están interesados en la alternativa comercial, y mediante elevadas sumas transarán, despidiendo a los resistidores.

4º) Eliminación física de todos los cantores de tango en el lugar donde se encuentren. Aquí no hay posibilidad mercantil, ya que los dueños de la voz son insilenciables de otra manera, porque mantendrán viva la música del Río de la Plata cantando en cualquier espacio, sin importarle que nadie les pague; por eso deben morir. Una vez ultimados debe quitárseles el corazón donde -dicen los sabedores- estaría guardado el Sentimiento Tanguero.Dicho órgano será remitido a Sevenloms a fin de que procedamos a su cremación, para eliminar así el último átomo de vibración noble que pudiera sobrevivir, y allí será fuertemente gratificado el equipo que haya consumado el objetivo: cada corazón de cantor de tangos desviscerado vale diez millones de dólares. Debe tenerse especial celo en contratar a los hombres más aptos para llevar a la práctica este punto, porque no se debe fallar en nada, y cualquier mínimo error pondría en peligro la posibilidad del éxito final.

Señores asambleístas: dejo a vuestro elevado criterio algunas consideraciones subalternas que desearias hacer sobre las resoluciones adoptadas las que, por supuesto, serán refrendadas por mí antes de ponerlas en ejecución.

El Ataque Final al Tango no puede ni debe demorarse más. ¡Sólo nuestra acalaverada bandera flameará triunfante sobre las ruinas éticas de la Argentina y su Capital el día en que podamos gritar con inenarrable júbilo: ¡Tango has died, tango has died...!

...¡TANGO HAS DIED! -repitió mayúsculamente Sam Lincoln, que había leído en voz alta la Orden.

-¡Lo haremos!- afirmó decididamente Iafa. Y el Concejo se abocó a considerar las pormenorizaciones complementarias para llevar a cabo concienzudamente el siniestro Plan, mientras afuera Juan el Haitiano semidormitaba, cansado de estar de pie junto a la puerta sin ser llamado por los tres habituales golpes del brazo mecánico que surgía de una de las paredes, el cual implacablemente lo buscaba por medio de su "ojo" de células fotoeléctricas por toda la antesala del Reducto, golpeándole con ferocidad ni bien le hallaba, hasta que el eunuco acudía al llamado de los Ocho . El hombre, finalmente, se dejó caer pesadamente sobre el piso apoyando su espalda en la pared metálica, entrecruzó los brazos sobre las rodillas y no tardó en quedarse profundamente dormido, ello exactamente cuando Sam Lincoln gritaba tonantemente su "¡Tango has died!" del otro lado del muro, detrás del cual se tomaban las decisiones más importantes del Mundo, allí donde la Perfidia y el Dolor de los hombres nacía; desde donde siete mil millones de seres humanos empezaban a padecer y el Paraíso Terrenal se convertía en el Campo de los Sufrimientos y la Desolación.

Por suerte, el profundo sueño del ciego-sordo-mudo iba a ser una gran contribución para el Bien de la Humanidad, contradiciendo para siempre la borracha conclusión de Kayyham, quien llamó al sueño "ese hermano de la muerte", cuando si seguimos así pareciera que el único tiempo en que los humanos somos, por lo menos inofensivos hacia nuestro prójimo, es cuando dormimos, porque despiertos y andando...

...Como les decía, hermanos -Papavich era el que hablaba-, ésta es la Orden Elemental. Queda en nosotros discutir algunos detalles prácticos que hacen al asunto, implementando luego las conclusiones que surjan para materializar después las medidas que producirán el efecto buscado. Pueden comenzar ya a exponer, pero les adelanto que Supremo-padre también me

confió verbalmente el esquema de lo que él piensa personalmente que debe hacerse en materia de acciones prácticas y, según mi leal saber y entender, su plan es perfecto. Al menos, yo pienso seguirlo hasta en sus más íntimos detalles...

En casi todos los asambleístas esa expresión de Dimikritoff produjo una sensación de hondo desprecio, pues siempre había simulado ser el gran rebelde en la organización de Supremo-padre, lanzando, (o al menos lo intentó), al planeta entero en su contra para destruirla, y difundiendo por todos los medios a su alcance la aseveración de que su esquema doctrinario no era sino un cúmulo de mentiras chantajistas de los poderosos para continuar asustando a los débiles, intoxicándolos de temor a la muerte para poder utilizarlos explotándolos en vida. Y, cuando media Tierra empezó a opinar como él, vaya uno a saber por qué extrañas conveniencias personales , era uno de los que más viajaban a Sevenloms, para postrarse a los pies de Supremo a recibir instrucciones.

Esa dualidad de conducta asqueaba a muchos, y en verdad Papavich era consciente de eso, pero se hacía el desentendido, pues más que el rechazo a que se veía sometido le interesaba el hecho real de que cada día se acrecentaba su Poder -en definitiva la única finalidad, no pregonada pero sí calculada y maquinada maléficamente en el fondo de su aráñico ser-. Ya casi estaba igualando a Sam en influencia y, en algunas facetas, hasta lo superaba. ¿Qué más podía pedir?.

Había además algo que aumentaba el miedo y la repulsión que acrecían a su alrededor: estaba pasando a ser el preferido de Supremo-padre, quien le prodigaba ya mayores atenciones que a Sam Lincoln, el que comenzaba a mostrar signos de decaimiento en su salud, porque entraba ya en esa etapa de transición entre la madurez y la senectud en la cual los organismos se descomponen con más contrastada evidencia y la gente comenzaba a notarlo, mientras Supremo, zorro viejo y aleccionado que nunca se mojaba la cola al cruzar ningún río lo había empezado a tratar como al hijo con mayor futuro, ese que cuando el progenitor envejece y claudica debe hacerse cargo de la familia, que era exactamente lo que de él se esperaba, pues se sabe perfectamente que una verdad se la puede robar en un minuto para luego transformarla entregándola convertida en mentira que dure milenios, pero una vez descubierto el juego todo se derrumba en una hora...

Fácilmente deducible resulta entonces que en el seno de la Congregación de los Ocho esa situación no resultaba muy potable, especialmente para el Gran Chino, que era la oveja negra de esa familia. Las disputas menudeaban cada vez más, y de no mediar tantos intereses comunes seguramente todo había acabado muy mal.

Una solidaria corriente de electrizante rechazo vomitivo recorrió el ambiente, crispando los sistemas nerviosos de los siete co-miembros, pero de inmediato cada uno de ellos recordó que una vez que se quisieron rebelar pidiéndole al Jefe igualdad de trato con respecto a los privilegios del hijo preferido no fueron oídos y, cuando volvieron a insistir innumeras veces para que fuese eliminada tal situación prioritaria recibieron por toda respuesta una risita irónica con la afirmación de que él -Supremo-padre- no debía rendirle cuentas a nadie de lo que hacía, de momento que era infalible y todas sus decisiones debían aceptarse, por lo tanto, como sabias, santas y justas. A regañadientes debieron aceptar tal hecho consumado, máxime cuando por conveniencia todos ellos habían refrendado en su oportunidad esa condición de infalibilidad -que ahora Supremo les refregaba siempre por las narices cuando le convenía-, de manera que las convocatorias no eran sino hábiles cortinas de humo a las que ellos servían, por razones burocráticas, pero sin que pesara realmente nada en la opinión de nadie.

Consciente de todo ello, Camarada paseó triunfalmente la mirada sobre sus cómplices y automáticamente su boca se contrajo en despreciable rictus de suficiencia y lástima, y cuando calculó que se daba ya el total dominio del clima de la reunión, el hijo privilegiado comenzó a exponer:

-Debemos viabilizar todas las medidas con extrema delicadeza para no herir la sensiblería de la logia tanguera, tan exagerada siempre, y por ello invulnerable hasta ahora para Nosotros, ya que reacciona como aguijoneada de un puntazo preparándose para resistir ni bien capta inconscientemente el peligro. Contamos para ello con la inestimable colaboración de un gran personaje, que además tiene la ventaja de ser vecino de nuestro objetivo- concluyó mirando halagadora y falsamente a Joao, el brasileño..

El híbrido se retorció lleno de orgullo en su asiento, al sentirse tan distinguidamente aludido, estirando su sonrisa de blanquísimos dientes de oreja a oreja agradeciendo el interesado cumplido, mientras rogaba a Sam y Papavich que se quitaran un calcetín cada uno y se lo dieran. Cuando se los

alcanzaron los empezó a succionar golosamente, regodeándose, ora con uno, luego con el otro, alternándolos en la chupada, vigilando siempre las expresiones de Lincoln y Dimikritoff, quienes a su turno se alarmaban queriendo abalanzarse sobre él cada vez que permanecía por más tiempo mamando la media del adversario, denotando con ello alguna preferencia en el sabor pédico. Tal juego duró varios minutos, hasta que los dueños de las prendas le propinaron al unísono un bárbaro “upercut” al estómago y el hombre cayó pesadamente. Por razones de proximidad el yanqui se le acercó primero, tendiéndole la mano para ayudarle a levantarse. De todos modos, una vez de pie, lo calzó con varios golpes en seguidilla al cuerpo, pero ya con menos violencia para no desplomarlo, rematándolo finalmente con una buena patada llena de fervor en el trasero del carioca, quien tronó ventalmente de espanto y dolor.

Li, que había permanecido con sus ojillos vigilantes detrás del eterno disfraz de sus anteojos, expresó casi inaudiblemente:

-¿Llamaron personaje a ese? Habrán querido expresar “personero”...

-¿Cómo?- preguntó severamente Camarada con los ojos cargados de amenazas.

-No he dicho nada, perdón- se retractó el oriental.

-Ah, bueno- prosiguió el ruso, ya calmado y pensante para sus adentros, preguntándose: ¿hasta cuando tendré que soportar a este aguafiestas?.

-Bien, prosigamos -Papavich se aseguró que no sería nuevamente interrumpido, mirando fieramente a sus compadres-. Debemos aislar a la Logia del Tango para lograr que se abroquelen sobre sí mismos, cerrándose, e impedir el acceso a ella de la juventud aún sentimental, así no podrá renovar su capital biológico y perecerá. Pero...¿cómo lograrlo? Supremo-padre ya ha resuelto el problema magistralmente, de manera que estoy seguro de que a lo sumo escucharemos desvaríos y variaciones sobre el tema -siguió empalagosamente el lamecoyundas-; pero, de todos modos, y respetuoso como soy de las opiniones ajenas- (el cinismo del ruso llegaba a la ionosfera)- quisiera oír las de todos ustedes...

-Directamente deberíamos extorsionarlos financieramente, presentándonos como sus benefactores- opinó Sam Lincoln.

-Habría que destruirlos atómicamente -expresó con ciego fanatismo Nié Pao Li-. Así, sobre las cenizas del tango renacerá la nueva música, químicamente

pura: ¡el tango socialista! ¡ahí está la cuestión!¡el tango rojo! ¡mueran el tango burgués y sus reformistas bandidos, traidores! ¡honor y gloria a Astor Fonola!: *El socialismo es bueno/ y su tango es mejor/ El niño de la aldea/ antes pastor hambriento/ después de la Gran Marcha/ se hizo compositor/ ¡Ganó descomunales / Derechos del Autor! / Cantó a sus ovejitas / con el tango social./ Temblaban las glicinas / los hombres trabajaban / en la Revolución. / ¡Sonrientes construían / a un mundo más mejor! / A la Vuelta de Rocha / le haremos Gran Muralla / y al paredón de Manzi / ¡El muro de Berlín! / La grela del quilombo / será reivindicada / es culpa de un sistema / que tiene que acabar./ El alma del cafiolo / tendrá conciencia nueva / y nos darán las fuentes / su canto de cristal / El socialismo es bueno / y su tango es mejor./ Es internacionalista/ ¡ y viva Juan Perón! / El perro vagabundo/ no deja ya al otario/ marxista y leninista / ahora es solidario./ Y hasta Edmundo Rivero/ parece Alain Delón. / Hermanos, camaradas / el mundo cambiará / el tango socialista / ¡triunfante vivirá!.*

-¿Qué dice, sopenco? -le espetó lafa, que hasta el momento había permanecido callada-. ¿Qué quiere lograr con ese engendruco marxistoide, con contaminaciones de Homero Manzi y Alfredo Le Pera? Lenguaje soez y sucio, prostitutizante, lunfardista y cómico. ¡Si es para morirse! ¡Y basta con ese Astor Fonola! Desvaría muchas veces, pero desgraciadamente tiene genio. Por ahí compone rarezas que nos ayudarían a destruir esa música idiota que impide nuestro triunfo total, pero tiene a Buenos Aires en las venas y cuando menos lo pareciera se manda algo estupendo apegado a la más pura tradición tanguera anulando todo lo otro: ahí tiene usted a “Adios Nonino”, “Verano Porteño”, “Lo que Vendrá” y otras maravillas por igual: con ése no podemos, porque es demasiado inteligente y en el fondo siente igual a los demás. ¡No nos sirve para nada, lamentablemente!.

-Ambas soluciones que proponen los Honorables Miembros de esta Congregación son absolutamente impracticables-, dijo finalmente Papavich cuando se restableció la calma-. **Muchos de los grandes del tango son bohemios a quienes no les interesa el dinero para nada, y de poco valdría la extorsión económica con ellos, porque recogerían sus bandoneones recluyéndose en la última pocilga y su desdichada situación les haría concebir obras más geniales e inmortales, si aún fuera posible, pues cuando más lacerado por la vida está el tanguero mejor compone y**

escribe. Deberían tener esto en cuenta si tuviesen dos dedos de frente, y en cuanto a la creación del tango socialista, es sólo desvarío de una mente frenéticamente dogmática y enfermiza como la suya, Li: el tango es a-ideológico, puramente una actitud humana ante la vida, e intentar infiltrarlo de esquizofrenias politicoides es imposible. Ya fue ensayado y fracasó rotundamente. A veces, la poesía se hizo protesta, pero sólo como portavoz en sí de la injusticia y el dolor hermano, sin llegar jamás a oficiar de caballo de tiro de Partido alguno y, si lo fuese alguna vez, es porque directamente sería "versito" y no Poesía.

Y esto le cabe a la letra tanguera, donde se guarda la tradición cuidadosamente por parte de esos sentimentaloides inmaculados, y eso no lo podemos dejar de tener en cuenta a la hora de trazar nuestro plan de ataque. Supremo-padre da en la Orden la idea genial, invencible, que yo, por lógica, ya había concebido con anterioridad -dijo el sabelotodo con suficiencia insoportable-: utilizaremos el poder del dinero, sí, pero no para acorralarlos con estrecheces, sino para presionar sobre los cultores y difusores públicos de la música urbana de Buenos Aires, porque a la postre siempre tropezaríamos con algún insobornable. **Haremos exactamente lo contrario a lo propuesto por usted, Sam: daremos mucho dinero a los dueños de los medios de difusión, pagando lo que pidan para que propaguen el ruido que nos conviene y cancelen todos lo programas de música rioplatense**. ¡Eso es tener inteligencia!- exclamó mirando despectivamente al chino, quien se movió molesto en la silla e intentó una protesta:

-Si no fuéramos tan vecinos y anduviera continuamente amenazándonos en el límite del patio, rompiéndonos los quinotos del otro lado de la pared -farfulló Li con fastidio-. Si no fuese porque...

-¡Déjese de pavadas, hijo de Confucio...! -vomitó Papavich que, como sabemos, odiaba a su presunto coincidente de ideas hasta la médula de los huesos-. Y luego continuó: -reconozco, sí, que el medio que proponemos Supremo-padre y yo para lograr el fin perseguido ya se intentó, en parte, durante muchos años sin resultado positivo, pero ello fue porque hubo demasiadas contemplaciones y blandura en su aplicación y no se suprimieron físicamente los cantores, pero ahora actuaremos con más implacabilidad sobre al área de difusión, (y más específicamente en su faz comercial), así no

dejaremos siquiera un solo difusor o músico con trabajo profesional. Entonces sí la estrechez económica empezará a rendir sus frutos, pero por una acción de reflejo y efecto, no como usted proponía ingenuamente, por presión frontal y directa -cerró dirigiéndose a Sam Lincoln.

Al yanqui le molestó sobremanera la suficiencia del tovarich, pero calló. Ya iban varias veces que era superado en sutileza y maquiavelismo por su socio en el complicadísimo juego de la diplomacia, y al final había decidido dejar muchas de las iniciativas de esa disciplina en manos de Dimikritoff, por su indiscutible mayor idoneidad en la materia.

-De todos modos, y como el negocio es para todos -dijo cínicamente Papavich- les propongo que cada cual haga un análisis de la decisión estableciendo sus propuestas, en lo que a su esfera de influencias específicamente se refiera, y se podría hasta cambiar todo el esquema si por mayoría de votos el Concejo así lo resolviese- afirmó.

Aunque todos sabían que eso era mentira, nadie ni siquiera abrió la boca para refutarlo; es que la ficción democrática funcionaba perfectamente en el círculo de los Ocho. El turco depravado se frotó entonces sus ojerosos párpados siendo el primero en romper el silencio:

-Yo...estoy de acuerdo en todo...y también aportaré mi sacrificio...camaradas. Últimamente me había empezado a gustar la danza de los siete velos cuando mi mejor odalisca o muchachito de turno la hacía al compás de “El escondite” de Hernando, porque me excitaba mejor que todas las músicas orientales...ustedes saben...los años pasan y uno ya no se pone fácilmente en trance como antes...a lo sumo ahora...dos mujeres y un par de hombres por noche... -continuó, paseando libidinosamente la lengua por el paladar, regustando recuerdos de épocas mejores-. Sara...Andrei...Yuri...Misha...se sacaban el primer velo mientras sonaba “Vida mía” por Fresedo...después viene el segundo velo con fondo de “A media luz”; tercer velo y “Tierra querida”; cuarto velo y “El choclo”... enseguida bajamos un poquito: quinto velo y “El Marne”; sexto con “La mariposa” y al final...mientras me acerco con los brazos extendidos...a ella o a él...va saliendo “Bahía Blanca”...y la luz se va atenuando...¡ay, qué goce!...¡ningún velo ya y “A la gran muñeca”!. Luego, para final, vuelve “El escondite” y comienzo a quitarme las ropas... nuestros cuerpos ya están desnudos... con Sara... Yuri... Andrei... Leonid... ¡qué importa!... comenzamos a rozarnos...*”¡Y todo a media luz! /-*

¡laralailalará!- *es suave terciopelo.../ la media luz de...amor".*..sí...de amor...no importa con quien...con Sara o Andrei...pero es el amor....S...a...ra... ¡Andrei....iii... ¡ah...!.

-¡Silencio, árabe degenerado! -gritó desesperado Papavich- ¡está eyaculando como un cerdo aquí! ¡la re...pública de Mahoma sea contigo! Estamos reunidos aquí para acabar, sí, pero con el tango, y no para oir clases de imaginería masturboide! ¡calle de una vez, por Lenin y Engels apareados! Pero....me estoy contagiando yo... también, concluyó jadeando mientras dirigía su mano a la entrepierna...

El turco no le oía en absoluto, con su líbido al paroxismo por la excitación y los recuerdos, mientras continuaba repitiendo maquinalmente, distendiéndose: -Sara...Yuri...¡a media luz!...más regalías...sin tango...¡sacrificio!...pero con ventajas...ay...ay...todo sea...por más beneficios...

Iafa, a quien los menesteres de la alta política le habían hecho olvidar completamente su condición de mujer, gozaba supremamente de la situación desde su inmutable frigidez, sonriendo fríamente al comprobar por las expresiones de los rostros -y el abultamiento de sus pantalones en la bragueta-, que los demás conmilitones habían sido cautivados por la magia descriptiva del árabe y su manera de realizar la Danza de los Siete Velos. La asexuada debió aceptar que el cochino tenía poder de comunicación; y así era, en efecto: Camarada imaginó a su fornida Tatiana bailando, en tanto Nié pensó en Nou para esa situación, mientras Sir Edward se vio en trance con su blonda y amada secretaria Helen, Sam pensó llevar a escena la situación con su cada vez más cara Peggy...Devine sonrió sobradoramente porque ubicó a su Briggitte como más capaz que cualquiera en el arte de hacer el amor; a la francesa, por supuesto. Y el totalmente invencible Okamoto desechó rápidamente el mal pensamiento cuando notó que le iba ganando su calculador cerebro. ¿Y Joao? Ah...él...se trasladó imaginariamente a practicar el baile en Copacabana, una noche de verano, con una buena "garota", en fin: cada cual a su gusto.

-Bueno- dijo entrecortadamente el ruso, jadeando, mientras abandonaba mentalmente a su Tatiana-: Mhamud ha manifestado su opinión demostrando cabalmente su espíritu de sacrificio y cooperación, y espero de los demás idéntica predisposición. Mejor expresado: el mundo lo espera- cerró rimbombantemente para atenuar un poco su dictatorial personalismo.

-Yo- comenzó Nié, herido en su amor propio-, en vista de que no ha sido aceptada mi propuesta de infiltración con el tango socialista para acelerar la concientización de las masas trabajadoras comenzando así la Nueva Era acabando de una buena vez por todas con el reformismo burgués y la traición neocapitalista, (y miraba torvamente al tovarich al decir esto), pienso que deberíamos recurrir al pensamiento de Mao para lograr nuevas fuentes de inspiración. El Maestro dice que, en circunstancias así, como la montaña pareciera no poder ser agujereada para luego derruirla deberíamos intentar cortarla en rebanadas para comerla en un occidental “sándwich”, aunque me repugne hacer referencia a ese vicio americano de emparedar la esencia para morfársela...

-¡Sintetice! ¿qué quiere decir, ideólogo metafórico?- apostrofó Dimikritoff- ¡Pretende aniquilar al tango y al final está empezando a lunfardear! ¡traidor impráctico, izquierdista infantil; enfermo! El conquistado acabará por ser usted.

-Bandolero, si Lenin pudiera alzar su voz proletaria desde el Mausoleo- amenazó Pao Li-. Concretamente: si dos caballos comienzan a correr por la verde pradera a idéntica velocidad y sin embargo uno de ellos, montado por una “jocketta” socialista de nueva conciencia igualitaria se adelantará siempre al otro...resumiendo: a mitad de carrera, la otra monta va apareada, ¡mercenario a sueldo de los capitalistas!, e intenta sobornarla sin apoyar como corresponde a la solidaridad de clase con los movimientos de liberación fraternales y progresistas, entonces quiere decir que...quiere decir...finalizando: el jockey traidor detiene desmontando para ofrecer la ganga de sucios dólares a la insobornable aldeana maoísta...quiere decir que...si no monta enseguida reanudando la carrera a superior velocidad que el caballo del sucio forajido reformista éste vencerá, a menos que la monta no sea tan “gil”; pero también podría suceder que hubiera escamoteado en el “relojeo” de los aprontes para borrar la “fija”, y si esconde tiempos en los vareos, sin ética socialista científica, ello sería...traición, pero aún podría ocurrir que algún “taura” lo hubiese “junado” y así, por analogía, llegaremos a la conclusión concluyente que...

-...Que usted se hace magistralmente el loco para sacar siempre la mejor parte, y su confundismo palermitando-maoísta tiene siempre cuádruple intención, porque ¡ha logrado mezclar a Lao Tse con un “punto burrero”! Pero usted sabe perfectamente lo que quiere, nada más que es la sinuosidad

personificada, camarada. Y si no fuese por el peso de la mucha gente que tiene detrás suyo no habría entrado jamás en el Concejo de los Ocho, confusionista -concluyó Papavich.

-A mucha honra- respondió con dominado cinismo el chino, tratando de hacer creer que entendía “confusionismo” por Confucionismo.

-Pienso- habló Iafa- que los dos comiembros están resintiendo la fuerza y unidad del conjunto, regalándose flores continuamente como lo hacen en este momento, y en cuando a mi contribución al Plan de Aniquilamiento del Tango será realmente muy efectiva en lo económico, porque estoy en condiciones de afrontarla, y por fortuna en lo mental-espiritual mis connacionales siguen, donde quiera que residan, apegados a sus tradiciones musicales , por lo que la contaminación tanguera es tan ínfima que no debe en absoluto preocuparnos, pero en el momento preciso daré las ordenes pertinentes para financiar la cruzada anti-tango. Fundamentalmente, dejen la juventud a mi cargo, que le crearé centenares de idolezgos de la canción para que les sirvan de metro y ejemplo con sus vidas sucias, totalmente insubstanciales, romances falsos en las revistas especializadas, y luego los bajaré de sus pedestales reemplazándolos por otros que tampoco sepan honrar las notas musicales una vez que hayan sido convenientemente consumidos. Llenaré el aire con sus sonidos desafinados, y las letras serán perfectos “lavados de cerebros”, como corresponde. Tengo ya un tema base sobre el que deberá trabajar cada autor si quiere ser promovido. Aquí está -dijo mostrando una hojita de papel de esquela que extrajo de su cartera y lo fue pasando de mano en mano entre los ávidos contertulios-. Sam se tomó el trabajo de leer la “canción” en alta voz:

Lalalalalaroy
¡qué contento voy!.
Lalalalalaroy
¡qué contento estoy!.
Laralaroy, laralaroy
cuando voy, cuando estoy.
¡Laralaralaralaralaroy!
¡qué contento voy y estoy!.

-Y... ¿cómo se titula? -preguntó camarada Dimikritoff.

-¿Y cómo quiere que se llame? ¿no lo dice todo en la letra? El título es, por supuesto, *"Qué contento voy y estoy".* ¿No se había dado cuenta?- inquirió la Judaica con fastidio.

-Sinceramente no, por serme imposible descubrir el fondo poético de tema- respondió el soviético, por única vez sincero.

-**Es que no lo tiene, porque una canción de verdad concientiza así no sea más que mínimamente a quien la escucha despertándole alguna actitud del alma, y eso no nos conviene a Nosotros, ¿no?- explicó lafa con suficiencia.**

-Es verdad- aceptó el ruso, quien aunque a regañadientes admiraba la capacidad de penetración del pensamiento de la hebraica, y eso lo reconocía con hidalguía aunque la odiaba.

-¿Y usted qué dice? -inquirió Papavich, dirigiéndose al poco menos que olvidado Sir Popen.

-Yo solamente expreso que secundaré vuestros planes, porque me ido últimamente muy mal en todo. Hace algunos años inventé un conjunto, "Los Pickles", los promocioné sin detenerme en gastos haciéndole marcar una época en el mundo, mucha gente que ni sabía lo que era una corchea sostuvo que eran excepcionales músicos, pero...¡se pelearon entre ellos, en lo mejor que estaba el circo! De manera que poco puedo aportar, y además debo reconocer que, pese a la espectacularidad de aquel éxito mío, en el fondo el vicio musical de los rioplatenses siguió siendo inmutable. Si resultara posible habría que contrabandearles las ideas musicales y poéticas creando una logia de piratas si fuese indispensable; pero ni soñar con eso, porque autores y-o compositores no forman una Secta demasiado definida sobre la que se pueda actuar en forma directa, y aunque a veces por intereses de derechos autorales suelen sectarizarse, lo más probable es que de esa manera el grupo se derrote a sí mismo -como ya está ocurriendo-, y de cualesquiera estrato marginal de la sociedad vuelva a surgir alguna "camada" de poetas que tornen a hacer piezas de antología, con larga perdurabilidad. Al fin y al cabo, la historia nos demuestra que de ningún círculo intelectual o musical surgieron los grandes creadores, ejecutantes y letristas del tango, sino de la vida misma, a secas, pero, en fin: yo ya casi ni quiero opinar. Creo, además, que en el tratamiento del tema que nos ocupa nos hemos olvidado un poco de Sam, mi

hermano, a quien por tontas disputas no le hemos permitido redondear un concepto auténtico de sus ideas o proyectos al respecto -concluyó el Sir, mirando, invitante, hacia Lincoln.

-¡Es cierto! ¡que hable! -pidió urgenciando Papavich.

-Bien- comenzó el aludido-. Yo propongo continuar el trabajo de la manera que sugiere Supremo-padre, pero adicionándole una palabra que con sagrada unción debe repetirse hasta el cansancio así se aturda el mundo (en realidad, ese es nuestro propósito) de escucharla: LIBERTAD. ¡Todo lo que hagamos debe ser siempre en Su Santo Nombre! ¡Si les prestamos un dólar para luego obtener mil con los turbiomanejos financieros, que ello sea siempre por la Libertad! Y si se llegaran a resistir hasta deberíamos ocuparlos militarmente exterminando a todos los que se resistan, desde niños, mujeres, ancianos, o lo que fuera, pero siempre con esa inmaculada pantalla como justificación. Pagando lo que sea necesario quizás hasta podríamos colocar en el poder a un tanguero obsecuente que no responda a los sentimientos de ellos sino a nuestro “won-life” para inculcárselo de cualquier forma, pero jamás por otra razón que no fuese el ejercicio supremo de la Libertad, y todo aquel que se opusiera a nuestro proyecto sería un declarado enemigo de la Libertad. ¡Siempre la Libertad, nunca menos que la Libertad, todo por la Libertad! De tanto repetir el inexistente e impracticable sustantivo terminaremos por incrustárselo a fuego en el Inconsciente Colectivo del mundo. Logrado eso conseguiremos adláteres a cualquier precio y el camino será fácil, y hasta intentaremos crear un Tango-pro-Libertad, y todos los que digan que no sirve serán satánicos enemigos y despreciables seres que sólo merecen una flamígera ración diaria de “napalm”, hasta que se les acaben las ganas de oponerse a la noble Libertad.

-Le prevengo, camarada libertario- intervino otra vez el ruso- que no nos proponemos destruir un sistema político, sino un berretín.

-Y yo le hago notar, mi ex aliado, -ahora se trataban cariñosamente- que la existencia del uno es la que nos impide actuar debidamente sobre el otro. Además deberemos llegar a un acuerdo sobre el uso cuantificado de vocablos, porque usted habla de Igualdad, su eterna muletilla, para seguir adelante en su cometido, así que... -como diría el Tío Tom- entre negros no nos vamos a quitar las motas- finalizó Sam, adjudicándole al personaje novelístico de marras una frase que jamás éste había pronunciado.

-De acuerdo- repuso el soviético-, estamos en muy buenas relaciones, y por palabra más o menos no vamos a interrumpirlas porque -como dice torcidamente Nié Pao Li- *"un amable acuerdo entre dos puede convertirse en una difícil concordancia de tres".* Siempre que ambos se dejen sorprender por el tercero, se entiende, -concluyó.

-Celebro que lo comprenda, amigo -manifestó cortésmente el americano.

-No hay de qué, imperialista -cerró el ruso.

Sam, demasiado ocupado en maquinaciones de alto vuelo, pasó por alto el insulto desquitacionista de Dimikritoff.

Li casi ni había oído el diálogo, porque estaba muy ocupado inventando alguna razón dialéctica inempardable pata terciar en cuanto hubiera una ocasión que lo favoreciera.

-Usted, Devine, se me ocurre que algo quiere opinar, ¿o me equivoco? -indagó Camarada.

-Niego de plano todo lo que ustedes afirman- respondió el francés- y ya tendré oportunamente mis propias armas para defenderme de semejante chantaje...¡viva yo libre! Restauraré las glorias de mi Patria sin la intervención de Sir Edward, quien solo fingió ayudarme en alguna ocasión, así como también Sam, pero en realidad ambos no hicieron nada, y lo que me salvó fue mi espíritu indomable. ¡Viva mi Eterna Nación! ¡Nuestra grandeza!.

-¡Cállese, latinurdo! - atacó el ruso- ¡Siempre desvariando en imprácticas mociones negativas! Sam y yo ya le sabemos el juego: usted es la novia que coquetea con dos pretendientes al mismo tiempo para que ambos se enamoren más de ella, pero en realidad es frígida y no aspira a casarse. Y usted, Tsabo, ¿decía algo? -le preguntó al japonés.

-Nada distinto a lo que pudieran opinar ustedes- contestó resignadamente el nipón- .Déjenme tranquilo, porque ya demasiados líos tuve por creerme más de lo que era- concluyó el hijo del Sol Naciente con cansado gesto.

A Joao nadie le pidió opinión, pues lo sabían demasiado obsecuente al mandamás de turno , que en este caso era Sam para él, y aunque con Lincoln era aliado la mutua desconfianza que los separaba era abismal, porque dos que tengan las mismas aspiraciones e idénticos gustos podrán vivir juntos pero jamás quererse demasiado, porque el amor es la complementación de dos seres donde uno aporta lo que al otro le falta y viceversa, siendo siempre deficiente el ensamble cuando ambos tengan los mismos defectos y virtudes e

iguales tendencias. Consideraciones matrimoniales aparte, Dimikritoff directamente le ordenó:

-Manténgame al tanto de lo que le mande hacer Sam. Ya le advertí que materialmente no le daremos demasiado, realmente hablando. En cifras, sí. Usted tendrá cada vez más, y de quienes le rodean muy pocos participarán de esa opulencia. A los más, si intentan rebelarse, ya sabe cómo tiene que actuar. Estamos tranquilos con usted, al saber que sólo hará siempre lo que se le ordene. ¿De acuerdo, Da Silva?- preguntó innecesariamente.

-Yes, Míster -respondió éste inclinándose equivocadamente hacia Sam: es que los largos años de costumbre le hacían persistir en el yerro.

-Bien, señores -cerró Papavich-. Se cumplirán entonces al pie de la letra las instrucciones y la Orden Elemental de Supremo-padre. Es todo por esta vez.

Los concejistas comenzaron a desplazarse en torno a la mesa, caminando hacia la única puerta de salida. Sir Edward accionó el picaporte, cayéndose Juan pesadamente al interior del Reducto, sin dejar por ello de dormir.

-Y éste, ¿qué hacía aquí? ¿escuchando? -inquirió Devine.

-Puede estar seguro de que no, ya que está anulado en todo- aseguró Sam con desprecio- pues lo que con él ocurre pasa con todos los subdesarrollados: duermen demasiado. Y después, cuando uno les quiere enseñar el amor a la Libertad y las ventajas del Progreso se sienten disminuidos, rebelándose...

-¡Es que usted quiere hacerlo sin implantar la Igualdad! -terció Dimikritoff, tratando de inaugurar una nueva disputa.

Sam quiso reaccionar, pero Iafa paseó su gélida mirada sobre los circunstantes movilizándolos con una sola palabra:

-Vamos- dijeron todos al unísono y bajando sumisamente la cabeza.

Y salieron a la superficie.

El sol desteñía sus rayos en las aguas del East River con todo el fuego del verano neoyorquino, y en el ajetreo febril de la mañana nadie reparó, por supuesto, en el extraño grupo de seres de tan distintas nacionalidades e igual vestimenta que partieron, cada cual en diferente dirección hasta mezclarse con el gentío, desapareciendo confundidos con los demás, cual transeúntes comunes.

Se sabe que no lo eran.

TRES

“¡Tres esperanzas tuve en mi vida:
dos eran blancas, y una punzó!.
Una mi madre, vieja y vencida,
otra la gente, otra un amor.

¡Tres esperanzas tuve en mi vida:
dos me engañaron, y una murió! ”

Era una tarde cualquiera de octubre cuando Sevenloms vivía la languidez amarilla de su otoño y Supremo-padre gozaba de su descanso (si es que puede denominarse así a su extraño dormitar, turbado por las imágenes fantasmagóricas de su subconsciente atormentado por las auto-recriminaciones morales), cuando Dimikritoff y Lincoln se hicieron anunciar para solicitar audiencia, **y entonces el Gran Fingiente pasó de su habitación-dormitorio de gran lujo a un escritorio descascarado amueblado de enseres destartalados, ubicado todo ello en la ciudad más rica de la Tierra y allí, tras cambiarse su lujosísima bata de dormir confeccionada con legítima tela de Damasco por un raído sayal blancosucio se allegó donde ambos esperaban y los invitó a pasar, con las manos unidas sobre el pecho en actitud de rezo, mirando hacia el piso con santo recogimiento, sin alzar ni siquiera la cabeza cuando se arrodilló temblorosamente asiendo los pies de cada visitante, besándolos. Conmovidos hasta las lágrimas, ambos conmilitones quisieron retribuirle el ósculo en idéntico lugar a la Sagrada Figura pero Supremo, imprevistamente, sacudió a los sujetos con dos violentísimos rodillazos en la quijada cuando los genuflexos llegaban hasta el suelo en su inclinación religiosa; entonces Sam y Papavich se tomaron sus mandíbulas con ambas manos lloriqueando de dolor, pero Supremo los detuvo con un gesto, mientras pontificaba:**

-En señal de humildad he besado vuestras extremidades mugrientas para que comprendan que siendo yo muy grande -el Mayor de todos los hombres- ante ustedes me vuelvo pequeño, pero no les permitiré la recíproca, para demostraros que siendo insignificantes, por mi Gracia podría convertiros en majestuosos.

-¡Pero nosotros queremos besarle, porque lo amamos!- clamaron desesperados los dos cómplices al unísono.

-Habéis de saber, despreciables principiantes de la Política, que la lección que acabo de daros es doblemente intencionada, y no debería, (porque hasta a ustedes mismos, que presumen de “cameleros”, los he engañado) aclararles nada; pero, en fin, ahí va mi actitud que ni

remotamente fue sincera. ¿Por qué hincarme ante mis sirvientes? ¿no os dais cuenta, idiotas?: ora me hago pasear en silla de nácar portada por palafreneros vestidos de oro, luego compro millones de dólares en acciones de Corporaciones que son dueñas de gran parte de la industria bélica del mundo...y después me hago el humildísimo. ¿No os percatáis, pichones de infames? -regañó cariñosamente-. ¡Si todo es farsa! Pero...os decía que fue doble mi intención, porque de aquí se extrae una enseñanza: Id a las gentes y habladles de las bondades purificantes de las grandes ofrendas! y, mientras estéis compartiendo algunos minutos cercanos sed sacrificados, pero...¡a las horas y los días vividlas como se debe!; pues, si yo puedo embromaros tan fácilmente, -y lo acabo de demostrar-, cualquiera os venderá un buzón de correo. Menos mal que yo, ya véis, soy bueno, y con todo mi desprendido amor me despojé de la careta por un segundo para enseñaros el Arte de la Política Mayor.

A ambos hermanos de leche espiritual no les gustó demasiado haber caído, así no fuese más que por un instante, en las redes simulantes del Supremo, y por varios segundos hubo una lucha interior tremenda, pues a nadie le agrada ser tomado por "otario" y que el embromador se lo aclare después. Pero les creció aún más el sentimiento de admiración por su Maestro, quien demostraba de esa manera ser realmente digno en su papel de tal.

-Supremo- arreció Dimikritoff, en el paroxismo de su asombro-: eres un hijo-de-puta-total, y por ello te admiramos; permítenos entonces tú también una décima de segundo de sinceridad: nos jodiste, pero sólo con tu ejemplo, aprenderemos Nosotros a joder al prójimo como corresponde. Y, eso sí, nunca, ¡nunca! intentaremos joderte a Vos, porque eres bueno y te necesitamos...

-¡Mentiras!- exclamó cortante Supremo-padre- ¡vosotros seríais capaces de utilizar a vuestra propia madre, si tuvierais más capacidad! Pero conmigo ni lo intentéis, ya que hubieron antes quienes quisieron hacerlo y acabaron muy mal: no hace falta que les recuerde sus nombres, porque toda la "humanidad" blasfema con ellos al endosarle yo magistralmente mis propias culpas, y así los utilicé, enredé, haciéndolos después caer al fondo oscuro de la Historia...

-Cierto es- recordó Sam en nombre de ambos-, pero todo lo hace olvidar el tiempo, cuando nos negamos el coraje de querer recordar. Padre...¿puedes perdonarnos? ¿qué debemos hacer para ello?.

-Lo único de lo que sois dignos, aprendices baratos: ¡besarme el culo! Y esto diciendo Supremo se alzó el sayal, bajándose enseguida el “slip” de seda natural, poniéndoles al descubierto sus blanquísimas nalgas ajazminadas.

Ambos socios postráronse humildemente, de rodillas, avanzando con las manos juntas apoyadas sobre el pecho, en alta devoción; llegando a la vera de los tobillos del Gran Fingiente se irguieron de a poco y, alcanzada la altura necesaria depositaron casi al unísono -se daban cabezazos para hacerlo cada uno antes que el otro, sentando así prerrogativas jerárquicas- un sonoro ósculo en el territorio oculto del cuerpo de su Jefe quien, para ponerle debida música a la ceremonia, en el momento en que los rostros estaban hundidos en el precipicio separador de su honorable posterioridad les obsequió con un soberbio ruido acompañado de suave y perfumada brisa.

-¡He aquí mi regalo! -exclamó el Jefe, risueñamente y gozando de la situación- ¿Qué sabéis vosotros del flato? ¿ a que no atináis siquiera a clasificarlos por detonación, entonación, estilo o duración?.

-¡No! ¡enséñanoslo, Maestro! -bramaron solicitantes los alcahuetes.

-Bien -accedió Supremo-padre- .Según el dialecto piamontés, de cuyas comarcas soy originario, existen cinco clases de ventosidades colonales, a saber:

1º) Petti.
2º) Scarsetti.
3º) Luffa.
4º) Pavanna.
5º) Síttcero.

-Continúo explicándoles -prosiguió el Fingiente Mayor-. El “petti” es la flatosidad normal, sin aditamentos. El “scarsetti” es aquel que sale forzado, acogotado, con sonido de estrangulamiento. La “luffa” no hace ruido: se huele, nada más. La “pavanna” es despaciosa, con sonido de flauta dulce y quejido vago; lánguida y larga como el olvido. Y, finalmente, el “síttcero” es una combinación accidentada y sorpresiva de las cuatro primeras clases.¿Os dais

cuenta ahora de vuestra ignorancia? ¡si hasta tengo que enseñaros lo que es un pedo! Y así y todo, ni bien me descuido, quisierais gobernar al mundo. ¿Cómo puede aspirar al mando de la Tierra aquel que ni siquiera conoce el lenguaje de un ano?.

Momentáneamente vencidos por tanta lógica, los sumisos clamaron admirativamente:

-¡Es verdad! ¡todo verdad! ¡Maestro! ¡viva el más sabio! ¡viva!.

Supremo detuvo las exclamaciones y vítores de aclamación con un gesto de absoluto desprecio hacia sus imberbes alumnos y los conminó:

-¡Rápido! Pásenme las decisiones de la Reunión de los Ocho, pues debo llevarlas al Gran Hidepú cuanto antes.

Al oír el extraño nombre, los dos sujetos se miraron interrogativa y temerosamente, espantados, conociendo desde siempre que Supremo-padre nunca autorizaba definitivamente ningún plan de acción sin contar con la aprobación final de ese personaje, a quien nadie había visto jamás y sobre el cual ellos no pudieron lograr que el Jefe les explicara nada sobre su papel en la comedia, pero evidentemente se trataba de un ser muy poderoso pues el Fingiente lo nombraba siempre con gran respeto, y a ellos les constaba que tal recogimiento era verdadero -quizás su única actitud sincera- por miedo.

Recogiendo retazos de información por las oscuras callejas de la ciudadela de Sevenloms, -por infidencias que eran hechas al oído, apresuradamente, pues hasta el más insignificante sirviente quería saber quien era el famoso Hidepú, pero todos temían por sus vidas si profundizaban las averiguaciones- ellos sólo habían llegado a saber que Supremo-padre bajaba por una oculta escalera, cuyos peldaños se perdían en la tenebrosidad y el silencio, cuando necesitaba hacer algunas consultas a su misterioso Jefe intratérrico.

No se pudo saber nunca en qué lugar del palacio central estaba la boca de entrada a esa escalera, pues cuando el Fingiente partía hacia el sitio lo acompañaban siempre solamente dos albañiles, los que luego tapiaban la entrada a mampostería pura, y ambos habían sido previamente amputados de su lengua para que jamás pudiesen referir nada. Además -y para mayor seguridad aún- ambos morían indefectiblemente a los pocos minutos de haber concluido su trabajo, puesto que eran “cargados” previamente con una fuerte dosis de infalible veneno, eliminando así toda posibilidad de indiscreciones a nadie.

La agrupación de “Albañiles de la Puerta”, -así se llamaba- era una de las más secretas entre las mil y una Sectas que pululaban bajo el techo del Gran Templo, y sus miembros eran reclutados entre las poblaciones marginales de las ciudades más extensas del planeta, atrayéndoselos desde pequeños mediante engaños, ofreciéndoles a sus padres altas sumas de dinero fuerte, más la posibilidad, se les decía, de que el niño fuese ilustrado en los mejores colegios de Sevenloms, costeados todos los gastos por la “Sociedad de Beneficencia Santa Genoveva”. Después los niños desaparecían y nunca se sabía más de ellos, resultando toda indagación o búsqueda totalmente infructuosa.

En Sevenloms se los mutilaba, deslenguaba e instruía, finalmente, en elementales nociones del oficio de la construcción, como hormigonear o levantar muros y luego, por riguroso sorteo para que no cupieran dudas sobre la pureza de los procedimientos, se elegían de a dos por vez, cuyas vidas finalizaban cuando Supremo emprendía sus visitas a Hidepú.

De todos modos, nadie entre los Ocho preguntó nunca demasiado a Supremo-padre sobre el Oculto. En primer lugar, porque el Jefe se enojaba sobremanera si lo hacían, se volvía todavía más impenetrable y nada respondía. Y en último término, porque - para sus propósitos - les bastaba con saber que el misterioso individuo secundaría cualquier plan malvado que se le expusiera, siendo el dueño absoluto de sus almas. ¿Para qué más?.

En esta ocasión sólo atinaron los dos cómplices a preguntar cuándo su Jefe realizaría la próxima visita al Superior Absoluto.

-¡Ya nomás! -exclamó fastidiado el hombre- ¿Creen por ventura ustedes que puedo perder demasiado tiempo en dos infamitos, teniendo gente más importante que ver? Ahora sólo quiero una última muestra de sumisión y acatamiento-bramó.

-¡Lo que el Padre nos ordene / cumpliremos con amor!- improvisaron ambos a dúo, con total obsecuencia.

-¡De inmediato?- rugió-. Heme hartado de los mejores manjares, gozado de las más hermosas mujeres y hombres, a mis prestigiosos y santos pies se arrodillaron los más famosos hombrines y vivo defecando en inodoros de oro. ¡Pero nunca hice esto en la boca de un Gobernante! (porque no se me había ocurrido todavía, por supuesto). ¡Y ahora lo voy a hacer, porque se me da la Infalible gana! ¡rápido, abrid vuestras podridas bocas y esperad, cantando la

sublime alegría de servir de receptáculo a la materia fecal del Más Celestial" -concluyó, levantándose el sayal mientras se bajaba nuevamente el "slip".

Los Estadistas se arrojaron de inmediato boca arriba en el piso, bajo las caderas flexionadas y abiertas de par en par por el Supremo, (quien ya se había agachado a todo esto), y aguardaron.

Hubieron: una "luffa", luego un "petti, seguidamente un "scarsetti", y finalmente como el trueno siempre desata la lluvia, ocurrió así también, sólo que lo precipitado aquí no resultó precisamente agua purificada por la atmósfera...y aunque a ambos les dio mucho asco, masticaron y tragaron mientras saboreaban.

-Ahora, ¿necesitáis beber algún líquido para digerir la comida? -preguntó, solícito, el Fingiente.

-¡Sí, sí! -pidieron contentos los alcahuetes, soñando con té, café o gaseosas para quitarse tan feo sabor de sus paladares.

-¡Pues, ahí va! -rugió jubiloso y satisfecho Supremo, descargando su torrentosa vejiga sobre los rostros de ambos Estadistas, quienes debieron beber hasta la última gota para no quedar mal por razones de jerarquía.-¡Ahí tiernen la bebida de sobremesa, pequeños! -exclamó el cínico gozador- ¡Y cantad, por Dios, que adoro la música!

Entonces Sam comenzó a entonar:

- *"Cuentan que una noche, bramó como fiera*
defecando en bocas, era una tormenta..."

-Imbéciles- apostrofó Supremo- ¡yo no soy el Tigre Millán! ¿Quieren derrotar
al tango difundiéndolo? ¡No sirven! ¡Ya lo sabrá el Gran Hidepú! -amenazó- Y ahora, ¡váyanse!.

Los chupamedias partieron, abrazados y atemorizados.

Supremo hizo entonces tañir tres veces una campanilla de oro que estaba posada sobre una mesilla encarpetada de raso púrpura, sobre la derecha de su trono, el cascabeleo resonó por los riquísimos pasillos del Palacio, y un sirviente apareció de inmediato inclinándose.

- Necesito dos Albañiles de la Puerta -ordenó-. Para esta noche.

-Los tendrá, Santo -aseveró el ujier-, y luego se hincó saludando para enseguida partir.

El Padre Santo quedó sumido en la más profunda meditación, y en la medianoche llegaron los próximos condenados a muerte.

Los infradotados se fueron con el Jefe hasta la entrada del sótano secreto de Sevenloms; cuando el Mandatario entró en él, ellos tapiaron cuidadosamente la entrada, recolocando las baldosas que fueron quitadas del piso para que la boca de la escalera se hiciera visible. Y todo quedó como estaba antes.

Eran casi las cinco de la mañana cuando dieron por finalizada la tarea. Entonces se sonrieron bobamente, y media hora después cayeron fulminados.

Ful-mi-na-dos.

F-u-l-m-i-n-a-d-o-s.

...Supremo-padre bajó ansiosamente los peldaños hacia un fondo en evidencia muy lejano, y de pronto la escalera se interrumpió y él comenzó a caer al vacío, sin ningún control ya, pero el Fingiente no se atemorizó en absoluto, porque sabía que al llegar a la zona donde se equilibraban los llamados de la gravedad de ambas superficies terrestres la caída el hueco se iría haciendo más lenta, cual si un invisible paracaídas se desplegara. Eso lo había experimentado tan a menudo que ya no le causaba temor, sino sensación de placidez absoluta.

Así, ya casi inmóvil, se halló de repente sentándose sobre un gran sofá muy mullido, tapizado en tela dorada, y de inmediato estalló algo así como un gigantesco pedernal de luces de innumerables colores; entonces un “gong” larguisimo surgió desde un modernísimo sistema de alta fidelidad, cuyos altoparlantes estaban disimulados entre los pliegues acordonados del techo de la bóveda lapislázuli que coronaba el recinto, después comenzó a oírse una música que arrancó con un “In-crescendo” o “alegretto” bastante rítmico, el que luego pasó a languidecer en “moderatto lentíssimo”, hasta que finalmente se disipó en suaves compases que se fueron adelgazando hasta el silencio. Enseguida se descorrieron los telones granates de un escenario hasta ese momento ocultado en un sector de las paredes, iluminándose el proscenio “a giorno”, y la figura de un ser más que extraño dominó la escena ubicándose en el centro de una tarima iluminada aún más por un haz de luz que provenía desde un poderoso reflector emplazado arriba.

Imposible describir físicamente la aparición sin tener que detenernos antes a estudiar la expresión del rostro, que lo decía todo. ¡Si pudiesen representarse en una cara con figura de hombre la maldad, la duplicidad, el cretinismo, el cinismo, la ironía, la dureza, la insensibilidad, el desamor, en fin: toda esa vasta gama de infamias que lamentablemente pueblan la Tierra estaría todo dicho ya! Por lo demás, estaba muy bien vestido a la moda clásica como cualquier fulano de la calle con buenos ingresos y -se repite- si no fuera por la expresión degenerada de su semblante podría haber pasado como tal.

-¡Mi querido Lugarteniente- exclamó con glacial fingimiento el recién llegado al saludar a Supremo- ¿Cómo anda todo por allí?.

-Mis profundos respetos al Gran Hidepú -musitó el Fingiente inclinándose-. Antes que nada, mi saludo representativo de toda la gran cohorte de Hijos de Mil Putas que asolan la Tierra y tanto le aman, aún sin conocerle. ¡Todo anda allí mejor que mejor! Una enorme mayoría de los dignos ciudadanos del mundo trabajan día y noche para colaborar con nuestro triunfo definitivo, así le tengamos preparado un castigo como premio. ¡Día a día mueren un poco más los sentimientos, el amor desaparece, la concupiscencia, el asesinismo, la maldad y la traición reinan por doquier! ¿Qué más podríamos pedir? Pero, como pareciera que en este mundo nadie pudiese llegar jamás a ser feliz del todo, también nosotros tenemos nuestros problemas...

-Y ahora, ¿qué ocurre? ¿la mano de Dios otra vez? -inquirió aterrado Hidepú, temblando a la sola mención del vocablo “Dios”.

-No sé si será “eso”, mi superior Supremo -respondió el visitante- , pero hay cierto lugar en el planeta donde un ínfimo núcleo humano se muestra irreductible a nuestros bien organizados ataques para acabar con la estupidez de los sentimientos puros, y por eso lo molestaba para hacerle una consulta al respecto.

-¡Es que no habrán trabajado del todo bien!- regañó el Superinfame-, porque no hay fuerza alguna que pueda resistir una embestida a fondo contra la ciudadela del Bien, si se la prepara criteriosamente. Vea, querido: ponga en un cajón de manzanas una sola putrefaccionada y en poco tiempo le echará todo a perder y, a la inversa, haga la prueba de curar a un fruto enfermo rodeándolo de similares sanos: seguirá pudriéndose y contagiará a las demás. ¡No se puede fallar nunca cultivando al Mal, ese simple ejemplo se lo demuestra! La tendencia a lo maligno está tan firmemente arraigada en el campo mental y

corazonado de tantas personas, que basta regarla siquiera un poquito para que crezca vertiginosamente, como toda mala hierba. ¿Me pueden decir Usted y toda la bandada de análogos inútiles que lidero allí arriba dónde reside la contextura interior necesaria para que ese conglomerado de condenados pueda resistir aún? Lo único que faltaría es que existiera otro Hidepú y me dejase sin conchabo pero, que yo sepa...¡soy el Mayor, el Rey!.

-Nadie lo pone en duda, y menos quienes lo queremos obedeciéndolo, -aseveró Supremo-padre, reverente y empalagos, humildizándose para recobrar favor-. Le responderé su pregunta: ese grupo de tal país se mantiene irreductible en su fondo espiritual por obra y desgracia de...¡su folklore musical!.

-¡Usted sí que está loco! -gritó Hidepú saltando de su tarima- .¿Con cuentos justamente a mí, que soy el Padre de la Mentira? ¡Mire si un puñado de letras y melodías va a sostener la integridad álmica de una Nación! Y, si así fuese... ¡háganle una contra-canción!.

-Eso ya lo intentamos -comenzó a explicar el Fingiente- . Pero hasta ahora hemos fracasado rotundamente, y cuando ya creímos copados todos los medios de difusión y suficientemente sobornados los “disc-jockeis”, logrando asimismo que los oyentes asimilen más las tandas publicitarias que la Poesía, siempre se infiltra algún sectario de la Tangolatría. Hasta hemos fracasado cuando intentamos ponerles un Presidente de la Nación anti-tango, porque carecen de cualquier virtud, menos ésa: en las recepciones de las Embajadas, por ejemplo, mal o bien todos bailan “La Cumparsita”. Y el mal ejemplo cunde enseguida -finalizó desalentado.

-¿Y piensan darse por vencidos, frustrados imberbes -tronó Hidepú.

-No, mi Jefe -comenzó a exponer Supremo -; fíjese que ahora hemos realizado una gran Convención de Interesados en la Destrucción del Tango y pronto lanzaremos un ataque mejor planeado, más implacable todavía que todos los que intentamos jamás. ¡No quedará un solo difusor con trabajo ni habrá oídos para escuchar al Último Cantor, y haremos avanzar el ruido estúpido hasta sus últimas consecuencias; encima aniquilaremos a todos los vocalistas!! ¡muerto el pájaro se acaba el trino! Ese fue nuestro error anterior, porque pensamos que solamente era cuestión de enjaularlo -metaforizó el Fingiente-, pero nos dimos cuenta de que aún así canta igual. Les clausurábamos posibilidades en todas partes: en la radio, las grabadoras, los

teatros, y...¡ellos se iban a cualquier boliche y "la seguían" igual! O cantaban en casa de amigos. Pero ahora iremos por la drástica, que no falla nunca: los mataremos, físicamente, y así estaremos definitivamente seguros de que ya nunca más podrán hacerse oír. A los pocos discos aún existentes los irá destruyendo la acción del tiempo y se pondrán inservibles por tanta ralladura. Las grabadoras destruirán las matrices, les iremos cerrando el camino a los difusores y, repito, eliminaremos a los cantores en la forma que acabo de explicar. Como Usted ve, es el Plan Perfecto.

-Cuiden que no se escape ninguno- recomendó Hidepú- . No olviden que hasta ahora al menos, Dios- no obstante estar cada vez más solo en su lucha-, hasta en las peores circunstancias pudo separar siquiera a un remanente; aunque fuese un único ser, como el Lot de Sodoma, y con ellos sigue recreando, pese a todo. Recuerden, basuras, esto que les repito: bastaría que un solo ruiseñor se salvara del exterminio para que el canto popular de Buenos Aires continuara oyéndose, pudiendo así resucitar plenamente algún día. Y, si así fuera, ¡que Satanás nos salve!...

Supremo-padre comprendió perfectamente, aunque le sorprendió, el acto sincero del Gran Hidepú al manifestar que , al menos, se salvaría a sí mismo, pues su egoísmo nato no le permitiría algún desprendimiento jamás. Pero no hizo ningún comentario al respecto, guardándose para sí la ansiedad de la revancha, si alguna vez se le presentaba la ocasión.

-Para que comprenda más a fondo la trama espiritual de cierto elemento humano que allí hay, lo cual le servirá fielmente en su propósito de combatir la nobleza y preceptura de conducta que emanan de los buenos tangos -comenzó a explicar el Malvado- he de descorrer el velo sobre algo que ningún ser de la superficie ni usted han podido observar hasta el momento: ¡El Infierno Argentino! Le será muy útil conocerlo para tener mejor noción sobre con qué bueyes debe arar, pero a no confundirse, que lamentablemente quedan unos pocos que no se comportan así.. ¿Vamos?.

-Sí- respondió el Fingiente- aún temeroso de que se tratara de alguna trampa para condenarlo a él también; pero, de todos modos ya no tenía ocasión de retroceder.

-Sígame- ordenó Hidepú.

Y lo fue conduciendo hacia una larga galería de bellísimo ornamento por la cual principiaron a marchar, quien sabe hasta dónde.¡Resplandores

multicolores brotaban de las paredes, vestidas de obras pictóricas de infernal belleza, mientras oleadas de exóticos perfumes emanaban por doquier! Una alfombra roja escamada de oro servía de acolchado, y Supremo pensó que sería hermoso caminar durante toda la muerte por un lugar así, comenzando a paladear el goce por anticipado sin prever lo que le esperaba en materia de sorpresas.

-Pero...¿cómo? -quiso saber-- Y el azufre y el fuego, ¿dónde están ? Y los gritos de los condenados, ¿por qué no se oyen?.

-Mi queridísimo amigo- comenzó a explicarle paternalmente Hidepú, mientras le colocaba una mano sobre la espalda e iban avanzando-: Usted está tan despistado como casi todos los demás allí arriba, y...¡también es estúpido! ¿Fuego? ¡por favor!: el fuego consume y así no podría torturar a mis condenados por toda la Eternidad...¡yo quiero que vivan para hacerlos sufrir más, no que mueran quemados para que se liberen del suplicio, tonto! ¿Azufre? ¿se creerán, por mala ventura, que soy masoquista? ¿no huele mejor ese sahumerio de perfumes orientales que ya tuvimos ocasión de olfatear? ¿quemar porquerías para...aromatizar el ambiente? Después tendría que mal oler yo también, o ponerme una incómoda máscara antigás cada vez que salga de recorrida.¡No!, porque hay tormentos infinitamente más sutiles, que torturan más al reo, -como usted ya verá-, que esa idiotez de las llamas eternas, que tendrían propiedades purificantes; o el azufre, que también deberían soportarlo mis santas fosas nasales. ¡Y yo no tengo por qué pasarla mal! Ningún jefe genera motivos para estar obligado a soportar la pésima vida de sus subordinados, sino no sería tal, pues a lo sumo haría el papel de cadete para mandados. ¿Gritos de condenados, por qué? ¡Serían un desahogo y no les cabe ni siquiera derecho a eso! Mis flagelados quedan hasta sin habla, debido a que los castigo tan perfectamente, deviniendo mudos de puro asombro por mi genio. ¡Así me divierto más!.

-¿Así que Usted no sufre nada? -quiso asegurarse Supremo-padre.

-¿Sufrir yo? ¿por qué? ¡Déjese de embromar! Los que deben padecer son los bobos que siguen mis enseñanzas. La Creación es tan exacta que, para compensarme del papel de Malo que debo hacer ante el mundo me otorgó un gran goce, ¿no le parece esto justo? Además no tuve otra alternativa: soy lo que Soy porque alguno tenía que ser el primero. Pero mis poseídos no deben

disfrutar, porque pudiendo elegir se equivocan conscientemente, y por eso no los torturo tanto por malvados, sino por idiotas. Es lo que corresponde.

-¿Y en qué consiste, entonces, el Castigo? -quiso saber el Señor de Sevenloms.

-Todo a su tiempo -respondió el Gran Hidepú-. Y lo que más risa me da es que usted, cuando vuelva a reintegrarse a los suyos seguirá siendo un cretino aún sabiendo la magnitud de la condena que le aguarda, todo ello corroborado por sus propios ojos dentro de un momento. Así de payasos parecen ser casi todas las personas: caminan hacia su propia perdición ni siquiera alegremente, sino llorando y padeciendo hacer lo que saben que está mal, pero lo continúan practicando. ¿Quién las entiende? La experiencia histórica les sirve para maldita sea la cosa. ¡Largué ya un número incalculable de redentores mentirosos o ingenuos acabando todos igual, lo que no impide que, cuando surge algún renovado remedo de tales casi todo el mundo lo siga, mientras los pocos ejemplares humanos que no entran en el juego son perseguidos, torturados, estigmatizados por sus semejantes, censurados por ellos, quienes además les prodigan leyendas negras llamándole a veces “locos” así sean los motejantes realmente quienes lo están! Y yo estoy muy contento por esta situación, porque el día que la mayoría de los hombres se cure de su voluntaria Falta de Memoria Histórico-Cultural me dejarán cesante a mí sin siquiera beneficio de jubilación, puesto que nunca me necesitarán ya para nada...¡si la joda es siempre la misma y el resultado idéntico, huevonazos! A ver... le paso un curso gratuito del esquema invariable del acontecer humano hasta ahora, ¿quiere?:

1º) Situación de injusticia, unos pocos dominan explotando a los más. Las castas sacerdotales al servicio de los que mandan (Sanedrín).

2º) Del seno del pueblo surge un Liberador, comenzando su apostolado; héroes y mártires por doquier. (Sanedrín, por supuesto, en contra). Lo gobernantes asesinan al redentor (crucifixiones, etc.)

3º) Discipulaje, disperso y diezmado, funda Nueva Secta; catacumbas, luchas, martirologios. Sanedrín evalúa que es ya imposible contener el despertar, ni aniquilar totalmente a los revolucionarios, quienes están cada vez mejor organizados.

4º) Sanedrín recurre entonces a la técnica infalible: infiltrar con sus espías a la organización libertaria. Va ganando así jerárquicamente posiciones en ella, hasta lograr su total control político.

5º) Y al ser ya inofensiva, se proclama a la hasta ayer combatida Secta Irregular como Entidad Oficial, puesto que ahora ya dejó de representar a la subversión. Sus mártires, hasta tiempo atrás delincuentes, pasan a revistar a la categoría de Santos arquetípicos. (Total, como ya son nada más que polvo, nunca podrán desenmascarar a nadie que los utilice).

6º) Se produce así el cambio del Gatopardo: *"Las cosas tienen que cambiar/ para que sigan igual".* La Revolución, ya en el Poder, se vuelve represora hacia aquellos que intentan lo mismo, porque está en su apogeo. Hay Cruzadas y se las trata de exportar, en su sublime acto de bondad, para que "sirva" a otras naciones...(en realidad, se la utiliza de nueva máscara para sojuzgarlas). Después llega la decadencia, pues su andamiaje ideológico capta cada vez menos secuaces inteligentes, que son los únicos capaces de recrear vivo y ardiente el ideario. Van quedando solamente los voluntarios tontillos y los aprovechados. Aquellos como grey; éstos últimos como dirigentes. Poco a poco se va retrocediendo así a la situación descripta en el punto 1º.

7º) Se comienza todo de nuevo, siempre que haya alguno que acepte hacer el papel de Mesías; esto lleva a veces algún tiempo, porque cuando se le ofrece la posibilidad a gente con memoria histórica escapan todos como si los persiguiera una bandada de acreedores. Pero siempre, hasta ahora, en el fondo de la derrota de los redentores, aparece algún olvidadizo, entonces...

8º) El Inconsciente Colectivo comienza a enjalbegar al nuevo Redentor, -porque hijo de Dios dicen que hubo uno solo, pero reemplazantes comedidos se presentan a raudales- y éste, después de realizar alguna payasada epopéyica muere justo cuando la lógica terrible de los hechos empezaba a mostrar la impracticidad de sus propuestas, y ahora sí: ya se está en forma definitiva, sin retorno posible, en la situación del punto primero. El asunto se desarrollará normalmente hasta volver a alcanzar el punto 8º, y todos contentos...

-¿Y Usted cree que la comedia puede seguir invariable?- preguntó Supremo-padre, temeroso de que el negocio pudiera algún día terminar.

-¡No me cabe la menor duda!- aseguró jubiloso el Gran Hidepú- : fíjese sino en usted, (y se lo repito infructuosamente otra vez). Conoce toda la trama, sabe que no le irá nada bien al final, (ni lo estará pasando ahora, si nos detenemos a analizar sus tormentos interiores, tan secretos como terribles), pero nada de eso le impedirá que siga cometiendo fechorías baratas. Porque en la vida, mi amigo, no existen tantos pecados como se creen: ese complejo ha sido creado capciosamente para que se arrastren los arrepentidos, pero todo lo que nuestro pasionismo o la obsesión por "llegar a algo" -en realidad, nunca arribamos a nada- nos hacen cometer, no son sino pequeñísimos errores, pues CULPAS, pero de verdad tales, sólo existen dos: la SERVIDUMBRE y la COBARDÍA. Un argentino genial -José Ingenieros- , casi ni leído por sus compatriotas y negado en conducta por muchos de sus autoproclamados herederos nos enseñó el nombre de nuestros únicos y verdaderos sacrilegios, que a ambos los ostenta usted en grado sumo, porque es servil conmigo, aún sabiendo por el camino que lo llevo, y así contemple en pocos minutos más el final que le espera. Y es cobarde, porque precisa de la actitud genuflexa de otros para desquitarse de la obsecuencia que debe practicar conmigo, y -finalmente- en razón que echa mano a una falsa jerarquía para mantener su Autoridad, puesto que no se anima a dejar de ser Supremo-padre y asumir, por ejemplo, la condición de ser un buen zapatero remendón de barrio, lo que haría estar más tranquilo evitándole embromar a su prójimo para poder vivir...pero, claro, nadie se arrojaría a sus pies, homenaje que a S.S. tanto le gusta -concluyó el Príncipe-. Por algunos años de hincamientos ante sus podridas y patiolóricas plantas se está ganando toda una Eternidad de posición incómoda ante mí...¡lindo negocio para un otario! **¿Cuándo aprenderán los hombres que en el juego del Mal el único que gana es el diablo, porque "la banca" es, a la postre, el sólo vencedor de cada "timba".**

-¡Por Judas, la jeringoza lunfárdica ha llegado hasta aquí! -exclamó escandalizado Supremo-padre -. ¿Cómo poder desterrarla de la Tierra?.

Hidepú miró severamente a su siervo, pero no quiso descender hasta mostrar arrepentimiento por la transposición. Arremangó su negro pantalón sobre la pierna izquierda -era zurdo por siniestro- encajándole una soberbia

patada en pleno centro de las caderas con tal fuerza que el Gran Fingiente rodó por varios metros, sin muchas ganas ya de hacer reconvenciones, ni siquiera amables, a su Superior, y tan sólo se animó a pedirle más enseñanza:

- Por favor, ilústreme: ¿no peligra nuestro trabajo, asentado en una premisa tan simple como la natural estupidez de casi todos los hombres? ¿no se darán cuenta nunca que los estamos embromando?.

-Por ahora, al menos, no hay peligro alguno, ya se lo dije -respondió el Rey- , **pues solamente cuando los seres humanos dejen de elaborar complicadas doctrinas, se rijan nada más que por cinco palabras, amaos los unos a los otros, ¡pero viviéndolas, eh!-, busquen las coincidencias del alma ayudándose mutuamente por necesidad conviccional -sin constituir para ello Organizaciones estables para engatusarse-, sólo entonces, le decía caerá nuestro Imperio. Pero mientras ellos sigan fundando Entidades para cualquier necesidad trivial, (como, por ejemplo, gobernarse), no habrá jamás problemas, porque poco a poco se las iremos infiltrando y acabaremos por hacerlas trabajar para Nosotros, como siempre ha ocurrido. No lo olvide nunca, aprendiz: todo conjunto de seres humanos organizados y regidos por un Estatuto -con sus acatantes y transgresores- es una célula viva para la concreción de nuestro dominio. ¡La Humanidad verdaderamente tal está a años luz de distancia! Hasta ahora no es más que una diarrea mental de los pobres soñadores...si hasta hemos logrado la incongruencia mayor que se pudiera imaginar: que constituyan organizaciones anarquistas...¿ qué le parece? ¡El día y la noche al mismo tiempo! ¡la institucionalización de lo inistitucionalizable! ¡la mentira de la verdad! ¿Qué tal, hermano?.**

-¡Admirable, muy excelso, Jefe! -ensalzó el sirviente-.Pero...una última pregunta, por favor: ¿qué ocurre cuando el verso, de tanto repetirlo, ya está "junado" y recontragastado? ¿cuando aunque más no sea un solo "punto" lo tenga "relojeado"?

A Hidepú lo asqueó la perorata tanguera de su Súbdito Visible Mayor, pero esta vez en lugar de reconvenciones prefirió ir directamente a las respuesta:

-¡Muy sencillo!: provocamos una catástrofe universal, robamos y escondemos una biblioteca, en fin. La alternativa es destruir u ocultar todo lugar donde haya vestigios del verdadero Saber Histórico. A veces

interpolamos sus libros aunque, debemos confesarlo con sinceridad, en algo somos muy débiles, aún jugando con todas las cartas a nuestro favor: jamás podemos anular definitivamente a un hombre que estudie honradamente el proceso por más solo que lo dejen sus semejantes y así le pongan mil piedras en el camino para detener su avance en el Conocimiento, porque hay un Poder Superior al nuestro que nos lo impide, y tenemos que soportarlo cuando aparece un raro ejemplar así, por lo menos hasta que el sujeto muera (terrestremente, se entiende). Después, ya algún día tendremos la oportunidad de hacer desaparecer hasta la última obra escrita por su pensamiento esclarecido, alumbrador. Y, a veces -le sigo confidenciando-, tampoco lo logramos...pero total, hasta ahora, no han pasado de cinco mil en toda la Historia del Hombre los individuos que se han atrevido a contemplar la realidad de frente, sin sectarismos bastardos, soslayamientos cobardes y temores inútiles. ¡El resto casi nunca acusa sus existencias mientras viven!, sino que les evita acusándolos de infames, tratando de empalidecer su inmortal testimonio traicionándolos, recurriendo a la diatriba y la calumnia. De manera que... *¡avant in scene!* y a seguirla, que tenemos conchabo para rato todavía- terminó, paternal y solícito, mientras avanzaban por la galería.

De repente llegaron a una especie de recodo y el piso comenzó a descender en suave pendiente; caminaron por ella velozmente ayudados por el declive, y el túnel se estrechaba ahora, pareciéndose más a un pasadizo por sus dimensiones reducidas, lo que les obligó a marchar el uno detrás del otro para no molestarse. Por fortuna la iluminación era tan espectacular como siempre, y de pronto se encontraron de frente con un cartel orientador, cuya flecha indicaba “doblar”, a corta distancia. Estaba escrito con letras de tamaño mediano, de color amarillo limón, sobre fondo negro, y decía:

AVERNO ARGENTINO
(A dos kilómetros)

Los mejores “grupos”
los más bellos “versos”
todo aquí hallarán.
¡Avancen contentos

turistas amigos,
tengan por seguro
que los joderán!.

Siguieron la indicación del anuncio, y un trecho más adelante se hallaron contemplado escenas típicas.

En primer lugar tropezaron con una larga caravana de manifestantes huelguistas que portaban estandartes, sus cansadas miradas echadas hacia adelante con expresión perdida e indefinible, posesa, gritando "¡Viva! no se sabía quien , "¡Muera!" y "¡Abajo!" que-se-yó qué cosa. Enfervorizados, ciegos de auto-aturdimiento, casi derriban a Hidepú y su acompañante, quienes consiguieron con mucho esfuerzo que se detuvieran dos o tres sujetos de los que encabezaban la frenética marcha. Uno de ellos, morocho de crencha engrasada y durísima, rostro chato y redondo, facciones muy duras, fanatizadas, casi sin frente porque el pelo le comenzaba inmediatamente sobre las cejas, miró torvamente al Malvado, y le esputó:

-¿Para qué me llamó, oligarca? ¡Usted debe ser antiverticalista! ¡un bicho colorado infiltrado! ¡nosotro somo del Viejo! ¡viva aunque haiga muerto! ¿qué quiere este gorila aquí? ¡compañeros, éste es de la contra! ¡a darle con todo! ¡todo unido triunfaremo! ¡se siente, se siente, que estamo lo presente! ¡lo de la Libertadora, se la tragan doble ahora!.

-Bueno-, trató de serenarlo Hidepú- yo no soy ninguna de esas cosas que usted improperiza, sino algo mucho peor todavía, ¿por qué hacen esa huelga?.

-¡Porque queremo ganar más! Aunque despué cuando todo aumente ya sabemo que estaremo ganando meno; ademá nos mandan a buscar y sabemo que tenemo que gritar aunque no entendamo lo que gritamo, pero nos lo enseñan así y los dirigente saben lo que dicen, porque lo enseñó Perón y el Viejo era Dió en la Tierra -explicó atropelladamente el obrero en conflicto, escupiéndose mientras hablaba-, y si gritáramo algo que entendiéramo ya no seríamo ignorante-pobre-que-no saben-lo-que-hacen, como soy yo, que no pude ir a la escuela porque estaba nada meno que a tré cuadra de casa y había que levantarse todo lo día a la ocho y media de la mañana para poder ir. ¡Todo lo día! ¿qué le parece? ¿podía hacer un chico de catorce año semejante sacrificio? Eso era en lo

tiempo de lo conservadore, despué cuando empezamo a gobernar el pueblo me dieron el certificado de sesto igual y ahora soy dirigente gremial, y si lo patrone me pagan bien yo no le fallo nunca a lo compañero, y mientras no haya peligro los acompaño donde sea. ¡Por culpa de lo otro gobierno uno no es gente preparada, que Y la gente es la que debe darno el trabajo y nosotro tratar de cobrar más sueldo en meno tiempo, y hay que poner má feriado decretando encima dos domingo por semana, por eso estamo luchando lo delegado; ademá este paro lo cobraremo y estaremo dos día sin trabajar. Ya le dije al dueño de la fábrica que si no me daba el doble de lo que me pagó a mí por la huelga anterior le sigo este paro hasta el final, es una injusticia lo que quieren pagar hoy día una huelga, ¿no se dan cuenta que lo tiempo cambiaron? Ademá el secretario dijo leyendo un comunicado que si no salíamo se iba a producir el desfasaje de la indexación del poder traslativo adquisitivo nacional -¿lo ve aquí en el papelito?-por eso es; así hemo salido y gritamo todo viva o muera, no nos aumentaron por culpa del ministro ese Lope Rega, toda la culpa es de él y nada más que de él, porque lo demá son bueno y saben lo que es el sufrimiento del obrero, igual que el Viejo que tanto padeció siempre por nosotro y vivió siempre tan mal; si no fuera por ese ministro trabajaríamo una hora por día y seríamo todo rico y las vacacione durarían tres mese como mínimo. Ese atorrante lo embromó al pobre viejo, porque el Viejo era muy vivo, pero alcanzó a conocerlo poco; magínese, sólo había sido quince año su secretario privado, y una persona no se puede conocer en tan poco tiempo, entonce fue ese sinvergüenza que lo engañó al pobre-angelito-que-en-paz-descanse; él es el único malo, lo demá son todo bueno, ademá Dios es criollo, no hay paí como éste y tenemo lo mejore bife del mundo aunque mandemo la mejor carne afuera lo nuestro siguen siendo lo mejore y en ningua parte se come como aquí, y la gente es tan sensible que ve a un perro tirado en la calle y lo cura, ¡en Norteamérica se lo comen y en Suecia son tan degenerado que se lo violan por tanta necesidá que tienen, por no coger nunca!, y hasta en la villa miseria tenemo televisore, mientra que en otro lado ni siquiera tienen villa de tan atrasado que son, y si la tuvieran y con televisore seguro que no podrían mirar nada porque no le alcanzaría para pagar la corriente, ademá en Rusia se comen asado

a lo chico de tré año de edá, asentándolo con una panzada de vodka, ¡mire que cosa, no!. ¡No tomar vino en la comida y comer con esa cosa fuerte que no es pura como el vino común nuestro! Porque nosotro somo vivo en cambio en otra parte son todo tonto, cuando vamo afuera dicen los que viajan que las mujere vienen toda a pedirno que le hagamo el favor porque lo otro no saben satisfacerla, porque para eso nadie más macho que nosotro, también; ademá el día que juguemo nuestro fulbo seremo invencible del todo ya que últimamente hemo salido siempre campeone morale, quiere decir que ya falta poco para que salgamo campeone primero en la tabla. Y le digo: lo japonese y lo chino tiene todo lo ojo torcido porque son bizco doble y nacen enfermo de la...meningiti, y lo alemane son rudio de piel y pelo porque son desnutrido por no comer, y los yanqui hablan inglés porque de tan burro que son no saben castellano...¡y en la Suecia la gente se mata por ser demasiado feliz y vivir muy bien!, por eso...

-...Silencio, por favor, no quiero saber más -lo contuvo Hidepú alzando la mano.

-¡Nosotro o muerte! -volvió a gritar el huelguista enardecidamente mientras se reintegraba a la caravana corriendo, pues el monólogo lo había hecho quedar retrasado.

El Malo expresó, vencido:

-Imposible hacerle creer a alguien así que no debe ofrecerse como opción con respecto a la muerte, cuando él ya está vivencialmente difunto. Además estos tipos no son tontos, sino que se hacen, con lo cual se vuelven más cretinos y peligrosos que yo...sigamos.

Continuaron avanzando por el antro de traslamuerte, y Supremo ensayó entonces tímidamente una pregunta:

-¿Y la región de los castigos?.

-Ya la verá, no se apresure -respondió extrañamente paciente el Señor del Mal, continuando: -esto que está observando es la Sección de Trámites Burocráticos, de la cual tampoco pude prescindir yo cuando quise jubilarme de Flagelador Criollo, y aunque cumplí los años de servicio indispensables, (el puesto lo vengo desempeñando desde 1810, qué le parece) me ha sido contestado que el asunto demorará tanto que aún siendo inmortal, puedo llegar a morirme antes de poder cobrar...¡es un largo proceso donde al final la

Caja de Jubilaciones me demostrará que es peor que el infierno! - concluyó el Rey desesperanzado, como cualquier vulgar y silvestre candidato a pasivo de la patria de Güemes y San Martín.

-**Y...¿no intentó "lubricar" a nadie con una coima oportuna?- investigó Supremo-padre.**

-¿Qué quiere? ¿que me condene a algo peor que la Eternidad misma? ¡Claro que probé, sino no sería argentino! Pero son tantos los intermediarios que hay que "untar", entre jefes, pinches, mucamos, secretarias, ministros, diputados, etcétera, etcétera, que no sé cuando lograría finalizar con la cadena para obtener el beneficio, y además me quisieron imponer un nuevo invento nacional: coimas diferidas post-morten del titular, con lo cual ni mis buenos deudos alcanzarían a embalurdar un miserable mango, con esta inflación que no respeta ni las profundidades del Infierno, puesto que les quitaría todo poder adquisitivo cuando pudiesen efectivizar el cobro, y no les serviría para bendita sea la cosa - blasfemó resignado el Malandra, resignado a continuar trabajando toda la muerte.

La conversación giró luego hacia otros tópicos, hasta que llegaron a la Convención de Empresarios; allí estaban todos reunidos escuchando el discurso de su Presidente, quien en esos momentos proponía lo que daba en llamar repetidamente "La Única Solución Posible para Salir de la Crisis". Era una arenga muy extraña, que se transcribe a continuación tal como era defecada por la upítica boca del Ejecutivo:

-¡Tienequentrarunmilitarparadarleña!- tienequentrarunmilitarparadarleña- ¡tienequentrarunmilitarparadarleña!.

-¡Sí! ¡ésa es la solución! -gritaban sus pares entusiasmados, ovacionándolo-. Y el cagador bucal proseguía impertérrito recitando su alución de ocho palabras que pronunciaba como si fuese una sola:

-Tienequentrarunmilitarparadarleña...

-¿No tendrá algún concepto diferente ese cretino? -preguntó el Fingiente a su Jefe.

-Jamás lo ha tenido- fue la rápida respuesta-, porque inmemorialmente pide que se esfuercen los demás, pero él no quiere soportar ningún sacrifico, y por eso, después que consigue el cambio que pide, continuando todo igual, (como era previsible), se declara herido por la

Falta de Democracia, rogando ofendido que El Pueblo Pueda Elegir. Sale siempre segundo o tercero en las elecciones, y entonces pontifica que Todavía No Podemos Vivir Republicanamente, volviendo a escupir la misma romanza de nuevo. Y así continuamente, desde que los primeros industriales textiles del Río de la Plata hicieron el negocio primigenio de vender la tela utilizada en la bandera de Belgrano... -cerró irónico el Gran Hidepú.

Sumido en la perplejidad, S.S. avanzaba precedido por su anfitrión, y llegados que estuvieron a una zona de luminosidad aún mayor que las anteriores, el Maléfico necesitó explicar:

-Ahora estamos entrando propiamente al Sector de Castigo, y desde aquí en más usted verá como los mismos tiene carácter discriminativo, aplicándolos según el caso, tratando de golpear a cada uno donde más le duela. He aquí, en primer lugar, el Conglomerado de Dirigentes Políticos. Espero que sepa reconocer que los torturo a la perfección -dijo, relamiéndose por anticipado, el Gran Hidepú.

Supremo-padre miró hacia el salón que le indicaba, no viendo sino a largas filas escalonadas de hombrúculos plañideros, vociferantes, semiescuálidos, vestidos con trajes limpios pero ya pasados de moda que corrían estirando sus brazos hacia el cielorraso, tensando el cuerpo para tratar de alcanzar unos libros que allí pendían. Cuando parecía que el éxito coronaba el esfuerzo el volumen apetecido se elevaba más todavía, haciéndolo infructuoso, volviéndose luego a bajar acelerando la ansiedad del torturado por llegar a él; y así, infinitamente, se repetía el juego. El Fingiente inquirió:

-¿ Y eso? ¿por qué?.

-Ocurre, mi estimado representante -comenzó a explicar el Jefe- que estos fulanos tienen al Diccionario como su más importante herramienta de trabajo y eligen un vocablo cualquiera -indexación, institucionalización, desfasaje, entorno, verticalismo, transversalidad, etcétera- tratando de que sea de difícil pronunciación, así nadie lo podrá recordar exactamente. Ellos mismos olvidan bien pronto su significado verdadero, pero empiezan enseguida, -de cualquier Partido que sean, le aclaro- a repetirlo en sansonete, hasta que traumatizan al Inconsciente Colectivo con la palabreja**. Ahora bien: como en un País que nadie quiere admitir que puede no conocer de algo, entonces se ve obligado a considerar inteligente al que gasta la palabra, lo cual es una**

forma de "inteligenziarse" él también a los ojos de los demás, de momento que finge entender algo que a ellos se les hace cuernos comprender, y como a ambas partes, -por mal entendido amor propio al cual son tan afectas- no les conviene aceptar que no saben lo que dicen u oyen, el "trampeo" mutuo degenera así en negocio compartido. Entonces a mí no se me ocurrió mejor castigo que incautar a todas las Enciclopedias existentes, y luego pasárselas frente a sus propias narices para que crean que van a poder seguir echando mano a ellas continuando así extrayendo vocablos raros para "empaquetar" al próximo votante. Y así pasarán hasta la consumación de los siglos: persiguiendo lo que jamás alcanzarán. ¿No le parece un tormento muy refinado y hermosamente cruel? -culminó preguntando el Infame Mayor.

-Debo admitir que Usted es realmente el Genio del Mal- reconoció de mala gana el Más Santo- ¿A quién se le podría ocurrir un flagelo más doloroso para los políticos que dejarlos sin la posibilidad de renovar el "verso"?.

-Verá cosas mejores -le respondió halagado el Malevo-. Continuemos.

Prosiguieron caminando por los pasillos del Infierno, dejando atrás a los chillidos mariconeros de los pobres condenados, que se fueron debilitando en la distancia, llegando así a un gran espacio abierto iluminado por un hermosísimo sol, (cosa que asombró a Supremo, por tratarse de donde estaban), y totalmente cubierto por un enorme gentío. Era sin duda un día de fiesta, a juzgar por la algazara de todo el mundo, apretujados todos y sin embargo algó así como felices, en un extraño estado de mística excitación: ojos en vacío, no oyendo nada, pero gritando mucho. **Inmensos cartelones portaban muchos de ellos, pero era invisible el contenido de sus escritos, ubicados como estaban Supremo e Hidepú a espaldas de la multitud que miraba ansiosamente hacia un lugar determinado, al que una rápida inspección ocular determinaba enseguida como el balcón de la grande casa pintada de color rosado situada en uno de los costados de la plaza de una ciudad muy enorme. Indudablemente esperaban a algo o alguien.**

-¿A quién aguardan? -preguntó, acicateado por la curiosidad Supremo-padre- ¿A alguna persona muy importante?.

-Para sus escalas de valores, sí- respondió Hidepú-, porque de un momento a otro aparecerá el Verseador Mayor, el Máximo Jodiente.

-¿Están aquí todos sus admiradores?- quiso saber Supremo.

-No, pero hay bastantes; además tenga en cuenta que otros tantos como los que usted ve no vinieron porque queda socialmente bajísimo apoyarlo públicamente, pero en el fondo también lo admiran, de manera tal que cuando pudieron lograr que les sirviera a ellos se sintieron también felices, aunque solían desconfiarle pues supo jugarles muy malas pasadas, y sólo un cinco por ciento de la gente lo tiene realmente "junado" sin darle directamente "bolilla", pero el noventa y cinco restante está con él, así a veces algunos se "empilchen" de opositores.

-¿Cuáles son sus méritos?- preguntó el Fingiente, cada vez más tocado en su curiosidad por la extraña fuerza aglutinante del personaje que, según parecía, hasta podía darse el lujo de tener opositores apoyantes.

-Ninguno- fue la rápida respuesta- .Tiene, eso sí, muy buena aura para captar adeptos; es la misma que envuelve a los santos y místicos, pero a él le funciona al revés, porque aquellos la utilizan para iluminar el camino de las almas, él para oscurecerle aún más el entendimiento a los bobos y sinvergüenzas, los que por suerte abundan complementándose tan bien.

-Pero me imagino que tendrá un esquema de ideas, algo para ofrecer a la gente que le sigue -comentó cada vez más perplejo el Señor de Sevenloms.

-No, no lo tuvo nunca pero, eso sí, una vez hasta a mí casi me vende el verso de que era Mi Única Solución, y cuando llegó aquí me quiso charlar de entrada; por poco me descuido cayendo en la embromada, porque me decía que fui castigado injustamente, y que como él era más importante que Dios me conmutaría la pena reivindicando mis derechos porque yo era bueno, estando en esta situación por culpa de la explotación y la oligarquía. ¡Querer engañarme a mí!, -prosiguió, herido en su más íntimo orgullo, Hidepú-. ¡Me quería hacer creer que el "manzanismo", su inexistente doctrina, era la quintaesencia suprema de todo lo que la Humanidad había creado en el transcurso de los siglos, e incluso hasta una vez se rió públicamente de Jesucristo, llamándole "simple curador de enfermos"! ¡Qué audacia!.

-Pero...¿quién es ese extraño ser?- preguntó, ya colmada su ansiedad, S.S.

-¡Ahí lo tiene! ¡Pedro Lunes Manzanón con ustedes! ¡aplausos, por favor! ¡viva el sublime inspirador del Manzanismo! Pero...si yo no soy su partidario, sino su torturante- razonó Hidepú, ya liberado del entusiasmo colectivo, cuyas oleadas casi lo habían arrastrado a él también.

-Y, para él, ¿en qué consiste el flagelo? -trató de averiguar Supremo.

-Paciencia, todo a su tiempo. Le explicaré: ¿ve al gentío? Es el Aluvión de los Giles Ventajeados; están preparando toda su descarga emotiva para cuando salga el verseador, a ver si lo conmueven, mientras él, entre bambalinas, ya ajustó bien su "verso" y ahora fingirá estar tocado hasta los tuétanos por semejante muestra de cariño, pero el fondo se ríe siempre como un niño travieso de ellos, que creen superarle en maldad. La plaza no es sino un enorme panel mecánico que yo puedo deslizar haciéndolo desaparecer en un una fracción de segundo. ¿Comprende ahora?- inquirió al final el Gran Malo.

-¡No, por Judas!- se desesperó el Fingiente.

-Estúpido: entonces mire y verá- cerró el Príncipe, molesto por la lentitud deductiva del Vicario.

Como por encanto el griterío había cesado de repente, hasta hacerse audible perfectamente el murmullo susurrante de las contenidas conversaciones en voz baja de los presentes, quienes miraban ahora hacia el balcón con una suerte de temor religioso, más poseídos que nunca.

Hubo movimientos de personas en el balcón, más profundo silencio en la muchedumbre, y finalmente...¡la aparición de Manzanón y el estrépito total! ¡inenarrable todo! ¡el superdelirio colectivo! Los chillidos de hombres, mujeres y niños, entremezclados, llenaron todo el ámbito.

Pedro Lunes levantó los brazos en alto, como saludando, y el rebaño humano se orinaba y defecaba encima de desesperada y transportada admiración. Llegó hasta un ramillete de micrófonos instalados en el centro de la balaustrada lanzando enseguida algo así como un poderosísimo alarido con maliciosa y demagógica voz que retumbó ululantemente por los cuatro vientos de la plaza:

-¡Coooooooooommmmpaaaaaañññeeeeeerooooosssss!!!! ¡¡¡¡ooossssss!!!!

¡La ovación llegó hasta la ionosfera! ¡los aullidos aumentaron aún más! ¡parecía que al millón de personas -más o menos- que estaban allí, les habían apretado los dedos en otros tantos picaportes al cerrar la puerta, y cuando la

tormenta amainó en algo Manzanón dio comienzo a su alocución, interrumpida a cada frase con más vítores y exclamaciones de adhesión:

-¡Esta mañana, compañeros (aplausos y vivas), cuando salió el sol y el frío de sus rayos laceraba mis carnes de trabajador, me di vuelta hacia el Oeste (más ovación) saludando a nuestro Astro Rey, esperando que enfriara en algo el calor de nuestra Antártida para no tener que repetir (más delirio) lo tantas veces dicho! Y sentí, compañeros, la necesidad de caminar hacia alguno de los cuatro vértices del planeta (más aplausos y vítores de admiración), y desde allí contemplar toda esta Tierra que será totalmente manzanista algún día. ¡Todo lo haremos con nuestra...letrina, digo: ¡doctrina! Habrá...¡ciempiés bípedos, perros rabones con larguísimas colas, ofidios empernados! Nuestro Plan es superior a todos, y lo pondrán también en práctica en Australia y Mongolia...(delirio popular total)...¡Mao me pidió una copia para aplicarlo en China, solicitándome ejemplares de mis libros *Como Gobernar Bien* y *Como Hacer un Revolución A-revulocionaria*, y les iré explicando poco a poco las **premisas de nuestro sistema económico social, llamado "Plan Aguja-Hilo-Dedal", postulación que sólo a mi superior inteligencia se le ocurriría: proveeremos gratuitamente, porque somos gobierno popular, de tales adminículos de costura a cada uno de los habitantes de la Patria, a fin de que suture su ano...! ¡entonces les bastará comer solamente cuando nazcan, y así toda la producción alimentaria será saldo exportable para hacer más divisas, y aunque yo me lleve mucho afuera por la gestión ya tendremos que estar ocupados nada más que un día por mes: cuando vayamos a cobrar nuestros sueldos! (grandes aplausos). ¡Ya no necesitaremos para nada trabajar! Beberemos mate-cocido y yo les enseñaré a hacerlo sin yerba, compañeros (ovación). Ayer vino a postrarse delante mío el presidente** de los Estados Unidos de Norteamérica a pedirme por favor que...

Hidepú pulsó un botón rojo que sobresalía de un panel de instrumentos que estaba a su derecha y, como por encanto, la plaza se deslizó con todos sus ocupantes, desapareciendo, y al encontrarse de pronto sin audiencia Manzanón cerró los puños con desesperación, llenándose su cara tramposa de una lamentable muestra de asombro, mientras que de su boca salía una viscosa y asqueante espuma de vómito , cayendo, primero de rodillas para distenderse enseguida en el suelo cuan largo era. Hízose las dos necesidades

fisiológicas fundamentales del mamífero encima mientras lloraba niña y tontamente. ¡Su gimoteo agonizante era audible en todo el esplendor de la lástima que inspiraba!.

El Rey del Mal se frotó ambas manos satisfecho, mientras se dibujada en su rostro, (y especialmente en las comisuras de sus labios), un rictus de libidinoso regusto, estallando de gozo, festejando:

-¿Se da cuenta, pequeñito discípulo, de como deben hacerse las cosas? ¡En el mejor momento de su "verseo" le saco a los "giles" y no le queda más a quien embromar! Para un inveterado macaneador del prójimo esa es la peor de las torturas...también en este caso existiría el peligro de que el fuego lo purificara y por eso lo dejo así: mentiroso, traicionero, dúplice. Algún día, con otro nombre por supuesto, lo voy a poner en circulación de nuevo, porque es el único que les puede hacer creer a los interesadamente impensantes que al Tierra es cuadrada, la Antártida un horno, el sol enfría y sale por el poniente, se pueden crear ciempiés con dos patitas solamente y que gobernando él se podrá vivir sin trabajar. Encima goza del silencio aprobante de los malandrines inconcretos, quienes ven en él el "desideratum" arquetípico de su fracasada realización, -concluyó el Malo.

-¡Maestro! -Supremo-padre reventaba de admiración- ¡Usted sí que desempeña el cargo por méritos propios y no por ser familiar de algún ministro!.

-Esto todavía es muy poco -se relamía el Malvado, satisfecho-. Ahora le haré ver la Sala General de Tortura Colectiva del Ciudadano Que No Quiere Evolucionar, que es lo mejor que he inventado al respecto. ¿Vamos?.

Siguieron caminando por el Averno. Todo estaba en desorden de allí en más: residuos tirados en el piso, paredes descascaradas, olores desagradables. A S.S. no dejó de llamarle la atención el hecho e iba a indagar al respecto pero el Gran Hidepú habló antes, cual si le estuviera leyendo el pensamiento:

-Ellos son así, que se les ha a hacer. Vea Usted que algunos compartimientos individuales están en muy buen estado de conservación y limpieza, pues por sí mismos muchos de ellos son capaces de triunfar en lo suyo, pero sólo individualmente, pero cuando deben funcionar mancomunadamente respetándose como connacionales es que les sobreviene el fracaso, debido a que cada uno juega su propio partido

olvidando que forma parte de un equipo por egoísta, mintiendo a su manera, lo que hace que de tanto "engrupirse" mutuamente acaben creyendo que lo que dicen es verdad y mueran aferrados a su macaneo fingiendo que están en lo cierto, ¡es colosal!. Ahí tiene usted la Sala Colectiva: nada funciona correctamente. Iluminación deficiente, filtraciones, resquebrajaduras en las paredes...deben de haberla copiado de alguna obra pública del País. ¡Vea y goce!.

Supremo aplastó su pédrico rostro contra el vidrio del ventanal al que habían llegado, y el espectáculo era único, inenarrable: en el techo había una suerte de conjunto de rieles sobre los cuales pendían gancheras que podían deslizarse por el andarivel de hierro redondo, dando la vuelta completa a la sala. Se trataba solamente de seis garfios gigantescos que portaban algo que, por la semioscuridad del recinto al principio no se distinguía bien de qué se trataba. Al advertirlo, don Satán extrajo de entre sus ropas una linterna enfilando su rojo haz de luz hacia el cielorraso, y ahora sí púdose distinguir los objetos colgados, detrás de los cuales avanzaba una multitud de hombres apretujados golpeándose entre sí, castigándose, empujándose, mientras se caían y levantaban de nuevo estirando los brazos, apostrofando y maldiciendo con toda la gama de imprecaciones existentes, y siempre pugnando por alcanzar "aquello" que iba marchando delante de ellos dando siempre vuelta a la sala, y al cual no podrían jamás acceder...¡el asombro del Gran Fingiente no tuvo límites cuando tomó conciencia de cuales eran los seis elementos que provocaban la desesperada carrera de los pobres hombrecillos torturados! Había:

1º) Un automóvil moderno, modelo 1988.
2º) Un billete de Banco de diez mil pesos.
3º) Una vagina completa, modelada en vinilo color rosado.
4º) Una tarjeta de pronósticos deportivos (PRODE).
5º) Un aparato de televisión.
6º) Un bife de chorizo.

-¡He ahí a sus dioses! -exclamó Hidepú transportado de demoníaca risa- ¡por ellos matan, traicionan, roban, y así Yo los domino! ¡éste es el cómico espectáculo que contemplo todos los días allí arriba! Son ídolos

de barro que les quitan la hombría, la libertad, la personalidad y el auténtico goce de la vida...pero los pobrecillos no tienen la voluntad de querer darse cuenta y siguen así nomás...¡ahí están los principales motivos del drama del hombre del siglo veinte! En la Tierra a veces puede acceder a ellos, pero aquí los persigue y nunca podrá alcanzarlos! ¡el amor por el automóvil, el deseo enfermizo, la fiebre de dinero, la cerdéz estomacal, todo insatisfecho! ¡la máxima tortura posible puesta en práctica! ¡qué ingenuos son los policías cuando asumen el papel de satanes, y qué grande es el diablo laburando de policía! ¿Se da cuenta?.

Supremo no respondió, limitándose a dejarse caer de rodillas ante el Gran Hidepú y le besó los pies, en un transportado arrebato de admiración. Balbuceó, entrecortadamente:

-Genial...puedo...mi querido Señor...entonces, ordenar...el...¡el Ataque Final al Tango! ya...ya mismo...¿me autoriza!.

-¡Vaya, lacayo inservible! -gritó el Grande del Mal ya en el paroxismo de su soberbia, mientras le daba a su súbdito y a la vez Jefe un fortísimo empellón con el revés de su mano sobre la frente que le hizo rodar por varios metros-. ¡Mate a todos los cantores y termínela de una buena vez por todas! ¡casi todo el mundo lo secundará en su trabajo, porque así desaparecerá una Conciencia Ética que les hace recordar a cada momento que son humanos!.

...El fragor de un trueno intensísimo rasgó el aire en todo el territorio del Infierno, desapareciendo el Gran Hidepú en el acto. Y S.S. se sintió levantado en vilo por una fuerza extraña, y una brevísima fracción de segundo después ya estaba sentado de nuevo en su trono de oro de Sevenloms...

Un sirviente se acercó, solícito, y luego de una profunda reverencia se atrevió a preguntarle:

-Hace como media hora que S.S. faltaba, ¿en dónde estaría? Todos supusimos que se habría recogido para descansar de tan fatigosa jornada en bien del prójimo, como siempre, y necesitábamos verlo para comunicarle que han fallecido dos Albañiles de la Puerta. ¿Ordenamos una investigación médica? Su enfermedad es inexplicable, pues gozaban de la mejor salud pero de repente cayeron retorciéndose en el piso y echando espuma por la boca, como si hubiesen ingerido algún veneno fulminante...¿qué podemos hacer?.

-En cuanto a donde estuve durante mi ausencia nadie debe saberlo jamás, ni intentar comprobarlo nunca, sino acabará peor que ellos, y con

respecto al problema de esas dos muertes, ordeno administrarle a los occisos todos los Sacramentos y preces para vayan rápido al cielo sus purísimas almas, y enseguida darles cristiana sepultura, pues temo que si llamamos a junta médica para diagnosticar descubran alguna enfermedad infectocontagiosa en ellos, y la permanencia de los cadáveres aquí nos ponga en peligro a todos. ¡Cumpla ya!- rogó, ahora humilde, el Señor.

El doméstico comenzó a retirarse caminando hacia atrás haciendo profundas reverencias hacia el piso mientras se alejaba, y cuando giró sobre sí para enfrentar la puerta fue detenido por el Padre con una orden seca, terminante:

-¡Castrado!.

-¿Qué, Más Santo? ¿qué desea de su humilde servidor?- preguntó el eunuco asustado y cohibido, arrodillándose de nuevo.

Paladeando su evidente asco por el sometido, Supremo indicó:

-Póngame al habla vía satélite con Papavich Dimikritoff...¡urgente! Y le obsequio con una frase que deberá olvidar enseguida. Ni haría falta recomendarle nada, porque total casi todo el mundo no se esfuerza jamás en recordarla. Ahí va:

EL QUE NO QUIERA HACER TRABAJAR EL CEREBRO PARA DEDUCIR, ¡DEBERÁ DESPUÉS PONER EL CUERPO PARA SUFRIR!.

-¡Gracias, mi Señor, muchas gracias!- repetía el lacayo mientras se alejaba de espaldas a la puerta, inclinándose cada vez más.

Y ya afuera del recinto sacro pensó para sí:

-¡Se creerá éste que voy a olvidar esa sabia sentencia, como les ocurre a casi todos los demás! La repetiré en voz alta hasta que se me grabe indeleblemente en el cerebro.

Y empezó a recitarse, mientras se dirigía a cumplir las órdenes recibidas:

-El que no quiera hacer trabajar el cerebro para deducir/ deberá después poner el cuerpo para sufrir...el que no quiera deducir el trabajo para cerebrar, deberá después cuerpear el sufrimiento para poner...¡el que no quiera trabajar, deducir, sufrir, sufrir, sufrir...! El que no...¡el que no!...¡el! El...el...el...

Y, -como le ocurre a casi todas las personas, para dolor de la Humanidad- tampoco fue capaz de recordar.

Recordar.

R-e-c-o-r-d-a-r.
¡Re-cor-dar!.

CUATRO

“Voy a decirte la verdad desnuda
cuatro palabras que son mi razón:
Ya-no-te-quiero, ya no te quiero,
¡perdóname y adiós!”

-...el caso que nos ocupa debe ser verdaderamente único en el mundo -decía el doctor Roberto Pérez, mientras se abrochaba su blanca chaqueta- , y en mis cuarenta y cinco años dedicados al ejercicio de la Medicina jamás vi nada igual ni leí de algo parecido en revistas especializadas y menos todavía oí de ningún colega la relación de un dilema facultativo semejante. Y creo que al

final tendré que darle alguna solución propia de viejo médico de campaña, tal como mandar el paciente a alguna viejita que le cure el empacho o a consultar a un “manosanta”, de seguir así, pues por lo menos como médico alópata, descreyente de otras metodologías que pasan por lo psicosomático, no le encuentro solución. Imagínese, Rita -dijo dirigiéndose a una mujer joven, rubia y muy bien formada, vestida con guardapolvo de enfermera-: llego una mañana, estaciono el automóvil y, en el borde de la acera un hombre caído, de tez muy morena, jadea en evidente estado de agonía. Le ausculto el pecho, su corazón esta casi detenido, y el peso no ha de superar en mucho los treinta kilos no obstante deducirse fácilmente, por su formación ósea, que se trata de un sujeto que en su estado normal debía acusar por lo menos setenta y cinco kilogramos. Tiene la piel tan reseca que parece apenas una fina película de polietileno que le cubre los huesos, sin exagerar, y ha perdido, por algún también inexplicable accidente, todo su líquido encefalorraquídeo, mientras sus manos y pies están deformados en extremo. Lo alzo en mis brazos con poco esfuerzo llevándolo al consultorio y lo desnudo, comprobando que está mutilado sexualmente. ¡Sus testículos fueron cercenados al ras, hasta incluyendo buena parte del escroto! Intento reanimarlo con suero y transfusiones de sangre, pero rechaza absolutamente todo, como si su sistema arterial estuviese totalmente obstruido... ¡y sin embargo, pese a que no acepta medicamento alguno por ninguna vía pudiendo ingerir solamente algunos sorbitos de líquidos, el paciente comienza a realizar algunos movimientos de sus miembros y su cuadro clínico mejora sensiblemente! Hasta tal punto que, a la semana, al realizar mi habitual visita por el pabellón donde lo instalé, lo encuentro...¡sentado en su lecho y por sus propios medios! Lo sacudo por los hombros preguntándole quién es, de donde viene, me enfado porque me parece que está fingiendo, hasta que caigo en la cuenta de que no responde porque no oye. Entonces le hago hacer un control auditivo por el otorrinolaringólogo quien determina que es sordo de nacimiento y, por supuesto no podría, no sabría hablar. Me desvelo noche y día analizando desde todos los ángulos el caso hasta que un día lo encuentro al esquelético intentando levantarse del lecho. ¡Y lo consigue, por Dios! Cuando logra caminar unos pasos va extendiendo las manos, como a tientas, para precaverse de posibles choques con algún obstáculo, por lo que yo primero discurro que tiene la visión un poco afectada por la debilidad. De todos modos

le pido al doctor Ramírez, nuestro oftalmólogo, que lo examine. ¡Y resulta que también es ciego de nacimiento! Pero, sin embargo, recién aquí llego a contarle lo más insólito que surge de esta verdadera caja de sorpresas: un día recorre el pabellón, mientras con sus manos tantea las mesas de luz de los demás internados, como buscando algo, hasta que llega a la que tiene un periódico a modo de carpeta, entones arranca torpemente una hoja del mismo, comenzando a pasar su fláccido índice sobre las letras de mayor tamaño de los titulares, como tacteándole sus contornos...¡y se le ilumina de repente el rostro de infantil alegría! ¡pareciera que estuviese leyéndola con las yemas de sus dedos causándole eso mucha satisfacción! Entonces otro paciente propone que le demos lápiz y papel para ver qué hace; se los proveemos e... ¡intenta escribir! Se desespera, transpira copiosamente no logrando más que dibujar algo así como trazos deformes y signos irreconocibles, los que sin embargo denotan una cierta uniformidad cuando los analizamos en su conjunto, Es decir: no hay duda de que el hombre está utilizando un alfabeto porque repite notaciones. Además sigue tacteando las letras de los títulos y luego intenta dibujarlas, como si quisiera aprenderlas...¡un caso de locos! Me deja sin saber qué hacer, ni pensar...- concluyó, respirando aliviado, su larga exposición, matizada de gestos de sorpresa, decepción, etcétera, durante su transcurso.

El doctor Pérez, médico jefe del Hospital de Clínicas de la ciudad de Córdoba se hallaba así frente al caso mas difícil de su larga carrera profesional.

Este experimentado galeno, de porfiada y testaruda insistencia en el análisis de sintomatologías, no era hombre de darse fácilmente por vencido. Su misma apariencia física denotaba todo energía pues, aunque ya un poco entrado en años era de complexión robusta y fuerte mandíbula, la que sobresalía de su rostro anguloso, rematado en su parte superior con una frente ancha y despejada; en fin, todo su ser denunciaba a uno de esos ejemplares humanos que nacieron preparados para vencer cualquier obstáculo que se les aparezca en el camino y, acostumbrado precisamente a ello, estaba enardecido ahora al no poder explicarse facultativamente la extraordinaria situación.

Rita, su ayudante, tan despistada como él por el problema, lo miró compasivamente. Admiraba a su tozudo jefe acompañándolo siempre en sus

dilemas profesionales, no pudiendo dejarlo solo ante ese, que superaba a todos los anteriores. Y por ahora sólo pudo extender su mano, solicitándole:

-¿Me permite ver las hojitas donde el paciente ha escrito sus trazos ininteligibles, doctor?.

-¡Cómo no, señorita: aquí están!- dijo el médico, solícito, alcanzándoselas.

-¡Oh!- exclamó temblorosa, visiblemente emocionada, la asistente.

-¿Qué le ocurre? -inquirió el profesional, abriendo los ojos extrañados ante la reacción de la enfermera.

-¡Es increíble! ¡son exactamente iguales! -musitó la mujer, con verdadero asombro.

-¿Increíble, qué? ¿Iguales, a qué cosa? ¡Por favor, explíquese! -rogó el facultativo.

Pero Rita Molina estaba tan ensimismada en la contemplación de los dibujillos del ser extraño que no atinaba a responderle; entonces el doctor tomó a su subordinada por los hombros y la zamarreó ligeramente para sacarla del trance.

-¡Por Dios, hable de una vez!- la urgió.

- Es algo bastante extenso para contarlo de golpe, -comenzó explicando ella ahora, ya más tranquila ; y es más: alguna vez, mientras compartíamos cirugías simples hablando de bueyes perdidos para no aburrirnos demasiado le quise comentar alguna vez el caso, pero apenas llegaba a esbozar el comienzo del relato y usted ya empezaba a tomarme a chacota, obligándome así a callar para no convertirme en su hazmerreír, Doctor. (Había un cierto tono de reproche en la voz de Rita). ¿Recuerda aquella ocasión en que lo sorprendí en el quirófano, mientras aguardaba con sus asistentes el final de una anestesia para comenzar a intervenir, comentándole a ellos que yo había soñado con hechos que siempre quería contarle, tratándose de situaciones tan cómicas que usted no me dejaba nunca proseguir el relato cuando yo comenzaba a hablar, para no tener que desternillarse de risa? -finalizó, sentida, la mujer.

-Sepa disculparme, aunque todavía no sé de qué- solicitó el médico, cada vez mas trabucado mentalmente- ...ahora cuente nomás, le prometo oirla hasta el final- culminó, un poco riendo ya, porque comenzaba a recordar ese relato que nunca quiso escucharlo completo, pues, por lo fantástico e inconcebible, siempre le provocó hilaridad.

De todos modos, eran tantas las perplejidades en las que había caído en esos días -desde que llegó el morocho de indiagnosticable dolencia- que ya pocas cosas podrían sorprenderle, así su pensamiento absoluta y cerradamente racionalista se negara a aceptarlas.

-¿Recuerda, doctor, -comenzó su ayudante- cuando le hablé de aquel anciano que decía ser polaco, vecino de una tía mía que reside en Avellaneda?.

- Me parece que sí, -respondió el médico-: se trataba de un orate que divagaba continuamente sobre un montón de asuntos imposibles que decía le habían ocurrido a él buscando publicitarse con ellos, seguro, y alguna vez, ahora lo recuerdo, hasta le hicieron notas televisivas, con lo cual satisfizo su ego enfermizo- concluyó el doctor,

-Pues bien, le ayudo a completar el cuadro, señor Olvido-si-no-me-conviene (regañó la subordinada); este hombre sostenía haber vivido en muchas remotas épocas anteriores que recordaba muy bien distintas existencias, y que llegando

la hora final de su ciclo vital “normal” había sido “reconstruido” por seres de otros planetas para que pudiese cumplir “misiones especiales” entre nosotros, pero no quiero fatigarlo demasiado, de momento que usted rechaza de plano esas posibilidades llamándolas “divagaciones de palafrénicos”, así por lo menos uno de cada diez argentinos haya tenido experiencias propias u oído testimonios serios de avistamientos de vehículos volantes desconocidos, habiendo regiones de nuestro país donde tales casos son lugares comunes...bueno, en fin lo que quería significarle es que ese hombre recibía, -perdón, *decía recibir*- (se corrigió rápidamente ante el ceño adusto del profesional), telepáticamente, mensajes de habitantes misteriosos de Ganímedes, un satélite de Júpiter, que él imaginaba habitado, transcribiéndolos en una escritura rarísima que denominaba varkuletz, que era, (y aquí viene lo notable), enormemente parecida, si no igual, a los signos conque este desconocido intenta escribir...¿no le parece algo más que casual esta coincidencia?- finalizó Rita Molina.

Por toda respuesta, el doctor Pérez exclamó:

-¡Hoy es un día más que negro para mí! Y no lo digo solamente por la pigmentación epidérmica de este extraño paciente que Dios me obsequió, sino porque mi hijo menor se me despierta con temperatura faltando un día más a

clase, donde está llegando ya al límite de ausentismo y acabará malgastando su año escolar; luego llego a la sala y ya debo empezar a acomplejarme por este “cliente” único, que siguiendo adelante con su incomprensible conducta me devana los sesos buscándole un diagnóstico clínicamente razonable y, por último, mi hasta ahora sensatísima asistente Rita que comienza a fantasear sobre seres de un satélite de otro planeta que trasmiten mensajes telepáticos y un polaco en tierra bonaerense que los recibe oficiosamente, y que todo eso se relaciona con un negroide hallado desvanecido en la vereda del Hospital... ¿qué se espera de mí? ¿que también comience a divagar?, -concluyó, sinceramente enojado, el médico.

-Nada más de que considere la coincidencia, señor- respondió la enfermera recogiendo el guante, ásperamente-. Y que acepte la posibilidad de que existan universos paralelos, así muy pocos seres humanos tengan la facultad de un cierta condición mental especial para acceder a ellos. De todos modos, le recordé al polaco de Avellaneda en un sincero intento de buscarle una hipótesis irracional para un caso que, según usted mismo manifiesta, no la tiene racionalmente, -continuó, herida, la muchacha- . Y si me permite, doctor, le voy a hacer un pedido de carácter laboral muy especial: ¿puede adelantarme mis vacaciones anuales? ¿para cuándo? Para hoy mismo, si fuese posible; ¿sí? Bueno, entonces visitaré al polaco para pedirle que me facilite algunos de sus escritos a fin de compararlos con los dibujos del negro, porque estoy casi segura de que son iguales, y...¿cómo podrían hacerlos así, de momento que no se conocen y están tan lejos uno del otro? ¿eh?.

-Vaya usted y comience desde ya con su descanso bien merecido -concedió fastidiado el galeno-.No le hará mal un buen viaje para despejarle la mente, sino que, al contrario, lo necesita con urgencia. Opinión de médico.

-Gracias, sabía que usted no se iba a negar; ¿vamos a controlar a nuestro paciente? -concluyó ella con un mohín de burla, enfrentado el gesto serio del doctor Pérez.

-De acuerdo, sí -asintió el facultativo, de mala gana.

Ambos recorrieron juntos el pasillo que conducía al pabellón número tres, y ya en él se dirigieron a la cama señalada como veintidós; allí nada había cambiado, pues, a lo sumo de que ahora el paciente ponía mayor frenesí aún en su tarea que en los días anteriores, llenando hojas y más hojas de papel de signos con el fanatismo de un poseso y, al parecer, como si quisiera concretar

un escrito extenso, ya que trataba de que las páginas se fueran apilando sin cambiar el orden numeral, muy distinto que al principio cuando parecían ir formando un desordenado cartapacio; ahora el sujeto aparentaba hasta respetar espacios y líneas, haciendo algo así como puntos y apartes, de momento que a algunos renglones los dejaba sin concluir, recomenzando inmediatamente el siguiente en la misma dirección conque había iniciado el "párrafo" anterior.

-Aunque yo no crea en pavadas, esto se parece a una escritura- concedió, perplejo y de mala gana, el doctor Roberto Pérez.

-Y la uniformidad se mantiene, observe los rasgos: muy parecidos al arameo...lo sé porque cierta vez un profesor de lenguas muertas que vio la escritura del Polaco llegó a esa conclusión, ante mi solicitud de estudiarla; y esta tiene la misma signatura-, dictaminó la enfermera, porfiada, ante la expresión socarrona de su jefe.

El desconocido, por supuesto, ni siquiera intuía la presencia de nadie en sus inmediaciones, y por momentos estábase cual si estuviese en la expectativa de oir algo, esforzándose mucho para ello, transpirando copiosamente, pese a la primaveral temperatura de ese día de noviembre. Mas de repente se estiraba en su lecho cayendo enseguida en algo semejante al sueño, pero a los pocos minutos se despertaba de esa vigilia como sobresaltado para echar mano al lápiz y el papel, (elementos de los cuales había sido provisto en cantidad para calmar su muda ira cuando se ponía en actividad y no los hallaba cerca), reaccionando con gestos nerviosos que le agravaban el estado. Cuando se serenaba comenzaba a trazar sus indescifrables signos, hasta quedar totalmente rendido por el cansancio. Y luego volvía a dormitar por unos minutos, como ensoñándose, para regresar enseguida a su faena.

-Hace más de treinta horas que está en ese trance, según contabilizó la caba- dijo, por hablar algo, el doctor Pérez.

-Treinta y nueve más dos líneas-, informó la enfermera, luego que hubo dado lectura al termómetro que había colocado un momento antes en la axila del moreno-. Mire el gráfico: de subirle progresivamente la temperatura como hasta ahora acabará por consumirlo; o derretirlo, para ser más exactos. ¡Y no reacciona ante ningún calmante que le aplique por la vía que fuera! Hemos probado con todos los que conocemos...¡qué increíble!.

-Clínicamente se le podrían conceder diez horas más de vida- aventuró el médico-.-Ni un milagro podría sacarlo adelante, -sentenció con profesional indiferencia-, pero al menos el pobre no tiene deudos que lamenten su deceso, pues se le han hecho las fichas dactiloscópicas enviándolas a Buenos Aires, desde donde respondieron ayer que no corresponden a ningún habitante vivo de la República Argentina, así que será extranjero...o vendrá de Marte- concluyó, irónico, el clínico.

El morocho falleció tres días después, (venciendo de nuevo el pronóstico médico), luego de un último y violentísimo acceso de fiebre, y durante su más que extraña agonía jamás ni por un instante dejó de trazar más y más signaturas, completando alrededor de cincuenta hojas de papel tamaño oficio. ¡En su última jornada en este mundo escribió casi ocho horas consecutivas, sin descansos, no obstante denotar una enorme fatiga física y mental! Parecía que tuviese que dejar un testimonio importantísimo y presintiendo su inminente deceso trabajaba a marcha forzada...

Su ficha en el archivo del Hospital de Clínicas de la ciudad de Córdoba (Argentina) lleva el número 511235 y tiene sólo una línea donde debiera llevar el nombre del paciente, y su destino final fue el voraz osario del cementerio de San Jerónimo de aquella ciudad mediterránea, al no abonar nadie el alojamiento en el campo de la muerte, así que no podrá gozar con la promesa cristiana de la resurrección de la carne, porque eso nunca fue un derecho de muertos sin deudos o, simplemente, de escasos recursos.

La enfermera asistente del doctor Roberto Pérez retrasó con cualquier pretexto banal el comienzo de sus vacaciones para esperar el desenlace, y luego recogió todas las páginas de la producción literaria del moreno, encarpetándolas con sumo cuidado, tratando de hacerlo en el mismo orden en que el enfermo las fue depositando, al completarlas, sobre la pequeña mesita de luz tocante a su cama.

Rita Molina había esperado tres días más para empezar a vivir una licencia ya otorgada, pero no estaba arrepentida por eso; es más, hasta le sorprendió íntimamente su actitud, debido a que anteriormente salía disparada hacia algún lugar del interior argentino ni bien le llegaba su turno, cansada como estaba ya de vivir durante tantos años casi toda su existencia de samaritana mal remunerada entre los melancólicos pasillos y salas del hospital, pletóricos de aromas mareantes de específicos farmacéuticos, que le habían aprisionado

desde su más tierna juventud por una profunda razón de Vocación, que a quienes les correspondía fijar los sueldos -como siempre- explotaban a gusto, en una Argentina donde el ladrón de fondos públicos fue siempre el mejor “remunerado”, ante el total beneplácito de la mayoría de la población que los vitoreaba por mencionar siempre en sus arengas a Dios...

Al día siguiente partía rumbo hacia Buenos Aires en viaje de descanso llevando muy poco equipaje: apenas una valija pequeña con algunas elementales prendas de vestir, más una “ataché” de cuerina negra conteniendo una carpeta tamaño oficio. Era la misma donde había archivado las páginas escritas por el negro fallecido el día anterior.

El viaje le resultó más largo que nunca, presa de la ansiedad conque vivía transportada desde que el más insólito paciente de todos los tiempos había ingresado al Hospital, y no podía explicarse el porqué, pero temía llegar demasiado tarde a su destino, sintiendo una inexplicable voz interior que la aturdía gritándole que estaba en camino de realizar una tarea muy importante para el mundo. En sus presentimientos interiores se entremezclaban la habitual intuición femenina y, quizás, una fuerte premonición paranormal.

Llegó a la capital, y ansiosamente transbordó micro en la estación Constitución hacia Avellaneda, y veinte minutos después pulsaba el timbre de una vieja casona de la calle 25 de Mayo, en la ciudad que aroma el Riachuelo. Alguien observó por el visor de la puerta metálica de la casa, abriendo enseguida.

-Vengo en busca de un señor que vive aquí; no sé su apellido, pero le llaman El Polaco -explicó la mujer apuradamente, sin siquiera saludar.

-Que vivía, querrá decir- respondió el hombre de mediana edad que había abierto la puerta para recibirla-: el viejito que decía haber nacido en Polona murió la semana pasada...

-¡No me diga, qué pena! -exclamó desesperada Rita, sintiéndose desfallecer, lacerada por la decepción presentida-. ¡Ya me parecía que iba a llegar tarde! ¿cuándo falleció, me dijo?.

-Le repito que la semana anterior, -volvió a explicarle bonachonamente el hombre- . Disculpe, pero el interés suyo, ¿se debe a que tenía algún lazo de parentesco con él? Porque nosotros no le hemos conocido ningún familiar durante los casi quince años que estuvo aquí, viviendo con nuestra familia.

-No, si yo apenas le conocí -explicó ella-; ¿no recuerda que hace unos tres años vine a esta casa acompañada de una tía mía, la señora de Bernárdez, que vive en la otra cuadra?.

-No, sinceramente no me acuerdo...es que solía venir tanta gente a ver al anciano, quizás por eso usted se me desdibujó, seguro. Aquí llegaban pintores, curanderos, escritores, -como el famoso colombiano Germán Arciniegas, por ejemplo -que le hizo una nota larga en un diario de Bogotá...también periodistas, espiritistas, sacerdotes, militares, en fin: curiosos que querían conocerlo personalmente desde que lo llevaron a la televisión para que dijera esas cosas raras que él siempre contaba.

-¿ Y qué hacía que todas esas personas lo vinieran a ver? -quiso saber Rita.

-Nada- respondió el hombre, amablemente siempre-. Pienso que a lo mejor sólo querían conocerlo por pura curiosidad, supongo. La mayoría lo escuchaba sólo un ratito partiendo luego cansados, sin entender nada, y otros se reían aconsejándome que lo llevara urgentemente a Vieytes, el neurosiquiátrico; unos pocos se marchaban con semblante preocupado, como si lo que les decía los hiciese pensar. **Cuando creían que deliraba, él se les reía diciéndoles en la cara que los tipos verdaderamente locos son muchos de los que andan sueltos por la calle, apurados por hacer más dinero embromando a mucha gente, y que en el manicomio se hospedan muchos cuerdos que se han hecho internar para no verse obligados a convivir con los orates que hay afuera.¡Era chistoso, el viejito! A mí no me hacía mucha gracia todo, ya hasta me molestaba tanta concurrencia a cualquier hora, pero me daba pena volver a ponerlo en la calle, donde lo encontré tirado un día y lo traje a casa, y como el hombre no hacía nada de malo acabó siendo uno más de la familia. Por eso le facilité la piecita del fondo del patio, que total no me es útil para mis pocas necesidades habitacionales, acostumbrándome tanto a sus fantasías que cuando se quedaba en silencio no refiriendo sus extrañas historias...¡me aburría!.**

-Perdóneme, señor, pero...¿de qué se alimentaba? ¿quién lo mantenía?- preguntó la enfermera, cada vez más interesada y curiosa.

-A todos le caía simpático y para algunos hasta era un motivo de orgullo para la vecindad -contestó el individuo- y solían alcanzarle sobrantes de sus comidas, más alguna prenda de vestir en desuso. También nosotros, porque le apreciábamos su gran concepto de la honradez, porque así estuviera pasando

hambre y nada le trajeran me ocultaba la situación, tratando de hacer pasar desapercibida su necesidad, debido a que tenía un gran amor propio en ese sentido no queriendo ser una carga para nadie. Por eso me causaron siempre enojo las manifestaciones de aquellos que decían que todo no era sino un "bluff" para promocionarse tratando de hacer dinero con algún libro sensacionalista, como dicen que ocurre casi siempre en casos así. Estaba físicamente incapacitado para trabajar, además, ¿recuerda el estado de sus manos? ¿sí?...pero lo mismo se las componía para escribir trabajosamente a máquina, y a veces le alcanzaban textos para que los tipeara de un estudio de abogados de aquí cerca y, por supuesto, le pagaban algún dinerillo...con eso y la ayuda de los amigos le bastaba para sus más que escasos gastos. Arrendamiento nunca le cobré...

-¿Se sabe de qué enfermedad falleció? -preguntó la mujer cordobesa, para interrumpir la ya demasiado larga y poco revelativa charla.

-Lo más probable que de la vejez -contestó el hombre-. No tenía documentos para saber su edad, pero andaría frisando en los ochenta y tantos, y murió tranquilamente, tal como había vivido...sonreía mientras se iba...mascullaba con voz apenas audible que había finalizado su... misión, o algo así, y que después debía yo entregar el sobre con el abecedario var...var...¡pucha digo!, que ya no me acuerdo bien, pero sonaba a algo parecido: var...var...

-¿Varkuletz?- preguntó, ansiosísima, la dama.

-¡Eso és! ¿cómo lo sabía? Ahora que usted dijo la exacta palabra me acordé...var-ku-letz...eso es...- concluyó el sujeto, pavoneándose de lo que creía su excelente memoria.

-Se me ocurrió decir esa palabra, como podría haber sido cualquier otra -respondió al señorita Molina tratando de aparentar indiferencia- ¿qué le decía que debía entregar? ¡por favor, haga un esfuerzo, a ver si también lo recuerda!- le urgió la muchacha.

-Bueno...me decía que el sobre...estaba en el rincón...debajo de todo...yo lo quería mucho, pero creo que al final se volvió loco nomás -conclusionó el individuo.

-Si no le molesta, yo soy periodista y me gusta coleccionar cosas raras, de esas que suelen escribir tipos como el Polaco- mintió la enfermera-.¿Podría

ver los papeles que dejó? ¡me gustaría tanto!- pidió sonriendo encantadoramente.

-¡Por supuesto! - exclamó el hombre, conquistado por la simpatía que irradiaba ella- ¡Venga conmigo! Con tal que las telarañas nos permitan entrar a la habitación, porque no la hemos ventilado desde el día que falleció- prosiguió, halagado por la bella compañía, mientras echaba a andar.

Caminaron hacia el fondo del patio y allí estaba el cuartujo, que era una especie de construcción casi cuadrada de no más de dos metros de lado, con el revoque de las paredes muy deteriorado, más signos evidentes de una vegetación ya muy añosa que enverdecía algún sector de las paredes que tenían mucha humedad

-¡Pase, señorita!- invitó él, adelantándose mientras hacía girar la llave en la herrumbrada cerradura, que cedió casi enseguida abriéndose la puerta, gimiente sobre sus viejos goznes.

Un tufillo de bastante tiempo de encierro, delatante también de una no exagerada higiene, precisamente, los envolvió cuando franquearon el dintel; enseguida podía verse que sobre un cajón de embalaje colocado en situación lateral había un consumido cabito de vela de sebo, de no más de un par de centímetros de altura, y el buen hombre extrajo un encendedor de su bolsillo encendiéndolo, e inmediatamente hizo lo propio con un cigarrillo rubio, ofreciéndole otro a la mujer, que ella rechazó, explicándole que no tenía el hábito de fumar.

La velita ardió de inmediato, y a su débil luz fueron dibujándose los contornos del habitáculo con su escaso mobiliario: además del cajón antedicho, solamente un camastro destartalado con un destripado jergón, que había llenado todo de plumas de ave esparcidas por doquier.

-Casi no sufría el frío- explicó el dueño de casa-: éstas son todas las frazadas que tenía- explicó levantando del lecho don raídas mantas de años ha, muy apolilladas-. Agonizó aquí, pues no quiso que lo lleváramos adelante, a un dormitorio mejor. Tampoco pedía asistencia médica, y la rechazó cuando nos ofrecimos a brindársela, porque sostenía que igual moriría indefectiblemente a tal día y hora, lo que casualmente ocurrió, sin un solo minuto de diferencia; ¡parecía que lo hubiera soñado, el viejito! Y nos pedía a cada momento, mientras tranquilamente expiraba, que “no le tocáramos los papeles” que escribía en gran cantidad a cualquier hora del día o la noche.

Cuando le mandaban hacerlo,-según decía-. Pero nosotros igualmente quemamos dos grandes pilas, sino esto sería el aguantadero de ratas más grande de Avellaneda. Algunas hojas tenían dibujos raros...y otras con firuletes que él creía que eran palabras...que sé yo. Todavía no hemos querido tocar el montón de aquel rincón, porque un segundo antes de cerrar para siempre sus ojos me dijo que si le llegábamos a quemar ese fardo de papeles nos iba a pasar algo muy malo, y por respeto al difunto no lo tocamos, porque un poco de miedo nos da, pero algún día se irá nomás al fuego, porque estamos cansados de aguantar esas basuras, que cada vez sueltan más olor a humedad...

La señorita Molina no le escuchaba ya, porque su cerebro trabajaba vertiginosamente tratando de atar los cabos dispersos del rompecabezas informativo que, sin saberlo, el hombre le estaba proporcionando, y temerosamente preguntó:

-¿Los quemó...a todos?.

-¡Claro! ¿qué iba a hacer con tanta porquería?- se justificó.

-Pero...¿cierto? ¿a todos? - volvió a insistir, decepcionada, la visitante.

-¿Qué, hice mal? Pero...¿no le acababa de decir que, por lo menos, dejé intacta la pila del rincón, por miedo? -trató de remediar el hombre.

-¡Oh! ¡puede ser que esté ahí! -comentó ella más calmada, y sin saber exactamente a qué se refería- ¿Puedo revisar los papeles que quedaron?- rogó.

-¡Claro que sí, cómo no! -asintió solícito el hombre, mientras le alcanzaba un atadillo de hojas amarillentas sujetadas por un hilo, que estaba semioculto por las penumbras en un vértice del cuarto.

La muchacha desató el paquetillo comenzando a “orejear” rápidamente las hojas que iba colocando, (siempre por orden), sobre el camastro a medida que las ojeaba; eran como el hombre había explicado, pues algunas de ellas sólo tenían signos indescifrables, mientras otras mostraban extraños dibujos de figuras con trazos rarísimos que parecían criaturas astrales en actitud de rezo, o volando, agitando alas quebradas, desuniformes, y al pie de cada hoja constaba una fecha. (Quizás la del día en que fueron realizados, -pensó para ella-). En el ángulo inferior derecho, teniendo en cuenta la posición del lector con respecto a la página, algo le llamó poderosamente la atención: había impreso un sello romboidal, -semejante a los que se usan comúnmente en

documentos y papeles comerciales-, demarcado en tal forma por líneas rectas en su contorno, y con su interior también repleto de oscuros signos.

-Y esto, ¿qué será? -preguntó Rita, sin muchas esperanzas.

-¡Bah, que sé yo! -respondió él, fastidiado, pero se recompuso enseguida, para continuar ya más amablemente: -él decía que "eso" era su firma verdadera, la que respondía a su nombre auténtico, el que tenía antes de que "ellos" le trajeran aquí para que cumpliera su...misión. Contaba que en el lugar de donde él venía se escribía de esa manera...- concluyó, esforzándose en explicar lo que no comprendía.

La enfermera continuó buscando febrilmente, pasando vista a todas las hojas, una por una ...y nada aparecía de lo que ella quería encontrar, sin poder explicarse exactamente qué era. De pronto se le iluminaba el semblante de esperanzada alegría, al presentir que estaba ya muy cerca de lo que buscaba, pero después volvía a ensombrecérsele de decepción, cuando corroboraba que todos los papeles eran iguales. ¡Hasta que, inesperadamente, el milagro se produjo, porque cuando ya agotaba casi la revisión del mamotreto, "eso" apareció ante su vista, y a duras penas apenas pudo contenerse para no estallar en un grito de júbilo! Todo porque al fin lo tenía en sus manos: era un simple sobre sin cerrar, de cuyo interior extrajo Rita una hoja de buen tamaño, garabateada con más de trescientos signos distintos, titulada en su parte superior como "Alfabeto Varkuletz". En otro papel más pequeño, que saltó a la vista al desdoblar la hoja grande estaban los mismos signos pero en trazo más pequeño, y agrupados en conjuntos de diez, más o menos. Eran unas treinta columnas -Rita, contando velozmente, certificó ese número-; en la parte superior de cada grupo aparecía, gruesamente destacada en su trazo, una letra distinta del abecedario castellano, como si se hubiera querido indicar que a cada conjunto de signos le correspondía una letra.

La mujer hizo una última y ansiosa compulsa sobre el contenido del sobre, y de la misma surgió un conjunto de páginas abrochadas en el ángulo superior derecho con un enganchapapeles, todas ellas llenadas también con la misma indescifrable escritura, pero en la mente de la dama de Córdoba se iba haciendo la luz con una serie de rápidas deducciones, como si estuviese siguiendo dictados extraños a su propia y normal facultad razonativa...¡era como si "alguien", desde "afuera" de ella le estuviera trasladando o

impartiendo información desconocida hasta entonces, sobre un tema jamás pensado ni estudiado por la enfermera!.

-¿Sería tan amable como para facilitarme el sobre y su contenido? Préstemelo tan sólo un tiempo, después se lo devolveré- rogó ella, tratando de ganarse su confianza, con la poderosa arma de su simpatía.

-¡Llévelo nomás, señorita, se lo regalo!, total no me sirve para nada...- respondió el protector del Polaco, contento de serle útil a la hermosa mujer.

-¡Muchas gracias, señor! Voy a retirarme -anunció Rita-. Ha sido usted muy amable. Nuevamente, ¡gracias!.

-¡No hay de qué, señorita! -respondió el individuo- ¡espere, que la acompaño hasta la puerta! No sé para que le servirán esos papeles llenos de garabatos que nadie pudo entender nunca, pero si en algo le son útiles...buena suerte- finalizó diciendo mientras le franqueaba la salida- ¡Adios, y vuelva cuando guste!.

Y le estrechó fuertemente la mano, reteniéndosela más de lo normal, pues era evidente que la linda muchacha lo había embelesado. Ella, súbitamente mientras partía, como en espontánea muestra de agradecimiento besó en la mejilla al hombre, mientras saludaba:

-¡Hasta siempre, señor! ¡no sabe cuánto le estoy agradecida, porque por usted tuve la suerte de hallar a lo que buscaba! ¡adiós!.

El guardador del Polaco la siguió contemplando, mudo en su sitio mientras ella se marchaba; al llegar a la esquina próxima, antes de doblar por la avenida despareciendo de su vista, Rita Molina giró y haciendo capullo con las yemas de sus dedos le envió un beso de despedida. El hombre ingresó luego a la casa, y asiéndose el mentón con actitud meditante exclamó para sí:

-¡Quién puede entender a las mujeres! Viene, pregunta por el viejito, se mete en esa pieza sucia a revolver basura, queda enamorada de un sobre de papeles viejos que encuentra, me los pide, se los doy, me besa...en fin, a lo mejor busaca también otra cosa...y qué lento fui yo que no se la ofrecí...- concluyó decepcionado por sí mismo.

Pero en su latino engreimiento machista estaba equivocado, pues la mujer solamente vino a buscar lo que había hallado...

Ha-lla-do.

...Rita llegó a la casa de su señora tía casi corriendo, y ella se sobresaltó cuando acudió a abrir la puerta de calle, después de oír tres nerviosos y largos timbrazos.

-¡Jesús, Rita, qué te trae por aquí luego de tanto tiempo! Y de tan apurada casi me aturdís con el llamador...¡qué manera tan rara de llegar, nunca fuiste así! Pero...¿cómo están todos ustedes por allí? -quiso saber, rutinaria, la señora Josefina de Bernárdez, hermana de la madre de la cordobesa.

-¡Nada, tía!- mintió la recién llegada- Quería verlos y les traigo muchos saludos, estamos todos muy bien...yo vengo un poquito como...descompuesta , no sé, pareciera que me cayó mal el viaje -continuó inventando, poniendo su mejor cara de circunstancias-: ¿puedo pasar al baño?- solicitó.

-Pero, claro que sí, -accedió la tía, cariñosa- ¡te preparo enseguida la cama, porque te noto muy fatigada! -¡pasá!- le indicó, precediéndola en su camino-. ¿Supongo que no te habrás olvidado de donde queda el toilette, no?.

-¡No, por supuesto que no! Pero...venía tan mareada por el trajín del micro --continuó representando la muchacha, que desesperaba por abreviar la ceremonia del saludo a fin de poder quedarse a solas.

Pasó a la Universidad Mayor de la posibilidad del desarrollo filosófico por meditación que a veces aún es respetada sin abandonar su valijilla y allí, con la puerta trabada por dentro, ya sin nadie que la observara, la abrió extrayendo inmediatamente la carpeta que había conformado con las hojas garabateadas por el moreno desconocido que había fallecido en el Clínicas, comparando esa escritura con la que aparecía en la carta póstuma del Polaco: al principio le resultó difícil llegar a conclusión alguna, dada la enormidad de signos diferentes que había, hasta que fueron dándose las coincidencias, y... ¡diez minutos después la conclusión estallaba por sí misma, maravillosamente! ¡los signos indescifrables constituían un alfabeto! ¡el varkuletz existía, no era solamente una divagación del extraño anciano fallecido la semana anterior en una casa de la vecindad!.

Dos golpes suaves dados en la puerta la quitaron de su extasiada abstracción:

-¡Rita! ¿te ocurre algo que tardás tanto? ¡si hasta entraste con la valijita, de tan apurada que estabas!- quiso saber la tía, preocupada por la salud de su sobrina.

-¡No, tía!, perdone. Me distraje descansando y leyendo...enseguida voy... -respondió la muchacha, guardando rápido los escritos y preparándose para salir.

-¿Por cuánto tiempo viniste? -quiso saber la señora Josefina, ni bien la sobrina regresó junto a ella- No es que esté esperando que te vayas enseguida, porque sabés que te quiero mucho y te podés quedar el tiempo que quieras, ¿eh?. ¡Además tenía muchas ganas de verte! -siguió, bondadosa y sincera, la mujer-. Imagino que, si estás con vacaciones las pasarás aquí, -concluyó, hospitalaria como siempre, la tía.

Pero la rápida respuesta de la muchacha la sorprendió y sobresaltó al mismo tiempo:

-Me iré esta misma noche, tía, porque dejé un sinnúmero de cosas por hacer y debo regresar. Sólo vine a hacerles una brevísima visita, porque hacía tiempo que no los veía- expresó la enfermera, tratando de justificar la extraña situación con cortesía.

-Debería ofenderme de verdad, porque recién llegás y ya querés irte, -regañó doña Josefina-. Pero...en fin, esta juventud de ahora...seguro que alguien te espera en Córdoba y no podés estar por mucho tiempo lejos...¿no me equivoco, no?.

-Eso puede ser...o, mejor dicho...casi seguro que es- fingió Rita.

-¡Ya sabía, pajarita! ¡y eso que nadie me lo había comentado todavía! Era ya tiempo, sino te ibas a quedar para vestir santos, y... ¿para cuándo, joven?- quiso enterarse, casamentera como todas, la tía.

-Para cuando, ¿qué?- se sobresaltó Rita, ya pensando nada más que en la signatura del varkuletz.

-¿Cómo, qué? -se enojó la tía- ¡el casamiento, que otra cosa iba a ser! ¿desde donde sos ahora tan distraída, o pensás noviar sin futuro?.

-Ah...perdone, tía...no todavía, por ahora al menos; falta poder la casa, en fin...-concluyó la muchacha, ya amablemente harta.

-¡Pero eso no importa, porque hay que casarse enseguida, sino el candidato se cansa de esperar y desaparece! A mí me fallaron varios por no cerrar trato rápido, y no me gusta que a nadie le pase lo mismo. No es que esté disconforme con tu tío, por supuesto, pero quizás hubo mejores, por lo menos en lo económico, por eso hay que apurarse siempre... -magisterio la señora, experta e interesada.

-Bueno, ya veremos, tía Josefina...¿se podría comer algo, que tengo mucho apetito? -propuso para salir de la situación.

-¡Enseguida nomás tiendo la mesa, ya son casi las doce! -expresó el ama de casa, mientras emprendía su marcha hacia la cocina.

Rita Molina vivió abstraída durante todo el almuerzo, y a la tarde casi ni oía ya que le hablaban; la tía atribuyó esa conducta a un fulmíneo enamoramiento de la sobrina...

...quien, sintiendo algo así como un ronroneo en su cerebro, esa misma noche partió de regreso a Córdoba, y tal situación mental la acompañó durante las más de catorce horas que duró su el viaje de regreso a la Docta. Y no le abandonó más hasta concluir con su trabajo...

...no menos extrañados se mostraron sus familiares cuando ella regresaba tan imprevistamente de sus vacaciones anuales, y ambos progenitores comentaron casi al unísono:

-¡Tanto apuro tenías que adelantaste a tu licencia y ahora ya volvés, como si alguien te hubiera echado de Buenos Aires!.

Ella salió del paso explicando que debía pasar en limpio un trabajo sobre endocrinología que el doctor Pérez, su jefe, presentaría en un próximo congreso, y que estando en Buenos Aires había calculado que el lapso que mediaría entre la finalización de su descanso y el evento no le bastaría para cumplir esa tarea.

-Siempre la misma responsabilidad, hija...¡cómo si te pagaran tan bien!- comentó, resignada y orgullosa, la madre de la enfermera.

Rita besó a su madre con mucho cariño, pidiéndole que cuidara que no la molestasen cuando se recluyera en su habitación a trabajar, pues se trataba de una labor que requería mucha concentración para que saliera bien.

Su deseo fue cumplido.

...en el primer día no fue mucho lo que pudo lograr, pero se dio cuenta que la clave de la traducción era -sin duda- reemplazar cada signo del varkuletz por la letra de alfabeto español que a cada uno le correspondiera según el detalle discriminativo que establecía el listado hallado en el sobre dejado al morir por el extraño vecino de Avellaneda. Empero, como a cada carácter le tocaban no menos de diez signaturas, todo concluía en un vocablo ilegible, sin significación alguna, debiendo poner entonces toda su imaginación e inspiración, porque tenía que “adivinar” el resultado, que casi nunca se daba

automáticamente con la operación descripta; algunas palabras sí, pasando a constituirse en la referencia firme de las que luego sucederían -o precederían- por deducción lógica de la composición orativa, y así pudo componer el primer grupo de vocablos ensamblados:

..."Se sufría en piel y huesos el embate sofocante del verano neoyorquino...".

Continuó trabajando febrilmente, cada vez más entusiasmada con su nuevo logro, hasta que acertó a completar toda la oración inicial:

..."El Concejo de los Ocho estaba por comenzar su Sesión Especial. En junio de 1976 se sufría en piel y huesos el embate sofocante del verano neoyorquino, no obstante el girar zumbidante de los supermodernos acondicionadores de clima ubicados en el cielorraso de aquel Reducto subterráneo de la calle Wall, habitáculo que muy pocos habitantes de la Tierra sabían que existía..."

Poco a poco la tarea se le fue facilitando, puesto que una frase le "traía" la otra, y además su mente le continuaba bullendo con ese extraño murmullo que hacía tiempo ya no la abandonaba, ensanchándole las dimensiones de su conciencia aprehensitiva. De esa rarísima suerte de comunicación con "algo" que le proveía información desde el exterior, (al menos ella lo sentía así), iba surgiendo una enorme inspiración mental que le permitía redondear los conceptos cuyos indicios nacían de la signatura varkuletz, indudablemente un idioma de riquísima fonética por su amplitud signática.

La enfermera vivía ensimismada en su trance, sin casi ya oír las voces comunes de familiares o amigos, quienes creyeron que estaba sufriendo alguna dolencia de carácter neurológico, sugiriéndole que debería consultar a algún especialista del tema, mas ella no les hizo caso y siguió trabajando entusiasmadísima, activada por una maravillosa Energía que le permitía laborar días y noches completos sin fatigarse, redoblando esfuerzos para armar semejante rompecabezas.

A los diez días lograba finalizar completa la traducción del conjunto de páginas legadas por el negro fallecente en el Hospital de Clínicas, y:

<u>TANGO HAS DIED!</u> eran las tres últimas palabras.

Entonces comenzó la misma tarea con el grupo de hojas abrochadas que había hallado en el sobre dejado por El Polaco al morir. El título era muy simple, cuando lo hubo traducido:

" Para entregar a Cacho Barrios", decía.

-¿Quién será este tío? -se preguntó a sí misma, extrañada.

Cinco días después, sobre el filo del término de sus vacaciones, la muchacha

daba por concluida su segunda traducción; también en esa circunstancia parecía que el tiempo hubiese sido exactamente predeterminado para todo, a fin de que le alcanzara justamente...

Su mente ya no oyó el murmullo telepático, reintegrándose ella a sus tareas habituales, guardando entre sus ropas un sobre grande donde había colocado el escrito, si saber por qué, o para quién.

Su contenido:

De mis Amados Hermanos interplanetarios
a quien venga a buscarlo

Yo, que carezco de identidad terrestre y soy conocido familiarmente como El Polaco, debo cumplimentar una faceta de cierta Tarea especial para salvar a este País de quienes quieren destruirle en sus últimas reservas espirituales.

El la Tierra, mi planeta de adopción, se cree equivocadamente que el avance tecnológico destruye los sentimientos del Ser, y los materialistas están más que felices por ello, siendo para los espiritualistas también una convicción arraigada, así sea desde un punto de vista tan disímil. En algo no les falta razón, si nos atenemos a la simple observación de la vida diaria, pero eso ha ocurrido así porque ese desarrollo no ha sido basado suficientemente en una tarea previa de concientización fraternal.

Resulta así dable observar que los seres de otros Mundos que han avanzado técnica y científicamente tres o cuatro milenios más que el nuestro, lejos de deshumanizarse tornándose mecánicos puros, han sublimizado el Reinado del Amor en todos los órdenes, aplicando las realizaciones de su crecimiento material para confortabilizar más aún su existencia, lo que no contradice en absoluto la Ley Natural, sino lo

contrario: la complementa, siempre que el bienestar no degenere en Cerdificación, estado en el cual por comodidad animal el hombre quiere detener la Idea Evolutiva o de progreso real, provocando los bárbaros sacudimientos históricos que ya pueden observarse, no constituyendo nada nuevo el "tempo" por el que está estremeciéndose el planeta Tierra; en su momento, nosotros también lo vivimos. Y he aquí entonces que nuestro deber es el de advertirles el peligro que se cierne sobre sus habitantes ayudándoles a atenuarlo, tomando las medidas necesarias para que la convulsión sea menos dolorosa.

Todo el desastre universal que se avecina y aún podría evitarse está causado por un grupo de Seres Maléficos destacados como representantes del Poder Satánico en ciertos países de la Tierra. Estos individuos ejercen las postreras migajas de sus influencias y -como las bestias acorraladas- se tornan cada día más desesperadamente agresivos, a un nivel ya demencial.

En nuestras continuas expediciones hemos detectado el Reducto donde habitualmente se reúne el Concejo de los Ocho, especie de "comisión directiva", cuya presidencia es desempeñada "in-absentis" por Supremo-padre, que es la Gran Encarnación del Mal sobre la superficie, y cada vez es mayor el número de hombres y mujeres que están precavidos de las terroríficas maldades que el Concejo resuelve tratando de aplicarlas enseguida; por ello, y no obstante que ha elevado la puntería en la sutileza de sus ataques, a último momento les son desbaratados. Así ha ocurrido, por ahora al menos.

Estos Sujetos necesitan, para llevar a cabo sus macabros propósitos hasta el fin, que muera el último resabio de Sentimientos sobre la faz del planeta. Hasta hoy, como decíamos, han fracasado pero, con gran inteligencia ubicaron donde sub-yacen las últimas partículas de reservas del Sentir, que fueron históricamente siempre el obstáculo insalvable para la coronación de sus victorias. Tanto a ellos como a nosotros les resultó sorprendente el hallazgo: la reserva final de bondad y justicia de un pueblo está en...¡su folklore musical!.

En efecto, es por medio de su cancionero autóctono que las naciones sublimizan su amor sexual, maternal, filial, paisajista o simplemente "semejantista" y, como la Canción nunca morirá se convierte en un

baluarte insalvable para sus criminales designios, y por eso han planeado hacerla desaparecer, reemplazándola por conjuntos de palabras que nada expresen ni trasmitan, y cuentan para ello con la gran ventaja que les facilitan hoy las modernas formas de difusión, donde los espacios radiales o televisivos pueden ser adquiridos comercialmente con lo que, valiéndose del gran poder actual del Dinero, es posible lograr cualquier propósito de manejo psíquico destructivo.

También tienen una serie de difusores cómplices que hacen su tarea a la perfección. Aquí corresponde ya enfrentar directamente la cuestión, con respecto a la República Argentina, concretamente, donde sólo un escollo se les cruza siempre en el camino: se trata de una forma musical llamada "tango", que es también un caso único, musicológicamente hablando, en el planeta, pues su espectro pentagramático- poético permite condensar la filosofía interior de la gente simple, que es la más verdadera y poderosa; su ritmo además lo hace inconfundible, profundo, en la tarea de trasmitir sentimientos e incrustarlos indeleblemente en el alma de quien lo gusta. Y ellos han tratado de anular esa música con composiciones intrascendentes que nada expresen, pero la gente "tanguera" no las acepta ni escucha, porque "un tango es un tango, o no lo es" (dicen). Quien lo vocaliza debe sentirlo haciéndose parte del personaje al interpretarlo, viviéndolo intensamente al trasmitirlo, de lo contrario fracasa irremediablemente cayendo en prematuro olvido. Hubo centenares de carreras artísticas tronchadas al empezar, en apariencia misteriosamente, cuando el Cantor no llenó ese requisito esencial.

Ocurre entonces que los vejetes que son fanáticamente abanderados de ese...capricho y sus difusores incondicionales hacen muchas concesiones para poder continuar trabajando y sobrevivir, pero siempre quieren difundir por lo menos un tema por audición...¡y eso ya es suficiente para que el tango no desaparezca!.

Hace unos cinco años se estuvo a punto de asestarle un golpe mortal, definitivo, pero, por los conductos a que hacemos mención más arriba, se produjo su resurgimiento, y ahora Nosotros, hasta donde nos sea posible, colaboraremos con los terráqueos para ayudarles a contener el nuevo Ataque que se está planeando, inmensamente más peligroso que todos los anteriores. Contamos para ello con una copia de la Orden

Elemental que logramos sonsacar de la fortaleza de Sevenloms, donde reside Supremo-padre, el gran Fingiente. ¡Debimos realizar pericias extraordinarias para llegar a ella y quitarla de la Biblioteca! Algún día, quizás, un libro dé cuenta de esa epopeya y de su inconmensurable significado histórico.

Además, hay un ser sobre la Tierra que tiene grabado en su subconsciente todo lo que ocurrió en el debate sobre el tema cuando se realizó la respectiva Sesión Especial en el Concejo de los Ocho, los que no son sino retrasados seres unidimensionales, y no podrían aceptar que a un hombre al que le faltan todos sus sentidos normales se le desarrollen extraordinariamente las facultades ultrasensoriales, por la misma razón que, por ejemplo, hace que los ciegos suelen tener casi siempre un maravilloso oído. Esta persona tiene tan ejercitadas esas condiciones y a tal extremo, que puede llegar a registrar para siempre en ciertos compartimientos del lado oculto de su mente todos los sonidos que se produzcan a su alrededor, aunque entre el sujeto y la fuente de emisión medien tapas o muros separadores, de cualquier espesor o material que fueren; por supuesto, si la distancia no es demasiada.

El individuo que tiene registrada en su supra-mente todo el desarrollo de la reunión donde el Concejo de los Ocho ultimó los detalles del Ataque al Tango se llama Juan el Haitiano, quien posee además una sensitividad telepática única, y por ello profesores especializados en lingüística lo han ido instruyendo poco a poco en los secretos de nuestra escritura, la que ya es dominada totalmente por él, pero un accidente imprevisto ha obligado a acelerar nuestros planes: su vida física está acabándose...es determinación de Dios y no podemos hacer nada al respecto. Por eso hemos decidido trasladarlo a Suramérica con toda urgencia, pero tememos que el moreno dé en alguna oportunidad indicios de que se le están activando sus facultades especiales, y entonces si sus amos llegaran a percatarse de ello viviría poco tiempo para contarlo...

Se ha trabajado además intensamente con el sujeto tratando de activarle todos los centros locomotrices de sus brazos y manos, que hasta ahora se movían con bastante torpeza, y además se le pudo mejorar el circuito interconectivo del sistema nervioso de esos miembros

con el cerebro supra-normal mediante ejercicios de concentraciones conjuntas de energía mental con más de cincuenta sujetos dotados reunidos para ese fin, dirigiendo la corriente emanante hacia él. Deploramos utilizar ese tratamiento, ya que de excedernos aunque más no sea mínimamente en la dosis el resultado podría haber sido fatal, pero ya no quedaba otro remedio.

Todo salió perfecto, afortunadamente, y Juan transcribirá íntegramente al idioma varkuletz lo oído en la reunión de Ataque al Tango antes de fallecer, porque hemos tomado las precauciones necesarias para que eso ocurra con normalidad.

La técnica para la versión al castellano está detallada en una hoja de papel que va en este mismo sobre, y una persona terrestre cuya identidad no conozco deberá realizar esa traducción, puesto que para ello sin duda estará ubicada muy cerca del morocho cuando éste fallezca, siendo dirigida por telepatía y también ayudada convenientemente, previendo la gran dificultad que se produce al traducir idiomas de diferente signatura en forma y cantidad.

El Informe que surja de allí deberá ser entregado a un joven cantor de tangos que se llama artísticamente Cacho Barrios y vive en Villa Crespo, un barrio de la capital: este sujeto será el último intérprete de la canción de Buenos Aires en sobrevivir a la matanza. Antes de que lo alcancen los asesinos deberá entregar toda la documentación a cierto incipiente escritor que pondremos también en su camino en el momento justo.

La tarea de este Literato será simplemente dar a conocer a la humanidad el siniestro Plan; Nosotros le ayudaremos a cumplirla, para que el Sentimiento viva.

¡Cuando Buenos Aires lea en la portada de un libro que todavía no está escrito las tres últimas palabras de la sentencia:

TANGO HAS DIED!

que se prepare para defender su Canción pues, aunque estuviese en el momento de su mayor auge tandría ya dictada su veredicto de muerte!.

Empero, aunque todos los destinos están ya fijados, pueden cambiarse a veces los Designios, cuando en el momento históricamente preciso se le aplica un fuerte golpe al timón de la rueda del Acontecer.

Terrestremente.

El Polaco

...Cacho Barrios, el más destacado intérprete de la Nueva Generación del tango finalizaba ya su espectacular presentación en el teatro Rivera Indarte de la ciudad de Córdoba. Lo hacía bajándose del escenario y cantando entre las butacas de los espectadores, como estudiado golpe de efecto que elevaba la temperatura ovacional hasta el delirio. Varias veces debió repetir algunos temas, hasta que físicamente llegó al límite, y solamente entonces pudo convencer a sus seguidores que había culminado su trabajo y no habría más "bis".

Una catarata de flores, literalmente lo cubrió; había en ella todas las variedades y nombres: rosas, crisantemos, jazmines, gladiolos, claveles, ¡y hasta orquídeas! El cantor agradeció los homenajes y aplausos inclinándose repetidas veces en actitud de saludo, mientras retrocedía hacia las bambalinas tratando de poner distancias, especialmente, de la efusividad de sus admiradoras, las que en el día de su debut en el ciclo que finalizaría en tres días más lo habían prácticamente desvestido.

Rápidamente alcanzó la escalera que conducía a los camarines bajando luego hasta llegar al suyo. Cerró dando un portazo dejándose caer sobre una silla

, y sólo entonces pudo respirar aliviado y satisfecho. No era para menos, pues el éxito era total, habiéndole ya ofrecido el empresario diez días más de actuación.

Empezaba ya a gozar de su merecido descanso, semidurmiéndose, cuando dieron suavemente tres golpes con los nudillos de los dedos . Cacho creó que se trataba de alguno de los músicos de su orquesta y autorizó:

-¡Adelante!.

Se abrió la puerta y una muchacha joven y hermosa vestida de delantal blanco, (atuendo inesperado para el momento), estuvo de pronto frente a él; el artista pasó por alto el detalle del atavío , compuso enseguida su semblante paladeando por anticipado la segura aventura, esputándole sonriente:

-¡Hola, chiquita, qué bien se te ve! ¿qué te trajo por aquí?- expresó suponiendo lo de siempre. Porque, le constaba hasta el cansancio, hasta las mujeres más fieles a sus hombres y difíciles en entregarse a la aventura del

sexo por la pasión misma, sin calcular riesgos, solían ser sometibles al relumbrón de un cantor exitoso...lo había comprobado tantas veces...

Le tomó una mano acercándosele para besarla, pero le sorprendió al principio que ella rehuyera a su avance y con firmeza le obligara a soltarla..."remilgos y vueltas para ir a parar siempre a lo mismo", pensó finalmente...¡sobrada experiencia tenía al respecto!.

Pero en esta ocasión la dama abrió una oscura cartera que pendía de su brazo, extrayendo de la misma un gran sobre de papel blanco y se lo entregó, mientras le decía:

-Sírvase y guárdelo; alguna vez hallará a alguien a quien deba entregárselo...cuando vengan momentos difíciles de su vida, quizás un rato antes de morir... - la joven enseguida giró sobre sus pasos rápidamente y partió apresurada, sin siquiera cerrar la puerta.

Cacho Barrios arrojó el sobre, decepcionado, al interior de la valija donde traía habitualmente su traje de escenario, comentando despectivo para sí mismo:

-¡Una peor que las demás, porque en lugar de ofrecerse personalmente me deja una carta! Y larga, por lo que parece por su peso; después la leeremos...no deja de ser una variante...porque hasta me amenaza con tiempos difíciles, cuando cada día mi éxito es mayor. ¿Quién entiende a las mujeres, si hasta los más duchos siempre recibimos una sorpresa de parte de ellas?...

...por la abierta puerta volvió a aparecer una figura femenina: era Lucy, una de las hermosas acomodadoras del teatro; el Cantor se puso de pie estrechándola fuertemente entre sus brazos, mientras la besaba si pausas; y un rato después ambos salían tomados del brazo por la puerta posterior de la sala. Cacho había ya olvidado completamente el extraño incidente con la mujer de tan insólito comportamiento, que sólo había ido a visitarlo para entregarle un abultado sobre blanco. Es que la noche -y Lucy- convidaban a otras experiencias mejores...

Tampoco recordó ya el hecho, inmerso en su ajetreada vida de artista de fama, y el sobre con su contenido cayó el olvido, puesto que había caído en uno de los bolsillos interiores de la valija, y así pasó desapercibido por mucho tiempo .

Alguna vez, desgraciadamente, Cacho Barrios debió ocuparse de esa correspondencia entregada en mano: cuando resultó el Último Cantor de tangos de Buenos Aires aún con vida, debiendo ganarse el sustento -nada más- lejos de los teatros enormes de luminosas marquesinas y mujeres rutilantes.

...en un sucio boliche de la localidad de San Martín.

NOTA ANTI-LITERARIA

Los decisivos documentos recibidos de Cacho Barrios son transcriptos en forma literal, sin quitar ni agregar nada. Pero, por supuesto, el desarrollo narrativo intenta estar ajustado a la técnica novelística buscando captar al lector sumergiéndolo en la trama hasta el final, y si ello hubiese sido logrado estaría correctamente cumplido el propósito del escritor.

Para tal circunstancia han jugado su papel la imaginación e inspiración natural para llenar espacios buscando lograr la amenidad y suspenso necesarios pero, de todos modos, muy poco -casi nada- hay de inventado, y más que esa consideración absolutamente trivial, pienso humildemente que debe interesarnos constatar si las Revelaciones básicas, traducidas del varkuletz por la señorita Rita Molina, hablan de hechos comprobables a simple vista tridimensional, o no. (Yo creo que sí, ¿y Usted?).

Además, permítaseme una confesión íntima: desde hace un tiempo también escribo, igual que ella, en estado de “trance”.

Exactamente desde el día 9 de octubre del año 1965.

Porque la noche de tal jornada un OVNI (Objeto volador no identificado) cruzó, más o menos a la hora 22 PM, por el cielo bien despejado, en mi lugar de origen: el sur de la provincia argentina de Córdoba.

Desde ese momento no pude ser más el mismo; afortunadamente creo que para mi bien y el suyo.

Honesta y sinceramente: El Autor.

CINCO

“¡Hace cinco días
loco de contento
vivo en movimiento
como un “carrousell” !
¡Ella que pensaba
amurarme el uno:
justo el treinta y uno
yo la madrugué! “

...Antonio Santós, legendario locutor de radio con mucha alma de bandoneón, fue convocado aquella tarde por el director artístico de la emisora donde laboraba desde muchos años atrás poniendo en el aire un programa cuyo título resumía todo su cariño por la música popular urbana: “Tangos para el Recuerdo”.

-Tome asiento, Santós- le invitó el hombre, visiblemente nervioso.

-Gracias- masculló entredientes el profesional, presintiendo lo peor.

-Lo hice venir a mi oficina, amigo Santós, pues tenía algo que conversar con usted- comenzó el burócrata dando rodeos, lo que puso aún más en guardia al montadiscos-; concretamente debo anunciarle que hemos resuelto levantar provisoriamente su programa, y no es por falta de audiencia, no- trataba en vano de justificarse-, sino que ocurre que las empresas comerciales ya no se avienen a patrocinar espacios de música ciudadana. Y, claro, ¿usted

comprende, no?, una radio es una empresa, un negocio como cualquier otro y hay que manejarlo como tal, no se ofenda...además, estoy seguro de que volverá muy pronto, -mintió-, porque lo suyo vale, de manera que esto es...digamos...un alejamiento temporal, así podrá disfrutar de merecidas vacaciones, que hace tanto que no se las toma...de manera que...hasta prontito y con buena suerte, amigo Santós -concluyó extendiendo su mano apezuñada desde debajo del escritorio, maquinalmente.

El especialista del tango miró tristemente a los ojos a su despidiente obligando al embustero a bajar los propios; hizo un esfuerzo para tratar de estrechar esa diestra temblorosa y falsojustificante pero finalmente, arrepentido, retiró prestamente su franca mano, confesándole:

-Lo presentía. señor Director: primero me cambiaron de horario para que el espacio tuviera menos oyentes, luego lo redujeron de tres horas a dos; después volvieron a trasladarlo a otra hora, pero al no poder conseguir, sin embargo, que un grupo de escuchas incondicionales dejara de sintonizarme me quitaron una hora más, y por último sólo me dieron treinta minutos. Como ya -sin claros justificativos- era imposible que redujeran el espacio a cinco minutos, esperaba que lo levantaran...así que no me causa ninguna sorpresa. Además, poro importa ya...porque...no tengo ya discos.

El director de la emisora abrió tamaños ojos extrañados, y hasta sus cuatro papadas de cerdimanducante temblaron de asombro, mientras inquiría:

-¿Cómo dice, señor Santós? -balbuceó, aterrado. (Se sabía que el difusor tenía una de las mejores discotecas de música popular de la Argentina).

-Lo que usted acaba de oír, “amigo” -respondió Santós, parodiándole con ironía-. Anoche, cuando ya había dejado mi casa para venirme hacia aquí un grupo de hombres uniformados de negro, con la cabeza encapuchada, (esa es la versión que me dieron algunos vecinos que alcanzaron a verlos) irrumpió en mi casa derribando la puerta, no robaron nada, pero sí rociaron con varios bidones de nafta los estantes de la habitación donde guardo los discos, e incendió todo...¡mis queridos diez mil hijos que portaban los tesoros musicales son ahora apenas un montón de cenizas! Para peor, en las pocas disquerías que aún quedan ya es imposible hallar alguna grabación de música ciudadana de manera que, a menos que pusiera siempre los mismos temas que se salvaron por estar conmigo, no podría hacer de ninguna manera el programa...de todos modos, lo felicito por su triunfo -volvió a ironizar Santós,

amargamente resignado-: es lo que hace tiempo venía buscando, su beneficio obtendrá por ello, y ahora lo logró; no todo el mundo puede concretar lo que ansía, siempre...usted es un privilegiado en este tiempo...

Dos gruesos lagrimones de hombre resbalaron por la ya intersa piel del rostro de Santós mientras lívido, al verse descubierto en lo que creía una muy bien disimulada falsía el Director se atensó, semilevantándose de su asiento y exigiéndole al experto del tango que se marchara de inmediato.

El propalador del folklore urbano entendió, girando cansadamente sobre sus pies y andando con paso lento llegó hasta la puerta, entreabriéndola mientras observaba desconfiadamente por el pasillo y -al no avistar ninguna presencia extraña en las inmediaciones- se encaminó hacia la salida de la emisora. Hacía tiempo que tomaba esas precauciones porque había notado que lo seguían, no sabía el porqué. Ya en la calle se sintió más tranquilo, pues parecía que el viento de la madrugada de Buenos Aires era un buen terapeuta para los males del alma

Cabizbajo, tomó el colectivo que lo llevaría hasta Floresta, su barrio de nacimiento y residencia (siempre, porque le parecía el más bello de todos). El viaje le pareció más largo y triste que nunca, sumido en su desdichada meditación...¡mil recuerdos ya irrescatables pasaron por su mente!. Casi sin darse cuenta el transporte llegó a la parada cercana a su casa, donde descendió, contemplando el desierto silencioso de la calle solitaria, lógico además, por tratarse de la hora en que el suburbio duerme, (pensó). Enseguida, todo.

¡Un grupo de individuos desconocidos surgió desde la vuelta de la esquina, esgrimiendo algo así como pesadas cachiporras, (por la oscuridad de la hora y lugar no pudo corroborar bien de qué armas se trataba) dejándolas caer furiosamente sobre su cabeza, desplomándole sin sentido! Lo único que alcanzó a distinguir todavía fue que vestían prendas oscuras no pudiéndose distinguir sus rostros; semidesvanecido ya, no acertó a explicarse la razón.

...Serían las nueve de la mañana, más o menos, cuando una vecina que salía de compras, muy dispuesta a preocuparse de los problemas ajenos, encontró un buen motivo para alborotar al vecindario:

-¡Han asaltado a don Antonio! -alarizó la dama-: ¡y parece que lo mataron!- exageró, como siempre.

Quienes llegaron corriendo, apurados por semejante voz de alarma, contemplaron al trabajador radial tirado en el piso aún no asfaltado de la calle, desmayado. De su cuero cabelludo una profunda herida manaba abundante sangre, y en su mano derecha aferraba garrosamente la deteriorada valija portadora del material de trabajo, cual si hubiese librado una desesperada lucha por defenderla y, a juzgar por la crispación de su mano cerrada en la manija de la misma parecía haberlo logrado, (aunque su cierre daba toda la impresión de haber sido forzado), mientras dispersas en derredor podían verse nada más que algunas arrugadas “hojas de programación”.

Un muchachito de pronto irrumpió, presuroso, con la noticia:

- Aquí, a la vuelta del pasaje, algún loco quemó varios discos de música... ¿por qué no los habrá tirado al incinerador, si es que ya no le gustaban o estaban muy rayados?.

Y la señora vecina que había llegado en primer término, escandalizada, aprovechó para su discurso:

-¡Qué poco cuidado tiene la gente con la basura! ¡tiran cualquier porquería a la calle! ¡así no tendremos nunca los porteños una ciudad limpita! Había que hacérsela comer al culpable... -sentenció.

Antonio Santós, quien ya se había despabilado alcanzando a oír el último comentario del purrete con respecto al hallazgo de los discos carbonizados, miró compasivamente divertido a la señora, y entendiéndolo todo, sonrió dolorosamente.

Dolorosamente...

...Tony Carozzi comenzó a notar que su creación radial “La Existencia y la Canción” estaba siendo cada vez más condicionada por la Gerencia de la radio, y de los treinta temas de música popular que habitualmente pasaba le obligaron primero a reducirse a diez, luego le prohibieron cinco más y así sucesivamente, hasta que le permitieron difundir uno solo en cada audición, algo así como apenas un rápido pantallazo para que se recordara que alguna vez en Buenos Aires había existido en Buenos Aires una expresión musical llamada *tango*.

Al poco tiempo la dirección artística le ordenaba hacer diariamente tres minutos de silencio, sospechosamente ubicados en el momento que estaba programado el disco: la excusa era “por homenaje” a algún muerto casi

siempre bien poco ilustre que hubiera defuncionado ese día, fuese en Argentina o el Congo, y como por días nadie medianamente conocido públicamente fallecía para justificar el lapso entonces, curiosamente, se producía exactamente en ese momento un corte de energía eléctrica que interrumpía la transmisión. Todas las quejas que al respecto había elevado a la superioridad produjeron como respuesta conmiserativas sonrisas que nada decían, diciéndolo sin embargo todo.

Le comentó alguna vez a un amigo que, siendo él persona que nunca creía haberse creado gratuitamente enemigos más que alguna envidiecilla del ambiente -tan proclive siempre a esto-, le extrañaba sobremanera que recibiera continuamente amenazas de muerte firmadas por personas a las que no conocía, quienes se autodenominaban “Concejo de los Ocho”, y que en varias ocasiones individuos desconocidos que parecían uniformados de oscuro lo habían seguido a prudente distancia. Cuando por temor decidió jubilarse prematuramente alejándose definitivamente de todos los medios de comunicación pública, cesaron como por encanto tales correspondencias y persecuciones.

Poco se supo de ahí en más del otrora famoso locutor; a lo sumo, algunos meses después, en la sección policiales del diario “La Razón” apareció un breve recuadrillo hablando de él, pero no por motivos profesionales. El suelto decía, textualmente, que “al ex-conductor de programas de música folklórica urbana Tony Carozzi le habían asaltado su domicilio céntrico, y también la casa de fin de semana que poseía en la localidad de La Reja, casi simultáneamente, por lo que parecía, mientras él transcurría una semana de descanso en la costa uruguaya”. “En ambos casos -continuaba la nota- los ladrones dejaron un completo desorden cual si buscaran algo en especial y que, felizmente, nada de valor había desaparecido, con excepción del material grabado, (discos, cintas fonomagnéticas, cassettes, etc.), conque Carozzi compaginaba diariamente sus programas radiales, en tiempos de suceso”.

Tony, al leer el articulillo, sonrió comprensivamente.

Com-pren-si-va-men-te.

...Víctor Balmelli difundió el tema final de su laureado programa radiofónico “Velocísimo”, así fuera la increíble versión de “La Mariposa” por el maestro Osvaldo Pugliese”...¡es que, durante varios meses terribles, vio languidecer la

máxima creación radiofónica de su carrera, aquella a la que había ofrendado lo mejor de su alma! Ahora le acababan de extender su certificado de defunción...

Todo comenzó cuando tres avisadores comerciales -en forma simultánea- dejaron de colaborar en la cobertura publicitaria del programa, y luego se les sumaron cinco más, por lo que le empezó a llamar poderosamente la atención, haciendo que visitara en persona a las agencias, tratando de que le explicaran el extraño retiro de ordenes, pero nadie de sus más elevados ejecutivos le respondía nada, estirando una rarísima sonrisa de misterio.

Y cuando a las ocho anteriores deserciones le siguieron diez más, más luego otras tantas, ya fue directamente a las empresas patrocinantes, hablando en algunos casos hasta con los directorios en pleno. ¡Todo inútil!. El mutismo total, la evasiva o peor, la mueca de miedo, se dibujaban siempre en los rostros de sus interlocutores, quienes tampoco decían nada, cual si una recóndita conjura los uniera, manipulándolos.

Así, la gerencia le fue reduciendo, paulatinamente, el tiempo de puesta en el aire, al no alcanzar el porcentaje requerido de cobertura publicitaria, y al hacérsele una fuerte neurosis de angustia según el diagnóstico médico, como consecuencia de un continuo estado de tensión, (lo que le obligó a guardar reposo convaleciente por más de tres meses), un día recibió una nota lapidante, en la que, con toda cortesía, el Departamento de Programación de la emisora

le comunicaba que, “debido a su falta continuada en el trabajo había resuelto prescindir de sus servicios por razones de disciplina laboral, pero que en virtud de la comprensión de la Empresa por su hasta ahí muy buena foja de servicios se le brindaba la oportunidad de realizar un programa de diez minutos de duración, como despedida de sus oyentes que le habían acompañado más de treinta años...”

Vencido, Balmelli aceptó la cretina propuesta y casi sin hablar, el día señalado puso sucesivamente “Cuesta Abajo”, por Gardel; “San José de Flores”, cantado por Alberto Morán; cerrando finalmente con “Ninguna”, con la voz de Alberto Castillo. Y jamás se volvió a saber de él, ni siquiera en el reducido núcleo de amigos que cultivaba en su medio laboral, pero algunos memoriosos recuerdan que regresó a su ciudad natal de la provincia de Busnos Aires muy triste, agravada su situación por el secuestro en plena ruta

del que fue víctima el camión que realizaba la mudanza, desapareciendo con todos sus muebles y enseres personales, incluyendo sus amadas grabaciones de música popular, sin que todas las pericias policiales realizadas para hallarlo arrojaran resultado alguno.

Ciertas partes del vehículo fueron recogidas, como un año después, por pescadores furtivos en las inmediaciones de Punta Chica.

Nada más pudo encontrarse nunca.

Nun-ca.

...Lionel Mauré fue el último en abandonar su local tanguero en el barrio de San Telmo, porque esa noche un extraño presagio lo envolvía, pues aunque cantaba casi siempre maquinalmente el tango “Sur”, -pilar de su consagración artística-, no sabía explicarse porque, esta vez resultó todo diferente...es que un sudor frío manaba de su cuerpo y un llanto incontenible, real, nada artístico, rodaba copiosamente por sus mejillas. Era más: esas lágrimas no sólo brotaban de sus ojos, sino que le anegaban el alma, que se estremeció dolorosamente al conjuro de esa premonición terrible, tan indescifrable como la misma razón que la motivaba. Y al llegar a ese *“¡Todo ha muerto / ya lo sé!”*, repetido por enésima vez en su larga vida profesional sintió que, efectivamente, todo su ser moría, sabiéndolo.

Y su indeseado final fue satisfecho, porque al clarear esa mañana, en un portal de Balcarce al cuatrocientos cincuenta, hallaron tirado en la escalinata al gran cantor: el diagnóstico clínico resultó en “muerte por asfixia”. Su cuello presentaba violáceos moretones. Quizás lo habían estrangulado con un lazo más bien fino, lentamente. En el resto del cuerpo no presentaba otra lesión, como no fuera en el costado izquierdo de su pecho: allí le habían practicado cuidadosamente una prolija incisión, a nivel de experta cirugía médica, por donde se le había extraído limpiamente el corazón.

¡La noticia explotó como una bomba en las redacciones de los matutinos de la Reina del Plata! ¡Y con más fuerza aún cuando, con idénticos síntomas fueron apareciendo, en los días sucesivos, más y más cantores de tango físicamente descorazonados, lívidos, muertos!.

Alguien, parodiando a Charles Hoy Fort, el “extrañólogo”, autor de “El Libro de los Condenados”, aventuró una hipótesis bien forteana: “¿QUIÉN

COLECCIONA CORAZONES DE CANTORES DE TANGO?" -preguntó macabramente desde su titular mayor un conocido pasquín sensacionalista.

Nadie atinó a darle respuesta alguna. Además todo el mundo -la policía también-, estaba demasiado absorbido por las pantallas de los aparatos de televisión, atento a no perderse detalle de la nueva Serie que estaba causando sensación: "El Violador Degenerado Asesino Drogadicto Homoxesual de Florida Salls", que ostentaba desde hacía meses el máximo "rating", (más del ochenta por ciento), y noche a noche aumentaba en cantidad y calidad de secuencias escalofriantes, causando el goce supremo de la teleaudiencia, tanto que a la hora de propalación deteníase casi totalmente el tráfico creciendo aún más el ausentismo laboral. Casi nadie hacia ya otra cosa que teleespectar, tal era el deleite...

Aún así, y como si eso fuese poco para concitar la selectiva atención popular, Boca Juniors y River Plate acababan de salir ambos campeones de fútbol al mismo tiempo, merced a una oportuna modificación introducida al Reglamento de Torneos por la Asociación de Fútbol Argentino que les permitía a ambos clubes ganar todos los años el mismo campeonato, a fin de que ningún traumafutbolizado pasara amarguras y no se le ocurriera, (alguna vez, aunque fuera por error), pensar en cosas positivas y creadoras para el Hombre y la Humanidad.

De todos modos, los partidos de fútbol ya no se jugaban más, y las "hinchadas" concurrían a los estadios solamente para presenciar los sorteos que se hacían para determinar los resultados con el fin de llenar la tarjeta de pronósticos deportivos (PRODE), cuya recaudación había llegado hasta cifras siderales, mayores aún que el presupuesto global de la Nación. Así y todo se les permitía a los simpatizantes, -cobrándoles la correspondiente entrada, desde ya- que durante quince minutos se insultaran mutuamente las madres y demás lindezas con cánticos alusivos de forzada rima, como se estilaba siempre, a fin de que tuviesen ocasión de descargar sus fracasos personales y/o postergaciones sexuales en el prójimo, amenazando en coro unos a otros con romperles el ano y otras violaciones, en fin: todo para no perder tan sana costumbre de inocente cultura ciudadana...

Las muertes por descorazonamiento fueron sucediéndose, hasta que quedó un solo Cantor de tangos en la Ciudad cuna y origen de la canción popular argentina.

¡Uno solo! ¡El último!.

...Cacho Barrrios, el más brillante exponente del tango argentino en la década, cantó dolorosamente “Una Piba como Vos” ante tres espectadores ebrios, porque hacía tiempo que, aunque no le quedaba competencia colega le resultaba muy difícil conseguir trabajo, debido a que los locales destinados a difundir música ciudadana cerraban día a día, semivacíos de tanta ausencia , careciendo además de artistas para presentar, por los continuos atentados fatales que éstos sufrían.

En el centro fueron cerrándose todos, y este boliche suburbano de la ciudad de San Martín era ya su último refugio, aunque pronto también lo clausurarían por ser negativo comercialmente para inaugurar en el mismo lugar un negocio de venta de artículos sexuales, el “boom” de ventas del momento. Barrios contempló por vez postrera las paredes amadas, e imaginó las fotografías de los grandes hombres de la música popular reemplazadas por ilustraciones, consoladores, píldoras anticonceptivas, afrodisíacos, vaselinas lubrificantes, etcétera, y lloró para sus adentros.

Al Cantor le pareció más hermoso que nunca aquel querido hogar de tantas noches de cálida amistad y pura bohemia, así tan abandonado y muy poco aseado se lo viera hoy. Entonces, como en un vertiginoso “carrousell” desfilaron ante su imaginación las imágenes nítidas de muchos recuerdos imborrables.

En el “Tango Inmortal” habían transcurrido los instantes claves de su vida; recordaba cuando llegó desde su pequeño pueblo cordobés, joven, inseguro todavía, asustado por la enorme dimensión de la gran ciudad, espantado ante la perspectiva de tener que “hacer carrera” en la urbe enorme, devoradora implacable de tantas vocaciones perfectamente fundamentadas como la suya. ¡Esa selva de cemento que apretaba sus cada vez más elevados edificios junto al pañuelo de playa que la separaba del río más ancho del mundo, para extenderse luego, a partir del vértice del puerto, abriéndose en abanico tierra adentro como queriendo apantallar las pampas feraces, donde todo el verde cereal y ganaderil seguía sustanciando a un País que no terminaba de concretarse nunca, porque (lo vivenciaba y sabía perfectamente Cacho) muchos de sus hijos eran tan desagradecidos y hacían todo lo opuesto para

que tan ubérrima posibilidad no resultara simplemente eso: algo que podía ser, pero no era!.

¡Aquella noche del debut fue formidable! ¡le temblaban las piernas cuando subió a la tarima para enfrentar a un público que, -decían en su pueblito- era absolutamente igual a cuantos había conocido hasta ahora, pero mucho más exigente!-, según contaba la mayoría de sus compueblerinos cuando trataban de disuadirlo para que no emprendiera la aventura temerosos porque algún día podría triunfar, y el contraste evidenciara demasiado la frustración de ellos.

Porque, en los pueblos y ciudades pequeñas, cuando alguien quiebra el esquema lugareño en su proyección de vida es combatido ferozmente si busca, por más limpiamente que sea, trascender con alguna vocación ajena al adocenamiento. Primero lo combaten mucho, si desea brindarla a su medio; después, cuando cansado por tanta ingratitud acaba por marcharse casi todos le desean interiormente toda la mala suerte posible, así le sonrían al despedirle...lo que nunca impedirá que triunfe, si sabe seguir con fe y constancia, -además de honradez, por supuesto- el constelado camino de su Estrella. Siempre ocurre así y, por supuesto, la frágil memoria humana jamás lo toma en cuenta...

Aún perduraban en la mente de Cacho Barrios los recuerdos de su tanta lucha en los primeros años de Buenos Aires como un eterno presente, cantando gratis y trabajando de changarín para subvencionar el costo de la pensión maloliente de la Avenida de Mayo donde se instaló, la que brindaba escasas manducas, y cuando realizó su primera presentación en un local de cierto renombre, el vocalista carecía de un traje más o menos presentable y adecuado a sus medidas físicas, y le facilitó uno en calidad de préstamo cierto compañero de hospedaje, el entrerriano Maciel. Recordaba cuando se sentó en un bar de la avenida con el pensamiento fijo en su poca presentabilidad artística que no acusó la presencia del camarero que se acercó a atenderlo, tanto que el hispano, (pues tal era), debió repetir por dos o tres veces la amable solicitud:

-¿Qué le sirvo, joven?.

Y después, al traerle el café pedido, el hombre bonachonamente le preguntó:

-¿Qué le pasa, chaval, que lo veo tan preocupado?.

-Es que...¿sabe?...esta noche debuto en un buen local interpretando tangos, porque soy Cantor -dijo la última palabra sacando pecho-, y aunque ya he

conseguido el traje voy a tener que presentarme sin corbata, porque quien me lo prestó no usa...ya empiezo mal.

-¡Habérmelo dicho enseguida, compadre! ¡le presto mi moño, que le va a dar suerte!- exclamó, espontáneo, el español-, quitándose del cuello la prenda para obsequiársela, mientras le daba una fuerte palmaba en el hombro. Y desde ese momento ese penacho negro fue para él como una especie de talismán que lo acompañó en todos sus grandes momentos, incluso cuando llevó la canción argentina triunfalmente por todos los países de América, algunos de Europa también, más el asiático Japón...¡ah, tiempos!.

Aquella tarde, cuando quiso abonar su consumición, recibió otra sorpresa de parte del mozo:

-¿Cómo? ¿pagarme? ¡No, amigo, lo invito yo, para celebrar su debut! ¡vaya y que tenga una noche espléndida! Se lo dice un español que también adora al tango...

En aquellos años la gran ciudad, -y el País entero-, se conmovían al unísono cuando algún poeta lograba plasmar la expresión de sus puros sentimientos en alguna letra, y Argentina entera escuchaba con recogimiento y unción los famosos programas de música popular, tales como “El Glostora Tango Club”, “El Éxito de Cada Orquesta”, “Peña de Tango”, etcétera.

La violencia y el fallecimiento de los espíritus, resecados por el desamor, quedaban lejos todavía...¡Argentina aún era un País-canción!, y los cultores del canto fundamentado eran verdaderos ídolos nacionales de un pueblo que vivía cantando, y para el que la innobleza y la falsía eran poco menos que un delito para muchísima gente, penado por la única Ley verdaderamente justa que puede servir a la convivencia armónica de los hombres: el imperativo de la conciencia. Que no necesita mamarracho de líder que la aplique, ni remedo de Juez que la sancione, porque la misma conjunción de almas rechaza de plano a quien ose quebrantarla, so pena de aplicarle la condena más definitiva e inhibitoria, además la única a la que el hombre realmente teme y respeta, porque carece de amnistía : el desdén, la repulsión, sentidos ambos a nivel de asco hacia el trasgresor. Todo ello siempre valdrá más que mil cadenas perpetuas y otras tantas sentencias de muerte, o un millón de cárceles abiertas en sus enrejadas bocazas, como una amenaza impotente. Cuando una sociedad es sana éticamente en su mayoría se protege a sí misma por

decisión de sus propios integrantes, los que con su conducta personal constituyen el impar sistema contencioso realmente eficaz.

...porque cuando un solar reemplaza el canto por el grito desaforado, la Música por la estridencia, el suspiro por el estertor, la sonrisa por el rechinar de dientes, la flor por la bala, sumergiéndose suicídicamente en la orgía de los tiempos finales; en fin, cuando nadie quiere escuchar y todos desean hacerse oír así sea por la fuerza, entonces ya no hay sistema sancionativo que pueda alcanzar objetivo alguno de convivencia, ¡porque la culpa de todo la tuvo el inicial primate cavernícola que enarboló una piedra para machacar el cráneo de su semejante argumentando que debía matar para subsistir, y en la medida en que los hombres sigamos tratando de justificarnos con la misma excusa para disfrazar esa misteriosa vocación homicídica que nos navega en el fondo de nuestra inconsciencia dormida, nada cambiará jamás! Cuando se comprenda esto, -tan simple- sólo entonces comenzaremos a ser dignos de llamarnos HUMANOS.

El cantor recordaba cuando conoció a Graciela -quien luego sería su esposa- en el mismo lugar donde años antes había hecho su debut. Todavía eran tiempos dificilísimos, lejos estaba aún el espectacular triunfo que trajo el rondar incansablemente por distintas grabadoras, teatro, radioemisoras. Pero aquella mujer maravillosa unció su ternura infinita a su carro de soñador impenitente y con su incomparable amor le ayudó a encontrarse a sí mismo. A partir de ahí, todo le resultó casi fácil.

Ahora surgían por doquier psicólogos y analistas "eruditos" que dictaban "normas para la relación de pareja". Centenares de páginas se escribían analizando los pormenores de las confluencias tipológicas del hombre y la mujer; los expertos en astrología hacían cada vez mejor negocio...¡y los estudios de abogacía ya no daban abasto para atender la cada vez mayor cantidad de pedidos de separación y divorcio!.

Barrios recordaba que la Poesía del tango le había enseñado que el respeto mutuo, el amor y la fidelidad eran -serán- eternamente las únicas bases serias y fuertes para lograr el entendimiento matrimonial y sustentar el verdadero árbol enamorado del hombre, que es el hogar. Y que tales prerrogativas del Sentir constituyen la sola razón valedera para que el amor nunca muera en una pareja, ni siquiera cuando el abrazo de la muerte separe sin piedad lo que

Dios unió para siempre, más allá de los estrechos límites de la existencia terrestre.

Ellos -Graciela y Cacho- no habían necesitado “test” alguno recetado por psicólogos para ser lo que siempre fueron: tremendamente felices. Dulcemente enamorados, gozosamente amantes. ¡El artista no hallaba en su recuerdo un solo instante de desencuentro, un único minuto de infelicidad, pues su amor de filosofía poética y musical derrotó siempre, con su diáfana luz, la oscura noche del odio, abatida como pájaro de carroña sobre el desdichado suelo de la Patria! Hasta la muy temprana muerte de ella, más allá de los malos momentos económicos de los primeros tiempos, él conoció la única y verdadera Felicidad que existe sobre la Tierra: la de amar y ser correspondido.

Después, cuando quedó solo, huérfano de aquella alma de su alma, buscó alguna vez el aturdimiento de las mujeres fáciles que rondan a los artistas de renombre, pero el resultado fue siempre el mismo: la sombra cruel del remordimiento, su asco por sí mismo, hasta que finalmente se decidió por la más difícil demostración de consecuencia a un sentimiento que existe, que es la de serle fiel a un recuerdo.

...Y esta noche, las manos en los bolsillos del viejo gabán, caminando cansadamente por la acera que bordea el perímetro de una fábrica de automotores, (la General Motors), todo aquello le parece más vívido que nunca, jamás tan palpable y real, como si el verdadero amor venciera las vibraciones del adiós y el pasado; del ayer, hoy y mañana, en una sola realidad de presente, tan eterna como la milenaria y fresca escena del beso, ante la cual hasta la Idea de Progreso de Hegel debió detenerse, ceremoniosa y respetuosamente, tratando de pasar desapercibida para no molestar a los amantes, ensimismados y sumergidos en el Universo maravilloso del idilio... ¿cuándo llegará el día en que el hombre ambicioso por creerse capaz de hacer la Historia comprenda que la única epopeya inmortal por los siglos de los siglos será la de Romeo y Julieta, que por lo pura se mantendrá invicta mientras los días desgastarán, desdeñosos e implacables, todas las insignificantes historietas del deseo y la pasión egoísta?

El Cantor, viviendo en plenitud el presente de sus recuerdos, no se percató de que “ellos” lo seguían, y al llegar a la convergencia de las Avenidas General Paz y San Martín alguien intentó arrojarle al piso tomándolo de los hombros, mientras otras manos trataban de aplicarle a la boca una especie de

esparadrapo, evidentemente impregnado con alguna sustancia somnífera con el claro propósito de adormecerlo...¿para qué?.

Cacho, hombre sano y fuerte, fraguado a puro aire y sol provinciano, luchó con desesperación para salvarse del aprieto, logrando primero desasirse del que intentaba abrazarlo desde atrás y, -cuanto tuvo libres las manos-, de un violento empellón derribó al que trataba de narcotizarlo.

Los cuerpos cayeron pesadamente sobre el pavimento dando ambos, curiosamente, como si la mano del Hado del Destino estuviera presente, con la cabeza en el reborde de hormigón que separaba la calle de la acera, desmayándose los dos. El cantor agradeció a Dios en su fuero íntimo por la eventualidad favorable decidiendo aprovecharla para alejarse de sus misteriosos asaltantes que, alcanzó a verlo, vestían de oscuro teniendo una capucha que les cubría todo el rostro, queriendo aprisionarlo no sabía porque ni para qué...¡por eso salió corriendo hasta el límite metropolitano con desesperación, antes de que los tipos pudieran volver en sí!.

Seguro de que cuando reaccionaran lo volverían a seguir, literalmente voló a golpearle la puerta al padre Pedro, un sacerdote amigo suyo desde muchos años atrás que tenía su templo en una cortada de Devoto, y como nadie salía a responderle agitó la aldaba con furia más de veinte veces, mientras observaba nerviosamente hacia la calle temiendo la aparición de sus extraños perseguidores en cualquier momento. Por su pánico había olvidado que existía un timbre; cuando lo recordó, Cacho puso su índice sobre el pulsador decido a no quitarlo der allí hasta que alguien lo atendiera.

Hubo rumores de movimientos en el interior de la finca, luego pasos que se iban acercando viéndose luz por el visor, -señal de que alguien estaba observando al intempestivo visitante de la alta noche-, y después una voz fatigada y alcohólica preguntó:

-¿Quién es y qué viene hacer a estas horas? ¡Ave María Purísima! Si es por Extrema Unción no se haga problemas, porque tengo el coche en el taller y no puedo ir; además habría que ver si el futuro decesado podrá afrontar la tarifa especial que- por la molestia- es superior a la común. Pero vaya tranquila, ánima bendita, que en casos así existe una dispensa que exime de los sacramentos cuando no sean rentables para quien los administra, pudiendo la persona afortunada entrar al Santo Paraíso en igualitas condiciones que las demás, satisfaciendo solamente un pequeño óbolo del "Impuesto Especial de

San Pedro” -mi homónimo también tiene sus leyes tributarias, no lo olvide-, más una cuota mínima de Derecho al Peaje Celestial, que deberán después continuar amortizando los deudos para que el fallecido no sea detenido por la policía caminera de allí. También, -si está a su alcance- pagando unos pesos demás, más un arancel especial de ingreso podrá tener acceso al Club Social, hermoso encuentro de almas que hará las delicias del muerto, especialmente para que el drama de la soledad no se abata sobre él en los difíciles tiempos de la adaptación a la nueva...muerte. ¡Tenemos tres categorías: A, B, y C! ¡ah, pero no, señor! Suponemos, por lógica, tratándose de que usted es el deudo y aunque no lo conozca todavía deduzco que es un hombre bien porque ha venido a consultar a un sacerdote tecnificado, que el próximo muriente no sea un “rasca” infame, -agravio gratuito que no puedo permitirme infringirle a su familia-, de manera que lo ponemos en “A”, que es la sección de los que tienen un buen nivel de muerte, algo así como los bacanes del Más Allá, que son quienes gozan de los mejores servicios y el más distinguido ambiente, lo que justifica con creces la mayor erogación...porque lo bueno hay que pagarlo, no le quepa ninguna duda, que al final lo barato sale caro. ¡Tenga a mano, tallador, que en dominio del tarifamiento nadie puede superarme!. Y le ofrezco lo mejor al más bajo precio, incluso con una fuerte rebaja por pago de contado, porque Usted es bueno y no hará sufrir al pobre con lo más barato, y de paso condenándose cuando menos al Purgatorio por egoísta con un deudo...Ah..., y hay más descuento todavía por pago adelantado, porque al disponer inmediatamente del dinero para la reinversión se puede lograr una multiplicación potencial extraordinaria de las tasas de interés y capitalización progresiva que, seguro...

¡El cantor estaba desesperado! Calculaba que sus perseguidores no estaban muy lejos de darle alcance, ¡y esa puerta que no se abría! La perorata continuaba pero el ya no la oía, agobiado por el terror; soltando lágrimas de dolor apoyó sus codos sobre la puerta golpeando con rabia sus apretados puños contra el madero:

-¡Por Dios, padre, que soy Cacho Barrios, su amigo! ¡ábrame, que me persiguen!, ¡rápido, antes de que sea tarde!- suplicó.

-¡Haberlo dicho, hijo!; me evitabas toda esa exposición de Incitación a la Compra que practiqué... -comentó ahora el religioso-. -¡Es un sensacional curso que aprendí en MELVI! ¡te aseguro que es bárbaro y no falla nunca,

Cacho! Te aconsejo que lo hagas vos también, *"el saber no ocupa lugar"...* vienen a ser unas nociones especiales de la Psicología de Ventas, con un manejo muy original...compará: por ejemplo antes, en un caso así como el que ahora estamos viviendo aparecía el posible cliente -vos, en este caso- y el vendedor -yo- salía a recibirlo con cara conmiserada y aspecto tontamente piadoso tratando de dar sensación de recogimiento interior, pero mostrando apariencia estúpida, y ¿sabés cuál era el resultado?: provocaba lástima. ¡Ahora se usa el "punch", la técnica agresiva, zonificando previamente la psiquis del posible comprador, ya sea por el grado de intensidad de la voz, como hice yo en este caso, o por la reacción facial, si uno está frente a un candidato donde hay buena iluminación ambiental, e inmediatamente después se golpea forntal y directamente, sin darle tiempo a que levante mecanismos intuitivos de defensa; el resultado es siempre el mismo: se vende, se vende y se vende. Pero, eso sí: ¡hay que accionar enseguida, sin concedernos a nosotros la oportunidad de que se nos produzca ninguna exoneración diarreico-cerebral misericordiosa, por la aspectación que muestra siempre el sujeto en circunstancias así...tenelo bien en cuenta y te aseguro que triunfarás. ¡Serás un hombre de éxito, Cacho, y las mujeres caerán de rodillas ante semejante "self-made-man"! Aunque espero que hayas aprendido a vivir y no sigas siendo un otario más, porque hace ya más de tres años que no te veo, y todo ese tiempo habrás cambiado, supongo...¡miráme sino a mí! ¡lo que pudo un buen curso! Pasá Cacho- continuó el sacerdote, mientras le franqueaba la puerta de la sacristía.

-Padre, -comenzó, jadeante, el cantor-: vengo huyendo de gente que, ignoro el motivo, quiere matarme...son dos individuos vestidos de negro. Como han desaparecido, misteriosamente asesinados y descorazonados todos los demás cantores de tango, ya no me quedan dudas de que yo, el último, también seguiré el mismo camino; ¡por favor, padre, protéjame!- terminó, implorante, el Cantor de Buenos Aires-. ¡ También me van a matar y arrancar el corazón!.! Ocúlteme en algún lado...

-Yo lo haría con sumo gusto, hijo mío, -respondió sin emoción el padre Pedro-. Pero voy a tener problemas con mi analista, que me prohibió terminantemente tener a la vista incongruencias del Universo Objetal que despierten recuerdos equivocados, ¿comprendés, no? ¡A ver si me reblandezco, ahora que al fin pede triunfar! Porque las experiencias

sentimentales del pasado quedan depositadas en las lateralidades de la conciencia perceptiva, y pueden resurgir ni bien las active un factor externo recordante, por Satanás divino...(apostrofó); de manera que no puedo correr semejante riesgo, Cacho, por más amigos (¡horror, como pude haber pronunciado semejante blasfemia!) que hayamos sido. Entendélo, bohemio.

-Pero, padre...¿y la caridad cristiana?- trató de defenderse el cantor, buscando hallar todavía algún punto sensible en el corazón del individuo- ¿Y Jesucristo?.

-¡Mi Lucifer, el Gran Anarca, enemigo declarado del "won-life" y el avance tecnológico! -gritó ofendido el cura- ¡Nombrar a ese sujeto que apenas si supo morir ignominiosamente en una cruz de lapacho, sin que la prensa de la época gastara por él un mínimo porcentaje de "centimil", de tan insignificante que fue su accidente! ¡jamás vuelvas a pronunciar en mi sagrada presencia a ese declarado enemigo del Progreso, un pobre retrógrado sin Departamento de Publicidad que programara por los medios de difusión su golpe de estrategia! ¡sal de aquí, espíritu de linyera y gitano! -exclamó, espantado, el santo Pedro.

El vocalista no esperó dos veces la "invitación", pero todavía probó a preguntar, mientras iniciaba perentoriamente la retirada:

-¿No me podría ocultar en el oratorio, por favor?.

-Está ocupado, hijo: estoy almacenando azúcar, porque circulan rumores de que aumentará de precio- fue la incomentable respuesta.

-¡Detrás del altar, por piedad, sino me matan!- Cacho casi se arrodilló para efectuar la última tentativa.

-Está repleto de papel higiénico, el negocio del momento- respondió el hijo de Dios-: lo tengo que poner ahí, porque es el único lugar donde no se les ocurre hurgar a los inspectores; fijate que una vez tenía un pequeña partida guardada en el confesionario y si no accedo a la coima me aplicaban la multa los guachos de mierda...¡ah, principios de la Libre Empresa, conculcados por la dictadura! ¡pero otros tiempos se acercan, y volveremos a ser independientes, democráticos, occidentales, cristianos, y el hombre dejará de ser un simple instrumento de la burocracia!.

Indudablemente el consagrado continuó con su discurso, tan concentrado en la proclamación del mismo que ni siquiera tomó conciencia de que el Cantor se asomó por la puerta mirando hacía afuera y oteando con susto a la oscuridad para verificar si sus captores todavía no habían llegado a la cortada. Al

calcular de que algo de su ventaja primitiva aún le restaba en su favor se lanzó otra vez calle arriba.

No había alcanzado a recorrer más de media cuadra cuando vio que los dos hombres de negro llegaban a la puerta del negocio del padre Pedro deteniéndose delante de ella: llamaron y se quedaron esperando ser atendidos.

Cacho Barrios apretó entonces más angustiosamente su paso, tratando de ganar distancia hacia la avenida San Martín, pues esperaba que la buena iluminación de esa arteria lo protegiera de la persecución de los desconocidos, los que -sin duda- no era policías, por la originalidad de los uniformes y la ausencia absoluta de despliegue de coches patrulleros apoyando la operación; en las inmediaciones, al menos. Además, algo en su interior le decía que la orden de captura no había emanado de ningún organismo oficial, sino que tenía un origen mucho más inubicable y complejo, porque de inmediato se dio cuenta vinculando su situación a las inexplicables cuan curiosas muertes de sus colegas, ¡todos descorazonados por una mano criminal que parecía la de un maniático!.

Así iba el cantor atando cabos, cuando en un resuello que le permitió su desesperada fuga un idea le iluminó el rostro: ¡iría a pedir refugio al convento de la Hermana Paulina, una especie de internado donde en sus tiempos de éxito y prosperidad había realizado importantes donaciones! Maldijo interiormente el darse cuenta recién de esa fácil solución, tan a la mano, encaminándose hacia el lugar.

Y al doblar por la callejuela lateral que le conducía allí echó hacia atrás un vistazo precautorio y -oh sorpresa- ya no lo seguían solamente dos individuos, pues uno más se les había sumado. Las siluetas de las tres figuras se recortaban claramente en el perímetro iluminado de la intersección de San Martín y Nazca, y cuando el vocalista pudo reconocer al tercer sujeto -que no era uno de los comunes sabuesos de negro- quedó helado, petrificado, como clavado en su sitio: ¡era el padre Pedro! ¡y los estaba guiando, no cabía duda!.

...el Cantor apuró el paso, encontrándose de pronto con la entrada principal del Internado; pero antes de llamar miró hacia la Avenida, y así pudo contemplar que sus tres perseguidores pasaban de largo, sin duda convencidos de que su futura víctima continuaba huyendo por la misma, siendo lo más factible teniendo en cuenta la semi-oscuridad que reinaba en las

calles laterales, vacías a esa hora, (serían las cuatro y media de la madrugada), lo que pensaron -seguramente, dedujo Cacho- haría que evitara lugares donde podía ser asesinado más impunemente sin que nadie, absolutamente nadie, pudiese acudir si demandaba auxilio, así gritara hasta reventar como Estentor.

Después de respirar con alivio al completar la conclusión Barrios apretó el pulsador del timbre que -calculó- estaría bastante lejano puesto que no alcanzaba a ser oído y, mientras aguardaba, sacó del bolsillo inferior de su viejo smóking del escenario un cigarrillo semi-consumido que había recogido antes de salir del piso de la tanguería, (pues carecía de dinero hasta para satisfacer ese hábito), y frotando un fósforo humedecido sobre el revoque del dintel de la puerta, -al final se encendió, después de varias tentativas fracasadas-, lo aplicó al ya cenizado extremo aspirando profundamente, en dos ansiosas bocanadas, lo que en parte calmó sus nervios, sin dejar nunca de espiar hacia la Avenida: por fortuna ahora quienes lo perseguían, por ahora al menos se habían equivocado pasando de largo, de forma tal que gozaría por unos minutos de un poco de ventaja, por lo menos hasta que el padre Pedro, conociendo sus vinculaciones con el Convento dedujera que podía intentar esconderse allí y orientara debidamente a sus perseguidores, por lo que teniendo evaluada la excelente capacidad razonativa del religioso, Cachó no dudó de que rápidamente la persecución volvería a estar sobre él. Por suerte una voz -que el reconoció enseguida como perteneciente a la Superiora- preguntó, abriendo la puerta:

-¿Quién es y qué desea? ¡No son estas horas para molestar, porque ya nadie atiende! ¡Ah...pero si era el viejo amigo Cacho!...no lo había conocido; es que ha pasado tanto tiempo sin vérselo... -exclamó la Sor, con extraños e incitantes requiebros en la voz. Además, cuando la tuvo frente a sí, bien iluminada por la luz del portal, el Cantor casi no le reconoció el rostro, embadurnado por un espeso maquillaje...sus labios estaban dibujados con un lápiz fuertemente carmesí, provocativos, y el “rimmel” abundoso acentuaba aún más la impresión de que se trataba, no de una mujer con perpetuos votos de castidad, sino de una desprejuiciada alternadora de algún cabaret de moda.

La noche era para Barrios de demasiadas sorpresas ya y la situación apremiante en extremo como para invitarle a indagaciones sobre tal cambio inexplicable, incluyendo el pronunciado escote que ofrecía ahora el hábito de

la Hermana más la abertura que, por el costado de su falda, dejaba ver una porción nada despreciable de blanquísima pierna, de manera que Cacho Barrios sólo atinó a comentar:

-Me alegra, Hermana, que me haya conocido enseguida así venga de esta manera, un tanto intempestivamente y a esta hora...como hacía ya tres años que no ponía los pies por aquí, pero no por haberme olvidado del Internado; por Dios, no. Ocurre que mis asuntos económicos empezaron a marchar de mal en peor y no quería llegarme a esta puerta con las manos vacías, sabiendo de las necesidades del convento...¡pero es que estoy huyendo de quienes me buscan para...!.

-...por favor, Cachito- le interrumpió la Sor, moviéndose felinamente mientras echaba hacia adelante el busto para permitirle una mejor observación panorámica-: no se haga problemita porque ahora no pueda hacer una buena donación, con todos los favores que ya me hizo antes. ¿Se acuerda de su último óbolo? Con esa plata compramos un terrenito en Moreno; al principio parecía cosa de locos hacer una inversión así, prácticamente en un desierto... ¡pero Dios, que no falla nunca, nos ayudó! Porque al poco tiempo licitaron una ruta pavimentada que pasaba por ahí, y la tierra se sobre valorizó una barbaridad, y entonces revendimos ganando el mil por ciento y con ese dinero pudimos hacer un loteo en José C. Paz que también a la postre resultó un gran negocio dándonos lo suficiente para pagar la cuota inicial del campito de Los Cardales; pocas hectáreas, por supuesto, pero en ese momento no alcanzaba para más. Pero que nos sirvieron, cuando las vendimos después de hacerles algunas mejoras para pagar la entrada al campo de Saladillo, en donde nos fue mejor todavía; siempre con la ayuda de Dios, desde ya. ¡Y cuando estuvo bien capitalizado liquidamos todo: haciendas, maquinarias, (y por supuesto la tierra) y ya pudimos pagar más de la mitad de lo que nos costó la estancia de mil hectáreas de Junín! Le juro, Cachito, que nos quedamos sin una cabeza de ganado...pero cumplimos el sueño de tener nuestra dehesa. ¿Sabe lo que fue la lucha por poner en condiciones de producción una extensión tan grande, sin tener ya un peso? ¡Una barbaridad, mire, Cachito! Pero...diez vacas hoy, veinte el mes que viene -según podíamos recoger alguna limosna- y, le confieso honradamente total somos amigos, haciendo trabajos legales y otros no tanto, llegamos a las dos mil cabezas de vacunos, más algunos lanares, ¡en menos de un año! Pero con mucho sacrificio, porque hubo que organizar todo

y pagar el correspondiente “derecho de piso” para entrar en la trenza de los créditos, y eso es duro al principio. En un año más, si el gobierno alienta la producción con buenos precios, ya vamos a poder comprar un campito limítrofe al que le hemos echado el ojo. ¡Son ochocientas hectáreas, nada más, pero vale la pena, por lo cómodo que nos resulta! ¿Vio cuanto se puede lograr invirtiendo bien una donación? Por eso será siempre bienvenido aquí, porque me ha traído suerte...

El Cantor de Buenos Aires ya resultaba inerme, a esta altura de los acontecimientos, a la perplejidad y desilusiones; de manera que aguardó el final del monólogo bajando la cabeza con resignación. Cuando puso hacerlo, musitó:

-Bueno...este...yo venía a pedirle si me podía esconder, y en caso de tener que pasar la noche porque ellos todavía me estuviesen buscando me diera, por favor, una cama.

-¡Pero encanto, a qué otra cosa podía venir!¡claro que tendrá su cama! Y bien adornada, como corresponde cuando se trata de un viejo amigo...por supuesto que por cualquier otro visitante no haría levantar a una pupila ya que aquí, indefectiblemente, a las doce de la noche no se atiene más a nadie porque yo soy decente, y enemiga declarada de la indiscriminada trata de blancas, (o de negras, es lo mismo) que se venía ejerciendo en este país, pues hay que respetar, en cualquier actividad que sea, el derecho del trabajador de cumplir su horario y nada más; ¡pero usted es un cliente muy especial, Cachito Barrios! ¿no le acabo de explicar que el origen de la estancia de Junín fue una piadosa donación suya? Y, como no soy desagradecida le doy a elegir, sin cobrarle un dólar de recargo por la hora tan impropia. ¡Absorberé de mi propio peculio la diferencia por extras! Porque yo a ellas, en un caso así debo liquidarles aparte, de otra forma no trabajarían. Un jornal y medio, ¿qué le parece? Pero a usted, nada más que la tarifa normal...¿qué prefiere? Puede ser “a la francesa”, “media francesa”, “a la italiana”...o también posturas muy especiales extraídas del Kama-Sutra original, nada que ver con esa burda imitación que anda por los puestos de venta. Elija, caballerito... -finalizó, mientras le deslizaba la yema de los dedos, juguetonamente de arribabajo, por sobre la mejilla.

Barrios desesperó no poder hacerse entender, y casi gritó:

-¡Yo no quiero “eso”, hermana! ¡sólo necesito esconderme, porque me van a matar y sacar el corazón, como a los demás! ¿no queda más una brizna de comprensión, ni un lugar todavía puro en alguna parte de la Tierra?- clamó enloquecido juntando sus manos en actitud de rezo, elevando en súplica los ojos.

-¿A esconderse, eh, pícaro? ¡cómo cambiaron los tiempos! ¡un hombre tan recto como usted!...así que ahora el señorito quiere hacer sus cositas a escondidas, como todos, seguro para que su esposa no se entere, bandidito. Pero, descuide: la discreción aquí es una norma que nadie transgrede. Eso sí: por toda la noche, como dice que quiere, no podemos tarifarlo por menos de cien dólares, a no ser que el candidato pueda hacer algún arreglo personal con la muchacha; le llamó a la mejor, enseguida: ¡Susana...! - gritó hacia el interior la dama del voto de castidad.

Cacho calculó, por el tiempo ya transcurrido, que sus perseguidores no tardarían demasiado en llegar a la puerta del otrora Convento e intentó la última posibilidad, arrojándose de rodillas ante sor Paulina, y uniendo sus manos suplicó lloroso:

-¡Por dios, Hermana, necesito quedarme! Quizás solamente algunas horas, hasta que me pierdan la pista, o se haga el día y, por temor a ser descubiertos dejen de perseguirme. ¡No quiero esconderme para nada de mi mujer, porque ella, por desgracia, ya no existe! ¡no tengo dinero para pagar pero algún día, si mi oficio de cantor llegara a recuperarse podré volver a hacer donativos, no deje que me maten! -rogó con desesperación.

-¡Como se ha puesto de sinvergüenza la gente! -recibió por toda respuesta-. Quieren servicios completos y ni con rebaja pagarlos ocurriéndoseles decir, así de fríamente, que han venido sin dinero...¿qué quieren? ¿que toda una organización internacional se ponga a su servicio con la promesa de que algún día van a pagar? ¡que desfachatez! Mire, señor: haga de cuenta que jamás nos hemos conocido, y agradezca que lo eche yo misma, sin llamar a la Policía...pretender amor sin tener dólares...¡que barbaridad!.

-...Usted decía -el cantor hacía esfuerzos para recordar- que no hay dinero en el mundo que pueda comprar el amor. Que lo único que se vende es la lujuria...acuérdese: fue el día del cumpleaños de Gracielita, cuando vino a casa y hablamos de eso. Pero...no vine a sermonear, sino sólo para pedirle que me ocultara para salvarme...¿qué pasó? ¿y usted, ya no es Usted? Nadie

es más el mismo en esta tierra, de un tiempo a esta parte...pero yo ansío seguir existiendo, porque mientras se pueda cantar naturalmente una Canción, así sea a escondidas, el Sentimiento no morirá...¡y donde aún no pueda ser derrotada la última expresión de bondad y nobleza, de rectitud, siempre habrá, así más no sea, una pequeñísima luz de expectativa para vivir!... pero ya nadie escucha -prosiguió, mientras se iba retirando sin darse vuelta, caminando hacia atrás, con los ojos lívidos de espanto, ante el increíble aspecto y actitud de aquel ser angelical que alguna vez conociera dedicado nada más que al servicio del prójimo-. ¡Aquí ya no se quiere SER nada, casi todos quieren solamente TENER!...-balbuceaba sumido en la pesadumbre, sin poder sobreponerse al terrible “shock” sufrido.

Cuando llegó al dintel de la puerta se aferró con una mano al marco y miró hacia todos lados horadando visualmente la soledad de la calle, volviendo a salir a toda carrera, lo más velozmente que su cansancio le permitía, hacia la avenida San Martín. A unas tres cuadras de distancia, las tres figuras conocidas venían caminando ya hacia el internado, no sin detenerse a revisar cada portal o hueco con toda minuciosidad, y al cantor no le pasó desapercibido que así tardarían más tiempo, acrecentando él su ventaja sobre ellos; por eso se detuvo nuevamente al llegar a la avenida, desde donde podía vigilar la entrada al Colegio, para asegurarse así de que sus victimarios hubieran perdido la pista, o para cerciorarse de que si la retomaban, que era lo más probable teniendo en cuenta el fino olfato del cura Pedro. Para su mal ocurrió esta última variante desembocando los tres hombres hacia el convento: era evidente de que irían a preguntar por él.

...Cacho volvió a partir desesperado por San Martín, cuando le pareció que, al final, el milagro se corporizaba: un taxímetro se acercaba a baja velocidad! El grito del Cantor hendió como una bala el silencio de la madrugada:

-¡Taxi! ¡por favor!

...y el automóvil felizmente se fue deteniendo con lentitud, acercándose a la acera. Barrios agradeció interiormente a Dios tan inesperada ayuda, porque a esa hora los coches de alquiler casi no circulaban, y abrió la puerta trasera ya más tranquilizado, entrando rápidamente. La cerró dando un portazo, dejándose caer en el asiento, relajándose, con un largo suspiro de alivio. Pero antes de que pudiese dar dirección alguna el conductor del vehículo le espetó a boca de jarro:

-¡Eh, “forro”! ¡parece que andás apurado! ¡yo también estaba que ardía ayer, porque venía dándole fuerte por Corrientes para poder dejar un pasajero y llegar a tiempo al bulín para ver la pelea por el televisor, cuando por Gallo, un “batata” se me metió! ¡casi lo choco por no frenar! ¡lo putié! Yo sé que el tenía razón, sí: estaba en su derecho, la culpa fue mía...¡pero yo tenía que mirar el “boséo”! Porque el que no es “espectador” del ring debe ser un “comilón”, un anormal de algo, o que se yo...¡y como que me llamo Argentino Típico Bermúdez que no me iba a parar por un bruto semáforo en rojo así se estrellara medio mundo, porque yo no podía fallarle a Monzón! ¡eso seguro! ¡porque el “boséo” es tan importante como cuando River o Boca juegan algún partido internacional, y hay que ganar de cualquier forma, porque es el...prestigio del país, que te creés, y no importa si uno tiene que bajarle a dos o tres de ello con un trompadón en la nuca, pero hay que ganar! Porque el que pega de atrá y primero siempre tiene ventaja, y en la vida el que no ventajea se muere de hambre...¡y eso te lo digo, porque es verdá, así nunca nadie se haya muerto por derecho, sino por lo contrario! Pero, que queré...el Viejo lo enseñó así, y él es el único que hizo algo por el obrero, que queré que te diga...Robar robó, pero era un ladrón bueno, que queré. ¡Era un macho, así viviera siempre disparando, y el que no está con él no es argentino! ¿que hacía laburar su guita afuera?...¡sí!, pero lo negocio son lo negocio. Y ademá...¡que bien hablaba! Decía cada macana siempre...pero todo lo creíamo porque eran mentira linda. ¡No sabía nada de nada, pero parecía que conocía todo de todo! Nunca acertó una, pero, chabón, ¿por qué te va a gastar la cabeza pensando? El decía que las pegaba toda, y listo...mirá, ché: ¡el “coco” es un organo para hacer pinta si a uno el sale lindo de afuera, no un armatoste para guardar idea, por más luminosa que sean! Pero nosotro estamo cubierto, ché: el más grande se fue, pero queda El Chino para cualquier eventualidá...¡dice cada verso también! Despué llegaron y están los imitadore...total en la “esistencia”, hermano, no importa tanto lo que sea cierto, sino lo que te sepan hacer creer, que al final es lo que “funca”., porque...

...el cantor lo interrumpió, aferrándole con fuerza un antebrazo, pues deducía que otra vez los sabuesos estarían pisándole los talones y el taximetrero,

totalmente inmerso en su monólogo, no atinaba a arrancar. Más aún: imperturbable, se desasió, prosiguiendo:

-¿Sabés cuanto punto hice en el “Prode” en la última?: ¡doce! Y todo por culpa de lo rotoso eso de la “quema”, que le ganaron a Boca. ¿Vos podía creer una cosa así? ¡si iban casi último! Yo te digo la justa: no soy de Boca, pero me conmovieron cuando salieron campeone; con lo chorizo, ¿sabé? ¡Había sangüiche gratis! Entonce me hice de Boca, siquiera por un año, porque no es cosa de ser tan desagradecido y traicionar por un choripán...pero el degenerado de mi tío Luis lo hizo, porque comió el sangüiche en la Boca, pero siguió siendo de River...¡hay cada tipo en este mundo! ¿Sabé lo que es comerse tres partido bajo la lluvia para ver al que es ahora tu equipo salirse campeón? ¡colosal, ché! ¡yo lo hice! Solo si valés algo podés llegar a tanto sacrificio...me acuerdo que llegué a casa tarde, todo mojado y frío, con un principio de pulmonía y amargado, (porque en el fondo sigo siendo de Ríver, que te creé, que sea falluto) Estaba jodido y me acosté enseguida, y a la dié da la mañana tocaron el timbre. Creí que era por alguna eventualidá, que tenía que cambiar el horario del taxi, que se yo...y...¿sabé quienes eran?. Unas tipa de la Liga por...pro-comportamiento humano que venían a dejar unos boletine invitando a una reunión o algo así que iban a hacer...en el Club...¡que se yo! Una...una...¡ahora me acuerdo, sí!: una “divulgación sobre la cultura ciudadana”. Eso decían lo papelito, ¿qué te parece? Casi las mato, casi; al meno si hubieran resultado ser unas mina jovene, pero no...¡eran unas veterana que se le caían los diente! Porque mirá, llegué a una conclusiva: el que no tiene por lo meno tres mina en este mundo con lo ligera que están las mujere, o es bufarrón o tira para atrás. ¿Te gustan las mina, supongo, ché?...

-¡Por favor, salgamos que me alcanzan? -gritó en el límite de su paroxismo Barrios.

-...porque yo pienso...¿me seguí, no? -continuó el imperturbable- que uno puede tener un bruto “checo” último modelo y la mar de guita, pero si no andás con mujere de qué te vale...¡pensá si se te pasa por el marote hacerte mover lo desperdicio!...¿qué lindo negocio, no? Yo no digo ni critico: eso lo podrá hacer cuando seas viejo, no pase más nada de lo otro con vos y te hayas cansado de todo...porque no...¡pero ahora tenés que disfrutarla! Parate que te voy a contar, total es temprano todavía: el otro día llevamo a una “loca” al garaje de

un amigo, y también a dos marica...¿sabé que espetáculo? Te cuento lo que hizo el Pepe...

-¡Ya llegan! -gritó aterrado el Cantor viendo no ya a tres, sino a cuatro figuras humanas que venían en su búsqueda...¡sor Paulina también se había unido al grupo! Cacho Barrios luchó frenéticamente tratando de abrir la puerta, porque el conductor le contuvo la mano sobre la manivela, mientras le decía enojado:

-¡Ché, que apurado que estás! Mirá: te juro que despué que te cuente lo que hizo el Pepe salimo enseguida...¡no te lo podé perder, porque es bárbaro! ¡tiró un puto sobre el sofá donde “apolilla” el cuidador y le bajó lo pantalone, el caradura! ¿sabé lo que era eso? ¡para alquilar balcone! El pibe chillaba como una urraca , pero el Pepe no le tuvo lástima, porque es muy macho y por eso ya fabricó cinco hijo, para que te voy a contar...¡le pegó un coscorrón cerca de la oreja que lo dejó mariado, lo dejó! Después el Pepe se bajó...

El Cantor de Buenos Aires ya no alcanzó a oírle nada más, porque corría por la avenida hacia el centro seguido por cuatro amenazantes figuras a menos de dos cuadras de distancia. Llegando a Juan B.Justo su ventaja se había acrecentado levemente por el cansancio de sus perseguidores, quienes se habían fatigado mientras él escuchaba los preceptos de Argentino Típico Bermúdez. Además, la presencia de una mujer en el grupo, felizmente, les quitaba velocidad. incluyendo además la demora por incomodidad del hábito corriendo -calculó con acierto Cacho.

Barrios dobló apresuradamente por Donato Álvarez hasta llegar a Camarones, donde creyó hallar la salvación: no obstante lo insólito de la hora se halló de improviso frente a frente con el caudillo político del barrio de La Paternal, veterano amo y señor de la zona, el que alguna vez, en días previos a un acto eleccionario, lo había visitado ofreciéndose para lo que fuese, inclusive para conseguirle **conexiones**, ese omnipotente dios argentino que siempre está sobre el Mérito y la Idoneidad, para realizar algunas audiciones de radio , patrocinadas -no podía ser de otra manera -por entes oficiales (si se ganaba), a cambio -por supuesto- de su voto.

El paladín avanzaba cabizbajo observando las baldosas de la vereda, mientras soliloquiaba en voz baja. Enseguida reconoció al Cantor ni bien levantó la cabeza, pero de ninguna manera se sobresaltó, como cabía esperar: simplemente compuso aquella cara de anciano buenito que tan excelentes

resultados le había dado en su carrera, la que se había visto hasta el hartazgo en los medios de la prensa. Se pasó la mano sobre el escaso e hirsuto cabello ya canoso, comenzando a hablar con lenguaje político; es decir, solamente con los labios. Y hacia afuera.

-¡Hola, amigo cantor! -estalló-. Hacía tiempo que no lo veía. ¿Por dónde andaba? ¡Claro! Como tantos compatriotas castigado por la falta de garantías habrá emigrado, pensaba yo. Pero no: Usted es como yo. ¡Se debe al País! Porque yo siempre lo digo: quienes hemos sido en toda la historia de nuestra vida adalides de la Democracia y nadie nos haya podido doblegar nunca así nos hayamos doblado invariablemente, -advierta que digo *doblegado* y no *doblado*, que es lo mismo pero parece expresar otra cosa-, decíamos que debemos de tener fe, porque las urnas ya están gestando en sus patrióticos vientres el feto de la solución, y lo darán a luz con nuestra victoria. Claro: es que felizmente todavía quedan ciudadanos que, como yo, hemos dado hasta la última gota de nuestra sangre para penetrarlas con el falo de nuestra prédica diaria llenándolas con el caliente semen de la nacionalidad; por eso, digo yo. Pues yo siempre sostuve lo mismo en todas las épocas nefastas, y mis cambios nunca fueron tales, sino simplemente adecuaciones a las distintas realidades y expectativas ciudadanas. Asimismo, en las encuadraciones del entorno más las verticalidades horizontales, que tanto conspiran para el establecimiento de una real y efectiva convivencia, ¿no le parece? Porque yo sostuve siempre que nunca quise cobrarle al País todo lo que me debe porque sería una deuda demasiado cuantiosa y no es lógico que varias generaciones vean conculcadas sus legítimas aspiraciones nada más que por satisfacerme a mí, así sea yo quien soy yo. Yo, yo ¡y yo! ¿Qué me dice, soy o no desprendido? Yo le contesto, porque yo sé que ya me va a preguntar: ¿dónde está la solución? Se la repito: ¡en el horizontalismo verticalista! Ahí y nada más. Yo le digo que nuestra Doctrina lo establece muy claramente, y aplicándolo seremos una Nación moderna, eficiente y dinámica. ¿Qué en que consiste nuestra doctrina? Vamos, usted debe ser de la oposición, yo le digo, porque aún no conoce nuestros postulados, (en primer lugar porque carece de ellos), y luego que es una ventaja que no le podemos dar a nuestros enemigos, que lo son del País y especulan con la franqueza constitucional que siempre fue un imperativo de nuestra conducta para bloquear nuestros planes, que yo concebí, yo analicé, y yo ejecuté. ¡Nuestra doctrina es a-doctrínica,

ciudadano! ¿En qué concepción política del mundo puede hallar algo igual? Y eso que ahora, lamentablemente la evolución es retrógrada, porque...

-¡Por favor, don Caudillo -lo interrumpió el vocalista, desesperado otra vez- me están siguiendo para matarme! ¡haga algo por mí antes que lleguen!.

-...porque, correligionario, como le decía, estoy triste y solo, yo se lo digo, se ha detenido la concatenación natural y normal de los hechos...¿recuerda el tiempo en que los planes se cumplían, y lo que debía ser era? Le refresco la memoria, por si acaso. **Todo se desarrollaba así:**

1º) Golpe militar para acabar con el desorden y la demagogia populista. Discurso anunciando que el interregno "de facto" no tenía plazos, sino solamente objetivos.

2º) Golpe dentro del golpe anunciando elecciones.

3º) Elecciones con Buenos -opositores- y Malos -oficialistas-. Triunfo total de los primeros.

4º) Buenos gobernando, con aumento de sueldos como primera medida. Crecimiento de la burocracia, pasado en la premisa que "un empleado público más significa por lo menos tres votos seguros". Gran generosidad para repartir del dinero ajeno, ese que fue capitalizado durante el gobierno de los Malos. Derroche total.

5º) Nuevo golpe para establecer el Orden, la Paz y el Trabajo. Saneamiento financiero, con algún acopio de divisas, para permitir el regreso al poder de los Buenos, Sensibles y Populares. Con lo que la situación retrogradará al punto 4º.

¡Ese sabio esquema se repetía invariable, amigo! Pero ahora ya está demasiado "rejunado" y al punto tercero no se llega más, y no es posible que un patriota como yo, que ofrendó toda su existencia al País deba pasar el resto de su vida sin que nadie hable más de él...¡ni un mísero reportaje en un diario de provincia ya me hacen! ¡Qué País este! A veces tengo que improvisarles discursos a mis nietitos para poder mantener el "trainning", pero ellos tampoco me escuchan y se ríen como locos porque me subo a una silla para hablarles. ¡Dicen que soy el "Abuelito Mentiritas"! ¡generación de incrédulos la que crece! ¡Que triste no poder ofrecer ya Soluciones, así nunca solucionaran nada! ¡y esa gloria de caer siempre un día antes de que hasta el último otario se diera cuenta del fracaso! ¡la izquierda derechista o la derecha izquierdista deberían retornar! ¡para que todo vuelva a ser como era, ciudadano!

-¡Por lo que más quiera, Caudillo! ¡me van a matar! -gimió Barrios- ¡no puedo escucharle ya! ¡déjeme esconderme en su casa!.

-Ah, no, ciudadano -respondió negativamente el líder-. Si usted quiere ocultarse es porque el radiante sol del mediodía de un mañana mejor lo enceguece; además, no somos gobierno, ya. Y la última vez que fui a pedir clemencia por un correligionario preso, como abogado que soy, se acordaron de que tengo la captura recomendada, (menos mal que soy ladrón de derecha, y por eso no la efectivizaron). Son tiempos difíciles estos que corren y casi me "guardan" también a mí. Aunque podría haber algún arreglo, si Usted escuchara la parte medular de la conferencia que estoy dispuesto a brindarle ya mismo sobre todo lo que yo hice sobre la Cuenca del Plata y el autoabastecimiento ferrocarbonopetrolíferoguminoso...

Cacho comprendió que nada podía lograr oyendo al "versero", digno colega de tantos similares, y presintiendo que ya estaban cerca quienes le seguían retornó a la avenida para continuar corriendo hacia abajo, sin saber ni remotamente adónde ir.

¡Tres cuadras más adelante el semblante se le iluminó de alegría!: Dios le ponía un milagro en su camino, pues había un boliche abierto. Cacho entró apresuradamente dejándose caer sobre una silla, jadeante y distendido, mientras un camarero estaba ordenando las mesas, aseándolas con un trapo. El era el único y primer cliente del día, evidentemente. Contó sus escasas monedas, disponiéndose a solicitar un café para justificar su permanencia en el local; de tan abstraído que estaba casi no oyó la pregunta ritual. ¡Pero un nuevo sobresalto le puso nuevamente fuera de sí!.

-¿Qué se sirve el señor? -expresó una voz demasiado recordable para el Cantor.

¡El mozo era José, aquel hispano que le había prestado el moño para completar su atuendo aquella noche inolvidable de su debut profesional en Buenos Aires! Los recuerdos se le agolparon furiosamente en su cerebro, y ahora su semblante reflejó una inenarrable alegría. Cacho recordó las premonitorias palabras del gallego la vez que en aquella ocasión quiso devolverle la prenda cuando ya pudo adquirir una de su propio peculio:

-Vaya tranquilo, cantor -le había dicho-. Usted será cada vez más famoso, pero no cambie nunca, sea siempre como es ahora: puro, idealista, noble.... ¡como los tangos que canta! Este español siempre se acordará bien de Cacho

Barrios aunque el artista sea muy rico algún día y este pobre camarero siga atendiendo siempre las mesas de un café...

...ahora, cuando su vida estaba en peligro, (¡oh manes maravillosos del Destino!), la figura patriarcal y bondadosa del hombre, más avejentada pero igualmente enhiesta y firme, estaba a su lado como un enviado de la Providencia para ayudarle a salir del paso de tan desgraciada situación.

-¡Don José, qué inmensa alegría!¡verle otra vez, después de tantos años, y justo en el momento en que más falta me hacía encontrar a un verdadero amigo!- balbuceó Barrios, poniéndose de pie e intentando abrazarlo, con un luminoso estallido de esperanza en su corazón.

El hombre embrolló la servilleta que traía sobre el brazo, la pasó mecánicamente sobre la mesa mientras Cacho caía, boquiabierto, otra vez sobre la silla, y preguntó, indiferente:

-¿Qué se va a servir el señor?.

El cantor, demudado, exclamó casi al borde de la locura mientras le tendía, ahora, sólo temblorosamente la mano:

-Pero...¿no se acuerda de mí? ¡soy Cacho Barrios, el cantor! Aquel que usted, cuando trabajaba en el bar de la Avenida de Mayo le pronosticó suerte en la noche de su primera presentación profesional en Buenos Aires, cuando yo era un tímido provinciano que se espantaba ante lo tremendo de la Capital y ni siquiera un traje tenía, y Usted fue la primera alma sensible que encontré aquí. Me regaló el moñito...¿no recuerda nada? ¡Fue luego siempre mi amuleto, la cábala! Lo llevé por todo el mundo y siempre me dio buena fortuna...¡aquí está, es el mismo que todavía uso! -concluyó Cacho quitándose el adminículo para que el castizo pudiese comprobar que no le mentía porque, por lógica pura, Barrios pensó que el hombre lo había olvidado y ya no le reconocía, por su mala traza de ahora y los tantos años transcurridos.

José le arrancó el moño de un tirón y ahora sí recordó:

-¡Ah, sí! Claro que me acuerdo -respondió sin emoción alguna-. Y también hago memoria de que, por culpa de ese equivocado gesto mío, después tuve que gastar dinero innecesariamente para comprarme otro. ¡Muchas veces me maldije a mí mismo por semejante derroche improductivo; especialmente después, cuando tuve mi primer bar propio y comprendí que en la vida no hay que hacer gastos tontos, si uno quiere progresar! Pero de eso uno recién se da cuenta cuando se independiza haciéndose más responsable; de todos

modos, y gracias a la fortuna que me ha seguido en estos últimos años ni siquiera en esto puedo ya perder: está muy gastado, pero algo todavía vale -dijo, evaluando calculadoramente la prenda-. Podría preguntar en una de esas casas de alquiler de indumentaria cuanto se puede cobrar por el uso durante...digamos: veinte años...¿no? -expresó, interrogante, mirando al cantor, luego continuó-: pero con la pinta que usted tiene me doy cuenta que no me va a poder pagar nada y perdería más tiempo, (que es dinero), que lo que al final ganaría...Y el importe del café que le convidé aquel día más los intereses de rigor es más irrescatable todavía, a lo sumo le puedo recargar un poco en la consumición de ahora, así me resarzo en algo, al menos, ¿qué se va a servir? -insistió comercialmente, ávido, el hispano.

-...¡nada, don José! ¡ayúdeme a esconderme, por favor, que me siguen para matarme y después descorazonarme! -gimió entrecortadamente el vocalista antes de desplomarse vencido.

-No puedo cobijar a vagos, -fue la respuesta- ¡gente que no consume nada y es capaz de pasar horas ocupando una mesa! Si no gasta, váyase, que esto es un negocio, no un cobijo para fracasados, -concluyó, aferrándolo de un brazo y queriendo obligarlo a levantarse de la silla.

-...pero, ¿y su esposa?...¿y los hijos? -preguntó con ansiedad Cacho, tratando de hallar aún algún punto vibrátil en el ensecado corazón del gallego-. Recuerdo que usted estaba siempre preocupado por ella porque andaba un poco enferma, y además me contaba también que ahorraba todo el dinero de las propinas para poder darle estudio a los muchachos...

-A la patrona la he reemplazado -contestó inconmovible el hispano-. Estaba muy desvencijada y ya no podía cumplir bien sus funciones de mujer de un comerciante pudiente; a lo sumo servía para algún mozo de boliche bien pobre, y ahora que tengo plata alquilé una muchacha de diez y seis años. Los hijos iban a estudiar, sí; ese era mi consejo cuando yo era tonto, pero después pude convencerlos de que en este país casi nunca valen para nada la preparación y el esfuerzo, sino las especulaciones y la posición económica. Ahora los tengo dirigiendo otros dos locales que también son míos, les pago muy bien y me rinden de la misma forma...¡son hombres útiles, mucho más que si fuesen universitarios y tienen también su propio automóvil, como corresponde a todo hombre normal! Bueno...si quiere tomar algo apúrese que no le cobro, pero a condición de que se vaya enseguida. ¿Que diría algún

colega empresario del Centro Comercial si llegara a pasar por aquí y me viera perdiendo tiempo con un zaparrastroso cantor de tangos que no gana ni para comer? Desaparezca enseguida, antes de que llame a la Seccional, lo haga sacar por la policía y lo metan preso, que no les cobro la consumición a los agentes y hacen lo que yo les pido siempre...-ordenó el español.

Un borbollón de extraños ruidos se desató en el cerebro del Último Cantor de Buenos Aires, y haciendo un esfuerzo casi sobrehumano pudo mantenerse consciente y salió disparando, avenida abajo, hacia Díaz Vélez. Cinco minutos después cuatro individuos, (dos de ellos, un hombre y una mujer, vestían hábitos religiosos) entraban al bar a indagar sobre si había pasado por allí Cacho Barrios. Después de preguntarles a los recién llegados por qué lo buscaban, José dejó sobre el mostrador la bandeja y el repasador quitándose además su blanca chaqueta, dando enseguida rápidas ordenes a un empleado indicándole que saldría por un rato, uniéndose al grupo, y partiendo todos rápidamente hacia la calle.

En las afueras se encontraron con el Caudillo de La Paternal con quien el gallego, (que lo conocía del Comité), cambió una pocas palabras apresuradamente, haciendo gestos ampulosos en molinete con ambos brazos con la naturalidad de una persona ofendida por algo. El político asintió varias veces bajando la cabeza en señal de que sí, agregándose también al conjunto. ¡Ahora eran ya seis las figuras que comenzaron a correr por la avenida tratando de descontar las ventajas que había producido la demora en el coloquio y alcanzar al prófugo, que les llevaba una buena delantera por ese motivo...!

...Cacho arribó físicamente desmoronado apoyándose a descansar en uno de los muros del pedestal del monumento al Cid Campeador, y con el apuro no divisó que, a un par de pasos de distancia había una mujer que se arrebozaba para protegerse del aire frío de la madrugada. Dormitaba junto al mármol sobresaltándose en un principio ante la intempestiva llegada de quien venía a interrumpirle el descanso, pero se recuperó enseguida lanzando una larga y alarídica carcajada artificial, con redobles de hospital y tumba:

-¡Qué bueno, al fin uno! Vení, tesoro, que arreglamos enseguida, exclamó la extraña-. Conque me pagués la cama para no tener que seguir durmiendo a la intemperie con este frío...

-¡Se...señora! - tartamudeó Cacho- ¡mire, por favor, hacia el otro lado para ver si ya están cerca! ¡si me asomo y me reconocen enseguida moriré! -explicó- ¡observe y dígame si vienen! -suplicó de nuevo.

-¿Quién puede estar cerca, querido? -interrogó la dama.

Se había erguido frente a él: el cantor no le concedió más de cuarenta y cinco años, y tenía el característico perfume fuerte y zorrínico su profesión, más la cara embadurnada de tanto maquillaje tipo máscara como el de los "clowns". Continuó hablando:

-Cerca, sí, me gustaría que estuvieras vos, si pagás bien, -concluyó acercándose con contoneos de su cuerpo y haciendo un grotesco mohín, que intentaba ser seductivo, con su caramáscara.

-¡Los que me siguen para matarme! -trató de explicar Barrios aunque ella, era evidente, no comprendía- ...Y usted, ¿quién es y qué quiere?.

-Ah, querido: yo soy el Último Yiro. Bah, en fin: casi que podría decir **era**, porque no consigo más un cliente y voy a tener que hacer otro laburo para vivir, como ya les pasó a todas mis colegas, porque las prostitutas familiares nos arruinaron el negocio, si ya no dejan más un candidato suelto...¡lo enganchan con un buen "verso" y chau! Habría que ir a hacerse explotar en los establecimientos organizados y yo tengo demasiado orgullo de profesional liberal para llegar a eso...¡ya no hay respeto por una vocación, así una le haya dedicado toda un vida de trabajo para perfeccionarla! ¡que injusticia! ¡Uy...pero si te conozco! ¡sos Cacho Barrios, el cantor! ¡el último vocalista de la canción popular de Buenos Aires! ¿Ves?: la vida nos igualó, porque los dos fuimos y somos demasiado puros y no sabemos fingir nada, por eso ya nos queda ni siquiera un lugar para dormir. Vos quisiste seguirle trasmitiendo a la gente el espíritu noble de muchos tangos, pero casi todo el mundo quiere otras cosas. Yo ambicioné dignificar la profesión más antigua del mundo actuando siempre con sinceridad y sin tapujos pero las "locas" domésticas, con sus disfraces hogareños, me dejaron sin hombres que me necesitaran, ¡y por eso a los dos nos faltan compradores para nuestra mercadería! ¡somos los últimos comerciantes fracasados de este País, porque la competencia resultó ser muchísimo más hábil! Mirá, Cantor: si das la vuelta hasta el otro lado del pedestal encontrarás a un compadre del que se habló mucho y nada bien de él, y ahora está también aquí, sólo con una diferencia con respecto a nosotros

dos...¡él tiene mucho dinero! ¿Querés conocerlo?...¡Chist!...don Pepe, ¡venga, por favor! -culminó la hetaira.

...un hombre de rostro macilento apareció dando un rodeo por el esquinero del pedestal. Estaba muy enfermo, lo delataba su aspecto. Debía tener más de setenta años, y su escasa cabellera ya lucía completamente blanca; el semblante de abuelo buenito y cariñoso contrastaba con la expresión de sus ojitos saltones y tramposos como los de los truhanes famosos. Barrios lo reconoció enseguida:

-¡Don Pepe, el que fue Ministro! ¿qué hace Usted aquí?- exclamó asombrado, ante la proximidad de aquel individuo del que habían hablado tanto los medios de difusión, sin saberse jamás exactamente en qué lugar del mundo estaría, y si aún continuaba vivo.

-Yo, m´hijo, siempre estuve acá, -comenzó a explicar el ex-Ministro -: no es verdad que nadie supiera mi paradero. Cuando ausente físicamente estaba sin embargo presente en la actitud de una gran parte de mis conciudadanos que, en secreto para no evidenciarse, -por un último retacillo de vergüenza- siempre me admiraron: ¡nadie más capaz que yo para llevar afuera! ¡hasta casi igualo a mi incomparable maestro! Además, todo el daño que hice lo fui reparando "sobre el pucho" ¡les perfeccioné la "timba" hasta el infinito**! Y fui siempre democrático, pues nunca le puse el revólver en la sien a nadie para obligarle a apostar, de manera que lo hacen de puro viciosos que son, y si ellos confían más en el azar que en el trabajo responsable y organizado...¿de quién es la culpa? Al que no le guste lo que digo le voy a dar con un garrote de quebracho chaqueño, bien nacional, incontaminado de ideologías foráneas, hasta romperle la cabeza, por más dura que sea, para que aprenda de una vez por todas que...**

El hombre siguió hablando pero Cacho ya no le escuchó, comprendiendo que el ex-funcionario otrora omnipotente no había olvidado sus exabruptos verbales cuando se refería a lo que campechanamente llamaba "la contra", de manera que no insistió demasiado en saber más. Pero le sucedió algo increíble: ¡se sintió reconfortado como nunca con la cercanía del anciano y la profesional! Y hasta se le ocurrió preguntarle:

-¿Qué puedo hacer, don Pepe, ahora que me persiguen para matarme, porque no quieren que nadie más cante un tango? -preguntó, ansioso.

-Ah, m´hijo, su problema es todavía mayor que el mío, -respondió el ex-: ¡usted
quiere preservar el último núcleo de espiritualidad de una generación, y ese es un bien más valioso y codiciado que todo mi capital en dólares! Yo no me aventuraría a hacerle ninguna oferta para comprárselo porque sé que fracasaría, ya que para algo así no existe precio alguno...¡y mire que se me ha vendido gente, eh! Y la que continuaré usando, dólar mediante. Pero no: con usted no podría...además, ¿quiere que le confiese algo? : en el fondo también lo admiro, así que haya sido tan "gil"...¡porque yo también fui cantor! Casi nadie lo sabe, pero así es...

Cacho recordó que, en efecto, las crónicas memoriosas de la época en que fue Ministro al biografiarlo recordaban, entre otras curiosidades de su vida, su fugaz paso por el "bel-canto", y un destello de esperanza iluminó su alma: quizás este individuo, aunque famoso bellaco, pudiera comprenderlo y ayudarle.

-¡Sálveme, don Pepe! -rogó otra vez, la enésima ya, de rodillas- ¡No tanto por mí mismo sino por lo que moriría conmigo! Usted puede y quiere...¿sí, don Pepe?.

-Momentito...-meditó el hombre en voz alta-: en este momento querer atesorar Sentimientos, así sean ganados por uno, es peor que guardar dinero amasado por los demás. Yo, por esto último, seré amnistiado algún día: Usted jamás, porque siendo como es desenmascara la conciencia culposa invisible de los que antes fueron también así y un día, por comodidad o cobardía dejaron de serlo...¡por eso hasta los amigos de ayer quieren hacerlo desaparecer! ¿o me equivoco? -quiso saber el otrora destacado funcionario, y al ver el asentimiento del cantor, continuó-: ¿cuánto tiempo lleva de ventaja? Vamos a estudiar lo que se pueda hacer...

-Estaré diez o quince minutos delante de ellos, a lo sumo. ¿Por qué me lo pregunta? -inquirió, ansioso, Cacho Barrios.

-Porque, antes que nada, quería disponer de algún tiempillo para anticiparle que por mis conocimientos de Astrología ya sabía que nos íbamos a encontrar aquí- comenzó explicando el viejo-. Y le voy a hacer conocer el motivo por el cual debía ser en este lugar y no otro cualquiera.

-Yo soñé y proyecté, todo el mundo lo recuerda bien, un Mausoleo donde pudiesen guardarse compartientemente las cenizas de todos los muertos

ilustres de la Nacionalidad, de cualquier ideología y trayectoria. Hubiera sido el monumento símbolo de la Patria. ¡Pero es que Ella todavía no existe para la mayoría de los argentinos! A lo sumo hay un territorio que llaman “el país”, para no comprometerse...¿a cuántos les oye decir **Mi Patria**? Por eso, porque todavía no era el tiempo, no pude realizarlo.

-Entonces imprequé al Más Allá, buscando en el fondo del Tiempoespacio la respuesta adecuada al sino de mi destino...¡me hicieron el Tarot, y hasta fui a Holanda a consultarlo al vidente Crosisset!, y todos coincidieron en señalarme que antes de morir debía venirme aquí, al pie del Cid Campeador, exponente mitológico del valor y la sangre fervorosa de una estirpe Sentimental y Creadora, de cuya Raíz no debemos renegar nunca, porque ella representa el Progreso con Alma, que es el único Avance Histórico que no se destruye a sí mismo. ¡Argentina y España, hija y madre, serán lumbreras en el futuro!.

-Por eso quizás la Providencia me haya traído a su vida, en este lugar y momento en que su existencia corre peligro y sin embargo debe salvarse, si es posible; al menos hasta que alguien pueda dar testimonio de su tragedia, que esa la de todo hombre de conducta intachable y amores limpios en este tiempo desgraciado.

-Y un día los seres como Usted valdrán mucho, tanto como ahora son despreciados; pero eso ocurrirá cuando los argentinos dejemos definitivamente de mentirnos a nosotros mismos y también abandonemos la peregrina idea de que somos capaces de sorprender a alguien todavía con nuestro “verso” en el avispado mundo de esta Era. Me duele decirlo, porque se cae el disfraz, pero es así: cuando mis compatriotas, (no todos pero sí muchos de ellos), dejen de admirarme secretamente como a un individuo que representa el máximo ejemplo de triunfo, la Argentina **será**. ¡No pasarán muchos años, felizmente! Muchos seres, hijos del rigor, aprenden más por sufrimientos que por razonamiento. ¡Ojalá padezcamos mucho, y no deseo esto por masoquismo! ¡y cabe también para el Mundo, más o menos!.

El Ministro de ayer terminó esta última frase bajando la cabeza y, cuando la volvió a alzar, parecía haber envejecido veinte años de golpe...” A veces -concluyó- sin entenderme ni a mí mismo, pienso que yo y mi patrón hicimos lo que todo el mundo sabe para ver si alguna vez se avivan. ¡Vaya con la suerte! Queriendo causarles todo el mal posible quizás de hayamos prestado un servicio útil al País...a menos que la mayoría de mis compatriotas tengan

componentes psíquicos homosexuales y quieran siempre que algún tipo simpático, sonriente, (como todos los sinvergüenzas), bien parecido y que les diga cosas lindas, los fornique...”

...Cacho casi ni oía ya el discurso, espantado como estaba de la ya presentida cercanía de sus perseguidores. Alcanzó a preguntar, mientras una insólita tranquilidad, considerando el terrible momento, le invadía todo su ser:

-¿Me va a salvar, finalmente, dos Pepe?.

-Voy a ver -fue la respuesta- ¡Estos son poderosos! Pero no creo que sean insobornables...además la compañera también tiene sus recursos, así esté prácticamente ya en desuso, ¿no es cierto? -preguntó, dirigiéndose a la yiranta.

...en esos momentos seis seres trágicos aparecieron por el fondo de la calle. ¡Gesticulantes, locos, avanzaron hacia Barrios, inmovilizado de terror! Había dos hombres vestidos de negro con capucha del mismo color, un señor de edad madura, un cura, una monja, y un mozo de bar, todos tendiendo sus manos hacia adelante, mientras se acercaban...¡parecían garras de fiera, ansiosas de apretar hasta triturar todo lo que pudiesen asir!.

...el Cantor de Buenos Aires entrecerró los ojos esperando pacientemente la muerte, rezando en voz baja, y como el abrazo final no se materializaba, después de unos pocos segundos que parecieron una eternidad abrió con lentitud los párpados, y entonces vio:

¡Sus seis perseguidores se alejaban retrocediendo, con los brazos cargados de oro! Don Pepe sonreía, cachadoramente. Pero el religioso, de todos modos, hizo ademán de soltar su carga y avanzar hacia Barrios. Entonces la mujer pública desocupada, profiriendo una larga y extraña carcajada que retumbó como un concierto de graznidos en el silencio del amanecer se plantó de un salto frente al sacerdote dejando caer el manto que la cubría. Entonces Cacho observó que, debajo, nada había...

¡La dama comenzó enseguida a retroceder ejecutando un baile fantasmal calle arriba, por Avenida San Martín, mientras con sus manos dibujaba círculos en el aire, como queriendo atraer incitativamente al Padre Pedro! ¡y reía y reía, mientras el hombre la seguía embelesado, con el dorado tesoro apretado entre sus brazos...! Con alivio, el Vocalista vio a las seis figuras perderse en la madrugada, mientras la yiranta seguía bailando, bailando...

Cacho Barrios hizo ademán de agradecer al ex-Ministro, quien lo contuvo con un gesto de su manos, ahora desdeñoso:

-Lo hice nada más que porque yo también fui Cantor- explicó.

Ya más tranquilo, el Último Cantor Popular de la ciudad que tuvo, alguna vez incontaminadas, el río de “las aguas color de león”, tomó por Díaz Vélez doblando luego en Salguero. Y llegando a Plaza Almagro se sentó en un banco ocupado ya por un hombre pensativo, con el propósito de descansar de las fatigas de una noche fantástica.

Amanecía en Buenos Aires.

CUANDO VOY SOLITARIO EN MI NOCHE
POR LA CALLE QUE MARCA LA VIDA
Y ME ENCUENTRO CON TANTO FANTOCHE
CON TANTOS OTARIOS
¡ME PONGO A REZAR!.

(de “Pienso”, tango de Mario Bustos)

FIN

<u>Advertencia después del final:</u>

La exposición de una trama narrativa donde los tripulantes de “platillos voladores” cumplirían una misión redentorista para la preservación de los sentimientos de una Nación, se debe exclusivamente a la necesidad de llenar espacio. Toda obra literaria podría resumirse siempre en una frase de muy pocas palabras, y en ellas estaría suficientemente explicitada la idea central que lo motiva. Pero entonces no sería un libro.

Se espera que el lector/a sepa valorar este rasgo de honestidad de aclarar que las perspectivas de Redención no existen para la Humanidad como

conjunto de seres, sino para cada uno en sí como individuo, si lo desea y SE ESFUERZA en ello.

Una religión “platovoladorista” parece gestarse, y también sería nociva; por eso este apéndice. Ello sin negar en absoluto la existencia de naves volantes de procedencia extraterrestre guiadas por inteligencias que periódicamente nos visitan, y el autor pudo observar una de ellas, con sus ojos físicos. Que, como los de cualquiera de sus semejantes, son muy torpes y bien poco ven.

Quien esto escribe asegura muy convencido que, aún después de muerto, le arrancará misteriosamente las frazadas, en noches muy frías, a algún editor que, por conveniencia propia o de cualesquiera Secta suprimiera este acápite.

“El papel es el elemento más tonto del mundo, porque lleva cualquier mentira que sobre él se escriba” , -dice un viejo proverbio piamontés. Pero esta página, al menos, no es portadora de ningún embuste.

Redímase cada prójimo a sí mismo, y seamos todos muy felices.

Gracias.